



De la naturaleza de las cosas

Tito Lucrecio Caro

- I -

Cuanto se sabe de la vida de Lucrecio puede decirse en breves líneas. Fidelísimo sectario de la filosofía de Epicuro, puso sin duda en práctica uno de los preceptos de ésta, el de ocultar la propia existencia a la vista de los contemporáneos y al estudio de la posteridad.

No cabe duda de que nació en Roma el año 95 antes de nuestra era; que pertenecía a la antigua familia patricia de Lucrecia, cuya violación por Sexto Tarquino ocasionó la caída de la monarquía, y que murió a los cuarenta y cuatro años.

Se dice, pero sin pruebas, que, siguiendo la costumbre de los jóvenes a las familias ricas de Roma, fue a Atenas y estudió allí la doctrina de Epicuro con Zenón, jefe entonces de esta escuela filosófica. Asegura también San Jerónimo que padeció Lucrecio ataques de demencia producidos por un filtro que le dio una mujer celosa, y en sus intervalos lúcidos escribió algunos libros, terminando su vida por el suicidio. Puede ponerse en duda este aserto, no sólo porque San Jerónimo escribía tres siglos después de muerto Lucrecio, sino porque el poema La Naturaleza, como didáctico y comprensivo de los más arduos problemas que puede investigar el entendimiento humano, es la obra menos propia de una inteligencia enferma.

Si los escritores contemporáneos o inmediatamente posteriores, a excepción de Ovidio, no citan a Lucrecio ni su poema, debe atribuirse al ardimiento con que en éste se combaten las ideas y prácticas religiosas del paganismo. Ni Horacio ni Virgilio, desconocieron el poema de Lucrecio, muy al contrario, sus repetidas imitaciones de éste, a veces copiando no sólo ideas, sino frases, demuestran cuánto lo habían estudiado; pero una obra francamente antipagana, que con tanta energía censuraba las

ideas, preocupaciones y supersticiones de la sociedad romana en aquella época, no podía ser elogiada, ni siquiera citada sin ofender los sentimientos, si no de las personas ilustradas, que sabían a qué atenerse respecto a las prácticas y misterios del paganismo, de la inmensa multitud que creía en ellos.

Guardar silencio y dejar en olvido al airado censor de una idolatría predominante era hasta medida de buen gobierno, quién sabe si recomendada al comensal de Mecenas y al autor de las Geórgicas por los hábiles políticos del reinado de Augusto. Explicaría esta sospecha que Virgilio considere dichoso a quien conoce las causas de las cosas, y no nombre a Lucrecio, que las explica más o menos erróneamente, pero de un modo nuevo entonces para los romanos.

Vive Lucrecio en los años de la terrible agonía de la república; desde el principio de las luchas entre Mario y Sila hasta la muerte del sedicioso Clodio, período de grandes calamidades para Roma, en que las guerras civiles desatan todas las ambiciones, todas las codicias, saciadas con la sangre o el destierro de millares de ciudadanos de los más ilustres; período de corrupción política y moral, de desdichas públicas y privadas, del que fue testigo y acaso víctima el autor del poema La Naturaleza.

Si en éste, consagrado a explicar grandes problemas de física, no tiene ocasiones frecuentes Lucrecio para expresar sus personales sentimientos, tampoco faltan frases y conceptos que permiten formar idea de ellos.

Objeto principal de sus enérgicos ataques son la ambición, el amor mundano y las creencias religiosas. Los desastres de la época en que vivió le aleccionaban bien para condenar la ambición, cuyos terribles estragos a la vista tenía. La pintura que hace de los peligros y daños del amor acaso la inspiren sus propios desengaños; quién sabe si la noticia del filtro dado por la mujer celosa, de que antes hablamos, fue errónea explicación de alguna otra calamidad que el amor ocasionó a Lucrecio. Sus invectivas contra esta pasión no son propias de un discípulo del apacible Epicuro, que aconseja dulcemente huir del amor para evitar peligros a la tranquilidad del espíritu, sino de quien ha sufrido acerbos penas y está dolorosamente arrepentido.

Otro sentimiento que palpita en todo el poema es el odio a las supersticiones religiosas, como si después de vencidas en su ánimo, se acordara, rencoroso, del tiempo que le habían estado mortificando. No es en este punto la serena razón del filósofo quien habla; la airada elocuencia de sus afirmaciones prueban un espíritu convencido, pero no un ánimo tranquilo.

Sin ambición y sin amor, que detestaba, sin creencias religiosas, que aborrecía, no podía encontrar Lucrecio, dentro de aquella sociedad descreída otro aliciente a la vida que el ofrecido por la filosofía del deleite, llamada así la de Epicuro, y no con verdadera propiedad, porque si se encaminaba a encontrar el reposo, la quietud del alma y del cuerpo por una especie de muerte prematura, por el alejamiento de cuanto pudiera causar malestar en el cuerpo y el alma, no faltó quien la interpretase en el sentido de sistema, que permitía y aun ordenaba la satisfacción de los placeres mundanos.

Este equívoco en la interpretación de la filosofía de Epicuro fue sin duda causa ocasional del descrédito que adquirió entre los que no la conocían bien. Lucrecio la sabía, y expuso en su poema con todo el vigor y toda la osadía de un romano, en época en que las perturbaciones sociales y políticas permitían hablar con completa franqueza, la doctrina de Epicuro.

El paganismo no era refugio ni ofrecía consuelo a las almas deseosas de perfección moral, por ser religión a cuyos dioses podía acudirse lo mismo en demanda de vicios que de virtudes, que de unos y otras ofrecía ejemplos el Olimpo. Los que por desengaño o cansancio de la lucha de las pasiones buscaban mejor vida, acogíanse a los sistemas filosóficos, eligiendo el que más se acomodaba a su temperamento o educación

científica. Se iba de la religión a la filosofía, porque aquélla ningún consuelo ofrecía al alma, víctima de propias o ajenas ambiciones, como ahora se va de la filosofía a la fe cristiana, porque el cristianismo es una religión y una moral donde encuentran consuelo y consejo las almas perturbadas por la duda, o heridas por las pasiones.

De las escuelas filosóficas de la antigüedad, ninguna se acomodaba mejor al espíritu de Lucrecio, o débil para la lucha, o desesperanzado del triunfo, o vencido por grandes desventuras que el epicurismo, doctrina triste y severa que preceptuaba la indiferencia para todas las agitaciones mundanas, asilo para las almas tímidas, prudentes o desalentadas, a las que ofrecía como remedio a sus pasiones y temores el quietismo y la vida contemplativa de la naturaleza.

Esta tranquilidad, no exenta de egoísmo, la enaltece Lucrecio en los siguientes versos:
Pero nada hay más grato que ser dueño
De los templos excelsos, guarnecidos
Por el saber tranquilo de los sabios,
Desde do puedes distinguir a otros
Y ver cómo confusos se extravían
Y buscan el camino de la vida.
Vagabundos, debaten por nobleza,
Se disputan la palma del ingenio,
Y de noche y de día no sosiegan
Por oro amontonar y ser tiranos.
¡Oh míseros humanos pensamientos!
¡Oh pechos ciegos! ¡Entre qué tinieblas
Y a qué peligros exponéis la vida
Tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura
No oís el grito de naturaleza,
Que alejando del cuerpo los dolores,
De grata sensación el alma cerca,
Librándola de miedo y de cuidado?
Lucrecio ha encontrado para sí, en el seno del epicurismo, la paz que pide para su patria y la que desea para su íntimo amigo Memmio, a quien dedica el poema. Su ánimo sólo se apasiona para cantar esta paz firme y constante y enaltecer al fundador de la doctrina filosófica que se la ha dado.

- II -

Epicuro fue sin duda quien tuvo mayor número y más fieles discípulos, pero ninguno tan entusiasta como Lucrecio, para quien el filósofo era un dios que ha hecho suceder la calma y la luz a la tempestad y las tinieblas.

Este entusiasmo le induce a escribir un poema sobre asunto de índole más apropiada al raciocinio y a las demostraciones científicas, que a desplegar los velos de la imaginación del poeta.

La doctrina de Epicuro, expuesta compendiosamente al final del tomo en las tres cartas de este filósofo que forman el Apéndice, es una exposición de la física de Demócrito, para deducir de ella que la materia es eterna, aunque no lo sean los cuerpos con ella formados, y que la muerte o término en todos los seres, incluso el humano, no es más que una transformación, una disgregación de los átomos que los forman, átomos impercederos, cuyas repulsiones y afinidades son origen de todos los seres animados o inanimados.

Aunque Epicuro no admite una providencia directora, y menos aún dioses que de continuo se estén ocupando de lo que los seres humanos hacen, no es, sin embargo, ateo. Los dioses en el epicurismo gozan en su mansión de la perfecta tranquilidad a que el sistema filosófico aspira. Son como la representación ideal de la suma quietud. Las cosas de este mundo en nada les afectan, y en ningún caso se ocupan de ellas.

Aceptada esta explicación de la divinidad, natural era que el epicúreo Lucrecio clamara contra los dioses del paganismo, cuya intervención en los actos humanos, hasta en los más insignificantes, era continua; y sobre todo contra las supersticiones que tanto acibaraban la vida en la sociedad pagana.

Según Epicuro, el alma era material como el cuerpo, y mortal como él, aunque formada por átomos más tenues y sutiles. Para la humanidad no había otra vida que la de este

mundo, y la muerte como término de la lucha de las pasiones y de las dolencias corporales y espirituales, era un bien que, si no se había de procurar quebrantando las leyes de la naturaleza, tampoco se debía temer.

No desconoce Lucrecio que de esta física se deducen gravísimos problemas morales, y que si el hombre acaba con la muerte, el premio o castigo de sus acciones ha de estar en este mundo, y así lo proclama, asegurando que para el malvado están los suplicios y, cuando de ellos logra escapar, el roedor de su propia conciencia.

El entusiasmo del poeta por Epicuro es tan grande, que casi le proclama dios, y al lado de los demás filósofos le considera sol cuya luz obscurece la de los demás astros. Los principios de su doctrina los estima como infalibles, y las objeciones contra ellos las rechaza, sin dignarse discutirlos.

La idea de hacer un poema con materia tan árida, de explicar poéticamente lo que sólo se presta a demostraciones científicas, prueba el firme convencimiento del poeta y su deseo de infundirlo también en el ánimo de sus compatriotas y sobre todo de Memmio. Claramente lo manifiesta en el principio del libro IV, cuando dice:

Los sitios retirados del Pierio
Recorro, por ninguna planta hollados;
Me es gustoso llegar
a íntegras fuentes,
Y agotarlas del todo; y me da gusto,
Cortando nuevas flores,
rodearme
Las sienas con guirnaldas brilladoras,
Con que no hayan ceñido la cabeza
De vate alguno las divinas musas:
Primero porque enseñé cosas grandes
Y trato de romper
los fuertes nudos
De la superstición agobiadora;
Después, porque tratando las materias
De suyo obscuras con piería gracia,
Hago versos tan claros: ni me aparto
De la razón en esto,
a la manera
Que cuando intenta el médico a los niños
Dar el ajeno ingrato, se
prepara
Untándoles los bordes de la copa
Con dulce y pura miel, para que pasen
Sus
inocentes labios engañados
El amargo brebaje del ajeno,
Y la salud les torne a questo
engaño
Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo;
Así yo ahora, pareciendo austera
Y nueva y repugnante esta doctrina
Al común de los hombres, exponerte
Quise nuestro sistema con
canciones
Suaves de las Musas, y endulzarle
Con el rico sabor de poesía: ¡Si por fortuna
sujetar pudiera
Tu alma de este modo con enlabios
Armónicos, en tanto que penetras
El misterio profundo de las cosas
Y en tal estudio el ánimo engrandesces!
Poca confianza
debía tener Lucrecio en que el epicurismo en toda su pureza, como lo explicó su autor y como él lo comprendía, tuviese grande aceptación en Roma, y en que los romanos, más preocupados de la vida pública que de la privada, se avinieran de buen grado a cambiar de costumbres y a dedicarse a la filosófica contemplación de la naturaleza, cuando les compara con el niño enfermo a quien se engaña para darle la amarga medicina que ha de curar su dolencia.

La miel de la poesía era sin duda necesaria para convertir en partidarios de la filosofía del deleite, en el buen sentido de esta palabra, a los ciudadanos de los últimos turbulentos años de la república romana, y Lucrecio casi duda conseguir la conversión de su último amigo Memmio.

No era, en efecto, Memmio de los más inclinados por su vida y costumbres a despreciar los placeres y desdeñar los goces de la ambición satisfecha. Descendiente de una de las familias más ilustres, hijo y sobrino de insignes oradores y orador él mismo, desde muy joven intervino en los negocios públicos. Nombrado para gobernar la Bitynia, llevó con él al gramático Nicias y al poeta Catulo, siguiendo la costumbre de los personajes políticos de entonces, para quienes era a la vez útil y honroso contar entre sus allegados literatos de fama. A su vuelta a Roma le acusó César. Defendióse enérgicamente, prodigando las alusiones a las poco edificantes costumbres de su adversario. Acusador a su vez en no pocas ocasiones, quiso impedir el honor del triunfo a Lúculo, el vencedor de Mitrídates. fue cuestor y pretor, y llegó hasta pretender la dignidad de cónsul en

lucha con otros tres candidatos. Acusados él y sus contrincantes por emplear el soborno, todos fueron condenados a destierro, y desterrado murió.

Esto por lo que hace a la vida pública de Memmio; la privada no fue más tranquila ni más conforme con las predicaciones de Epicuro y de Lucrecio. Sus costumbres licenciosas tuvieron bastante resonancia para que se aluda a ellas en libros que han llegado a nosotros. Se sabe que pretendió a la esposa de Pompeyo, hija de César, y que ésta entregó a su marido la carta amorosa de Memmio; se tiene noticia de otro escándalo aún más ruidoso, el de no haberse podido celebrar una fiesta pública, que sin duda debía presidir Memmio, porque, según dice Cicerón en una de sus cartas a Ático, estaba ocupado en mostrar otros misterios a la mujer de M. Lúculo, y añade: «El nuevo Menelao, lo ha tomado a mal, y ha repudiado a su Helena.»

Cicerón le tacha también de perezoso, diciendo de él: «este orador ingenioso y de frase seductora, esquiva la molestia de hablar y hasta la de pensar.» Amante de la literatura y del arte griego, como lo eran entonces todos los romanos que presumían de cultos, en Atenas, donde se refugió cuando el destierro, cultivó también la poesía, y sus versos, si no brillaban por la inspiración, abundaban en licencias, no siempre poéticas.

Tal era el personaje a quien quiso convertir Lucrecio al epicurismo, y que, si adoptó esta doctrina, fue en el sentido de los que entendían la filosofía del deleite, no como Lucrecio y Epicuro, sino como sistema que autorizaba la satisfacción de vicios y pasiones.

- III -

Tan grande es el entusiasmo de Lucrecio por la doctrina de Epicuro y tan profundo el deseo de convencer a los demás de su certeza, que constantemente acude a su razón y a su ingenio para exponer poéticamente un asunto refractario a la poesía.

Si con tanta pasión expone un sencillo tratado de física, no es tanto por amor a la ciencia como por las deducciones que de ella hace.

La base de la física de Epicuro consiste, como ya hemos dicho, en que el universo es eterno y la materia de que está formado se deshace y rehace por virtud de combinaciones de átomos y conforme a leyes naturales preexistentes. Los fenómenos de la naturaleza tienen por este sistema, a juicio de los epicúreos, una explicación racional, y la intervención en ellos de los dioses del paganismo, origen de toda clase de supersticiones y terror de las almas, cae por tierra. Esto es lo que extingue el miedo a los poderes celestiales, lo que devuelve la paz a los espíritus perturbados, lo que entusiasma a Lucrecio, lo que le infunde tan poderoso aliento para propagar su doctrina, lo que trasciende en todo el poema de La Naturaleza.

Ciertamente el materialismo de Lucrecio es contrario a todos los cultos; pero sus ataques son contra el paganismo y no contra las doctrinas espiritualistas, que desconocía. Pone un error frente a otro error, un materialismo científico frente a un materialismo religioso, y si en sus afirmaciones no podían seguirle los doctores del cristianismo, de sus argumentos contra la religión pagana más de una vez se valieron. Además, ni Epicuro ni Lucrecio niegan en absoluto la existencia de un poder divino; lo que hacen es negarle su intervención en los actos de la naturaleza y de la humanidad. Lucrecio lo explica claramente diciendo:

Pues la naturaleza de los dioses Debe gozar por sí con paz profunda De la inmortalidad; muy apartados De los tumultos de la vida humana, Sin dolor, sin peligro, enriquecidos Por sí mismos, en nada dependientes De nosotros; ni acciones virtuosas Ni el enojo y la cólera les mueven. Podrá asegurarse que este poder ocioso es perfectamente

inútil, pero no peor que la falange de dioses del paganismo con intervención perpetua y caprichosa en los actos humanos.

Pero empieza Lucrecio su poema entonando un himno a Venus tan naturalmente inspirado, que no puede creerse sea servil imitación de las acostumbradas invocaciones a la divinidad puestas al frente de esta clase de monumentos literarios. Para algunos es una flagrante contradicción del poeta enemigo de los dioses; para otros una hábil concesión hecha a las supersticiones populares; para Mr. Martha, que ha escrito un excelente estudio de Lucrecio y su poema (1) «no hay en esta invocación ni inconsecuencia, ni engaño, ni desfallecimiento de la propia incredulidad. Venus es para Lucrecio el símbolo de la generación, el poder fecundo de la naturaleza, que propaga y conserva la vida en el mundo, y bien podía Lucrecio cantar esta Venus universal sin contradecirse, puesto que en todo su poema había de ser objeto de su culto filosófico. El poeta proclama, al comenzar, uno de los principios más importantes de su sistema, y a poco que se levante el velo de la alegoría y se investigue el oculto sentido de esta personificación divina, advertirase que las bellas imágenes inspiradas en el culto nacional encubren una profesión de fe y un dogma fundamental de la filosofía epicúrea.»

Fuerza da a esta opinión el hecho de seguir al himno a Venus y al elocuente ruego para que ponga término a las sangrientas guerras civiles de los romanos, la declaración de fe materialista que contienen los siguientes versos:

.....Serán materia de mi canto
La mansión celestial, sus moradores;
De qué principios la naturaleza
Forma todos los seres; cómo crecen,
Cómo los alimenta y los deshace
Después de haber perdido su existencia;
Los elementos que en mi obra llamo
La materia y los cuerpos genitales,
Y las semillas, los primeros cuerpos,
Porque todas las cosas nacen de ellas.
El elogio de Epicuro que sigue a esta profesión de fe materialista fúndase principalmente en haber osado este filósofo levantar la vista hacia las mansiones celestiales y declarar guerra sin tregua al fanatismo que de ellas venía a oprimir la vida humana. No es el entusiasmo por el descubrimiento de verdades científicas lo que inspira a Lucrecio; es el entusiasmo por haber vencido las supersticiones del paganismo. Oigamos lo que de Epicuro dice:

El valor extremado de su alma
Se irrita más y más con la codicia
De romper el primero los recintos
Y de Natura las ferradas puertas,
La fuerza vigorosa de su ingenio
Triunfa y se lanza más allá los muros
Inflamados del mundo, y con su mente
Corrió la inmensidad, pues victorioso
Nos dice cuáles cosas nacer pueden,
Cuáles no pueden, cómo cada cuerpo
Es limitado por su misma esencia:
Por lo que el fanatismo envilecido
A su voz es hallado con desprecio.
¡Nos iguala a los dioses la victoria!
Bien se ve que no es la física de Demócrito,
Tomada por Epicuro como arma de combate
Contra la perniciosa influencia de la religión pagana
En las costumbres públicas y privadas,
Sino la victoria contra esta influencia,
El triunfo de ideas y sentimientos irreligiosos
Lo que a juicio de Lucrecio iguala a los hombres con los dioses.

Supone Lucrecio en su maestro una ira contra el fanatismo pagano que ni de los escritos que de Epicuro quedan, ni de lo que se sabe de su tranquila existencia y morigeradas costumbres puede deducirse. El iracundo es Lucrecio, y se explica la calma del filósofo griego y el arrebatado del poeta romano, por el distinto carácter del paganismo en Grecia y Roma. Entre los griegos era esta religión casi una leyenda poética, porque los poetas adornaban a los dioses con nuevos atributos siempre que acomodaba a su fantasía. No era sin duda el Olimpo mansión de buena vida y costumbres; pero tampoco aterrorizaba a los fieles con la amenaza de terribles e inmediatos dolores. El culto tributado a los dioses del paganismo griego, símbolos de las grandes fuerzas naturales y de las pasiones

humanas, era un culto agradable y simpático, pues las ceremonias religiosas convertíanse en fiestas populares.

La incredulidad no tenía motivo para encolerizarse contra deidades que sufrían con paciencia o indiferencia las negaciones de los filósofos y las burlas de los satíricos. Pero el paganismo en Roma tenía otro carácter. Con los pueblos vencidos habían ido a la ciudad eterna sus dioses y sus cultos, y con dioses y cultos las supersticiones más extravagantes y hasta las más odiosas. Tales dioses, interviniendo en todos los actos de la vida civil y doméstica, dioses sin bondad ni justicia, ni seriedad, que vengativos o crueles entreteníanse en mortificar a los hombres, a veces por puro capricho, debían ser odiados por todas las almas elevadas, y de aquí que la impiedad de Lucrecio sea más violenta que la de Epicuro, y que su fanatismo científico parezca inspirado por una especie de venganza personal contra las supersticiones de sus compatriotas.

Añádase a esto lo poco que los romanos atendían a la religión durante el agitado período de las guerras civiles, cuando Lucrecio escribía su poema, y en rigor, siendo los dioses tan indiferentes a los males de la patria, motivo tenía el pueblo de Roma para cuidarse de ellos lo menos posible, y razón había para que la incredulidad creciese. La protesta contra los dioses en los infortunios públicos y privados era tan frecuente en la antigüedad, que se lee hasta en las obras de los escritores menos impíos.

Y no se crea que el escepticismo religioso de la parte más culta de la sociedad romana, de aquélla que más fácilmente podía leer la obra de Lucrecio, excusaba a éste de la vehemencia con que anatematiza las supersticiones, porque frecuentemente, ante las contrariedades de la vida, volvían a incurrir en aquéllas los mismos que se burlaban antes del Olimpo y sus dioses. Lucrecio pretende, pues, con toda la energía de un espíritu convencido, librar a sus compatriotas de la pesada servidumbre religiosa, diciéndoles que las supersticiones han sido causa de crímenes, como lo eran los sacrificios humanos para conseguir de los dioses, lo que éstos no podían hacer; porque ni el mundo es creación de ellos ni de ellos depende lo que en la naturaleza sucede conforme a leyes fijas y preexistentes, leyes físicas de cuya exposición se vale para destruir la terrible fantasmagoría de la religión pagana, sin cuidarse de que aniquila un error por medio de otro, de que arroja de los altares los ídolos, no a nombre de las ideas espiritualistas de Anaxágoras y Platón sino al de un tristísimo y desconsolador materialismo.

Para Lucrecio, el origen de las religiones es el terror que al hombre inspiran los fenómenos naturales. La humanidad no sabía explicarlos sino atribuyéndolos a un poder sobrenatural, a un poder divino; explicados estos fenómenos, como él cree que lo están, por medio del sistema físico de Epicuro, las religiones no tienen base ni razón de ser. Pero mientras el terror religioso dura, el alma humana no podrá vivir en paz ni gozar las dulzuras de una existencia tranquila. Así se comprende que, al atacar a los dioses, lo hiciera Lucrecio en defensa de su propio reposo y con todo el vigor de quien defiende lo que le es más caro, tanto que el miedo a que atribuye la religión, es el que produce su incredulidad.

Lucrecio, sin embargo, no es ateo. Admite y proclama, como su maestro Epicuro, divinidades; pero colocándolas tan apartadas de este mundo y tan ajenas a lo que en él pasa, que no exigen ni adoración ni templos. En verdad, nada hay que pedir a quien nada ha de dar. Lucrecio, como Epicuro, niegan la existencia de las divinidades con pasiones humanas del paganismo; pero no la providencia de Sócrates, ni la de los estoicos, ni que haya una potestad divina única y universal, sino que ésta se encuentre fraccionada entre distintos dioses que, ejerciendo un poder mezquino, injusto y caprichoso, atormentan a la humanidad.

La teología de Epicuro y Lucrecio es sin duda inaceptable; pero más inaceptable es la del paganismo, y siempre tendrá aquélla el mérito de haber servido para combatir errores ya manifiestos y reducir el problema de la vida del universo a los términos precisos de hacerla depender de un poder divino creador y director, o de un ciego e inconsciente mecanismo.

El sentimiento universal y la ciencia rechazan que todo dependa de casual atracción o repulsión de los átomos, pero no debe olvidarse que, conforme con los móviles de la doctrina epicúrea, el sentimiento universal rechaza también los poderes ocultos, dañinos y ridículos que dictaban su voluntad a los hombres por medio de los oráculos y los augures; que la religión verdadera combate, como Epicuro y Lucrecio, las supersticiones paganas cuando en cualquier forma renacen, y que la ciencia moderna ha progresado cuando, conforme a la doctrina epicúrea, creyó en las leyes invariables del universo.

- IV -

Asunto capital del libro tercero del poema La Naturaleza es el gran problema de la vida futura. Lucrecio expone en él todos los argumentos de los antiguos materialistas para demostrar que no hay más vida que la de este mundo; que en ella encuentran los actos humanos premio o castigo, y por tanto suprime y niega en absoluto el infierno, combatiendo el instintivo temor a la muerte, que es, según dice, un bien, porque conduce al eterno reposo, a la perfecta tranquilidad, y nos libra de las penalidades de este mundo. La fe y el entusiasmo con que predicaban los espiritualistas la esperanza en una vida futura, vida que para el justo es de perpetua dicha, la emplea Lucrecio, en sostener que siendo el alma material como el cuerpo, con él perece, y que el destino del hombre se cumple en la tierra.

Téngase en cuenta, para juzgar este famoso libro tercero, arsenal de donde sacaron sus argumentos los materialistas del siglo XVIII, cuáles eran las ideas predominantes en la antigüedad acerca del alma y de la vida futura. Excepción hecha de las doctrinas de Pitágoras y de Platón, las escuelas filosóficas y las religiones de la antigüedad proclamaban el principio de la materialidad del alma, y a lo más concedían que fuese de materia incorruptible. Lucrecio, pues, acepta una doctrina generalmente admitida, y deduce de ella la consecuencia lógica de que el alma perece con el cuerpo, y el ser humano se extingue en este mundo como todos los demás seres, obedeciendo a la ley universal de la transformación de la materia.

La idea de la vida futura en la antigüedad era vaga y confusa, y para los filósofos romanos resultaba una especie de privilegio en favor de las clases ilustradas. En éstas ningún crédito tenía el infierno del paganismo pintado por los poetas de acuerdo con una religión interesada en mantener las supersticiones populares, y Cicerón y Séneca censuran a los epicúreos por perder el tiempo en combatir lo que nadie defendía. Además, los cuadros de desolación y de miseria que para condenados y justos ofrecía el paganismo en la vida futura, más bien eran causa de terror que de esperanza en la divina justicia, y difícilmente podían aceptarse como base de moral pública y privada. Los tipos fabulosos que expían sus maldades en el Averno, no resultan víctimas de la justicia, sino de la venganza de los dioses, vencidos en su intento de lucha contra las divinidades. La especie de inmortalidad admitida por algunos filósofos para los hombres célebres no llegaba al vulgo, privado de premio o castigo en la vida futura, que para él era eterna y oscura noche de miserias y sufrimientos. Así se comprende que Lucrecio estime esta vida futura causa de espanto, y diga

Con toda violencia extirparemosDe raíz aquel miedo de AqueronteQue en su origen la humana vida turba.Pero si esta vida futura era poco halagüeña para el vulgo, respondía en cierto modo a las aspiraciones del alma humana, no satisfecha de su peregrinación en este mundo ni convencida de que debe volver a la nada. Lucrecio encuentra una supervivencia que es continuación de las aflicciones terrenales, encuentra también el miedo al aniquilamiento absoluto del hombre con la muerte, y combate la vida futura: y combate este miedo proclamando que con la muerte acaba todo y que la muerte es un bien supremo, por ser el término de las desdichas humanas.

Ni Lucrecio ataca las ideas espiritualistas de Platón, de las cuales prescinde, ni las creencias del vulgo, de largo tiempo atrás desacreditadas. Sus argumentos van dirigidos a la masa social que ni alcanza las sublimidades de la filosofía, ni cree en las supersticiones vulgares; pero que no ha substituido, con otras creencias las perdidas, y dudosa e insegura, acude como refugio, en las tribulaciones de la vida, a una religión que no satisface su sentimiento ni su conciencia. Para tranquilizar estos espíritus vacilantes y, en bien suyo, según asegura, expone Lucrecio los razonamientos contra el temor a la muerte y contra la vida futura.

No debe perderse de vista que si, conforme a nuestra moral religiosa, el temor a la vida futura es saludable, porque en ella ha de encontrarse el premio o el castigo, y de tal suerte dicha vida alienta la virtud y contiene el pecado, la idea de una supervivencia ajena a toda regla de justicia, supervivencia temerosa para justos y malvados, necesariamente corrompía las costumbres; porque no encontrando los hombres fuera de este mundo premio a su abnegación y a sus sacrificios, procuraban satisfacer aquí sus pasiones, y codiciaban la riqueza y los honores, sin cuidarse de los medios para lograrlos, y apelando hasta a los más reprobados procedimientos. Cuanto más temían a la muerte, después de la cual nada grato esperaban, mayor era su anhelo por los placeres de la vida. Sin hacer esta distinción esencial; sin advertir la inmensa diferencia que existe entre la vida futura, según la moral cristiana y la del paganismo, no se comprenderán bien los argumentos de Lucrecio contra una supervivencia sin justicia, que tan funestas pasiones engendraba en esta vida.

Las ideas materialistas de Lucrecio, fundadas en ser el alma corpórea y sufrir las mismas vicisitudes que el cuerpo, nada valen frente al espiritualismo moderno; pero contra las preocupaciones y supersticiones antiguas, tienen fuerza incontrastable. Una de éstas, nacida sin duda de la creencia instintiva en la inmortalidad del alma, era la de la prolongación de la vida dentro del sepulcro, y el temor a los sufrimientos en esta silenciosa existencia, si no se habían cumplido los ritos fúnebres, temor disipado por la doctrina epicúrea de Lucrecio, según la cual la muerte era la insensibilidad absoluta del cuerpo y del alma, no debiendo preocuparse nadie de lo que ha de sucederle después de la muerte, que para el epicurismo es un sueño eterno. No admitiendo este sistema una causa ordenadora del universo, naciendo por acaso, y muriendo lo mismo, ni cabe en él conformarse con la voluntad divina, ni resignarse, como los estoicos, que también negaban la inmortalidad del alma, a una ley suprema, a un orden establecido por los dioses.

Verdad es que entre los epicúreos desempeña a veces la naturaleza el papel de divinidad creadora y ordenadora; porque la idea de una causa primera tiene tan profundas raíces en el entendimiento humano, que se abre paso aun a través del poema materialista de Lucrecio.

La Naturaleza, pues, censura a los hombres el temor a la muerte en los siguientes versos, que contienen toda la moral del libro tercero:

Si de repente, en fin, la voz alzaraNaturaleza, y estas reprecionesA cualquier de nosotros dirigiera;«¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas tanto?¿Por qué te das a llanto

desmedido? ¿Por qué gimes y lloras tú la muerte? Si la pasada vida te fue grata, Si como en vaso agujereado y roto No fueron derramados tus placeres, E ingrata pereció tu vida entera, ¿Por qué no te retiras de la vida Cual de la mesa el convidado, ahíto; ¡Oh necio! y tomas el seguro puerto Con ánimo tranquilo? Si, al contrario, Has dejado escapar todos los bienes Que se te han ofrecido, y si la vida Te sirve de disgusto, ¿por qué anhelas Multiplicar los infelices días Que en igual desplacer serán pasados? ¿Por qué no pones término a tus penas Y a tu vida más bien? Pues yo no puedo Inventar nuevos modos de deleite Por más esfuerzos que haga: siempre ofrezco Unos mismos placeres: si tu cuerpo No se halla aún marchito con los años Ni tus ajados miembros se consumen, Verás, no obstante, los objetos mismos, Aun cuando en tu vivir salgas triunfante De los futuros siglos, y aunque nunca A tu vida la muerte sujetare.» ¿Qué responder a la naturaleza, Si no que es justo el pleito que nos pone Y es clara la verdad de sus palabras? Mas si sumido alguno en la miseria Al pie de su sepulcro se lamenta, ¿No será su clamor mucho más justo Y nos reprenderá con voz robusta? «Vete de aquí, insensato, con tus llantos; No me importunes más con tus quejidos»: A este otro, empero, que los años rinden, Que en sus últimos días aún se queja: «¡Insaciable, dirá, tú, que has gozado De todos los placeres de la vida, Aún te arrastras en ella! Consumido En los deseos del placer ausente, Despreciaste el actual, y así tu vida, Se deslizó imperfecta y disgustada, Y sin pensarlo se paró la muerte En tu misma cabeza, antes que lleno Y satisfecho de la vida puedas Retirarte: la hora es ya llegada: Deja tú mis presentes; no son propios De la edad tuya: deja resignado Que gocen otros, como es ley forzosa.» Con razón, a mi ver, reprendería, Y con razón se lo echaría en cara, Porque a la juventud el puesto cede La vejez ahuyentada, y es preciso Que unos seres con otros se reparen: Ninguna cosa cae en el abismo Ni en el Tártaro negro: es necesario Que esta generación propague otra; Muy pronto pasarán amontonados, Y en pos de ti caminarán: los seres Desaparecerán ahora existentes, Como aquéllos que hubiesen precedido. Siempre nacen los seres unos de otros, Y a nadie en propiedad se da la vida; El uso de ella es concede a todos. Después de proclamar con tanta energía la ley de la renovación universal en virtud de la cual la muerte es indispensable para crear nuevos seres, Lucrecio procura borrar de la mente de sus conciudadanos la idea de una segunda vida que, cual la presentaba el paganismo, más servía de terror que de consuelo. Para Lucrecio, los suplicios del infierno pagano son representaciones simbólicas de las pasiones humanas que en este mundo encuentran su castigo. Nuestras pasiones y nuestros vicios en ellas mismas llevan la pena, y el infierno lo tenemos en nuestra propia conciencia. Prescindiendo de las conclusiones del poeta contra la vida futura, la idea de que el castigo es inseparable de la falta tiene un profundo sentido moral, y de ella y del consejo para consolar a los temerosos de la muerte, de que recuerden que ningún hombre, por grande que haya sido, dejó de cumplir esta ley de la naturaleza, se han valido no pocos insignes moralistas, que no pueden ser tachados de materialistas ni de panteístas.

Para apartar de la imaginación el miedo a la muerte, y tan entusiasmado con la esperanza de llegar a la nada, como a otros entusiasma la idea de la inmortalidad, recomienda Lucrecio a los que temen el fin de su vida el estudio de la naturaleza, que nos enseña de donde venimos y a dónde vamos, produciendo en el ánimo el convencimiento del destino humano, con el cual pueden y deben afrontarse serenamente las adversidades de esta vida pasajera.

Ni el vulgo de los epicúreos, ni aun las personas distinguidas de la secta, amaban con tanta vehemencia pensar a toda hora en las tristes últimas consecuencias de la doctrina epicúrea; pero Lucrecio era un sectario convencido, incapaz de retroceder ante ningún resultado, por desolador que fuese.

- V -

Lejos de ser fatalista, afirma Lucrecio de un modo resuelto la libertad humana, y en esta afirmación se fundan los principios de moral que hallamos, no formando un cuerpo de doctrina, sino diseminados en el poema.

Condena, pues, el desbordamiento de las pasiones, tan contrario a la salud del cuerpo y tranquilidad del espíritu a que debe aspirar todo buen epicúreo, y entre las que merecen su agria censura descuellan en primer término la ambición y el amor.

Nada tan opuesto a la impasibilidad a que debe aspirar el sabio, según Epicuro, como los impulsos de la ambición, la vida agitada de la política, la lucha constante y desapoderada por arrebatarse el poder público a quien lo ejerce; por defenderlo, una vez conquistado. Lucrecio tenía a la vista las sangrientas consecuencias de estas luchas, pues vivió en el período más turbulento de la república romana, y sus anatemas contra los ambiciosos tienen la viveza y la vehemencia que sólo puede inspirar a un alma apasionada el horror del mal presente, el tristísimo espectáculo de ver a la patria desgarrada por sus propios hijos. Como los estoicos más severos condena Lucrecio el inmoderado deseo de riquezas, de honores, de fama, que turba la paz de los hombres y de los pueblos.

La misma energía con que describe los estragos de la ambición la emplea Lucrecio en pintar los del amor, como si al convencimiento del filósofo uniera la triste experiencia del que ha sido víctima de ambas pasiones.

«Lucrecio, dice Mr. Martha en su libro antes citado, nos presenta las miserias y vergüenzas del amor en corto número de versos que condensan cuanto sobre este asunto han podido decir, como tristemente cierto, los moralistas antiguos y modernos. Me atrevo a asegurar que en ninguna literatura se encontrará un cuadro que en su breve y enérgica sencillez sea más perfecto, de un sentimiento más intenso y de frases más profundas y trascendentales. Para comprenderlo bien es preciso figurarse cuáles eran los sentimientos antiguos y romanos; el desdén a la mujer, el desprecio a cuanto llamamos galantería, la indignación cívica contra el lujo y las modas extranjeras griegas u orientales, el respeto a la fortuna paterna, que no se debía malgastar en locuras, y a la dignidad del ciudadano, quien debía dedicarse a viriles ocupaciones; todos estos sentimientos los expresan en rápidas y enérgicas frases los siguientes versos»:

Agrega a los tormentos que padecen
Sus fuerzas agotadas y perdidas,
Una vida pasada en servidumbre,
La hacienda destruida, muchas deudas,
Abandonadas las obligaciones,
Y vacilante la opinión perdida:
Perfumes y calzado primoroso
De Scion que sus plantas hermosea;
Y en el oro se engastan esmeraldas
Mayores y de verde más subido,
Y se usan en continuos ejercicios
De la Venus las telas exquisitas,
Que en su sudor se quedan empapadas;
Y el caudal bien ganado por sus padres
En cintas y en adornos es gastado:
Lo emplean otras veces en vestidos
De Malta y de Scio: le disipan
En menaje, en convites, en excesos,
En juegos, en perfumes, en coronas,
En las guirnaldas, pero inútilmente;
Porque en el manantial de los placeres
Una cierta amargura sobresalta,
Que molesta y angustia entonces mismo;
Bien porque acaso arguye la conciencia
De una vida holgazana y desidiosa
Pasada en ramerías; o bien sea
Que una palabra equívoca tirada
Por el objeto amado, como flecha,
Traspasa el corazón apasionado
Y toma en él fomento como fuego;
O bien celoso observa en sus miradas
Distracción hacia él mirando a otro,
O ve en su cara risa mofadora.
No censura Lucrecio los excesos de la pasión amorosa a nombre de la virtud, sino por lo que perturban la tranquilidad del espíritu, y de aquí que recomiende como remedio una prudente inconstancia. Tampoco comprende en sus

anatemas el amor puro y constante, el amor en el matrimonio, que para el poeta es el origen del primer contrato social.

- VI -

El mérito de Lucrecio en la parte científica de su poema didáctico consiste en haber sido uno de los primeros romanos que se ocuparon de la ciencia en forma especulativa; pero en el fondo, todo el sistema físico que expone es el de Epicuro, parafraseándolo para hacerlo más comprensible.

Este sistema, compuesto de hipótesis, acertadas y erróneas, tiene el defecto capital y común a los sistemas científicos en la antigüedad de no haberse formado, procediendo del estudio de los fenómenos, a la investigación de las causas, sino determinando éstas más o menos caprichosamente, y explicando aquéllos conforme a las causas imaginadas.

Epicuro adopta la teoría atómica de Demócrito; para él todo depende de las atracciones o repulsiones de los átomos que forman el universo, que, constituyen en el hombre su cuerpo y alma. Este sistema es, sin duda, un progreso científico, en cuanto explica más o menos felizmente los fenómenos de la naturaleza, no por la voluntad de los dioses, sino como resultado de leyes naturales; pero sus consecuencias morales son peligrosas, y explican que la física epicúrea haya tenido en tiempos relativamente modernos partidarios apasionados y desdenosos contradictores, según se la estime por sus principios científicos o por sus conclusiones irreligiosas.

No es de admirar que Lucrecio, siguiendo a su maestro Epicuro, se equivoque en problemas tan arduos como el de las causas finales, el de la formación del hombre, el del origen de las ideas; problemas mucho más debatidos en tiempos recientes que lo fueron en la antigüedad, y que en todas las épocas ha procurado, inútilmente, resolver la ciencia. En cuestiones de menos dificultad, como por ejemplo, la explicación del sueño, se pone en evidencia el erróneo método de la física antigua, que hasta pretende explicar fenómenos imaginarios, como el de la causa del miedo que el gallo inspira al león, porque de aquél salen átomos que, ofendiendo las pupilas de la fiera, la acobardan. Hipótesis fantásticas como ésta, producidas por la falta de observación, abundan en la antigüedad. Menos perdonables son en Epicuro los errores astronómicos, porque la astronomía estaba en su tiempo mucho más adelantada de como él la expone. Pero Epicuro, se valía de las ciencias exactas, no como fin, sino como medio para demostrar su sistema filosófico del indiferentismo, que había de producir la paz del espíritu, y si adoptó la física de Demócrito, fue porque, dando origen material al universo, suprimía la intervención divina y con ella el fanatismo religioso, librando al hombre de supersticiones que perturbaban su alma. Lo mismo hizo Lucrecio, importándole poco cualquier explicación de los fenómenos de la naturaleza, con tal de que en éstos sea innecesaria la intervención de los dioses.

Del desdén de los epicúreos por el cultivo de las ciencias participa Lucrecio, y da pruebas de ello en no pocos pasajes de su poema, como por ejemplo, cuando rechaza la opinión favorable a la existencia de los antípodas; pero en cambio, no pocas veces expone grandes descubrimientos. La teoría atómica, tan parecida a la moderna teoría molecular, fue, como ya hemos dicho, un enorme adelanto para la física. Según ella, el espacio era infinito y está poblado de mundos. Admite la existencia del vacío, porque sin él la constante movilidad de los átomos sería imposible, y llama la atención la exactitud con que Lucrecio explica algunas leyes naturales, como la de que en el vacío no influye la pesantez de los cuerpos, y pesados y ligeros caen con igual celeridad, o al

hablar de las tempestades, la diferente rapidez con que llega a nosotros la luz y el sonido.

No son menos notables los conocimientos fisiológicos que Lucrecio demuestra en su poema, y también muy dignos de atención sus presentimientos acerca de la formación del mundo, de los animales antediluvianos y de las especies que han desaparecido, enunciando la lucha por la existencia, fundamento de la teoría de la selección natural de Darwin.

La historia del universo y del hombre está expuesta en el quinto libro del poema, entremezclada con los grandes problemas de la física, de la religión y de la moral, que trata el autor con un atrevimiento y una confianza en su acierto verdaderamente admirables. En la parte física sigue con docilidad los preceptos de su maestro. Respecto a la primitiva vida del hombre en el mundo y al principio de la civilización y de las sociedades, sus ideas son más originales, si bien en cuanto a la organización social, civil y política, a la aparición del poder público y al origen de la propiedad, se limita a generalizar la primitiva historia de Roma, aplicándola a la humanidad entera.

Domina en todo el poema La Naturaleza un sentimiento de tristeza que nace de la índole de la filosofía epicúrea. La apatía, la indiferencia, consideradas como base de una vida tranquila y feliz, apaga todas las actividades del espíritu; y si a esto se añade la creencia de Lucrecio en el próximo fin del mundo, compréndese, que estas ideas de desolación y muerte, sin esperanza alguna en mejor vida futura, den un tinte sombrío a la inspiración del gran poeta para quien el mundo, formado por casuales contactos de átomos, y la humanidad víctima constante de sus pasiones, están cercanos a desaparecer, confundidos en la ciega, continua y tumultuosa agitación de los átomos.

Libro primero

Engendradora del romano pueblo, ¡Placer de hombres y dioses, alma Venus: Debajo de la bóveda del cielo, Por do miran los astros resbalando, Haces poblado el mar, que lleva naves, Y las tierras fructíferas fecundas; Por ti todo animal es concebido Y a la lumbre del sol abre sus ojos; De ti, diosa, de ti los vientos huyen; Cuando tú llegas, huyen los nublados; 10 Te da suaves flores varia tierra; Las llanuras del mar contigo ríen, Y brilla en larga luz el claro cielo. Al punto que galana primavera La faz descubre, y su fecundo aliento Robustece Favonio desatado, Primero las ligeras aves cantan Tu bienvenida, diosa, porque al punto Con el amor sus pechos traspasaste: En el momento por alegres prados 20 Retozan los ganados encendidos, Y atraviesan la rápida corriente: Prendidos del hechizo de tus gracias Mueren todos los seres por seguirte Hacia do quieres, diosa, conducirlos; Por último, en los mares y en las sierras, Y en los bosques frondosos de las aves, Y en medio de los ríos desbordados, Y en medio de los campos que verdecen, El blando amor metiendo por sus pechos, 30 Haces que las especies se propaguen. Pues como seas tú la soberana De la naturaleza, y por ti sola Todos los seres ven la luz del día, Y no hay sin ti contento ni belleza, Vivamente deseo me acompañes En el poema que escribir intento De la naturaleza de las cosas, Y dedicarle a mi querido Memmio, A quien tú, diosa, engalanar quisiste 40 En todo tiempo con sublimes prendas: Da gracia eterna, diosa, a mis acentos. Haz que entretanto el bélico tumulto Y las fatigas de espantosa guerra Se suspendan por tierras y por mares; Porque puedes tú sola a los humanos Hacer que gusten de la paz tranquila; Puesto que las batallas y combates Dirige Marte, poderoso en armas, Que arrojado en tu seno placentero, 50 Consumido con llaga perdurable, La vista en ti clavada, se reclina, Con la boca entreabierta, recreando Sus ojos de amor ciegos en ti, diosa, Sin respirar, colgado de tus labios. Ya que descansa en tu sagrado

cuerpo,Inclinándote un poco hacia su boca,Infúndele tú, diosa, blando acento:Íclita medianera de las paces,Pídesela en favor de los romanos;60Porque no puedo consagrarme al cantoEntre las guerras de la patria mía,ni puedo yo sufrir que el noble MemmioSu defensa abandone por oírme.Óyeme, Memmio, tú con libre oído,Y sin cuidados al saber te entrega:No desprecies mis dones, trabajadosEn honra tuya con sincero afecto,Sin penetrar primero en lo que digo:Porque serán materia de mi canto70La mansión celestial, sus moradores;De qué principios la naturalezaForma todos los seres, cómo crecen,Cómo los alimenta y los deshaceDespués de haber perdido su existencia:Los elementos que en mi obra llamoLa materia y los cuerpos genitales,Y las semillas, los primeros cuerpos,Porque todas las cosas nacen de ellas.Pues la naturaleza de los dioses80Debe gozar por sí con paz profundaDe la inmortalidad: muy apartadosDe los tumultos de la vida humana,Sin dolor, sin peligro, enriquecidosPor sí mismos, en nada dependientesDe nosotros; ni acciones virtuosasNi el enojo y la cólera les mueven.Cuando la humana vida a nuestros ojosOprimida yacía con infamiaEn la tierra por grave fanatismo,90Que desde las mansiones celestialesAlzaba la cabeza amenazandoA los mortales con horrible aspecto,Al punto un varón griego osó el primeroLevantar hacia él mortales ojosY abiertamente declararle guerra:No intimidó a este hombre señaladoLa fama de los dioses, ni sus rayos,Ni del cielo el colérico murmullo.El valor extremado de su alma100Se irrita más y más con la codiciaDe romper el primero los recintosY de Natura las ferradas puertas.La fuerza vigorosa de su ingenioTriunfa y se lanza más allá los murosInflamados del mundo, y con su menteCorrió la inmensidad, pues victoriosoNos dice cuáles cosas nacer pueden,Cuáles no pueden, cómo cada cuerpoEs limitado por su misma esencia:110Por lo que el fanatismo envilecidoA su voz es hallado con desprecio;¡Nos iguala a los dioses la victoria!Mas temo mucho en esto que te digoPienses acaso no te dé leccionesDe impiedad, enseñándote el caminoDe la maldad: por el contrario, ¡oh Memmio!De acciones execrables y malvadasFue causa el fanatismo muchas veces:A la manera que en Aulide un tiempo120El altar de Diana amancillaronTorpemente en la sangre de IfigeniaLa flor de los caudillos de los griegos,Los héroes más famosos de la tierra:Después que rodearon la cabezaDe la doncella con fatales cintas,Que por ambas mejillas la colgaban:Cuando vio que su padre entristecidoEstaba en pie del lado de las aras,Y junto a él tapando los ministros130El cuchillo, y que el pueblo derramabaEn su presencia lágrimas a mares;Muda de espanto, la rodilla en tierraComo una suplicante desgraciada,No la valía en tan fatal momentoHaber dado al monarca la primeraDe padre el nombre; porque arrebatadaPor varoniles manos, y temblando,Fue llevada al altar, no como hubieraEn himeneo ilustre acompañada140Ido a las aras con solemne rito;Antes, doncella, en el instante mismoDe sus bodas cayese degolladaA manos de su padre impuramente,Como infelice víctima inmoladaPara dar a la escuadra buen suceso;¡Tanta maldad persuade el fanatismo!De aterradores cuentos fatigadoReferidos por todos los poetas,Quizá huirás de mí también tú, Memmio,150Juzgándome inventor de sueños vanosQue sin cesar toda tu vida agiten,Y el temor emponzoñe tu ventura.Y con razón; pues si los hombres viesesQue cierto fin tenían sus desdichas,En alguna manera se armarían,Resistirían contra el fanatismoY amenazas terribles de poetas:Pero no hay medio alguno de hacer frente,Porque se han de temer eternas penas160Más allá de la muerte; no sabemosCuál es del alma la secreta esencia:Si nace, o si al contrario, se insinúaAl nacer en el cuerpo, y juntamenteMuere ella con nosotros; si del OrcoCorre vastas lagunas tenebrosas;Si por orden divina va pasandoDe cuerpo en cuerpo de los otros brutos,Como cantó nuestro Ennio, que el primeroDe las cumbres amenas de Elicona170Trajo guirnalda de verdor perenneQue las gentes latinas ensalzaron:A pesar de que en versos inmortalesEnnio afirmó los infernales templos,En los que ni los

cuerpos, ni las almas, Sino unos macilentos simulacros De figura espantable sólo habitan: Dice que allí del inmortal Homero La sombra vio, que se deshizo en llanto, Y los arcanos del saber le expuso. 180 Por lo que antes que entremos en disputa De las cosas de arriba, y expliquemos Del sol y de la luna la carrera; Cómo en la tierra se produce todo; Principalmente con sagaz ingenio Del ánimo y del alma los principios Constitutivos es bien indaguemos: Y por qué los objetos que hemos visto En la dolencia asustan, y en el sueño, De modo que parece contemplamos 190 Y hablamos cara a cara con los muertos, Abrazando la tierra ya sus huesos. No se me oculta que en latinas voces Es difícil empresa el explicarte Los inventos oscuros de los griegos, Principalmente cuando la pobreza De nuestra lengua, y novedad de objeto Harán que forme yo vocablos nuevos: Pero tu virtud, Memmio, sin embargo, Y el placer cierto de amistad suave 200 Me inducen a sufrir cualquier trabajo Y a velar en la calma de las noches, Buscando de qué modo y de qué verso Pueda en tu mente derramar las luces Que todos los secretos te descubran. Preciso es que nosotros desterremos Estas tinieblas y estos sobresaltos, No con los rayos de la luz del día, Sino pensando en la naturaleza. Por un principio suyo empezaremos: 210 Ninguna cosa nace de la nada; No puede hacerlo la divina esencia: Aunque reprime a todos los mortales El miedo de manera que se inclinan A creer producidas por los dioses Muchas cosas del cielo y de la tierra, Por no llegar a comprender sus causas. Por lo que cuando hubiéremos probado Que de la nada nada puede hacerse, Entonces quedaremos convencidos 220 Del origen que tiene cada cosa; Y sin la ayuda de los inmortales De qué modo los seres son formados. Porque si de la nada fuesen hechos, Podría todo género formarse De toda cosa sin semilla alguna. Los hombres de la mar nacer podrían, De la tierra los peces y las aves, Lanzáranse del cielo los ganados, Y las bestias feroces como hijos 230 De la casualidad habitarían Los lugares desiertos y poblados: Los mismos frutos no daría el árbol, Antes bien diferentes los daría: Todos los cuerpos produjeran frutos; Pues careciendo de principios ciertos, A las cosas ¿qué madre señalamos? Pero es porque los seres son formados De unas ciertas semillas de que nacen Y salen a la luz; en donde se hallan 240 Sus elementos y primeros cuerpos: Por lo que esta energía circunscribe La generación propia a cada especie. Además, ¿por qué causa en primavera Vemos nacer la rosa, y en estío Los frutos sazonados, y las viñas En los días hermosos del otoño? Sino porque a su tiempo las semillas Determinadamente se reúnen; Sale la creación si ayuda el tiempo; 250 La tierra vigorosa con certeza Da a luz sus tiernos hijos: si naciesen De la nada, saldrían al momento, En tiempo incierto y estación contraria: Pues que carecerían de principios Cuya unión el mal tiempo no impidiera. Ni para su incremento cualquier cuerpo De tiempo y conjunción de las semillas Necesitara, si crecer pudiese De la nada: pues jóvenes se harían 260 En un instante los pequeños niños; Y apenas los arbustos asomasen, De repente a las nubes se alzarían: Y vemos que sucede lo contrario, Puesto que poco a poco van creciendo, Imprimiendo un carácter cierto y fijo Con su propio crecer a cada especie. Venir puedes de aquí en conocimiento Que cada cuerpo crece y se sustenta De su materia propia y de su jugo. 270 Además, que la tierra no daría Sin ciertas lluvias sus alegres frutos; Ni el animal privado de alimento Su especie propagara, ni podría Conservarse a sí mismo: antes diremos Que muchos elementos son comunes A muchos individuos, así como Las letras a los nombres: pues sentemos Que sin principios nada existir puede. ¿Qué impidió, en fin, a la naturaleza 280 Para que hombres tamaños nos hiciese Que vadear pudiésemos los mares, Arrancar con las manos las montañas, Y vencer muchos siglos con la vida, Sino porque ha fijado los principios Para las creaciones de los seres? Nada, pues, de la nada puede hacerse, Puesto que necesita de semilla Cualquiera cosa para ser criada, Y del aire salir al aura tierna. 290 Porque vemos, en fin, aventajarse A los eriales las labradas tierras Y mejorar la tierra con

cultivo, Inferimos de aquí existir en ella Partes elementales que nosotros Hacemos producir, con el arado, Los fecundos terrones revolviendo, Y sujetando el suelo de la tierra: Luego si estos principios no existiesen, La perfección de suyo adquirirían. 300 A esto se junta que naturaleza Nada aniquila, sino que reduce Cada cosa a sus cuerpos primitivos; Si los principios fueran destructibles, De nuestra vista luego arrebatado Cada ser pereciera en el momento; Inútil, pues, sería toda fuerza Que turbase la unión de los principios, Y rompiese sus lazos: pero ahora, Porque los elementos son eternos, 310 Sufrir no puede la naturaleza Ponerlos a la vista destruidos, Sino cuando una fuerza extraordinaria El cuerpo hirió, le penetró y deshizo. Además, que si el tiempo aniquilase Todo lo que arrebató a nuestros ojos, Acabando con toda la materia, ¿De dónde Venus a sacar volviera Todos los seres a la luz de vida? ¿Cómo reproducidos la alma tierra 320 Los alimenta, cómo da incremento, En general los pastos repartiendo? ¿Cómo los ríos y las fuentes bellas De tan lejos al mar tributarían? ¿Cómo el éter sustenta las estrellas? Pues si los elementos son mortales, Tantos siglos y días deberían Haber todas las cosas consumido: Luego son inmortales los principios, Si la naturaleza los obliga 330 A las reproducciones de los seres: Ninguna cosa puede aniquilarse. La misma fuerza y causa últimamente Acabaría con los cuerpos todos Si la materia eterna no tuviera Estos entre sí unidos y enlazados: El tacto sólo les daría muerte, Porque no siendo eternos sus principios, Cualquiera fuerza a aniquilarlos basta. Mas como el nexo de sus elementos 340 Diferencia los cuerpos unos de otros, Y como es la materia indestructible, Cada cuerpo subsiste ileso en tanto No reciba algún choque, que desuna La textura y unión de sus principios: Luego no se aniquila cosa alguna; Antes bien, destruido cualquier cuerpo, Se vuelve a sus primeros elementos. En fin, ¿perecen las copiosas lluvias Cuando las precipita el padre éter 350 En el regazo de la madre tierra? No: pues hermosos frutos se levantan, Los ramos de los árboles verdean, Crecen y se desgajan con el fruto. Sustentan a los hombres y alimañas, De alegres niños pueblan las ciudades, Por cualquier parte en las frondosas selvas Se oyen los cantos de las aves nuevas, Y los rebaños de pacer cansados Tienden sus cuerpos por risueños pastos, 360 Y sale de sus ubres retestadas Copiosa y blanca leche; sus hijuelos De pocas fuerzas por la tierna hierba Lascivos juegan, conmovidos Del placer de mamar la pura leche: Luego ningunos cuerpos se aniquilan; Pues la naturaleza los rehace, Y con la muerte de unos otro engendra. Puesto que te he enseñado que los seres No pueden engendrarse de la nada, 370 Ni pueden a la nada reducirse; No mires con recelo mi enseñanza, Al ver que con los ojos no podemos Descubrir los principios de las cosas; Sin embargo es preciso que confieses Que hay cuerpos que los ojos no perciben. La fuerza enfurecida de los vientos Revuelve el mar, y las soberbias naves Derriba, y desbarata los nublados; Con torbellino rápido corriendo 380 Los campos a la vez, saca de cuajo Los corpulentos árboles, sacude Con soplo destructor los altos montes; El ponto se enfurece con bramidos, Y con murmullo aterrador se ensaña. De aquí seguramente inferiremos Que los vientos son cuerpos invisibles, Que barren tierra, mar, y en fin el cielo, Y esparcen por el aire los destrozos: No de otro modo corren y destrozan, 390 Que cuando un río de tranquilas aguas De repente sus márgenes ensancha Enriquecido de copiosas lluvias Que de los montes a torrentes bajan Amontonando troncos y malezas: Ni los robustos puentes la avenida Impetuosa sufren de las aguas; En larga lluvia rebosando el río, Con ímpetu estrellándose en los diques, Con horroroso estruendo los arranca, 400 Y revuelve en sus ondas los peñascos, Con furor arrollando todo obstáculo; Del mismo modo los furiosos vientos Semejantes a un río impetuoso Se arrojan sobre un cuerpo, y le sacuden, Y lo llevan delante con gran fuerza, En remolino a veces le arrebatan; Mil vueltas le hacen dar a la redonda. Diré y repetiré yo que los vientos Son cuerpos invisibles: sus efectos 410 Y su naturaleza nos lo muestran, Puesto que emulan a los grandes ríos. Sentimos, además,

varios olores, Y en la nariz tocando no los vemos; Ni el calor percibimos, ni los fríos, Ni las voces tampoco ver solemos Que la naturaleza de los cuerpos Es preciso que tenga, porque pueden Impeler los sentidos: nada puede Tocar y ser tocado sino el cuerpo. 420 Por último; en las playas resonantes Los vestidos colgados se humedecen, Y tendidos al sol se enjugan luego: Ni cómo se empaparon ver podemos Ni cómo se enjugaron con la lumbre: En partículas tenues se divide El agua de manera que no pueden Verse de modo alguno con los ojos. Después de cierto número de soles El anillo se gasta en vuestro dedo, 430 El gotear la piedra agujerea, La reja del arado ocultamente En los surcos se gasta, y con los pasos Los empedrados desgastarse vemos; En las puertas también las manos diestras De cobreñas estatuas se adelgazan Con los besos continuos de unos y otros; Pues que gastadas vemos se atenúan: Pero no quiso la naturaleza Descubrirnos su pérdida instantánea, 440 Celosa de que viesen nuestros ojos El lento crecimiento con que obliga A aumentarse los cuerpos cada día, Ni cómo se envejecen con el tiempo, Ni qué pérdidas tienen los peñascos De sales roedoras carcomidos, Que a los mares dominan y amenazan: Luego sólo obra la naturaleza De imperceptibles cuerpos ayudada. No está ocupado todo por los cuerpos, 450 Porque se da vacío entre las cosas: Al entenderlo cogerás el fruto, Ni andarás entre dudas vacilante, Ni de continuo buscarás la esencia, Ni desconfiarás de mis escritos. Un espacio se da desocupado, Impalpable, vacío: el movimiento Sin este espacio no concebirías; Porque propiedad siendo de los cuerpos La resistencia, nunca cesarían 460 De andar entrechocándose unos y otros: Imposible sería el movimiento, Pues ningún cuerpo se separaría: Por los mares ahora y por las tierras Y por los altos cielos, con los ojos Vemos mil movimientos diferentes: Y sin vacío no tan solamente De agitación continua carecieran Los cuerpos, mas también, ni aun engendrados Hubieran sido; porque la materia 470 Quieta se hubiera estado eternamente. Aunque creamos sólidos los cuerpos, Los vemos penetrables: por las rocas Copiosas gotas por doquier chorrean; Por todo el animal corre el sustento; Los árboles crecidos dan el fruto En tiempo señalado a manos llenas, Porque la savia desde las raíces Por troncos y por ramas se difunde; Y las voces penetran las paredes, 480 Recorren los secretos de las casas; Hasta los huesos nos penetra el frío; Sin vacío los cuerpos no pudieran Trasladarse a otro punto en modo alguno. En fin ¿cómo unas cosas se aventajan A las otras en peso, y no en figura? Pues si un vellón de lana pesa tanto Como un cuerpo de plomo, en equilibrio Debe estar la balanza; la materia Hace peso hacia abajo; luego queda 490 Sin pesadez por su naturaleza El vacío: pues si me das dos cuerpos En una superficie comprendidos, El más ligero es el de más vacío, El más denso será de mayor peso; La razón nos demuestra claramente Un vacío existir diseminado. Mas porque nadie pueda seducirte, Me adelanto a ponerte de antemano De algunos el capcioso raciocinio. 500 Sostienen que a los peces relucientes Les abre el agua líquidos caminos, Que después el espacio abandonado Se ocupa por la onda retirada: Pueden moverse así y mudar de sitio Todos los demás cuerpos sin vacío. En razón falsa estriba el argumento; ¿Cómo podrán los peces menearse Si las aguas no dan lugar vacío. ¿Cómo refluirán las aguas mismas 510 Cuando los peces no darán un paso? O los cuerpos privar de movimiento O el espacio vacío confesemos Que principia a mover todos los cuerpos. Con rapidez separa tú dos cuerpos Planos y que entre sí estén bien unidos, Verás cómo se forma allí un vacío Que no puede a la vez llenar el aire: Le va ocupando todo poco a poco. Si por fortuna alguno presumiera 520 Que de dos superficies separadas El espacio intermedio es ocupado Del aire condensado anteriormente, Se engaña; pues se forma allí un vacío Entonces que no hubo antes, y se llena El vacío existente: de este modo El aire ya no puede condensarse; Y aun dado que pudiese, como dicen, No podría a mi juicio sin vacío Sus partes recoger y reducir las 530 A volumen menos; para escaparte Cualquier dificultad que me objetares, Es

preciso confieses el vacío. Yo podría traerte muchas pruebas Que mis razones más acreditasen: A tu penetración estos ensayos Son suficientes, si indagando sigues, Porque así como muy frecuentemente Rastrear las querencias enramadas De las fieras monteses y los canes, 540 Cuando dieron por fin con rastro cierto, Así de consecuencia en consecuencia Darás en general con los arcanos De la naturaleza, y de sus senos Sacarás la verdad. No te empereces. Si te apartares algo de mi objeto, Me atrevo, Memmio, a hacerte esta promesa. Se agotarán los grandes manantiales Donde he bebido yo largas noticias, Mi rico pecho dejará primero 550 De derramarlas con suave labio, Y a paso lento la vejez tardía Habrá ocupado todos nuestros miembros, Y el principio vital habrá disuelto, Primero que por medio de mis versos Haya agotado esta materia inmensa. A nuestros raciocinios ya volvamos: Estriba, pues, toda naturaleza, En dos principios: cuerpos y vacío En donde aquéllos nadan y se mueven: 560 Que existen cuerpos, el común sentido Lo demuestra; principio irresistible Sin el cual la razón abandonada De errores en errores se perdiera. Si no existiera, pues, aquel espacio Que llamamos vacío, no estarían Los cuerpos asentados, ni moverse Podrían, como acabo de decirte. Además del espacio y el vacío, No conocemos en naturaleza 570 Una clase tercera independiente De los principios dichos: lo que existe Es necesariamente de pequeña O de grande extensión: si lo sintiere El tacto aunque ligera y levemente, Debemos colocarlo entre los cuerpos, Y al todo seguirá. Pero si fuere Impalpable, y ninguno de sus puntos A la penetración resistir puede, Este espacio y lugar llamo vacío. 580 En general los seres son activos; O bien a la acción de otros se sujetan, O bien el movimiento proporcionan, Y la existencia, pues los cuerpos solos Pueden ser o activos o pasivos: Sólo el vacío puede darles sitio: Luego no existe en la naturaleza Más que los cuerpos dichos, y el vacío: No pueden alcanzarlo los sentidos, Ni el espíritu humano comprenderlo. 590 Lo que no sea materia ni vacío, Propiedad o accidente es de uno o de otro. Las propiedades son inseparables Del sujeto; tan solamente cesan Cuando éste es destruido; así en la piedra Tal es la pesadez, tal en el fuego Es el calor, fluidez tal en el agua, La tangibilidad tal en los cuerpos Y tal su privación en el vacío. Los que llamar solemos accidentes, 600 Como la libertad y servidumbre, La pobreza y caudales desmedidos, La paz y guerra, sólo son maneras De ser, que con su ausencia o su presencia Lo esencial no trastornan del sujeto. El tiempo no subsiste por sí mismo: La existencia continua de los cuerpos Nos hace que distingamos los sentidos Lo pasado, presente, y lo futuro; Ninguno siente el tiempo por sí mismo, 610 Libre de movimiento y de reposo. En fin, cuando nos dicen haber sido Robada Elena y las troyanas gentes Haber sido con guerra sujetadas, Nadie nos fuerce a confesar que pueden Existir por sí mismos estos hechos, Después que el tiempo irrevocable hubo Los siglos y sucesos engullido; Porque en diversos tiempos y regiones Cuantas cosas pasaron, pasar pueden, 620 Mas sin materia, ni lugar ni espacio, Todo acontecimiento es imposible. Sin materia, por fin, y sin vacío, La hermosura de Elena nunca hubiera Los célebres combates encendido De una guerra cruel que fomentaba El pecho ardiente de Alejandro frigio: No incendiara el caballo de madera De Pérgamo las torres sublimadas Con el parto nocturno de los griegos. 630 Ya puedes ver que todos los sucesos Que agitan y revuelven nuestro globo No existen en verdad como los cuerpos, Ni son como el vacío, sino simples Cambios de los principios; accidentes Que al espacio o los cuerpos se refieren. Llamamos cuerpos a los elementos Y a los compuestos que resultan de ellos: Los elementos son indestructibles, Porque su solidez triunfa de todo. 640 Te costará trabajo persuadirte Que existen cuerpos sólidos: el rayo Atraviesa los muros, así como Las voces y los gritos: se caldea El hierro si le metes en la fragua; Peñas ardiendo arrojan los volcanes; El oro se liquida en los crisoles; El cobre se derrite como el hielo; El frío y el calor de los licores Sentimos en los vasos que bebemos: 650 De solidez perfecta no tenemos Idea cierta y experiencia clara. Mas la razón

y la naturaleza Esta verdad nos hacen que entendamos: óyeme en pocos versos: los principios Que componen el gran todo criado Tienen un cuerpo sólido y eterno. Después, como los cuerpos y el espacio Por su naturaleza son opuestos, Es preciso que existan uno y otro⁶⁶⁰ Enteramente puros por sí mismos: El vacío repugna todo cuerpo, La materia al vacío de sí aleja: Luego sólidos son y sin vacío Los elementos, los primeros cuerpos. Pues que se da en los cuerpos el vacío, Deben de partes sólidas cercados Estar estos vacíos. Repugnante En los cuerpos sería dar vacío, Si a las paredes que rodean éste⁶⁷⁰ La solidez quitamos. Las paredes El agregado son de la materia: Luego como los cuerpos se destruyan, Es la materia sólida y eterna. Sólido fuera el todo sin vacío: Y sin cuerpos que ocupen el espacio, Vacío inmenso fuera el universo, Por el contrario. El cuerpo y el espacio Son respectivamente muy distintos, Pues que no existe lleno ni vacío⁶⁸⁰ Perfecto: los principios y elementos Diferencian el lleno del vacío. No puede disolverlos choque externo, Ni puede penetrar extraña fuerza A su tejido: ni de acción extraña Pueden recibir daño, como he dicho. Mas cómo pueda un cuerpo sin vacío Ser roto, dividido o descompuesto, Seguramente yo no lo concibo: Él es a la humedad inaccesible,⁶⁹⁰ Al frío y al calor, que son las causas Destructoras de todo: así observamos Que cuanto más los cuerpos son sujetos A estas causas que van menoscabando, Encierran más vacío en su tejido: Luego si constan los primeros cuerpos De solidez, y no tienen vacío, Eternos han de ser forzosamente. Si no fuesen eternos, a la nada Todo el mundo se hubiera reducido:⁷⁰⁰ Pero como la nada no produce Ni aniquila los seres, es preciso Que eternos sean los primeros cuerpos, Pues los destruyen y los reproducen Todos los seres: luego los principios La simplicidad sólida contienen, Porque sin ella no hubieran podido Durante tantos siglos conservarse, Ni reparar los seres de continuo. En fin, si hubiera la naturaleza⁷¹⁰ A límites precisos reducido La divisibilidad de la materia, Los elementos del gran todo hubieran En la revolución de tantos siglos Llegado luego a tal acabamiento, Que de su unión los cuerpos producidos Alcanzar no pudieran su incremento. Como un cuerpo más pronto se destruya Que lo que tarda el mismo en rehacerse, Las pérdidas que hubiera padecido⁷²⁰ En la edad precedente, irreparables Fueran sin duda alguna en las siguientes: Pero constantemente se reparan De su menoscabar todos los cuerpos, Y los vemos llegar a plazos fijos A aquella perfección que les compete, La división de la materia tiene Límites invariables y precisos. Solidísimos son los elementos: Mas como en todo cuerpo haya vacío,⁷³⁰ Pueden hacerse blandos como el agua, El aire, tierra y fuego; y al contrario, Si damos que son muelles los principios, El pedernal, el hierro, como puedan Consistencia tomar no explicaremos. Porque en sus obras la naturaleza Sobre sólidas bases no estribara. Sólidos son y simples los principios, Pues su unión más o menos apretada Resistencia y dureza da a los cuerpos.⁷⁴⁰ La duración, por fin, y el crecimiento De los cuerpos ha la naturaleza Determinado y su poder medido. No padecen mudanza las especies, Ni las generaciones se varían, Como las clases diferentes de aves Están de ciertas manchas salpicadas; Porque son inmutables las especies. Si admitimos mudanza en los principios No sabremos qué pueda producirse⁷⁵⁰ Y qué no pueda, y cómo se limitan Los cuerpos, cómo pueden traer los siglos Naturaleza, vida, movimiento, Y las mismas costumbres de los padres. La extremidad de un átomo es un punto Tan pequeño, que escapa a los sentidos; Debe sin duda carecer de partes: Él es el más pequeño de los cuerpos, Ni estuvo ni estará jamás aislado; Es una parte extrema, que juntada⁷⁶⁰ Con otras y otras partes semejantes, Forman así del átomo la esencia. Si del átomo, pues, los elementos. De existencia carecen separados, Será su unión tan íntima y estrecha, Que no hay fuerza capaz de separarlos. De simple solidez los elementos Y partes muy delgadas se componen; Su unión no es un compuesto heterogéneo, Sino simplicidad eterna. Quiere⁷⁷⁰ De este modo formar naturaleza Los cuerpos, sin que alguna de sus

partes Separación o menoscabo sufra. Además, si nosotros no admitimos De división un término preciso, Se compondrán los cuerpos más pequeños De infinidad de partes, caminando De mitad en mitad al infinito. ¿Qué diferencia habrá de un cuerpo grande Al cuerpo más pequeño? Suponiendo 780 Que el todo es infinito, sin embargo, De partes infinitas igualmente Se compondrán los átomos más breves: Mas como la razón no lo comprenda, Convencido es preciso que confieses Que los simples corpúsculos terminan La división y solidez eterna. Si la naturaleza creadora No acostumbra a reducir los seres A sus mínimas partes, no podría 790 Rehacer unos de otros, destruídos: Pues siendo todavía divisibles, No podría enlazarse la materia, Ni tener pesadez, ni ser chocada, Ni encontrarse con otro ni moverse, Causas engendradoras de los seres. Si divisibles fueran los principios Al infinito, es fuerza que existieran Desde la eternidad cuerpos intactos: Mas como sean frágiles, no pueden 800 Haber por tantos siglos resistido A innumerables choques de continuo. Y por esta razón los que creyeron Que el fuego era el origen de las cosas, En un error grosero han incurrido. Esta opinión Heráclito defiende Como primer caudillo, celebrado Por su obscuro lenguaje entre los griegos Superficiales, más que por los sabios Que buscan la verdad: porque los necios 810 Aman y admiran más lo que está envuelto En misteriosos términos; su oreja Suavemente puede ser herida Y embelesada con gracioso ruido: Y el dulce halago a la verdad prefieren. A Heráclito pregunto: ¿de qué modo Podrían existir tan varias cosas Si del fuego purísimo nacieran? Rarificar o condensar el fuego De nada serviría, si sus partes 820 Se compusiesen de la misma esencia Que tiene todo el fuego: reunidos Los elementos, fuego más activo Tendremos, y más flojo separados: Bien condensemos o rarifiquemos El fuego, como habemos ya probado, No se pueden formar cuerpos distintos. Y si éstos reconocen el vacío, Enrarecer y condensar el fuego Podrán; pero se quedan en silencio 830 Viendo se contradicen a sí mismos, Y evitan admitir puro vacío; Y mientras huyen las dificultades Se apartan del camino verdadero. El vacío quitado, no reparan Que debe condensarse todo cuerpo, Y no formar más que uno, cuyas partes Condensadas no pueden escaparse Como el calor y luz que arroja el fuego: Luego de partes densas no se forman. 840 Porque si en defender ellos se obstinan Que las partes del fuego recogidas Se apagan y se mudan, a la nada El fuego elemental reducirían, Y todo nacería de la nada; No puede un cuerpo transmutar su esencia Sin que deje de ser lo que antes era. Deben, pues, conservar los elementos Del fuego aquella su naturaleza, Para que ni los cuerpos se aniquilen 850 Ni el gran todo renazca de la nada. Mas aunque existen en naturaleza Algunos cuerpos de inmutable esencia, Que con aumentos o disminuciones Y con combinaciones diferentes Hacen cambiar la esencia de los cuerpos, No son éstos corpúsculos de fuego. Añadir o quitar no importaría, Ni cambiarles el orden, pues de fuego Tendrían todos la naturaleza, 860 Y del fuego los cuerpos se engendrarán. Así es como yo pienso que se forman: Existen ciertos cuerpos, cuyo encuentro, Figura, situación y movimiento Y orden forman el fuego; trastornados, Su esencia mudan. Estos elementos Ni son de fuego, ni otra cosa alguna Que pueda enviar cuerpos al sentido, Y palparlos el tacto si se arriman. Decir que todo lo compone el fuego, 870 Y que éste es el principio de las cosas, Que es lo mismo que Heráclito establece, Me parece locura consumada. Ataca los sentidos por sí mismos, Los destruye y nos roba la creencia Que pende de los mismos por los cuales El fuego conoció; pues se persuade Que conocen el fuego los sentidos, Y lo demás no cree que es tan claro: Muy necio y delirante me parece. 880 ¿Adónde la verdad encontraremos? ¿Quién mejor que el sentido puede hacernos Lo falso distinguir y verdadero? ¿Por qué, pues, quitará alguno los cuerpos, Dejando por principio sólo el fuego, O quitándole a éste su existencia, Los demás cuerpos dejará tan sólo? Uno y otro parece igual delirio. Aquéllos que creyeron ser el fuego La materia y la suma de los cuerpos; 890 Y los que por principio

establecieronEl aire creador, los que pensaronEl agua misma hacer por sí los cuerpos, Y que la tierra lo criaba todo, Y que en cualquiera cuerpo se mudaba, En errores grandísimos cayeron. Añadamos también los que duplican Los elementos, cuando al fuego juntan Con el aire, y la tierra con el agua; Los que aire, tierra, lluvia y fuego tienen⁹⁰⁰ Por creadores de los cuerpos todos. Empédocles, el hijo de Agrigento, Va a su frente, nacido en las orillas Triangulares de la isla celebrada Por las ondas azules del mar Jonio Que la baña y rodea con mil vueltas, Y que con altas encrespadas olas Por un angosto estrecho la divide De las playas y términos de Italia. Aquí habita Caribdis anchurosa,⁹¹⁰ Aquí etnéos murmullos amenazan De llamas recoger nuevos furores, Vomitar un volcán por sus gargantas, Y de nuevo lanzar a las estrellas Relámpagos de fuego: ciertamente Esta región que admiran las naciones, Óptima en bienes, prodigiosa grande, De valerosos héroes guarnecida, No tuvo en sí varón más señalado, Más asombroso, caro y respetable;⁹²⁰ De su divino pecho las canciones Pregonan sus inventos peregrinos, Dejándonos en duda si fue humano, O de inmortal estirpe descendiente. Este sabio inmortal, y los nombrados Inferiores a él, menos ilustres, Divinos inventores de las cosas, Sacaron de sus íntimas entrañas Oráculos más ciertos y sagrados Que la Pitia en la trípode de Apolo⁹³⁰ Los diera con laureles coronada; Mas cual hombres al fin, aunque tan grandes, Erraron los principios de las cosas, De errores en errores resbalando. Establecen primero el movimiento, Y dejan a los cuerpos sin vacío: Cuerpos blandos y raros reconocen Tal como el aire, el sol, la tierra, el fuego, Animal, vegetal, pero no quieren Admitir en sus cuerpos el vacío.⁹⁴⁰ Dividen la materia al infinito, La sección de los cuerpos no limitan Ni en ellos partes mínimas conocen. Viendo que de los cuerpos el extremo Lo mínimo es que llega a los sentidos, Hay que conjeturar que aquel extremo Que en el extremo mismo no podemos Distinguir, es el mínimo en los cuerpos. Establecen también principios blandos, Que nacen y perecen como vemos.⁹⁵⁰ Ya se hubiera el gran todo aniquilado, Los cuerpos renacieran da la nada; ¡ Ya ves cuán grande error y qué delirio! Enemigos, por fin, son los principios, Y de muchas maneras se destruyen; Chocándose entre sí se aniquilaran, O se dispararían cual los rayos, Lluvias y vientos por las tempestades. Si todo se hace de estas cuatro cosas, Y todo en ellas mismas se resuelve,⁹⁶⁰ ¡ Por qué aquéllas tendremos por principios Mejor que no a los cuerpos? pues que mudan De esencia y forma y de naturaleza. Mas si al contrario, acaso presumieres Que se reúne el agua, el fuego, el aire Y tierra sin mudarse en modo alguno Su misma esencia, de ellos no podría Crearse cosa alguna, ya animada, Ya inanimada sea como el árbol. Una mezcla confusa encontraremos⁹⁷⁰ De aire, agua, tierra y fuego: nunca pueden Estas substancias concebirse unidas; Su propiedad cada una desplegara. Es necesario que obren los principios De un modo clandestino e invisible; No sea que dominando demasiado Impidan a los cuerpos que se formen Conservar su específico carácter. Su primer elemento hacen al fuego, Que emana según ellos de los cielos;⁹⁸⁰ De éste se engendra el aire, de aquí el agua, Y la tierra del agua es engendada. Retrogradando nacen de la tierra Los demás elementos: antes la agua, Después el aire; el fuego últimamente; Estas transformaciones nunca cesan, Bajan desde los cielos a la tierra, Desde la tierra hasta los cielos suben: No deben hacer esto los principios; Es preciso que sean inmutables,⁹⁹⁰ Porque no se aniquile el universo; No puede cuerpo alguno de su esencia Los límites pasar sin que al momento Deje de ser lo que era; por lo tanto, Si se transforman estos elementos De continuo, como hemos dicho arriba, Es preciso que de otros inmutables Se compongan; no sea que a la nada Se vea reducido el universo. Establece más bien algunos cuerpos,¹⁰⁰⁰ De tal naturaleza revestidos, Que si el fuego criasen, hacer pueden Estos mismos el fluido del aire, Y así los demás seres, aumentando O bien disminuyendo, los principios, Cambiando situación y

movimiento. Pero es claro, me dices, que los cuerpos
Crecen y se sustentan de la tierra: Si
la estación al aire no le presta
Una temperatura favorable, 1010 Y si con frescas lluvias no
se mueven Las copas de los árboles, ni ayuda
Con sus rayos el Sol las producciones; Ni
sembrados, ni arbustos, ni animales Jamás podrán llegar a crecimiento. Sin duda es
cierto; y si a nosotros mismos No nos sustenta un sólido alimento Y bebida suave,
nuestros miembros Su brío perderán, y el sentimiento Se acabara del todo en nuestros
huesos: 1020 Porque nos alimentan ciertos cuerpos Como a las demás cosas, pues
mezclados Los principios están, y son comunes De muchos modos a otros muchos
cuerpos. De aquí la variedad en el sustento: Mucho importa saber de los principios La
mezcla, situación y movimientos Recíprocos; los mismos constituyen El cielo, el mar, la
tierra, sol y ríos, Los árboles, los frutos y animales: 1030 En cada verso de estos mismos
cantos Verás que son comunes muchas letras De muchas voces: debes, sin
embargo, Confesar que los versos y palabras Difieren entre sí, ya en la substancia, Ya en
el mismo sonido que sentimos: Tanto pueden las letras variadas. Pero de la materia los
principios De otros mil modos combinar se pueden Para criarse variedad de
cosas. 1040 La Homeomeria también profundicemos De Anaxágoras, que es así
llamada Entre los griegos, y en la lengua patria No permite nombrarla su pobreza; Pero es
fácil decirlo con rodeos Y explicar la Homeomeria en su principio. Los huesos, a saber,
de huesecitos; Las entrañas se forman de entrañitas; Muchas gotas de sangre
congregadas Crían la sangre; y piensa que se forma 050 De moléculas de oro el oro
mismo; Que se forma la tierra, el fuego, el agua De sus pequeñas partes respectivas, Y
que todos los cuerpos son formados De la unión de principios similares. Él no admite
vacío en parte alguna, Y los cuerpos divide al infinito: Y yerra en ambas cosas, como
aquellos Que antes de él los principios indagaron. Establece muy frágiles
principios, 1060 Si el nombre de principios puede darse A los que son lo mismo que los
cuerpos Endebles, se destruyen y perecen. En un ataque tan violento y fuerte, ¿Quién
permanecerá? ¿quién de la muerte Cogido, escapará de entre sus garras? ¿El fuego? ¿el
agua? ¿el aire? ¿sangre o huesos? Ninguno de estos cuerpos, según juzgo; Pues son
perecederos como aquéllos Que vemos perecer a nuestros ojos: 1070 Nada puede a la
nada reducirse, Ni alguna cosa hacerse de la nada, Confirman mis probados
argumentos. Por otra parte, como el alimento El cuerpo sustentado le engrandece, Se
sigue que las venas y la sangre, Y los huesos y nervios se componen De heterogéneas
partes: o substancias Mezcladas dirán ser los alimentos, Y que abrazan en si pequeños
nervios, 1080 Y unas partes de sangre, y huesos, venas: Entonces los sustentos y
bebidas De heterogéneas partes se componen. Si los cuerpos que nacen de la tierra Los
contiene además ella en su seno, Debe constar de tan diversas partes Cuanto sus
producciones son diversas: De los demás compuestos raciono Del mismo modo; si la
llama y humo Y ceniza están dentro en los leños, 1090 Los leños deben ser
heterogéneos. Un solo medio de defensa tiene La opinión vacilante de Anaxágoras: Dél se
vale, y pretende que los cuerpos Encierran en sí mismos los principios De todos los
demás; pero que aquéllos Solamente divisan nuestros ojos Que están en mayor número
mezclados, Y ocupan la primera superficie: La razón desaprueba este
discurso; 1100 Porque fuera forzoso que los granos Cuando son quebrantados con la
piedra Diesen muestras de sangre, o bien de partes Que alimentan el cuerpo;
manaría Sangre, si se frotaran dos guijarros: Las hierbas destilaran igualmente Dulces
gotas de leche tan sabrosa Como las ubres de lechera oveja: Destripando terrones,
muchas veces Yerbas encontraríamos y granos 1110 Y árboles pequeñitos
escondidos: Hendiendo la madera, en fin, se vieran Llamas pequeñas, y ceniza, y
humo: Mas como la experiencia contradiga Estar así revueltos los principios, Deben
comunes ser a todo cuerpo, Y estar diversamente colocados En los diversos cuerpos de

los seres. Pero dirás que en montes empinados Las copas de los árboles robustos 1120 Del austro proceloso sacudidas Se entrechocan y arrojan vivas llamas: Es cierto, sí; mas no contienen fuego: Una porción de partes inflamables Por el frote en un punto reunidas El incendio originan de los bosques; Si tanto fuego en ellos se escondiera, No podría un momento refrenarse, Consumiera las selvas de continuo, Reduciendo a cenizas todo arbusto. 1130 Ya ves que importa mucho, como dije, El mixto conocer de los principios, Saber su movimiento y posiciones Recíprocos, porque los elementos Cambiados entre sí ligeramente Sacarían el fuego de los leños, Como si estas palabras ligna et ignes Si que sus letras alteremos mucho Con distinto sonido pronunciamos. Si crees que no pueden explicarse 1140 Ya, por fin, los fenómenos del mundo Sin que atribuyas a los elementos Naturaleza igual a la del cuerpo, Percen los principios de las cosas; De modo que den grandes carcajadas De una trémula risa conmovidos, Y el semblante y mejillas humedezcan Llenándolos de lágrimas amargas. Escucha las verdades que me falta Hacerte conocer por modo claro. 1150 Bien conozco que son bastante obscuras; Pero mi corazón ha sacudido Con fuerte tirso la esperanza grande De gloria, y juntamente ha derramado Suave amor de las musas en mi pecho; Del que agitado con briosa mente Recorro los lugares apartados, De las Piérides antes nunca hollados: Agrádame acercarme a fuentes puras, Y agotarlas bebiendo, y nuevas flores 1160 Agrádame coger para guirnalda Insigne con que ciña mi cabeza De un modo que las musas a ninguno Hayan antes las sienas adornado: Primero, porque enseñe grandes cosas, De la superstición rompo los lazos Anudados que el ánimo oprimían; Después, porque compongo versos claros Sobre una cosa obscura, realizando Con poética gracia mis escritos. 1170 De la razón en esto no me aparto. Así, cuando los médicos intentan Hacer beber a un niño amargo ajeno, Los bordes de la copa untan primero Con el licor de miel dulce y dorado, Para que, seduciendo y engañando La impróvida niñez, hasta los labios El amargo brebaje apure en tanto Y engañado no muera, sino que antes Convaleciendo así se restablezca; 1180 Del mismo modo, porque las más veces Parece trato yo de asuntos tristes Para aquéllos que no han jamás pensado, Y que al vulgo disgustan de los hombres, Con el suave canto de las musas. Quise explicarte mi sistema todo Y enmelarte con música pieria, Por si acaso pudiera de este modo Tenerte seducido con mis versos, Hasta que entera y fiel Naturaleza 1190 Sin velo ante tus ojos se presente. Mas porque te he enseñado que los cuerpos De la materia sólidos y eternos Giran perpetuamente indestructibles, Examinemos hora si la suma De éstos es infinita, o limitada; Si también el vacío establecido, Este lugar y espacio en que los cuerpos Se mueven además es limitado, O si es profundo, inmenso e infinito. 1200 Es infinito, pues, de suyo el todo, Pues aunque extremidad tener debía, Como cuerpo ninguno se concibe Sin que a él otro cuerpo le termine, De modo que la vista claramente Más allá de este cuerpo no se extienda, Confesemos por fuerza que no hay nada Más allá de la suma, pues no tiene Extremidad, de límites carece. El sitio que tu ocupas nada importa, 1210 Pues que por todas partes un espacio Te falta que correr ilimitado. Si además el espacio es limitado Y alguno se coloca en el extremo Y tira alguna flecha voladora, ¿Deseas que tirada con gran fuerza Vuele ligera por llegar al blanco, O piensas que la impide algún estorbo Su vuelo y no la deja ir adelante? Uno u otro es preciso que confieses. 1220 Cualquiera que tú elijas, a la fuerza Debes quitar los límites al todo: Porque bien sea obstáculo el que impida Y estorbe que la flecha llegue al blanco, O bien le pase, aquí no se da extremo: En donde pongas límites, yo al punto Preguntaré qué ha sido de la flecha: Jamás encontrarás así el extremo; Siempre su inmensidad deja un espacio Que recorra la flecha fugitiva. 1230 Además, que si la naturaleza Hubiera puesto límites al todo, Ya la materia con su mismo peso Se juntara en los sitios más profundos; Debajo de la bóveda del cielo Ninguna cosa se produciría, Ni el cielo ni la luz

del Sol naciera; Como que la materia toda hundida Desde la eternidad amontonada Inerte yacería; pero ahora 1240 De cierto no reposan los principios, Porque ningún lugar profundo existe En donde puedan como reunirse Y colocar su asiento permanente; Y siempre un continuado movimiento Cría por todas partes nuevos seres, Y el infinito suministra siempre De una materia activa eterna copia. Que unos cuerpos, en fin, a otros limitan Claramente lo vemos: las montañas 1250 El aire circunscribe, a éste los montes; A los mares da límites la tierra, Y los mares limitan a las tierras; Nada hay que ponga límites al todo: Porque es de los lugares y el espacio Tal la naturaleza, que los ríos Clarísimos corriendo eternamente Alcanzar con su curso no podrían Los límites del mundo en parte alguna; Nada habrían andado: el universo, 1260 No conociendo límites, por todas Partes al infinito se dilata. Seguramente la naturaleza Impide que la suma de las cosas Pueda circunscribirse ella a si misma; Porque ha hecho que el vacío limitase Al cuerpo, éste al vacío; de este modo Ha dispuesto su obra ilimitada. Si el vacío tan sólo ilimitara, O hiciese limitada la materia, 1270 Ni la tierra, ni el mar, ni de los cielos Las bóvedas lucientes, ni los hombres, Ni de los dioses los sagrados cuerpos De existencia gozaran un instante: Pues la materia, sacudiendo el yugo, Se derramara por vacío inmenso, O más bien ella nunca concretada Ni un sólo cuerpo hubiera producido, Por no poderse unir diseminada. Porque seguramente los principios 1280 De la materia no se han colocado Con orden, con razón ni inteligencia, Ni han pactado entre sí sus movimientos; Antes diversamente combinados, Desde la eternidad por el espacio Agitados con choques diferentes, Juntas y movimientos van probando, Hasta que se colocan de manera Que esta suma criada se mantiene; La cual por muchos siglos conservada, 1290 Y puesta en conveniente movimiento, Hace con largas ondas que los ríos Abastezcan los mares insaciables; Que la tierra sus frutos reproduzca Con los rayos del Sol alimentada; Y que reproducidas las especies De los brutos florezcan, y que vivan Los fuegos celestiales resbalando: No sucediera si infinita copia De los principios no estuviera siempre 1300 Reparando las pérdidas continuas: Así como los brutos sin sustento Se van aniquilando, y por fin mueren; De la misma manera el todo debe Perecer al momento que materia De su recto camino extraviada No suministre pábulo a los cuerpos. No podrían los átomos externos Conservar a la suma congregada; Porque pueden con golpes repetidos 1310 Impedir que una parte se destina, Y dar tiempo a los átomos que lleguen A completar la suma; algunas veces, A rebotar no obstante precisados Espacio y tiempo, dan a los principios Para que se desunen libremente: Sin cesar es preciso se sucedan Los átomos; materia ilimitada Supone, pues esta presión eterna. Guárdate de creer en esto, Memmio, 1320 Lo que dicen algunos: que los cuerpos Se dirigen al centro de la suma, Y que del mundo la naturaleza No es detenida por eternos choques, Ni a parte alguna pueden escaparse El uno u otro extremo, porque todo Al centro se dirige. Si creyeres Que un ser puede en sí mismo sustentarse: Que los cuerpos pesados que tenemos Bajo los pies, gravitan hacia arriba: 1330 Que en dirección contraria son llevados, Como la imagen que en el agua vemos; Defiende con razones semejantes Que debajo vaguean animales, Que no pueden caerse de la tierra En las regiones ínfimas, del modo Que no pueden al cielo remontarse De suyo nuestros cuerpos; y que cuando Aquéllos ven el sol, nosotros vemos De noche las estrellas, y alternando 1340 Parten las estaciones con nosotros; Y que igualan sus días a los nuestros, Y a las suyas igualan nuestras noches. En ficciones groseras han caído Y en errores estúpidos los necios, Porque en principios falsos se apoyaron: Pues en una extensión ilimitada No entienden que no puede darse un centro, Y aun cuando supongamos que existiera, No se vieran los cuerpos obligados 1350 A pararse más bien aquí que en otra Cualquiera parte o sitio del espacio; Pues la naturaleza del vacío Cede a los cuerpos graves, hacia el centro Se dirijan, o no; porque no hay sitio En que los

cuerpos una vez llegados Pierdan su pesadez, y se detengan; El vacío a los cuerpos dará paso; Así lo exige su naturaleza: No impedirá la desunión del todo¹³⁶⁰ Este deseo que los lleva al centro. También además fingien que hacia el centro No es común la tendencia a todo cuerpo; Los que de tierra o agua se componen Se dirigen a él, como los mares, Y las que salen de soberbios montes Y lo que encierra en sí cuerpo terrestre: Pero del aire las sutiles auras Y las llamas ligeras se retiran Del centro: que por eso centellea¹³⁷⁰ Todo el éter con fuegos y se nutre Del Sol la antorcha en azulado cielo; Porque el calor del centro fugitivo Recoge allí sus fuegos (no pudiera Los animales sustentar la tierra Ni del árbol las ramas hojecieran Si el jugo alimenticio no les diese Colocan más allá de las estrellas El firmamento, para que los fuegos Del cielo, libres, y del centro huyendo¹³⁸⁰ A la manera de voraces llamas, No traspasen los límites del mundo Y desordenen la naturaleza, Ni el cielo se desplome con sus rayos, Ni se abra la tierra de repente Debajo de los pies, y nuestros cuerpos Caigan en el abismo sepultados, Descompuestos, envueltos en ruinas De tierra y cielo; así que en un instante Más que soledad vasta no quedara,¹³⁹⁰ Y principios sin fuerza: en cualquier parte Que empieces, pues, a disolver los cuerpos Te hallarás una puerta siempre franca De destrucción, por donde la materia Amontonada escapará volando. Si estos conocimientos que te ofrece Mi humilde musa, hubieres comprendido, Porque con una cosa otra se ilustra, No te robará el paso obscura noche Sin que penetres los secretos hondos¹⁴⁰⁰ De la naturaleza: de este modo Unas verdades esclarecen otras.¹⁴⁰²

Libro II

Revolviendo los vientos las llanuras¹ Del mar, es deleitable desde tierra Contemplar el trabajo grande de otro; No porque dé contento y alegría Ver a otro trabajado, mas es grato Considerar los males que no tienes: Suave también es sin riesgo tuyo Mirar grandes ejércitos de guerra En batalla ordenados por los campos: Pero nada hay más grato que ser dueño¹⁰ De los templos excelsos guarnecidos Por el saber tranquilo de los sabios, Desde do puedas distinguir a otros Y ver cómo confusos se extravían Y buscan el camino de la vida Vagabundos, debaten por nobleza, Se disputan la palma del ingenio, Y de noche y de día no sosiegan Por oro amontonar y ser tiranos. ¡Oh míseros humanos pensamientos!²⁰ ¡Oh pechos ciegos! ¡Entre qué tinieblas Y a qué peligros exponéis la vida; Tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura No oís el grito de naturaleza, Que alejando del cuerpo los dolores, De grata sensación el alma cerca, Librándola de miedo y de cuidado? Vemos cuán pocas cosas son precisas Para ahuyentar del cuerpo los dolores, Y bañarle en delicias abundantes,³⁰ Que la naturaleza economiza. Si no se ven magníficas estatuas, De cuyas diestras juveniles cuelguen Lámparas encendidas por las salas Que nocturnos banquetes iluminan, Ni el palacio con plata resplandece, Ni reluce con oro, ni retumba El artesón dorado con las liras; Se desquitan, no obstante, allá tendidos En tierna grama, cerca de un arroyo,⁴⁰ De algún árbol copudo sombreados, A cuyo pie disfrutan los placeres Que cuestan poco; señaladamente Si el tiempo ríe y primavera esparce Flores en la verdura de los campos: Maligna fiebre no saldrá del cuerpo Si en púrpura y bordados te revuelves Con más celeridad que si encamares Entre plebeyas mantas y sayales. Porque si la fortuna, el nacimiento,⁵⁰ El esplendor del trono hacer no pueden A nuestro cuerpo bienaventurado, Presumimos que al ánimo tampoco; Si no es que acaso cuando tus legiones Veas que hierven por los anchos valles En simulacro y ademán de guerra; Cuando veas que el mar tus velas cubren, Y que le hacen gemir por todas partes, Te figures con esto que aterrada La superstición huye con espanto⁶⁰ Del ánimo, y el miedo de la muerte Deja entonces el pecho descuidado. Pues si vemos que son ridiculeces Y vanidades estas cosas todas; Y a la verdad los miedos de los hombres Y los

cuidados que les van siguiendo
No temen el estruendo de las armas
Si las crueles lanzas;
audazmente
Se sientan con los reyes y señores:
Ni sus fulgentes púrpuras respetan,⁷⁰
Ni sus diademas de oro; único fruto
De la ignorancia dudarás que es todo,
Nuestra vida en tinieblas sepultada.
Así como los niños temerosos
Se recelan de todo por la noche,
Así nosotros, tímidos de día
Nos asustamos de lo mismo a veces
Que despavorir suele a los muchachos:
Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,⁸⁰
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.
Sígueme siempre tú, y escucha ahora
Cuál es el movimiento con que engendran
Y a los cuerpos destruyen los principios
De la materia, y cuál es el impulso
Y cuál la rapidez que hace que vuelen
Por el espacio inmenso sin descanso.
Porque seguramente la materia
No es una masa inmóvil, pues que vemos⁹⁰
Disminuirse un cuerpo, y de continuo
Manando, se consumen a la larga
Y el tiempo nos los roba de la vista;
Se conserva sin pérdidas la suma:
Empobreciendo un cuerpo, los principios
Van a enriquecer otro, y envejecen
Los unos para que otros reflorezcan;
Ni en un sitio se paran; de este modo
El universo se renueva siempre,
Y se prestan la vida los mortales;¹⁰⁰
Crecen unas especies y se acaban:
Y en poco tiempo las generaciones
Se mudan y la antorcha de la vida
Cual ágiles cursores se transmiten.
Si piensas tú que los principios pueden
Cesar, y que cesando engendran
nuevos Impulsos, la verdad de ti se aleja:
Pues movidos en medio del vacío
Los principios, es fuerza que obedezcan
O a su gravedad misma, o al impulso¹¹⁰
Quizá de causa externa; desde arriba
Precipitados, pues, encuentran otros,
Que a un lado los apartan de repente;
No es maravilla, porque son pesados,
Durísimos y sólidos, y nada
Les pone estorbo alguno por su espalda.
Y para que del todo te convenzas
De que generalmente los principios
Están en movimiento, ten presente
No darse lugar ínfimo en el todo,¹²⁰
Donde se paren los primeros cuerpos,
Porque inmenso, infinito es el espacio.
No reposan jamás en el vacío
Los principios: por su naturaleza
En movimiento siempre variado
Unos a gran distancia son lanzados,
Otros se apartan menos, y se enlazan
En el choque. Si es breve su distancia,
Y se repelen poco, y su tejido
Se liga íntimamente, constituyen¹³⁰
Las rocas solidísimas, y el hierro,
Y una corta porción de otras substancias
De esta naturaleza: si, al contrario,
El choque los rechaza y los dispersa,
Y los hace vagar por el espacio,
En largos intervalos, nos ofrecen
Del Sol la luz brillante y aire raso.
Y vagan además por el vacío
Muchos que están privados de juntarse,
O que jamás pudieron agregados¹⁴⁰
Entrar en el concorde movimiento;
De lo cual una imagen y figura
Continuamente hiere nuestros ojos,
Cuando del Sol los rayos se insinúan
De través por las piezas tenebrosas.
Si reparas, veras cómo se agitan
Átomos infinitos de mil modos
Por el vacío en el luciente rayo:
Y en escuadrones, en combate eterno
Se dan crudas batallas y peleas,¹⁵⁰
Y no paran jamás: ya se dividen,
Y ya continuamente se repliegan.
De aquí puedes sacar que en el vacío
Eternamente los principios giran:
Un efecto vulgar puede servirnos
De modelo y de guía en cosas grandes.
En los rayos del Sol rápidamente
Movidos estos cuerpos, fijar deben
Nuestra atención, pues su girar eterno
Prueba un choque secreto y clandestino¹⁶⁰
De los átomos: muchos se extravían,
Como verás, a un golpe imperceptible;
Retroceden, y aquí y allí se lanzan
En toda dirección por todas partes:
Los principios se mueven por sí mismos
Y dan el movimiento a aquellos cuerpos
Que se componen de una masa fina
Y análoga a sus débiles esfuerzos;
Los últimos atacan a los cuerpos
Un poco más groseros; de este modo¹⁷⁰
De los principios nace el movimiento,
Y llega a los sentidos de seguida,
Hasta que los corpúsculos se mueven
Que en los rayos del Sol vemos nosotros,
Sin que podamos ver quién los agita.
Y la movilidad que la materia
Comunica a los cuerpos, oye, ¡oh Memmio!
Cuán asombrosa es: cuando derrama
Primeramente nueva luz la aurora
Por las tierras, y cuando revolando¹⁸⁰
En bosques retirados varias aves
Llenan la soledad y el aire tierno
De voces armoniosas,

¡cuán de pronto El sol nacido suele en este tiempo, Esparciendo sus rayos abundantes, Adornar con su luz naturaleza! Todos lo vemos y nos es muy claro: No obstante, estos corpúsculos lucientes Que el Sol nos manda, por vacío espacio No atraviesan; su marcha se retarda 190 Dividiendo los fluidos del aire: Y como no son átomos aislados, Sino especie de masas y hacecillos, Encuentran en sí mismos y por fuera Causas que los detengan en su marcha. Al contrario, son sólidos y simples Los átomos que cruzan el vacío Sin peligro de obstáculos externos. Forman ellos un solo y mismo todo, Y juntando el esfuerzo de sus partes 200 Hacia el único blanco de su impulso, Deben aventajar en ligereza, Y con mayor presteza ser movidos, Que los rayos del Sol, y en igual tiempo Deben correr mucho mayor espacio Que cuando el Sol se lanza por el cielo. Pues nadie supondrá que los principios Pudieran por sí mismos detenerse Ni entre sí calcular el movimiento Y concertar un plan perfecto y sabio. 210 En vano algunos necios imaginan Que sin la ciencia y numen de los dioses, Tantos efectos producir no puede La materia arreglados y precisos, Ni las vicisitudes de estaciones Y los varios productos de la tierra: Ni el suave impulso del amor que mueve Por medio del deleite a los mortales, Ni el divino placer que da la vida, Y a propagar les lleva las especies 220 Porque el género humano no se extinga. Fingen ellos ser obra de los dioses Y producción divina todo esto: Muy engañados van en su sistema. Aunque ignoraran la naturaleza De los principios, sin embargo, osara Con la vista del cielo comprobarte Y con otros fenómenos que el mundo No ha sido por los dioses fabricado, Pues es tan deficiente e imperfecto; 230 Yo te lo aclararé más adelante: Explicaremos al presente, Memmio, Lo que resta decir del movimiento. Presumo ya ser tiempo de probarte Que no puede subir con fuerza propia Ningún cuerpo hacia arriba: no te engañen Las llamas, pues que suben aumentadas; Y los frutos hermosos de los campos Y los árboles crecen hacia arriba, Cuanto pueden hacer los cuerpos graves 240 Por dirigirse abajo. No de suyo, Por una fuerza externa sí, los fuegos Saltan a las techumbres de las casas Y devoran las vigas y tirantes Rápidamente; como nuestra sangre, Saliendo de las venas, salta lejos Y de púrpura un chorro al aire esparce; ¿No ves también con cuanta fuerza el agua Despide los maderos y las vigas? Pues aunque muchos y robustos brazos 250 Por hundirlos derechos se revienten, El agua con más ímpetu los echa, Y hacia arriba los lanza, y por de fuera La mayor parte asoma y sobresale; No dudamos que todos estos cuerpos Bajan por el vacío cuanto pueden. Así también deben subir las llamas Por una fuerza extraña, aunque su peso Las haga que descendan cuanto pueden. ¿No ves que los nocturnos meteoros 260 Largos surcos de fuego van trazando Hacia cualquiera parte do les abre Naturaleza misma algún sendero? ¿Qué estrellas y luceros caen en tierra? El mismo Sol desde los altos cielos Derrama su calor por todas partes, Y sus rayos esparce por los campos: Luego abajo se inclinan sus ardores. Por medio de las nubes vuela el rayo; Con ímpetu se arroja desprendido 270 Unas veces aquí, y acullá otras; Y el rayo sin cesar hiere la tierra. Y has de entender también, ínclito Memmio, Que aun cuando en el vacío se dirijan Perpendicularmente los principios Hacia abajo, no obstante, se desvían De línea recta en indeterminados Tiempos y espacios; pero son tan leves Estas declinaciones, que no deben Apellidarse casi de este modo. 280 Pues si no declinaran los principios, En el vacío, paralelamente, Cayeran como gotas de la lluvia; Si no tuvieran su reencuentro y choque, Nada criara la naturaleza. Y si alguno creyere por ventura Que los cuerpos más graves, cuanto tienen Mayor velocidad de movimiento, Tanto mejor en línea recta pueden Caer sobre los cuerpos más ligeros, 290 Y engendrar con su choque movimientos Creadores de seres, se extravía De todos los principios racionales. Es verdad que en el aire o en el agua Aceleran los cuerpos su caída Según su pesadez, porque las aguas Y el fluido del aire a todo cuerpo No pueden resistir del mismo modo; Ceden más fácilmente a los más graves, Mas no sucede así con el vacío; 300 Ninguna resistencia

opone al cuerpo; A todos igualmente les da paso: Por lo que los principios, desiguales En sus masas, moverse en el vacío Deberán todos con igual presteza. No pueden, pues, los cuerpos más pesados Caer encima de los más ligeros, Ni por sí engendrar choques que varíen Sus movimientos, para que por ellos Forme los seres la naturaleza. 310 Por lo cual, yo repito ser preciso Que declinen los átomos un poco, Para que no parezca introducimos Movimientos oblicuos, que reprueba La razón verdadera; es evidente, Y ven los ojos, que los cuerpos graves Seguir no pueden dirección oblicua En su caída; pero ¿qué ojo agudo Verá que no se apartan de la recta? En fin, si siempre todo movimiento 320 Se encadena y en orden necesario Hace siempre que nazcan unos de otros; Si la declinación de los principios Un movimiento nuevo no produce Que rompa la cadena de los hados, De las causas motrices trastornando La sucesión eterna, ¿de do viene El que los animales todos gocen De aquesta libertad? ¿De dónde digo, Esta voluntad nace que arrancada, 330 A los hados nos mueve presurosa Do el deleite conduce a cada uno? Además de que nuestros movimientos Ni a tiempos ni a lugares se sujetan Determinadamente; su principio Es nuestra voluntad; de allí se extienden Por los miembros. ¿No ves que en el momento Que se abre la barrera, los caballos, Ansiosos de volar en la carrera, No lo pueden hacer tan prontamente 340 Como su ardiente espíritu codicia? Las moléculas todas esparcidas Por los miembros es fuerza que se junten Y se agiten por todo nuestro cuerpo, Si han de seguir del alma los deseos. Ya ves que el movimiento su principio Tiene en el corazón, y que procede De la voluntad misma: de aquí gira Por todo el cuerpo y miembros ciertamente. No sucede lo mismo cuando andamos 350 Impelidos de alguna fuerza extraña Y superior; que entonces nuestra masa Es arrastrada contra nuestro gusto, Hasta que por los miembros reprime La voluntad extraños movimientos. Ya ves también, que aunque una fuerza extraña Obligue a andar a muchos mal su grado; En nuestro pecho, sin embargo, queda Un poder que combate y hace frente, A cuyo arbitrio muda la materia 360 De dirección, sus ímpetus refrena, Y la hace que por fuerza retroceda. Esta verdad te obliga a que confieses En los principios diferente causa De pesadez y choque: de ésta nace La libertad, porque nosotros vemos Que nada puede hacerse de la nada. La pesadez impide ciertamente Que todo movimiento sea efecto Como de fuerza extraña: mas si el alma 370 En todas sus acciones no es movida Por interior necesidad, y si ella Como vencida llega a ser substancia Meramente pasiva, esto es efecto De declinar los átomos un poco Ni en tiempo cierto, ni en lugar preciso. Jamás la suma de los elementos Más densa fue o más rara que al presente, Pues ni se aumenta ni se disminuye: Por lo que el movimiento que ahora tienen, 380 En los pasados siglos le tuvieron, Y siempre le tendrán en adelante: Y los cuerpos que suelen producirse, Producidos serán del mismo modo, Y existirán y crecerán robustos, Y tendrán cualidades convenientes A su naturaleza. Es imposible Que a la suma trastorne fuerza alguna, Ni se da puerta por la cual se huyan Y escapen de la masa los principios; 390 Ni con incursión súbita en el todo Penetrar pueden átomos extraños, Que, trastornando la naturaleza, Todos los movimientos extravíen. No es de maravillar que los principios Estando en continuado movimiento, Parezca estarse quieto el Universo, A excepción de los cuerpos que le tienen De suyo propio; pues sentidos nuestros No pueden percibir los elementos; 400 Por lo que si su masa es invisible, Debe serlo más bien su movimiento, Puesto que la distancia nos oculta La agitación de cuerpos más sensibles: Porque frecuentemente las ovejas Paciéndolo alegres pastos por los cerros, Trepan por do las llaman y convidan Las frescas hierbas, quo el rocío esmalta, Mientras que los corderos hartos juegan Y topan blandamente; lo cual todo 410 Vemos confusamente desde lejos: Parece la verdura del collado Contrastar la blancura del ganado. Y cuando desplegadas las legiones, Numerosas también, cubren los llanos Haciendo simulacros de batallas, Y en torno dan carreras los corceles, Y

sacudiendo con esfuerzo y brío
Traspasan de repente inmensos campos;
El brillo de las armas sube al cielo,
420 Reluce con el bronce todo el suelo,
Y resuena la tierra con los pasos
De soldados valientes, y los montes,
Heridos del clamor, lanzan los gritos
Las estrellas: sin embargo, inmóvil
Parece estar aquella muchedumbre
Mirada de la cumbre de algún monte,
Y ser el brillo propio de la tierra.
Ora procede que tu mente indague
Las cualidades de los elementos,
430 Cuán diferentes sean en sus formas
Y cuál la variedad de sus figuras:
No porque haya un gran número que sea
De formas diferentes; mas los seres
Que ellos componen nunca se asemejan:
Tampoco esto es extraño, pues he dicho
Ser su número inmenso, ilimitado;
No deben, pues, tener las mismas formas
Exactamente con igual contorno.
Considera además la raza humana
440 Y mudos nadadores escamosos,
Y los hermosos árboles, y fieras,
Y variedad de aves que frecuentan
Los sitios deleitosos de las aguas,
Las riberas y fuentes y lagunas,
Y las que corren bosques solitarios
Con raudo vuelo; en general compara
Los individuos de cualquier especie,
Y encontrarás en ellos diferencia:
El hijo no podría de otro modo
450 Conocer a la madre, ni ésta al hijo;
Vemos que se conocen mutuamente,
Como el hombre conoce sus hijuelos.
Porque frecuentemente degollado
En los hermosos templos de los dioses
Cae el becerro al lado de las aras
Turicremas, brotando de su pecho
La sangre un río ardiente: deshijada
La madre, empero, aquí y allí corriendo
Por verdes bosques, va estampando en tierra
460 Las hendidas pezuñas, registrando
Con ojo ansioso todos los parajes,
Por si en alguno a su perdido hijo
Puede topar; parándose a menudo,
Llena de quejas el frondoso bosque
Y el establo reeve continuamente,
Clavada con la pérdida del hijo.
Ni las hierbas lozanas con rocío,
Ni tiernos sauces, ni la orilla amena
De ríos espaciosos la deleitan,
470 Ni la infunden olvido de su pena:
Ni por risueños pastos el aspecto
De los demás becerros a otra parte
La distraen y la alivian del cuidado:
¡Tan propio y conocido es lo que busca!
Conocen además los tiernos chotos
Con voz temblosa a las cornudas madres
Y balantes corderos topadores:
Y así, guiados por naturaleza,
A mamar corren las lecheras ubres.
480 Por fin, el trigo, aunque parece el mismo,
Alguna diferencia hay en sus formas;
Del mismo modo, vemos que las conchas
Hermosean el seno de la tierra
Por donde el mar la embebedora arena
De corva playa alisa con las ondas
Suaves. Luego deben los principios
Andar bajo de formas diferentes
En el vacío por naturaleza,
Puesto que ellos no han sido fabricados
490 Por el arte con formas peculiares.
Ya nos es fácil explicar la causa
De insinuarse mejor fulmíneo fuego
Que el nuestro producido de las teas:
Porque puedes decir que se componen
Los fuegos celestiales de los rayos
De átomos más sutiles, que se cuelan
Por poros que no puede entrar el fuego
Que hacemos, de las leñas y las teas.
¿Por qué, en fin, a la luz da paso el cuerno
500 Y se la niega al agua? ¿No se forma
La luz, acaso, de átomos más finos
Que los que forman a las aguas bellas?
Se cuele en un instante por el filtro
El vino, y el aceite gota a gota;
Porque éste se compone de principios
Más densos, más unidos y enlazados,
Con tanta prontitud no se separa,
Pasando lentamente por el filtro.
La miel y leche deliciosamente
510 Por otra parte el paladar recrean;
Pero el amargo ajeno y la centauro
Silvestre punzan con sabor ingrato:
De modo que conoces fácilmente
Que son lisos y esféricos los cuerpos
Que nos causan sabores agradables;
Que la amargura y aspereza nacen
Del conjunto de átomos torcidos
Que, fuertemente unidos, acostumbran
Abrirse paso al paladar, rompiendo
520 Los órganos del gusto con su entrada.
El placer y el dolor, últimamente,
Que los cuerpos excitan en nosotros
Nacen de la figura diferente
De sus principios; ni el rechino ingrato
De la estridente sierra te figures
Que elementos le engendran y producen
Tan finos como son las consonancias
De cítara armoniosa, que despiertan
Los dedos de los músicos expertos.
530 Tampoco debes dar la misma forma
A los átomos fétidos que vienen
De un cadáver quemado, a los que exhalan
En el teatro aromas de Cilicia,
Y los olores del pancreo, unguento
Que

embalsama los templos de los dioses. Ni los bellos colores se componen De los mismos principios, si recrean La vista, o si la punzan de manera Que nos hacen llorar, o la torcemos, 540 Por ser horribles y de hedionda forma: Luego todos los cuerpos que recrean Y halagan los sentidos son formados De los átomos finos; y al contrario, Los cuerpos que son ásperos, molestos, De elementos más rudos o imperfectos. Hay principios también que no son lisos Perfectamente, ni del todo corvos, Sino erizados de salientes puntas Que regalar más bien que dañar pueden 550 Los sentidos: se cuenta en esta clase La fécula y la ínola gustosa. Y últimamente, las ardientes llamas Y los hielos de invierno a los sentidos Punzan con agujones diferentes; Esta verdad el tacto nos demuestra: El tacto, el tacto, sí: ¡deidades santas! Del cuerpo este sentido se declara, Ya cuando se insinúa un cuerpo extraño, Ya cuando nos molesta causa externa: 560 Cuando recrea Venus enviando Semilla creadora, o cuando el choque Nos inquieta turbando la armonía, Y confunde el sentido; como puedes Hacer tú la experiencia, si una parte Hirieres de tu cuerpo con la mano: Luego las diferentes impresiones De los objetos deben explicarse Por las distintas formas de los átomos. Deben los cuerpos duros y compactos 570 Tener unos principios más corvados, Más unidos, ramosos y enlazados, Cuales son, entre otros, los diamantes, Que se burlan de golpes repetidos, El duro pedernal y el fuerte hierro, Y bronces rechinantes de los quicios. Empero aquellos líquidos formados De cuerpo fluido deben componerse De partes alisadas y redondas, Puesto que no pudiendo entrelazarse 580 Glóbulos de esta clase, también ruedan En un plano inclinado fácilmente. Los fluidos que ves en un instante Disiparse fugaces como el humo, Las nieblas y las llamas, no se forman De lisos y redondos elementos, Puesto que el cuerpo hieren y se punzan, Y penetrando los peñascos, deben Agudos ser, no corvos sus principios, Y les daremos puntas más que ganchos. 590 No debes admirarte cuando veas Cuerpos a un tiempo fluidos y amargos, Como el agua del mar, pues se componen De unos átomos lisos y redondos Los fluidos, mezclándose con ellos Punzantes elementos, causadores De dolor: sin embargo, no es preciso Sujetarlos por medio de corchetes; Basta que sean redondos y escabrosos, Que a un mismo tiempo hacia adelante pueden 600 Rodar y causar daño a los sentidos. Para que te convenzas de la mezcla De los principios lisos y angulosos, Que causan la amargura de Neptuno, Contemplemos sus partes separadas: Filtrándose en el seno de la tierra, Endúlzanse las aguas, y se cuelan En depósitos dulces: sus principios De mayor aspereza se detienen En los conductos por donde han pasado. 610 A esta verdad juntemos también otra Que está unida con ella y lo comprueba: Y es, que son limitadas las figuras De los principios; sin lo cual debieran Los átomos tener una grandez allimitada, pues tan chicos cuerpos Pueden variar poco sus figuras: Tú debes contemplarlos divididos En tres, o bien en más mínimas partes: Tal vez cuando las hayas colocado 620 De cuantos modos puedas de alto a bajo, Pasa las de la izquierda a la derecha; Cuando, por fin, hubieres acabado De combinar del modo que gustares, Si variar quisieres las figuras, Es preciso que añadas partes nuevas Y otras del mismo modo al infinito. Las formas de los átomos no puedes Multiplicar sin que el volumen crezca, Ni atribuirles formas infinitas 630 Sin que les des grandeza ilimitada: Todo lo cual probé ser imposible. Ya las telas riquísimas de Oriente, La púrpura brillante Melibea Teñida con las conchas de Thesalia, Y el pomposo espectáculo que ofrece, De los pavones la risueña gracia, Sobrepujados luego se rindieran Al fulgor de más vívidos colores; Y el olor de la mirra fastidiara, 640 Y el sabor de la miel, y el armonioso Cisne, y de Febo los divinos cantos, Con infame silencio callarían, Pues sin interrupción se sucedieran Las sensaciones mucho más gustosas. Y en las desagradables cualidades Llegáramos también al infinito: Porque los ojos, la nariz y oídos Y el gusto siempre sensación ingrata Tendrían que sufrir; mas los efectos 650 Siendo contrarios, y teniendo el todo Límites ciertos por

entrambos lados, Es preciso confieses las figuras De los átomos ser también finitas. Por último; hay distancia limitada Desde el calor hasta los hielos fríos, Del invierno, y así reciprocando, Frío y calor ocupan los extremos; Por grados llena en medio la tibieza El intervalo que hay; es limitada⁶⁶⁰ La cualidad sensible de los cuerpos, Pues que por ambas partes los limitan, De aquí el fuego, de allí el rígido hielo. Siendo, pues, limitadas las figuras De los átomos, debe ser su copia En cada clase de ellas infinita: Lo inferimos así forzosamente, porque sin ello fuera la materia, Contra lo que probamos, limitada. Prosigamos ahora declarando⁶⁷⁰ En pocos versos, y con dulce estilo, Cómo el gran todo a conservar alcanza De átomos la infinita muchedumbre Por tan continuos choques agitada. Si ves unas especies reducidas, Y observas tú que la Naturaleza Es en su producción menos fecunda; En otras tierras y en remotos climas Ellas las multiplica y las completa: Tal es aquel cuadrúpedo disforme,⁶⁸⁰ El elefante, armado con su trompa, De cuya inmensa copia la India forma Trincheras de marfil impenetrables: Cuadrúpedos que apenas conocemos. Si por acaso en la Naturaleza Ha habido un solo cuerpo que no tuvo Igual en todo el mundo; mas no siendo Infinitos los átomos, no puede Existir ni crecer ni alimentarse El cuerpo que esos átomos formaron.⁶⁹⁰ Supongamos dispersos en la suma De un cuerpo los principios limitados: ¿De qué modo podrán ellos juntarse En un piélago vasto de materia? ¿Con qué fuerza, en qué sitio, de qué modo En tanta confusión podrán unirse? No tienen medio alguno de enlazarse. Pero como después de un gran naufragio Lejos suele arrojar el mar los barcos, La proa, las entenas, góndolas⁷⁰⁰ Y mástiles nadantes, y las jarcias Flotando por las costas de las tierras, Porque vean y aprendan los mortales Esta lección terrible, y huir quieran Las insidias y fuerzas y el engaño De la pérfida mar, y no la crean Cuando con engañosa calma ríe; Si concibes así los elementos Con número finito y limitado, Del mismo modo nadarán dispersos⁷¹⁰ Por su misma materia rebatidos Eternamente, sin jamás unirse: Mas si acaso un momento se enlazasen, Esta unión no podrá llegar a colmo Y crecimiento; mas diariamente Vemos las formaciones y progresos De todo cuerpo: luego los principios Vemos con claridad ser infinitos, Pues que conservan las especies todas. Así los movimientos destructores⁷²⁰ No pueden destruir perfectamente, Ni acabar para siempre con los cuerpos; Así los movimientos creadores No pueden darles duración eterna: Desde la eternidad viven en lucha Con el mismo poder ambos principios: Victorias y derrotas continuadas De unos y otros alternan; juntos andan La muerte y el vagido que levantan Los niños cuando ven la luz hermosa: ⁷³⁰ Ni tras el día se siguió la noche, Ni tras la noche aurora, sin que oyesen Vagidos lastimosos confundidos Con llantos compañeros de la muerte, Y secuaces de tristes funerales. Conviene que con rasgos indelebles Este principio en la memoria grabes: No haber un solo cuerpo conocido En su propia interior naturaleza Que de una especie sola de principios⁷⁴⁰ Se forme; ni ninguno que no conste De mezcla de principios; cuanto un cuerpo Tiene más propiedades, más difieren En número y figura sus principios. Porque primero abraza en sí la tierra Los elementos de los grandes ríos, Que el mar inmenso sin cesar renuevan. Tiene también los fuegos subterráneos, Que la abrasan a veces encendidos: Y el ímpetu del Etna se enfurece⁷⁵⁰ Con vivas llamas: tiene las semillas Con que pueda criar la raza humana, Y árboles ledos y lucientes frutos: Blandas hojas también, y alegres pastos Encierra en sí, que de alimento sirvan A las fieras que habitan las montañas. Razón por qué ella sola fue llamada La gran madre de dioses y animales, Criadora también de nuestro cuerpo: Los antiguos poetas doctos griegos⁷⁶⁰ La cantaron subida sobre un carro, Dos leones uncidos agitando; Dándonos a entender que en el espacio La tierra suspendida, no podía Tener más firme base que a sí misma: Y las fieras al yugo sujetaron, Porque los beneficios de los padres Deben triunfar aun de los fieros hijos; De corona mural la rodearon, Porque de plazas fuertes y ciudades⁷⁷⁰ Toda la redondez está cubierta: Y al presente ciñendo esta diadema, Con

terror de los pueblos paseada La imagen es de la divina madre: Varias gentes la llaman madre Idea, Conforme a los antiguos sacrificios, Y en su séquito van catervas frías, Porque dicen que allí la agricultura Tuvo su origen y de allí triunfante Se extendió por el orbe; son castrados⁷⁸⁰ Los sacrificadores, porque quieren Significar que deben ser tenidos Por indignos de dar a la luz bella Unos vivos retratos de sí mismos Aquéllos que faltaren al respeto De sus padres, modelos de la diosa, Y los que ingratos con sus padres fueren. En sus manos resuenan los tambores Estrepitosos, y los retumbantes Címbalos, y amenazan las trompetas⁷⁹⁰ Con un sonido ronco, y estimula La flauta en tono frigio los furores; Y empuñan lanzas, de la muerte indicios, Para llenar de espanto a los ingratos Y a los pechos impíos con la diosa. Por lo que en tanto que la estatua muda En las grandes ciudades paseada Ofrece a los mortales en secreto El rico manantial de sus favores, Arrojan al momento por las calles⁸⁰⁰ Riquezas y dinero a manos llenas; Llueven flores y rosas, sombreando A la madre y brillante comitiva. Un batallón armado, que los griegos Llaman Curetas frigios, retozando Con pesadas cadenas se sacuden: Y bailan al compás, y alegres miran La sangre que les corre, y agitando Con furor los terríficos penachos De sus cabezas, traen a la memoria⁸¹⁰ Los Curetas dicteos, que ocultaron En Creta aquel vagido, según dicen, De Jove un tiempo, mientras que giraban En leve danza, armados los infantes En torno al niño, y a compás herían El bronce estrepitoso por el miedo De que Saturno no le devorase Con su diente cruel, y eternamente Hiriese el tierno pecho de la madre: Por eso la acompaña gente armada;⁸²⁰ Cual si quisiera predicar la Diosa Que con las armas y el valor defiendan Los hombres a su patria, y sean a un tiempo El amparo y la gloria de sus padres. Esta ficción tan bella y tan galana La razón verdadera la reprueba; Pues la naturaleza de los dioses Debe gozar por sí con paz profunda De la inmortalidad: de los sucesos Humanos apartados y distantes;⁸³⁰ Sin dolor, sin peligro, enriquecidos Por sí mismos, en nada dependientes De nosotros: ni acciones virtuosas Ni el enojo y la cólera los mueven. Ciertamente la tierra en todo tiempo Carece de sentido, y ella misma Debe las producciones que tenemos De átomos a la varia muchedumbre Que en su seno contiene. Mas si alguno Quiere más que se llame al mar Neptuno⁸⁴⁰ Y a las mieses poner nombre de Ceres, Y si el nombre de Baco prefiriere A aquel vocablo propio que tenemos, Concedamos también llamar la tierra Con el nombre de madre de los dioses, Aunque tal madre fabulosa sea. Así, por lo común apacentados En unos mismos prados grey lanuda, La prole belicosa del caballo Y ganados cornudos, bajo un clima,⁸⁵⁰ Y su sed apagando el mismo río, Son, no obstante, diversas sus especies, Y la naturaleza de sus padres Conservan, imitando sus costumbres: Tanta es la diferencia de las hierbas, Tan grande la del agua de los ríos. Además, que los huesos, sangre, venas, El calor, la humedad, nervios, entrañas, Todo animal componen; y diversas Entre sí son tan sólo estas substancias⁸⁶⁰ Por la diversidad de sus principios. Los cuerpos combustibles a lo menos Contienen los principios de la llama, De la luz, de las chispas y ceniza, Y del humo. Tu mente si escudriña Los cuerpos todos, todas las substancias, Encontrará que envuelven las semillas De muchas cosas, y figuras varias. Ves, en fin, que gran número de cuerpos Son a la vez del gusto y del olfato⁸⁷⁰ Percibidos: cual suelen en los templos Expiatorias víctimas que inmola El criminal ansiado a las deidades. Luego los elementos de los cuerpos Difieren entre sí; pues los olores Penetran en los órganos por donde No penetra el sabor del alimento. Y el gusto y el sabor de los manjares Por vías muy distintas se introducen: Nacen de las figuras diferentes⁸⁸⁰ De los principios estas cualidades; Pues que se juntan diferentes formas En un solo montón y su tejido, De principios mezclados conste el cuerpo. Y aunque también en estos versos míos Observes que las mismas letras vienen En la composición de muchos nombres, Es forzoso, no obstante, reconozcas La diferencia que hay entre las letras De versos y palabras; pues que tienen⁸⁹⁰ Muchas letras comunes, y a

las veces Los componen los mismos elementos, Mas la totalidad no es resultado De este mismo conjunto; así los cuerpos En la naturaleza diferentes, Aun cuando tengan átomos comunes, Diferir pueden entre sí las masas: Y con razón diremos que los hombres, Los frutos y los árboles hermosos No constan de los mismos elementos. 900 No creamos que puede mutuamente Toda especie de átomos unirse; Pues se verían monstruos de continuo, Existirían hombres medio fieras, Y de un animal vivo nacerían Frondosos ramos; se unirían substancias Terrestres a marinas; las quimeras, Lanzando fuego de su horrible boca, Todas las producciones de la tierra Devastarían: mas si nada de esto 910 Se hace claramente, pues los cuerpos, Formados todos de elementos fijos, Por una cierta fuerza creadora, Vemos que pueden conservar su especie Particular conforme van creciendo, Preciso es que este orden se conserve: Porque cada animal saca los jugos Que le son más análogos al cuerpo De todos los sustentos que le nutren, Y le dan movimientos convenientes: 920 Empero las moléculas extrañas Que no han podido unirse, ni animarse, Ni consentir vitales movimientos, Naturaleza las arroja al suelo, O por una inacción se libra de ellas. Mas por si acaso juzgas que a estas leyes Sólo los animales se sujetan, En toda producción verás lo mismo; Porque como entre sí difieran todas, Es necesario que sus elementos 930 De diversas figuras se compongan: No porque de figuras diferentes Haya muchos principios; antes nunca Pueden enteramente parecerse Los individuos que resulten de ellos. Y así, esta diferencia de principios Establece también otra forzosa En las distancias, choques, direcciones, En encuentros, uniones, movimientos: Por estas cualidades, no tan sólo 940 Distinguimos los cuerpos animales, Antes el mar distinguen de la tierra, Y el cielo de la tierra diferencian. Escucha los discursos indagados Con mi dulce trabajo: no te engañes Quizá creyendo que los cuerpos tienen El color negro, blanco, o cualquier otro, Por ser así también sus elementos; Pues ningún color tienen los principios Que sea semejante o diferente. 950 Si acaso te parece no poderse Concebir sin color los elementos, Estás muy engañado; pues los ciegos De nacimiento, que jamás la lumbre Del Sol sus ojos vieron, con el tacto Conocen, sin embargo, desde niños Los cuerpos de ningún color teñidos; Así también formarnos una idea Podemos de los cuerpos primitivos Sin que tengan colores. Finalmente: 960 Cuando tocamos por nosotros mismos A oscuras cualquier cuerpo, no sentimos De qué color o tinte está teñido. Juntamos el discurso a la experiencia: Pues de todo color seguramente Se muda en cualquier otro, los principios No deben padecer estas mudanzas; Inmutables serán forzamente; A no ser que la suma se aniquile: Pues traspasar no puede cuerpo alguno 970 Los límites que tiene, sin que deje De ser lo que antes era; por lo tanto, No atribuyas color a los principios; No sea que el gran todo se aniquile. Si ha negado, además, naturaleza A los primeros cuerpos los colores, De formas diferentes los adorna Que producen matices variados De infinitas maneras. Mucho importa Considerar la situación y mezcla, 980 Y aquellos movimientos respectivos De los átomos pueden fácilmente Dar la razón por qué los cuerpos mismos Que mostraban poco antes color negro, De repente le cambian en blancura Marmórea: cuando vientos furibundos Revolvieron los mares, por qué causa Blanquean como mármoles sus ondas: Puedes dar por respuesta que en un cuerpo Si los principios negros a la vista 990 Se confunden, se alteran y trastruecan, Y huyen algunos de ellos de su puesto, Puede la superficie de este cuerpo Llenarse de blancura relumbrante; En vez de que si fueran azulados Los principios del mar, no blanquearían; Pues de cualquiera modo que perturbes Los cuerpos azulados, jamás pueden Blanquear como el mármol reluciente. Mas si el color del mar puro y sin mezcla 1000 Resulta de elementos que contengan Colores diferentes, como varias Figuras y otras formas, se hace un todo Cuadrado y uniforme: convenía, Puesto que en el cuadrado se distinguen Muy diversas figuras, que se viesan Así en el mar como en los otros cuerpos Que tienen un color puro y sin

mezcla, Colores varios y entre sí diversos. Además, las figuras diferentes, 1010 Nada estorban, ni impiden el que tenga El todo exteriormente producido Forma cuadrada, mas la diferencia, En el color elemental destruye La total unidad de los colores. Se destruye la causa que movía A suponer principios colorados, Porque lo blanco y negro no resulta De blancos o de negros elementos, Antes bien de la mezcla diferente 1020 De colores; puesto que la blancura De átomos sin color es fácil nazca Mejor que de lo negro o su contrario. Pues si la luz produce los colores, Y su impresión no admiten los principios, El color en los átomos no cabe; ¿Qué color podrá haber en las tinieblas, Pues que en la misma luz se altera y cambia Conforme son heridos los objetos Por los oblicuos o directos rayos? 1030 No de otro modo que el collar brillante De las plumas que adornan la garganta De las palomas a las veces luce Con encarnado brillo de rubíes, Y a veces entrevera el color verde De la esmeralda con azul celeste: Y del pavón la cola, si embestida Es de copiosa luz, del mismo modo, Según sus diferentes posiciones, Muda colores; luego nacen éstos 1040 De la caída de la luz: no pueden Existir sin la luz, por consiguiente. Afectan la pupila el color blanco, El negro, u otro de distinto modo. Nada importa saber qué color tengan Los cuerpos que tocamos; su figura Es lo más esencial: los elementos Necesidad no tienen de colores, Pero sí de figuras variadas, Que exciten sensaciones diferentes. 1050 Pero si los colores de principios No están sujetos a figuras ciertas, Y una cualquiera forma de elementos Recibir puede los colores todos, ¿Por qué los cuerpos que resultan de ellos No son privilegiados igualmente? ¿Por qué el color señala las especies? Nos deslumbraran, pues, con blancas plumas En su vuelo los cuervos de ordinario, Y de negro color, o variado, 1060 Negros por lo común fueran los cisnes. Y cuanto más los cuerpos dividamos En partes muy menudas, verás cómo Se mueren y se acaban los colores: Por eso el oro reducido a polvo, La púrpura hilo a hilo deshilada, Pierden su brillo y resplandor del todo: De aquí puedes sacar que los principios Dejan todo el color primeramente Que en el estado de átomos se vean. 1070 Y pues forma visible no atribuyes, Ni sonido ni olor a todo cuerpo, Porque no todos a la vista hieren Ni afectan al oído ni al olfato, Debemos concluir que algunos de ellos No constan de color, así como otros No conocen olores ni sonidos: Un ánimo sagaz concebir puede Los cuerpos sin color, del mismo modo Que de otras cualidades despojados. 1080 Pero no pienses que naturaleza Haya negado sólo los colores A los principios; el calor y el frío, La tibieza también: y de sonidos Estériles, y ajenos son de jugos: Ningún olor exhalan de sí mismos. Así, cuando compones una esencia De mirra y olorosa mejorana Y de la flor de nardo, que trasciende, Tú la echas un aceite que no tenga 1090 Olor alguno ni al olfato envíe Aura suave, porque no corrompa Con su hedor los perfumes de las flores Su vapor, que ha subido en demasía. Y carecen, de olores y sonidos Los átomos que forman a los cuerpos, Porque de sí no pueden enviarlos; Ni son sabrosos, fríos, ni calientes, Ni tibios, sin aquellas cualidades Que causan la ruina de los cuerpos, 1100 La flexibilidad y la blandura; Corruptibilidad tener no pueden, Fragilidad, ni mezcla de materia Y de vacío, si a naturaleza Queremos dar eternos fundamentos En los que siempre estribe y se conserve, Y al aniquilamiento no se rinda. Sin embargo, es preciso que confieses De átomos insensibles ser formados Todos los cuerpos que de sentimiento 1110 Están dotados; la experiencia misma Apoya esta verdad, no solamente, Sino que te conduce por la mano Y te muestra nacer los animales De insensibles recónditas semillas. Así que vemos del hediondo cieno Nacer gusanos vivos cuando ha sido Podrida con las lluvias abundantes La húmeda tierra: vemos transformados Todos los cuerpos; árboles y ríos 1120 Y los prados risueños se convierten En ganados, y en nuestros mismos cuerpos Transfórmase el ganado, y a menudo Con nuestro cuerpo aumentanse los bríos De alimañas y de aves carniceras. Así convierte la naturaleza Todos los alimentos en substancias Vivas, del mismo modo que

transforma Áridos leños en fogosas llamas. Y ¿dudarás acaso cuánto importa
1130 Considerar la mezcla de los átomos, Su posición y mutuos movimientos? ¿De qué naturaleza son los cuerpos Que el mismo ánimo agitan y conmueven, Y en él excitan varias sensaciones, Si niegas que produce la materia, Insensible por sí, sensibles seres? Es cierto que las piedras y los leños, Aunque la misma tierra se les una, No pueden producir el sentimiento
1140 De la vida: por eso no pretendo Que los átomos todos sean capaces De componer en un momento seres Sensibles, pero creo de importancia Atender a su número y grandeza, su orden, su figura y movimiento, Y situación; pues nada de esto vemos En troncos y terrones: sin embargo, Por medio de las lluvias, corrompidos Estos cuerpos, parecen gusanillos,
1150 Porque sus elementos, removidos Con esta novedad, se unen de modo Que deben engendrar los animales. En fin, cuando establecen que resulta La sensibilidad de los principios Sensibles, y que aquéstos son formados De otros también sensibles, hacen luego Substancias blandas, pues que está junta La sensibilidad con las entrañas, Nervios y venas, y procede todo
1160 De cuerpos blandos y perecederos. Pero aunque sin embargo concedamos Una existencia eterna a estos principios, O ellos deben tener el sentimiento En una parte, o ser animalejos: Mas no pueden sentir por sí las partes, Y el sentimiento de los otros miembros No se les comunica, ni la mano Separada del cuerpo, ni una parte, En alguna manera siente aislada:
1170 Luego ellos son perfectos animales, Dotados de absoluto sentimiento: Pues ¿cómo se podrán llamar principios, Y cómo evitarán ellos la muerte, Siendo animales como aquellos otros Que vemos perecer todos los días? Pero aunque concedamos ser posible, ¿Su conjunción engendrará otra cosa Que un pueblo numeroso de animales? Así como los hombres, los ganados,
1180 Y alimañas por medio de la Venus Engendran hombres, fieras y ganados. Pero si acaso dejan los principios Su propio sentimiento, y toman otro, ¿Por qué razón tal cualidad les dimos Para quitarla luego por inútil? Pues si vemos los huevos de las aves En volanderos pájaros mudarse, Y en gusanos hervir la tierra cuando Por abundantes lluvias fue tomada
1190 De podredumbre: luego nacer pueden De átomos no sensibles sentimientos. Y nadie piense que nacer pudiera El sentimiento de lo no sensible Por alguna mudanza que se hace, Como del animal en la naciencia Antes que salga fuera, pues más claro Vemos que la radiante luz del día Que no se verifica nacimiento, Sino después de formación interna,
1200 Ni se cumple en el ser mudanza alguna Sin una asociación antecedente. De modo que no existe sentimiento Antes que el animal formado sea; Porque antes de formarse andan dispersos Por el aire y las aguas los principios, Y por la tierra y fuego: no han tenido Reunión, ni vitales movimientos, Ni choques de aquel modo conveniente Que inflame los sentidos luminosos,
1210 Que al animal custodian y defienden. Y si un choque más fuerte y poderoso Que el que puede sufrir su resistencia Aflige al animal en un instante, Y confunde a la vez las facultades Del ánimo y del cuerpo; y los principios El desorden disuelve, y se suspenden Del todo los vitales movimientos, Hasta que la materia sacudida Rompe del alma los vitales lazos,
1220 Y por todos los poros la echa fuera Estando derramada por el cuerpo: ¿Qué puede producir un igual choque, Sino alterar y disolver los cuerpos? A las veces sucede, si el ataque Es menos violento, que los restos De vital movimiento vencen, triunfan Y calman los desórdenes del choque, Y vuelven nuevamente a sus conductos Las partes ordenadas que dominan
1230 Ya casi a destructores movimientos Señores de la máquina, y encienden El sentimiento ya casi perdido. Por lo que el alma de las puertas mismas De la muerte a la vida es revocada Primero que ceder a los impulsos Que ya casi a la muerte la arrastraban. Pues sentimos dolor en nuestro cuerpo Cuando de la materia los principios De alguna fuerza extraña conmovidos
1240 Por las vivas entrañas, por los miembros Se agitan en desorden; y tenemos Blando deleite cuando a su orden

vuelven: Inferimos de aquí, que los principios Ni dolor ni deleite por sí tienen; Supuesto que de partes no se forman, Cuyo desorden pueda atormentarlos, O algún fruto coger de alma dulzura; Insensibles por tanto son los átomos. Si hemos de dar sensibles elementos, 1250 En fin, al animal para que sienta, Será forzoso, pues, que los principios Constitutivos de la raza humana Den grandes carcajadas, y que bañen Con abundantes lágrimas el rostro Y que penetren los secretos grandes De la sabiduría, y que analicen Sus propios elementos componentes: Pues siendo en su estructura semejantes A todos los mortales, deben ellos 1260 Resultar de diversos elementos, Y éstos de otros principios, de manera Que nunca puedas encontrar el término; Yo no me cansaré; siempre que digas Reír, hablar y discurrir un cuerpo, Es preciso que tengan sus principios Las mismas facultades; mas si vemos Ser esa pretensión una locura Y un gran delirio, y si reír se puede Sin principios risueños, si se puede 1270 Discurrir y explicarse sabiamente Sin sabios y elocuentes elementos; ¿Por qué seres sensibles no podrían Resultar de principios insensibles Que carezcan de todo sentimiento? Todos, en fin, del aire somos hijos; Él es el padre universal, de todos; Y alma tierra la madre: recibiendo De lo alto en gotas líquidas las aguas, Preñada, pare los hermosos frutos 1280 Y árboles ledos, y la raza humana Y pare toda especie de animales Cuando les da alimentos con que todos Apacientan sus cuerpos, y disfrutan De dulce vida y sin cesar propagan: Por lo que con razón madre es llamada. Los cuerpos que han salido de su seno Los vuelve en sí a abrazar; y la materia Enviada del aire es recibida En el espacio etéreo nuevamente: 1290 No dudes ser eternos los principios, Porque nosotros sin cesar los vemos Dejar la superficie de los cuerpos, Y a las veces nacer y morir luego: No destruye la muerte los principios Así como los cuerpos; su tejido Rompe tan solamente, y los reforma, Y nuevas formas y colores nuevos Hace que estén tomando de continuo; Los obliga también en un instante 1300 A dar y recibir el sentimiento. Bien sabes tú cuán importante sea Mirar el orden, mezcla y movimientos Recíprocos que tienen los principios. Pues lo mismo producen mar y cielo, La tierra, ríos, sol y las semillas, Árboles y animales. De igual modo Que en mis versos contemplas diferente La combinación y orden de las letras; Pues aunque las palabras se componen 1310 En parte de los mismos elementos, En el orden difieren solamente: Así en los cuerpos de Naturaleza Si cambian las distancias, direcciones, Uniones, gravedades, orden, choques, Colocación, reencuentros y figuras, Serán los resultados muy diversos. Aplícate ahora a la sabiduría, Pues deseo que entiendas las verdades Nuevas que va a exponer ante tus ojos 1320 Con nuevo orden de cosas: sin embargo, Como tan fácil opinión no haya Que no sea difícil adoptarla Al principio, y nada hay tan admirable Y tan extraordinario en sus principios Que con el tiempo deje de admirarse: Si el color puro y claro de los cielos, Y el que contienen los errantes astros, De sol y luna el brillo luminoso, Si fuera todo junto presentado 1330 A los mortales por la vez primera, Como si lo pusieran de repente Y de un golpe a su vista, ¿qué podría Decirse comparable a estos objetos? ¿O qué nación osara la primera Creer posibles cuadros tan grandiosos? Ninguna a mi entender: ¿mas quién podría Sentir ahora admiración tamaña? De la hartura de ver ya fatigados Nadie se digna levantar sus ojos. 1340 A la luciente bóveda del cielo. Deja de desechar, despavorido De aquesta novedad, la razón misma; Pévalo tú con juicio más delgado Abraza mis verdades si son ciertas, O ármate contra ellas, si son falsas; Con la razón el ánimo examina Lo que hay del otro lado de los muros Del orbe, en los espacios infinitos. Hasta do quiera penetrar la mente, 1350 Y el espíritu libre remontarse. Primero, como dije, es infinito El gran todo hacia arriba. y hacia abajo, Por izquierda y derecha a todos lados: Así lo aclama la experiencia misma, Y lo declara la naturaleza Del infinito: luego si un espacio Se extiende ilimitado a todas partes, Si semillas sin número movidas Por este espacio inmenso nadan siempre 1360 Desde la eternidad con mil figuras, ¿Es probable

que no se haya criado Mas que el cielo y el orbe de la tierra; Que estén en los espacios
ulteriores Innumerables átomos ociosos; Habiendo especialmente fabricado Este mundo
por sí naturaleza, Y los mismos principios de los cuerpos De suyo por acaso reunidos Con
choques y continuos movimientos 1370 Enteramente inútiles y vanos Masas particulares
produjeron Como mar, tierra, cielo y animales? ¿Quién no ha de confesar
racionalmente Que forma la materia reunida Otros muchos compuestos como éste, Que el
aire abraza en su recinto inmenso? Cuando además materia en abundancia Está dispuesta,
y un espacio pronto A recibirla, ni su movimiento 1380 Impide algún estorbo, es claro
deben Formarse seres; y hay tan grande copia De principios, que no pueden
contarlos Aunque se junten mil generaciones: Y si para juntarse en otra parte Tienen la
fuerza y la naturaleza Igual a los principios de este mundo, Es preciso confieses que las
otras Regiones del espacio también tienen. Sus mundos, varios hombres y
animales. 1390 Además de esto, en la naturaleza No hay un solo individuo de su
especie Que nazca y crezca único y aislado, Y que no forme parte de una clase Muy
numerosa: en especial observa Animales y fieras montaraces, Hombres y mudos peces
escamosos, Todos los cuerpos de las varias aves; Por lo menos diremos precisados Que el
cielo, tierra, mar, el sol y luna, 1400 Y todo cuanto existe no son cuerpos, E individuos
únicos aislados; Antes llegan a ser innumerables, Porque su duración es limitada, Y
porque nacen como las especies, Que constan de infinitos individuos. Después del día
genital del mundo, Cuando mar, tierra y sol también nacieron, Alrededor del mundo y
por defuera Depositó la Suma en emisiones 1410 Átomos y semillas infinitas, Con las que
el mar y tierra se aumentasen, De do el cielo tomara la materia Que sus altos palacios
sustentase Tan lejos de las tierras, y saliese El aire sin cesar; pues que de todos Los puntos
del espacio se reparten Los acrecentamientos de principios Con el choque, y se juntan a
substancias De su naturaleza; se une el agua 1420 Al agua, tierra a tierra, el fuego al
fuego, El aire se une al aire; hasta que todos Los seres ha llevado al fin postrero De su
crecer la poderosa madre Que todo lo creado perfecciona: Esto se verifica si repara En
proporción las pérdidas del cuerpo: La vida entonces queda en equilibrio Por un
momento, y la naturaleza Refrena con su fuerza el crecimiento. 1430 Pues los cuerpos que
ves engrandecerse Con un feliz aumento, y levantarse Lentamente y por grados al
estado De madurez, adquieren más que pierden: Mientras todo el sustento
fácilmente Circula por las venas, los conductos Ni son tan anchos y diseminados Que
gasten y disipen mayor parte De la que ellos reciben: concedamos De los cuerpos las
pérdidas ser grandes, 1440 Hasta llegar a su postrer aumento: De allí las fuerzas, el valor
y brío Se debilitan insensiblemente, Y siempre el animal se desmejora, Pues las
emanaciones son mayores, Cuando al postrero crecimiento llega, Cuanto es mayor la
masa de los cuerpos Y mayor su extensión: no girarían Todos los alimentos por las
venas, Ni con facilidad: naturaleza 1450 No puede reparar con mano franca Los hilos
abundantes de materia Que sin cesar escapan de los cuerpos. Percen, sí, de cierto
enrarecidos A fuerza de manar, sucumben todos los eternos choques: pues les faltan En su
vejez por fin los alimentos, Y en esta postración jamás descansan Los objetos externos de
acabarlos. Y domarlos con choques destructores. 1460 Así también los cercos del gran
todo Por todas partes se vendrán abajo, Reducidos a pútridas ruinas; Porque todos los
cuerpos necesitan Ser con los alimentos reparados, Renovados también, y sostenidos: En
vano es todo, porque los conductos Por do el sustento pasa, no están siempre Aptos a
recibir lo necesario, Ni la naturaleza suministra 1470 Todo lo que hace falta. Y ya
arrugado De vejez está el mundo, y tan cansada La tierra, que no pare más que
apenas Ruines animales, la que un tiempo Parió fecunda todas las especies, Y dio
robustos cuerpos a la fieras. Pues la cadena de oro, yo no creo Que haya del alto cielo
descolgado Las mortales especies en los campos: Ni azotadoras olas de peñascos 1480 Ni

el mar las produjeron: las criaraLa misma tierra, empero sustentadasAl presente por
ella; y de su gradoElla crió además los frutos bellos, Y viñedos gustosos a los
hombres,Suaves frutos y risueños pastos.Ella misma ofreció
primeramenteProducciones, que apenas nos concede.Llegar a colmo a fuerza de
trabajo:Consumimos los bueyes y gastamos1490Los fuertes brazos de los
labradores;Hierro apenas se encuentra para el campo;Tanto se desmejoran las
cosechas, Y tanto van creciendo los trabajos:Ya cuántas veces labrador ancianoSuspira
meneando la cabezaAl ver frustados todos sus afanes; Y si el pasado tiempo
parangonaCon el presente, alaba de ordinarioLa suerte venturosa de sus padres:1500Se
caen continuamente de sus labiosAquellos siglos bienaventuradosEn que los hombres
de piedad henchidos,Más felices, con menos heredades,Recogían cosechas
abundosasDe aquellos pegujales miserables:No ve que poco a poco todo cuerpoSe va
menoscabando, y que se estrellanContra el tiempo los seres fatigados.Si estas verdades
tienes bien grabadas,1510Libre al momento es la naturaleza,De soberbios señores
despojada;Ella misma por sí rige su imperio,Sin dar parte a los dioses. Pechos santosDe
las deidades que en eterna calmaPasan vida pacífica y serena,Decid: ¿quién de vosotros
dará leyesAl Universo, y sus valientes riendasEs capaz de llevar entre sus manos?¿Y
hace a la vez rodar todos los cielos?1520¿Y quién con los influjos celestialesEn general
las tierras fertiliza, Y hace que en todo tiempo nos socorran?¿Quién suspende las nubes
tenebrosas,Del cielo atruena la mansión serena, Y lanza rayos que regularmenteLos
propios templos vuestros arruinan, Y su furor en vano desenvuelvenEn desiertos, y
pasan con frecuenciaAl lado de los hombres criminales1530Y al virtuoso, al inocente
matan?Libro III

Oh tú, ornamento de la griega gente,1Que llevaste el primero entre tinieblasLa luz de la
verdad, adoctrinandoSobre los intereses de la vida:Yo voy en pos de ti, y estampo
ahoraMis huellas en las tuyas; no codicioSer tanto tu rival, como imitarteAnsío
enamorado. ¿Pues acasoEntrara en desafío con los cisnesLa golondrina? ¿o los
temblosos chotos10Volaran por fortuna en la carreraAsí como el caballo vigoroso?Tú
eres el padre y creador de cosas:Sí; tú nos das lecciones paternas; Y del modo que
liban las ovejasEn los bosques floríferos las mieles,Así también nosotros de tus
librosBebemos las verdades más preciosas;Preciosas, varón ínclito, muy dignasDe tener
larga y perdurable vida.20Pues al momento que a gritar empiezaTu razón no ser obra de
los diosesEl universo, sin parar escapanLos terrores del ánimo; se extiendenLos límites
del mundo; en el vacíoVeo formarse el universo; veoLa corte celestial y las
moradasTranquilas de los dioses, que agitadasNo por los vientos son, ni los
nubladosCon aguacero enturbian, ni la nieve30Que el recio temporal ha condensadoCon
blancos copos al caer las mancha; Y cúbre las un éter siempre claro, Y ríe con luz larga
derramada.Bienes pródiga da naturalezaA las inteligencias celestiales:Ni un instante
siquiera es perturbadaLa paz de sus espíritus divinos:La mansión infernal
desaparece,Por el contrario; ni la tierra impide40Que contemplen debajo de sus
plantasEn el vacío las escenas varias.Un divino placer y horror sagradoSe apoderan de
mí considerandoEstos grandes objetos que tu esfuerzoHizo patentes recorriendo el
veloCon que naturaleza se cubría. Y puesto que hasta aquí las cualidadesDe los
principios te hemos explicado,Sus formas diferentes, movimientos50Que
recíprocamente experimentaLa materia agitada de continuo, Y cómo cada ser se forma
de ella:Ya, según esto, aclararán mis versosDe ánimo y alma la naturaleza, Y con toda
violencia extirparemosDe raíz aquel miedo de AqueronteQue en su origen la humana
vida turba,Que todo lo rodea en negra muerte,Que no deja gozar a los mortales60De

líquido solaz deleite puro. Y aunque muchos dirán ser más temible La infamia y el dolor que los abismos De la muerte; que es la naturaleza Del ánimo lo mismo que la sangre Ellos dicen saber; por consiguiente, Que ellos no necesitan las lecciones De razón nuestra, debes convencerte Que un deseo de gloria, o si te agrada Más bien, la vanidad los lisonjea, 70 Pues por convencimiento no lo saben: Los mismos desterrados de su patria, Proscritos de la vista de los hombres, Amancillados con delito infame Viven últimamente rodeados De muy amargas penas; y hacen honras Do arrastraron su mísera existencia; Y degolladas las ovejas negras, Las ofrecen a dioses infernales: Con más viveza adversidad despierta 80 Ideas religiosas en sus almas. Los peligros descubren a los hombres, Les dan a conocer los infortunios, Pues entonces por fin del hondo pecho Son proferidas voces verdaderas: La máscara se quita y queda el hombre. La avaricia, por fin, y ambición ciega, Que obligan a los hombres miserables A violar torpemente la justicia, Y emprenden y acompañan las maldades, 90 A las veces sujetos noche y día A afán penoso por hacer fortuna, Estas miserias de la vida alientan Con miedo de la muerte en casi todos. La ignominia, el desprecio y la indigencia Se apartan de tranquila y dulce vida, Y abren casi las puertas de la muerte: Entretanto los hombres, agitados De falso miedo, quieren escaparse De precursores lúgubres; cimentan 100 En sangre ciudadana su fortuna, Y avarientos tesoros amontonan, Maldad sobre maldad acumulando; En la fúnebre pompa del hermano Alégranse crueles, y aborrecen Y temen los banquetes consanguíneos, El mismo miedo de la muerte roe Al envidioso en general; le pone A la vista los grandes de la tierra, Llenos de distinción y poderío; 110 En vileza y en cieno revolcados Ellos mismos se quejan; se desviven Por una estatua o vano nombre algunos. A otros inspira el miedo de la muerte Un odio tal hacia la luz y vida, Que con pecho angustiado se dan muerte; Olvidados, sin duda, que este miedo Es manantial de penas y cuidados; Que este miedo persigue la inocencia, Que éste rompe los lazos amistosos, 120 Que éste se burla de naturaleza, Pues que a sus caros padres y a su patria Han vendido los hombres muchas veces Por huir las mansiones infernales. Los muchachos a obscuras tembletean Y se asustan de todo en claro día. ¡Somos la diversión de unos terrores Tan frívolos y vanos! Desterremos Estas tinieblas y estos sobresaltos, No con los rayos de la luz del día, 130 Sino pensando en la naturaleza. Establezco que el ánimo ante todo, A quien inteligencia de ordinario Llamamos, en el cual está sentado El consejo y el régimen de vida, Es una parte real de nuestro cuerpo, Como los pies y manos y los ojos: Sin embargo de que una turba inmensa De sabios han creído firmemente No tener en el hombre sitio fijo 140 El sentimiento; empero que del cuerpo Era habitud vital en cierto modo, Llamada por los griegos armonía, Porque anima la máquina, y no tiene Lugar determinado: y siendo un modo De ser la sanidad que goza el cuerpo, Y no una parte dél, del mismo modo Al ánimo no asignan sitio cierto, En lo que me parece van errados. Porque frecuentemente sufre el cuerpo 150 Su cubierta exterior, cuando el principio Interior se solaza; y al contrario, Si el ánimo es comido de pesares, Se regocija el cuerpo todo entero: Así cuando en el pie dolor sentimos, No padece ninguno la cabeza. Cuando además los miembros entregados A blando sueño, y el pesado cuerpo En momentos de calma sumergido Está sin sentimiento, hay en nosotros 160 Otro principio que en el mismo tiempo Es agitado de infinitos modos, Y experimenta en sí las alegrías Y cuidados estériles del pecho. Para que puedas conocer ahora Que el alma también queda en nuestros miembros. Aun cuando se trastorne la armonía, Sucede que después que se ha perdido Una parte del cuerpo, el sentimiento Anima, sin embargo, nuestros miembros, 170 Y perdiendo el calor algunas partes, Y el aire respirando simplemente, Al momento las venas desampara Y deja sólo huesos, de do infiero No hacer igual papel en nuestro cuerpo Todas las partes de que se compone, Ni todas le conservan igualmente: En aire y en calor la vida estriba: El aire y el calor son los postreros Que dejan nuestros

miembros moribundos.180Mas puesto que del ánimo y del almaHemos hallado la naturalezaComo parte del hombre, da a los griegosSu palabra armonía, que sin dudaTrajeron de la cumbre melodiosaDel Helicón o de otra cualquier parte:Guárdensela por mí, yo se la cedo:Hagan de este vocablo sus delicias:Comprende lo demás que voy diciendo.Ahora digo que el ánimo y el alma190Están íntimamente entre sí unidosY una substancia forman por sí propios;Pero al juicio tenemos como jefe,Él domina en el cuerpo bajo el nombreDe inteligencia y ánimo, y en medioDel pecho tiene su morada fija:El miedo y el pavor aquí palpitan,En derredor halagan los placeres,La sensibilidad aquí hace asiento,Y la parte del ánima, extendidaPor todo el cuerpo, espera los mandatosCon que la hace mover la inteligencia:Consigo mismo él sólo se entretiene,Y goza de placer en los momentosEn que el cuerpo y el ánima no pruebanAlguna sensación: y a la maneraQue el dolor siente el ojo, o la cabeza,Sin ser atormentado todo el cuerpo,Así el ánimo a veces abatidoEs de melancolía, y animado210Es por el regocijo, sin que el almaAlguna novedad sienta en los miembros:Si el espíritu empero por el cuerpoDe miedo más vehemente es poseído,Vemos que el alma entera toma parte,Palidez y sudor a un tiempo embisten,La lengua balbucea y la voz falta,Ofuscarse la vista, el oído zumba,Aplómense los miembros: muere el hombrePor un terror del ánimo a menudo.220De aquí cualquiera fácilmente entiendeLa íntima misión de ánimo y alma,Pues comunica al cuerpo el mismo golpeQue del espíritu ella ha recibido.Esta razón enseña ser corpóreaDe ánimo y alma la naturaleza;Pues si hacen que se muevan nuestros miembros,Si nos arrancan del profundo sueño,Y si el color del rostro ellos alteran,Y a todo el hombre rigen y gobiernan,230Estas operaciones sin contactoNo se pueden hacer, ni ciertamenteEl contacto sin cuerpo; ¿por venturaNegaremos que el ánimo y el almaSon de una corporal naturaleza?Ves, además, que el alma toma parteEn todas las funciones que hace el cuerpo,Y se las comunican mutuamente,Si no daña a la vida horrible fuerzaDe la muerte, si el choque no desune210Los huesos y los nervios; sin embargo,Viene la languidez y un abandonoSuave de los miembros, y una grataPropensión de caer, a que se siguenEsfuerzos combatidos a las vecesDe incierta voluntad de enderezarse:Luego del alma la naturalezaEs corporal, puesto que experimentaTodas las impresiones de los cuerpos.Voy a enseñarte ahora cuáles sean250De esta alma los principios, y qué especieDe átomos la componen. y la forman.Primeramente, digo ser compuestaDe unos sutilísimos principiosY muy delgados: convendrás en esto,Si atiendes a la grande ligerezaCon la que se decide y obra el alma:No nos presenta la NaturalezaMás activos los cuerpos; luego deboEsta movilidad extraordinaria260Componerse toda ella de elementosLos más redondos y los más delgados,Que puedan obligarla a que se muevaAl más ligero impulso, pues si el aguaPor causa ligerísima se mueve,Tiene átomos volubles y pequeños;La miel es más tardía y más pesada,Su licor de difícil corrimiento,Pues sus partes se ligan y se trabanPorque no son tan lisas y sutiles270Y redondas. Disipa en un instanteUn crecido montón de adormiderasEl soplo más ligero, y no lo hace.Con un montón de piedras y hacillosDe lanzas: luego es proporcionadaA lo chico y lo fino de los cuerposLa movilidad de ellos: consistenciaTienen tanto mayor cuanto se formanDe elementos groseros y angulosos.El alma así, que de naturaleza280Tan móvil es, debe constar de cuerposLos más pequeños, lisos y redondos;Mas de una vez conocerás, lo bueno,Lo útil e importante de mi aserto.Te aclarará también otra experienciaCuán delicada es la Naturaleza,Y cuán fino el tejido de este agente,Y a qué espacio tan corto se ciñeraSi fuera condensable esta substancia.Cuando el quieto reposo de la muerte290Llega a coger a un hombre, y se retiranEl ánimo y el alma por los miembros,Nada verás perder de peso y forma,A excepción del calor y sentimiento:Por lo que esta substancia que ha ligadoA las vísceras, nervios y a las venasNaturaleza, debe componerseDe partes

minutísimas: no causa Diminución alguna su salida, Ni por la superficie ni en la masa³⁰⁰ De los cuerpos: así cuando de Baco La flor se ha disipado, y ha perdido El perfume suave sus olores, O los jugos salieron de algún cuerpo, No parecen menores a la vista, Ni mucho más ligeros; pues los jugos Y los olores no son más que partes Muy sutiles del cuerpo; lo repito Que el alma y el espíritu se forman De átomos muy ligeros, pues huyendo³¹⁰ No roban peso alguno de los cuerpos. No hemos de presumir que sea el alma Una substancia simple; pues exhalan Los moribundos un ligero soplo Revuelto con calor; éste no puede Sin el aire existir, porque sus partes, Si no llegan a estar muy bien unidas, Es preciso se cuecen por los poros Las moléculas de aire; pues hallamos Ser ya del alma la Naturaleza³²⁰ Por los tres elementos producida. Pero todo esto junto no es bastante Para que se produzca el sentimiento: No es concebible, pues, que alguno de éstos Pueda hacer movimientos sensitivos Que en juego pongan el entendimiento; Y así les damos un principio cuarto: Éste no tiene nombre conocido, No hay otro más movable, ni más fino, Ni más pulido entre los elementos.³³⁰ El imprime el primero en nuestros miembros Movimiento de vida: él es movido Primeramente por tener perfecta Pequeñez de principios: al momento Él al calor, al soplo comunica Y al aire el movimiento, y en seguida En general la máquina se mueve: La sangre entonces bate: entonces se hacen En general las vísceras sensibles: Por último, los huesos y médulas³⁴⁰ De placer o dolor son afectados. Penetrar el dolor aquí no puede Ni algún mal violento sin que cause En la máquina toda tal desorden Que no encuentre la vida más asilo, Y toda el alma sale descompuesta Por los poros del cuerpo; felizmente Limitan estos choques destructores Sus impresiones en la superficie De los cuerpos: la vida conservamos.³⁵⁰ Codiciando yo ahora el explicarte Por qué secreto lazo, o por qué mezcla Estos cuatro elementos se combinan Y formar pueden un sensible todo, Contra mi voluntad no lo permite De nuestra lengua patria la pobreza: Yo te haré como pueda un fiel bosquejo: Mezclados entre sí los elementos De estos cuatro principios, de concierto Se mueven, sin que puedan separarse³⁶⁰ Ni en parte ejercitar sus facultades Sino como potencias diferentes De un mismo todo único; y del modo Que en las entrañas de los animales Un olor, un color y sabor propio Hay, por lo general, aunque resulte De estas tres cualidades reunidas Una misma substancia; de este modo Aire, calor y soplo, agente ciego, Una naturaleza forman juntos³⁷⁰ Con esta fuerza activa que principia A darles movimiento y hace nazca Por la máquina toda el sentimiento: Se oculta, pues, este primer agente En lo más interior de nuestros cuerpos; Partes más interiores no tenemos: Es alma de nuestra alma, a la manera Que el alma y el espíritu se juntan En nuestros miembros y en el cuerpo todo Secretamente, porque son formados³⁸⁰ De pocos y pequeños elementos; Este principio así, falto de nombre, De átomos sutilísimos compuesto, En el fondo se oculta de nosotros, Y él es el alma de la misma alma, Y señorea por el cuerpo todo: El viento, el aire y el calor no pueden Producir de este modo en nuestros miembros La vida sin estar ellos mezclados; Y aunque domine, o sea dominado³⁹⁰ Uno de estos principios por los otros, Juntos deben de hacer un solo todo Para que no perezca el sentimiento, Porque no rompan los vitales lazos Obrando cada uno separado. Aquel calor la cólera fomenta, Da también a la sangre efervescencia, Y arrojan fuego los airados ojos: En el alma hay también mucha aura fría, Compañera del miedo, que en los miembros⁴⁰⁰ Excita horror, y hace temblar el cuerpo: El aire, el más templado de los cuatro, Es el que tranquiliza nuestros pechos Y serena el semblante: predomina En los pechos coléricos fogosos El calor, pues se aíran fácilmente. La furia violenta de leones Así es principalmente, cuyos pechos Se rompen con rugidos espantosos, Ni su pecho coléricos tumultos⁴¹⁰ Puede ya recoger: por el contrario, El viento hiela el alma de los ciervos, Que excita un aire frío en sus entrañas Con mayor rapidez, y por sus miembros Hace que un general temblor se

mueva. Mas la naturaleza de los bueyes Vive con aire mucho más templado. Ni la hacha de la cólera aplicando La causa daño, ni jamás la ofusca Con los negros vapores de sus sombras, 420 Ni el helado pavón la pone torpe Con tiros penetrantes: tiene el medio Entre los ciervos y leones fieros. La raza humana así es constituida; Aun cuando perfeccione a ciertos hombres La educación, no puede, sin embargo, Borrarse ella los rasgos dominantes Que en el alma grabó la misma mano De la naturaleza: no es posible De ella arrancar el germen de los vicios: 430 De vehemente cólera arrastrado Éste se precipita, aquél tentado Es de la timidez, y aquel tercero Se compadece más de lo que debe. Hay en los caracteres diferencias Esenciales, también en las costumbres, Que son un resultado cuyas causas Secretas explicarte yo no puedo: Tampoco hallo los nombres suficientes A las figuras de los elementos 440 De que esta variedad es producida: Me parece poder asegurarte Que no pudiendo reflexión y estudio Destruir los vestigios primitivos, Los debilitan tanto, que podemos Pasar la vida bienaventurada Con que los altos Dioses se deleitan. La cubierta del alma es nuestro cuerpo, Y ella misma del cuerpo es centinela Y causa de salud; pues que se unen 450 Entre sí mismas estas dos substancias Con raíces comunes, no se puede Una de otra apartar sin destruirlas. Si al incienso quitar su olor no es fácil Sin que perezca su naturaleza, De la misma manera es imposible Quitar de todo el cuerpo ánimo y alma Sin que las dos substancias se disuelvan. De esta manera la Naturaleza Ha unido íntimamente sus principios 460 En el instante mismo de formarlas, Y sujetálas a la misma suerte: No pueden, pues, obrar ni sentir ellas Sin darse mutuo auxilio: reunidos, Empero, sus comunes movimientos, Nos encienden la antorcha de la vida. Ni se engendra ni crece por sí el cuerpo, Ni después de la muerte sobrevive. Pues aquellas partículas de fuego, Que contiene en sí el agua cuando hierve, 470 Pueden generalmente evaporarse Sin que se descomponga la misma agua Por esta agua: pero no así pueden Los miembros resistir desamparados La salida del alma; su tejido Se rompe y se empodrece por entero, Y mutuamente el peso de la vida Aprenden a llevar desde muy tiernas Estas substancias en el vientre mismo De las madres; no pueden separarse 480 Sin perecer: y pues que están unidas Mutuamente entre sí por conservarse, Claro verás que su naturaleza Debe en unión recíproca estrecharse. Si alguno al cuerpo el sentimiento niega, Y cree que recibe aquél el alma Por estar derramada en todo el cuerpo, Ataca abiertamente la evidencia. ¿Quién dirá el modo de sentir el cuerpo Sino porque está unido con el alma, 490 Como nos ha enseñado la experiencia? El alma retirada, queda el cuerpo De todo sentimiento despojado: Pierde en la vida lo que no era suyo, Y le roba la muerte mayor presa. Pretender que los ojos nada vean, Y que el alma divisa los objetos A través de aberturas, es delirio: Los sentidos nos dicen lo contrario; Porque trae y recoge simulacros 500 El sentido en el órgano. Y a veces, Cuando fijar la vista no podemos En objetos brillantes, porque altera Sus funciones la luz bastante viva. ¿Diremos que las puertas por do vemos Experimentan sensación penosa? Si esta suposición es admitida, El alma ya verá mejor sin ojos, Libre de estos estorbos de las puertas. Ni del varón Demócrito presumas 510 Seguir el voto santo, que nos dice Corresponden a cada un elemento Del cuerpo otro del alma, y que esta mezcla El lazo de los órganos compone; Puesto que si del alma los principios Más delicados son que los del cuerpo Y vísceras, en número no exceden Y con economía están partidos, Y únicamente asegurar pudieras Que entre los más pequeños elementos 520 Cuantos pueden causarnos sensaciones, Hay divididas otras tantas partes Del alma en nuestros miembros: no sentimos El polvo que se pega a nuestro cuerpo Y el afeite aplicado a nuestros miembros, Ni el rocío nocturno, ni los hilos Delgados de la araña, cuando andamos, No sentimos meternos en sus redes, Ni la camisa vieja que el insecto Sobre nuestras cabezas caer deja, 530 Ni las plumas de aves, ni pelusas Volantes, cuya extrema ligereza Hace caer a veces lentamente; Tampoco el paso de rastrero insecto, Ni de los pies la huella

señaladaQue dejan los insectos y mosquitosEn nuestro cuerpo; pues primeramenteEs preciso se ponga en movimientoDe átomos gran copia por el cuerpo,Primero que los átomos del alma540A tan grandes distancias colocadosPuedan sentir aquellas impresionesY puedan reunirse, entrechocarseY alternativamente repelerse.El espíritu es la esencial baseDe la vida; por él nos conservamosMucho mejor que por el alma misma:Sin espíritu y juicio ni un momentoPuede el alma quedar en nuestros miembros;Sus más pequeñas partes se disipan,550Sigue a su compañero por los airesY deja sólo los helados miembrosEl frío de la muerte: queda vivoEl hombre que conserva el juicio sanoY el espíritu: el cuerpo, sin embargo,Podrá ser mutilado, y su alma en parteY sus miembros perder; mas vive el tronco,Y goza auras etéreas de la vida:Si no es de toda el alma despojado,Cualquier pequeña parte que subsista560Será bastante para darle vida:Por eso, aun cuando, fueren desgarradasLas partes que rodean a los ojos, Si permanece intacta la pupila,La potencia de ver está en su fuerza;Como no hieras tú la cuenca entera,Y cortes sólo las vecinas partes, Y aisladamente dejes la pupila, No dañará la vista: mas si un pocoDañan del ojo aquella parte media,570Aunque por otra parte transparenteEstuviere la órbita sin daño,Apágase la luz en el instante, Y siguen las tinieblas: estas leyesUnen siempre el espíritu y el alma.Proseguiré diciéndote en cancionesDignas de que te ocupen mientras vivas,Que nacen los espíritus, y muerenCon nuestro cuerpo las ligeras almas;De un penoso trabajo prolongado580Mi canto es dulce fruto: bajo un nombreProcura reunir estas substancias,Pues juntas forman un compuesto solo:Y cuando te enseñare, verbigracia, Ser el alma mortal, cree que digoSer mortal el espíritu como ella.Primeraamente, porque te he enseñadoConstar el alma de pequeños cuerpos, Y de elementos mucho más delgadosQue los del agua, o nubes, o del humo;590Puesto que en ligereza se aventaja, Y muévase con un ligero impulso, Como que obran los mismos simulacrosDe las nubes y el humo sobre el alma:Pues simulacros son de estos objetosEl humo y el vapor que en sueños vemosExhalarse y subir de los altares.Por todas partes ves correr el aguaCuando se hace pedazos algún vaso;Pues si las nubes y humo se disipan600Por los aires, persuádate que el almaSe disipa saliendo de los miembros, Y que sus elementos se disuelvenY perecen más pronto y velozmente.Siendo del alma el cuerpo como vaso, Por un mortal ataque descompuesto, O perdida la sangre, enrarecido, No puede detener su retirada.¿Podrás tú persuadirte la detengaEl aire, que es un fluido más raro?610Nacer, crecer y envejecer sentimosEl alma juntamente con el cuerpo:Un cuerpo quebradizo y delicadoSirve desde la infancia como cunaA un ánimo tan débil como el alma: Y los miembros la edad robusteciendo, El consejo también se robustece, Y el ánimo sus fuerzas va aumentando:Después, cuando el esfuerzo poderosoDe los años el cuerpo ha quebrantado,620Y, el brío entorpecido, decayeronLas fuerzas de los miembros, el ingenioClaudica, y el espíritu y la lenguaDelira, y faltan todos los resortesDe la máquina a un tiempo; luego el almaTambién se descompone y se disipaComo el humo en los aires, pues la vemosNacer y acrecentarse con el cuerpoY sucumbir al tiempo fatigada.Como del mismo cuerpo se apoderan630Dolor agudo, enfermedades graves, Del espíritu así el espanto y dueloY molestos cuidados: luego debePartícipe como él ser de la muerte.La razón se perturba en las dolenciasDel cuerpo muchas veces: se apoderaDel alma la demencia y el delirio: Y a veces un letargo profundísimoLa hunde en un sopor alto y eterno, Los párpados se caen y la cabeza:640Ni oye las voces, ni conoce el rostroDe aquéllos que llamándola a la vidaLa cercan y rodean derramandoLágrimas en el rostro y las mejillas.Es preciso confieses se disuelveEl ánimo también, pues le penetranLos contagios del mal; amaestradoNos ha el acabamiento de otros muchos; Dolor y enfermedad, entrambos juntos, Son los fabricantes de la muerte.650¿Por qué razón, en fin, luego que el vino, Este licor ardiente, ha poseídoUn hombre penetrando por sus

venas, Y su ardor escondió metido en ellas, Están sus miembros graves y pesados, Sus pies entorpecidos tartalean, La lengua torpe, y embriagada el alma, Fluctuantes los ojos, gritos, llantos Y riñas y pependencias van creciendo, Y lo demás que a la embriaguez se sigue? 660 Del vino, pues, la fuerte violencia Ataca el alma en nuestro mismo cuerpo. Luego si puede una cualquier substancia Perturbarse embargada, es necesario Que de inmortalidad esté privada, Y que perezca, hallándose ella expuesta A una causa más fuerte irresistible. De un accidente súbito atacado Un hombre, cae en tierra a nuestra vista Como herido de raya: espumajea, 670 Gime y tiemblan sus miembros, Se enfurece, se atiesa, y el resuello Apenas puede echar y se fatiga; Con inquietud se vuelve a todos lados: Del mal la violencia, derramada Por los miembros, sin duda al alma llega Y la trastorna: así en el mar salado La fuerza impetuosa de los vientos Hace hiervan las ondas espumosas. Dolor es quien arranca los gemidos; 680 Los elementos de la voz echados A un tiempo, de tropel se precipitan Por el conducto que avezado hubiera La familiar costumbre a despedirlos. La demencia proviene de que el alma Y espíritu se turban; separados Con la fuerza del mal, sus facultades Ejercen en desorden: pero cuando El humor que causaba la dolencia Otro giro tomó, y en escondrijos 690 El humor corrompido se metiera, Como tambaleando se levanta, Recobra poco a poco los sentidos; Y vuelve a su razón: luego si tantas Enfermedades en el cuerpo mismo Al alma oprimen con oprobio y mengua, ¿Te podrás persuadir que sin el cuerpo Pueda el alma vivir allá en el aire En medio de los vientos y borrascas? Y pues que vemos que se cura el alma 700 Como el enfermo cuerpo, y que ella puede, Restablecerse con la medicina; Esto presagia ser mortal el alma. Como toda substancia conocida El alma viene a ser: es imposible Mudar su estado sin juntar las partes, Bien se las quiten, bien se las traspongan. Pero si es inmortal una substancia, Jamás permite el alterar su orden, Ni sufre se acreciente o disminuya 710 El número que tiene de principios: Porque todo aquel ser que ha traspasado Los límites prescritos a su esencia Haciendo mutaciones, deja al punto De ser lo que antes era: luego el alma, O bien enferme, o bien ya convalezca, Da señales de muerte, como he dicho. Tan fuertemente la verdad ataca Al error, y le cierra la salida, Y con raciocinar sólido y sabio 720 Se alza triunfante del sofisma vano. Vemos, en fin, la consunción del hombre Por grados a las veces; y sus miembros Pierden uno tras otro el sentimiento. Ante todo los pies, uñas y dedos De lívido color vemos cogidos; En seguida los pies y piernas mueren; Las huellas de la helada muerte ganan Después por grados los restantes miembros. Así que, pues el alma se divide, 730 Ni al mismo tiempo puede existir toda, Como mortal debemos reputarla. Si acaso piensas que ella misma puede Interiormente reunir sus partes, Y recogerlas todas en un punto, Dando a todos los miembros sentimiento, Parece que el lugar donde se junta Tanta copia de átomos debía De mayor sentimiento estar dotado. Pues como nada de esto se perciba, 740 Es preciso, como antes afirmamos, Que el alma separada de sí misma Parezca derramada por afuera. Aunque una falsedad te concedamos Suponiendo que el alma se recoge En el cuerpo de aquellos moribundos Que por grados la vida van perdiendo, Debe, no obstante, ser mortal el alma. No importa que esparcida por los aires Perezca el alma, o en ocultas partes 750 Se embrutezca, si el hombre va perdiendo Gradualmente vida y sentimiento. Y supuesto que el alma es aún parte Del hombre, y que ella ocupa sitio cierto, Así como los ojos, las orejas. Y los demás sentidos que nos guían; Y no pudiendo separadamente Existir, ni sentir la mano, el ojo O la nariz fuera de nuestro cuerpo, Antes bien al instante se corrompen; 760 Por sí existir tampoco puede el alma Sin el cuerpo, que viene a ser su vaso, U otra cosa más íntima, pues juntos Forman tan solamente una substancia. Últimamente; unidos cuerpo y alma, Se conservan y existen mutuamente: Porque el alma del cuerpo separada No produce vitales movimientos Aisladamente, ni sin alma el cuerpo Existe y ejercita los sentidos. 770 Y si

arrancado de raíz un ojo, Separado del cuerpo enteramente, No puede distinguir objeto alguno, El alma y el espíritu no pueden Por sí del mismo modo alguna cosa. Los elementos, pues, diseminados Por venas, huesos, vísceras y nervios, Dentro de todo el cuerpo prisioneros, No pueden apartarse libremente A unas grandes distancias, encerrados⁷⁸⁰ Ejercen los vitales movimientos; Los que no existen fugitiva el alma Fuera del cuerpo, echada por los aires, Por no estar ya sujetos sus principios; Aire animado podría ser el alma, Si estrechase pudiera el alma misma, Y su actividad fuera tan ceñida Cual lo era antes en el mismo cuerpo. Repito, pues: disuelta la cubierta De todo el cuerpo, y las vitales auras⁷⁹⁰ Fuera del cuerpo echadas, se disuelve Del ánimo y del alma el sentimiento, Como que son efectos de una causa. No pudiendo sufrir, en fin, el cuerpo La partida del alma sin que exhale Fétido olor después de corrompido, ¿Dudas que el alma descompuesta escape De lo íntimo del cuerpo como humo? Y qué ¿tan grande alteración del cuerpo, De sola corrupción originada,⁸⁰⁰ Y su ruina general no anuncian Que el alma de su puesto fue arrojada, Y que sus partes por los miembros manan Por los conductos que hay en todo el cuerpo? Esto comprueba haber salido el alma Dividida primero por los miembros, Y que en el mismo cuerpo descompuesta, En el fluido aire después nada. Aun no dejando el alma muchas veces La mansión de la vida, trastornada⁸¹⁰ Por alguna violenta sacudida, Parece va a marchar; todos los miembros Se aflojan, y el semblante desfallece Como en la postrer hora, y vacilantes Todos los miembros caen de exangüe cuerpo. Este estado presenta un desmayado O un hombre que perdió el conocimiento: Terrible ataque, en que las fuerzas todas Desea recoger por conservarse La máquina, pues cae el alma entera,⁸²⁰ Y se desploma con el cuerpo entonces; Y pereciera, si llegase el choque A hacerse más violento.

Últimamente: ¿Crearás que escapada de los miembros, Sin poder resistir ataque externo, Sin defensa ni abrigo, existir pueda, No digo eternamente, un solo instante? Ni un moribundo siente cuando sale El alma libremente de su cuerpo, Por la garganta al paladar subiendo:⁸³⁰ Pero en el mismo sitio ella perece En que naturaleza la pusiera, Así como perecen los sentidos. Si ella fuera inmortal, no se quejara Sintiendo disolverse con la muerte: Antes con la alegría se partiera Y saldría del cuerpo a la manera Que deja sus despojos la culebra O cuernos elevados ciervo añoso. La sensibilidad y el raciocinio⁸⁴⁰ ¿Por qué razón, en fin, ni en la cabeza Ni en los pies o las manos jamás nacen? ¿Por qué se unen en sitio y región cierta, Sino porque les dio naturaleza A entrambos un lugar determinado Para nacer en él y conservarse? Así de muchos modos lo ha dispuesto En favor ella de los miembros todos, Para que nunca su orden invirtiesen. Los efectos y causas se encadenan⁸⁵⁰ Con tanta proporción; pues ni la llama Tuvo costumbre de nacer en ríos, Ni el hielo acostumbó a salir del fuego. Pero sí el alma por naturaleza Es inmortal, y si de nuestro cuerpo Separada, conserva el sentimiento, A mi entender la das cinco sentidos: No podemos nosotros figurarnos Vagar en Aqueronte de otro modo Las almas de los muertos, como hicieron⁸⁶⁰ Los antiguos poetas y pintores, Que las imaginaron con sentidos. Pero no puede el alma sin el cuerpo Tener ojos, narices, ni aun las manos; Ni sentir, ni existir sin alma pueden La lengua y las orejas por sí mismas. Y pues sentimos por el cuerpo todo La vida el sentimiento difundido, Y en general lo vemos animado; Si alguna fuerza el tronco separando⁸⁷⁰ Con un rápido golpe de repente, Sin duda a un tiempo el alma dividiera, Y junta con el cuerpo la tumbara Cortada en dos mitades. La substancia Que se divide en partes nos declara No ser eterna su naturaleza. Dicen que cortan los falcados carros Los miembros del guerrero encarnizado Con tanta rapidez en la pelea, Que se ve palpar aquella parte⁸⁸⁰ Cortada por el suelo antes que el alma Cogida del dolor su falta sienta: Bien la celeridad del mal la robe El sentimiento, o bien que el alma entera Con el recio combate enardecida Lo restante del cuerpo sólo emplea En dar o prevenir mortáles

golpes. Su brazo izquierdo y su broquel perdidos Por entre los caballos, otro ignora Haberse destrozado por las nuedas⁸⁹⁰ Y las hoces rapaces. Presuroso Los muros escalando, éste no advierte Que en tierra se cayó su mano diestra: Aquel otro procura levantarse En la pierna cortada, cuando al lado Agita el moribundo pie los dedos En el suelo. Y cortada la cabeza, Calor y vida el tronco conservando, Un semblante animado guarda en tierra Y los ojos abiertos mientras fueron⁹⁰⁰ Las reliquias del alma disipadas. Si quieres dividir en muchas partes La cola de serpiente corpulenta, La cual vibra amenazas por su lengua, Verás atormentarse cada parte Con la reciente herida aisladamente, Y la verás llenar de podre el suelo, Y la parte anterior con furia herida, A sí misma se daña por la espalda Con propio diente de dolor rabiando.⁹¹⁰ ¿Diremos, por ventura, que hay un alma En cada trozo de éstos? ¿No sería Llenar un animal de muchas almas? Luego fue con el cuerpo dividida La única alma que había: pues mortales Entrambas son, puesto que se dividen. Si el alma es de inmortal naturaleza, Si al nacer en el cuerpo se insinúa, ¿Cómo es que no podemos acordarnos De la vida pasada, ni tenemos⁹²⁰ De los antiguos hechos resto alguno? Si el alma padeció tan gran mudanza Que se olvidó de los pasados hechos, Yo creo que este estado se parece A la muerte; confiesa, pues, que el alma De otro tiempo murió, y la del presente Ha llegado a formarse nuevamente. Si ya perfecto el cuerpo se insinuase En nosotros el alma al mismo tiempo Que somos engendrados y pisamos⁹³⁰ El umbral de la vida, no la vieras Con los miembros crecer y con el cuerpo En nuestra misma sangre: antes debía Como en jaula vivir para sí misma, Separada del cuerpo que ella anima: Digamos sin cesar tener origen Las almas, sin librarse de la muerte. Es imposible que substancia extraña Con tanta intimidad pudiese unirse A nuestros cuerpos contra la experiencia;⁹⁴⁰ Por venas, nervios, vísceras y huesos Extenderse de modo, que aun los dientes Participan de cierto sentimiento, Como lo indica el mal y tiritona Que causa el agua fría que bebemos Y la piedra mascada en el sustento. Añádase que, como estrechamente Está unida a la máquina, no puede, Sin que primero se disuelva toda, El alma verse libre de los nervios⁹⁵⁰ Y de los huesos y articulaciones. Porque si crees tú que el alma corre Como fluido extraño por los miembros, Perecerá más pronto con el cuerpo; Puesto que la fluidez es un estado De disolverse un cuerpo y darle muerte: Por tanto, nuestro cuerpo se reparte. Si colando en los miembros los sustentos Toman de suyo otra naturaleza; El ánimo y el alma así, aunque enteros,⁹⁶⁰ Cuando penetran en reciente cuerpo, Deben descomponerse circulando; Por todos los conductos esparcidas Sus partículas, dentro de los miembros Forman un alma nueva, nueva reina De nuestro cuerpo, hija de la primera, Que repartida entonces por los miembros, Perece: por lo cual no está privada De nacimiento, ni de muerte exenta. ¿Quedan por fin, o no, semillas de alma⁹⁷⁰ En exánime cuerpo? Pues si quedan, Por inmortal no puede ser tenida; Con pérdida de partes se ha alejado; Mas si al contrario, con enteros miembros Robada se fugó, de tal manera Que no deja en el cuerpo parte alguna, ¿Por qué razón podridas las entrañas, Un cadáver da vida a los gusanos? ¿Cómo tan grande copia de animales Despojados de huesos y de sangre⁹⁸⁰ Se ve bullir por los hinchados miembros? Si crees que las almas de gusanos Como extrañas substancias han podido Juntarse por fortuna con sus cuerpos; Si tantas almas súbito allegadas Después de la partida de una sola No te proponen reflexión alguna; A una cuestión responde, sin embargo, Que es preciso te hagamos: ¿cada una De estas almas escoge la semilla⁹⁹⁰ Que ella quiere animar, y se fabrica Alguna habitación para sí misma, O en los cuerpos formados se insinúan? Yo no encuentro razón para que se hagan Su prisión ellas mismas con trabajo, Las que sin cuerpo vuelan al abrigo De enfermedad, de frío, de hambre y males Que le han cabido al cuerpo por herencia, Y que el alma en unión experimenta: Mas demos que le sea ventajoso¹⁰⁰⁰ Un cuerpo fabricarse y habitarle; Yo no sé cómo pueden hacer esto: Luego cuerpos y miembros no fabrican Las

almas para sí, ni se insinúan En cuerpos hechos: dame tú lecciones De cómo están unidos cuerpo y alma. ¿Por qué el bravo león, en fin, conserva Lo feroz de su especie? ¿Por qué heredan Las zorras el ardid, la huida el ciervo? ¿Y sus miembros agita el pavor patrio? 1010 ¿Por qué espirituales afecciones Que nacen y se engendran con nosotros, Sino porque el espíritu, teniendo Su germen y elementos como el cuerpo, Crecen con todo él al mismo tiempo, Y del alma se van desenvolviendo Las cualidades? Pues si inmortal fuese, Si de uno en otro cuerpo se pasara, Andarían revueltas las costumbres De las bestias: se viera con frecuencia 1020 Huir de Hircania el perro la embestida De algún ciervo cornudo, y temblaría Gavilán fugitivo por los aires De la paloma: fuera el hombre necio, Y el bruto sabiamente discurriera. En vano intentan por salir del paso Que por ser inmortal se muda el alma Mudando el cuerpo; todo ser mutable Se disuelve y perece sin remedio, Porque desordenadas y traspuestas 1030 Sus partes son: luego las almas deben Desatarse en los miembros, y morir, Sin quedar parte suya con el cuerpo. Si dicen que las almas de los hombres Se pasan siempre a miembros humanales, Preguntaré, no obstante, ¿por qué causa Se puede volver necia un alma sabia? No hay niño, alguno que prudente sea, Ni tiene el potro la destreza y brío Del bruto belicoso: el alma tiene 1040 Su germen propio, que se desenvuelve Y juntamente con el cuerpo crece. Dirán, en fin, por última salida, Que ella rejuvenece en tierno cuerpo; La confinas mortal forzosamente, Pues no puede sufrir tan gran mudanza El alma por los miembros, sin que pierda La vida y sentimiento que antes tuvo. ¿Cómo robustecida con el cuerpo Podrá junto con él tocar el alma 1050 La flor gustosa de la edad que anhela, Si no nace con él? ¿Por qué desea Abandonar en la vejez sus miembros? ¿Teme acaso quedarse ella encerrada En un cuerpo podrido, o que se hunda Su vieja casa sobre si cansada? Empero lo inmortal no corre riesgo. Ridículo es, en fin, imaginarse Estar prontas al coito las almas, Y a partos de animales, como enjambres 1060 De inmortales substancias esperando Mortales miembros, y entre sí luchando Por entrar en el cuerpo la primera Cada cual de ellas, o entre sí conciertan, Por evitar disputas, que se meta La que con más presteza se acercare. Ni el árbol en el aire, ni las nubes En el profundo mar, existir pueden, Ni en los campos vivir pueden los peces, Ni se puede dar sangre en la madera, 1070 Ni jugo en piedras: tiene lugar cierto Cada ser donde crezca y donde exista: No puede el alma así nacer aislada, Y no puede existir sin sangre y nervios: Con más razón podría estar el alma En la cabeza u hombros, o talones, Y pudiera nacer en cualquier parte, Y en el mismo hombre y vaso se quedara. Pues si estamos seguros tiene el alma Y espíritu en el cuerpo lugar fijo, 1080 En donde pueden ir creciendo a un tiempo Y tener existencia, afirmaremos Que no pueden nacer y durar fuera: Luego cuando la máquina perece, Preciso es que también perezca el alma. Si es locura el juntar mortal a eterno, Y suponer que están en armonía, Haciendo mutuamente sus funciones; ¿Se puede imaginar más ardua cosa, Más distinta y opuesta que juntarse 1090 Una perpetua e inmortal substancia Con la mortal, haciéndolas que sufran En mutua unión borrascas espantosas?. Pero subsiste un cuerpo eternamente, Porque su solidez resiste el choque; Él es impenetrable, indisoluble, Como los elementos de materia Cuya naturaleza he declarado: O porque no se halla expuesto al choque, Como el vacío, este impalpable espacio 1100 Donde la destructora acción se pierde: O porque algún espacio no le cerca Que pueda contener en cierto modo Sus reliquias disueltas, como el todo Cuyas partes no escapan por defuera, Ni hay cuerpos que las choquen y desunan: Pero del alma la naturaleza No es de algún cuerpo sólido compuesta, Porque hay vacío, como te he enseñado: No lo es como vacío, pues hay cuerpos 1110 En la suma infinita que atacando Con violencia y rapidez, la pueden Trastornar y ponerla en gran peligro. Existe de seguro espacio inmenso Do sus elementales partes pueden Ser dispersadas, o de cualquier modo El alma perecer: no se han cerrado Las puertas de la muerte para el

alma. Si inmortal puede ser esta substancia, Sin peligro de causas destructoras, 1120 Será porque estas causas no la toquen O porque antes que lleguen se rechazan, Sin que podamos percibir el daño; Pues los males del cuerpo el alma enferman, Y la consume a veces lo futuro, Y la fatiga con cuidado y miedo, Y los pasados crímenes la roen: Junta a esto el furor propio del alma Y un olvido absoluto de las cosas, Y hundirse en negras ondas del letargo. 1130 La muerte nada es, ni nos importa, Puesto que es de mortal naturaleza: Y a la manera que en el tiempo antiguo No sentimos nosotros el conflicto Cuando el cartaginés con grandes fuerzas Llegó por todas partes a embestirnos; Cuando tembló todo el romano imperio Con trépido tumulto, sacudido De horrible guerra en los profundos aires; Cuando el género humano en mar y tierra 1140 Suspenso estuvo sobre cuál de entrambos Vendría a subyugarle; pues lo mismo, Luego que no existamos, y la muerte Hubiere separado cuerpo y alma, Los que forman unidos nuestra esencia, Nada podrá sin duda acaecernos Y darnos sentimiento, no existiendo: Aunque el mar se revuelva con la tierra, Y aunque se junte el mar con las estrellas. Y aunque el alma y espíritu tuvieran 1150 Sensaciones después de divididos, Interés no tomáramos en ello; Siendo nosotros sólo el resultado Del enlace y unión del alma y cuerpo: Ni aunque después de muertos recogiese Nuestra materia el tiempo, y la juntase Segunda vez como al presente se halla, Y a la luz de la vida nos volviese, Este renacimiento nada fuera Siendo una vez cortada la existencia. 1160 Ninguno de nosotros se molesta Por lo que un tiempo fue, ni se entristece Por los sujetos que ha de hacer el tiempo De la materia nuestra. Pues si miras La inmensidad de los pasados siglos Y la asombrosa variedad que tienen Todos los movimientos de materia, Podrás tú conocer muy fácilmente Que en el orden actual se han combinado Más de una vez los mismos elementos. 1170 Esto no lo comprende la memoria, Porque ha mediado pausa en nuestra vida Y se han extraviado los principios De nuestras almas con los movimientos Nuevos enteramente a los sentidos. No hay, pues, por qué temer desgracia alguna Si se vive aquel tiempo que podría Dejarse ésta sentir. Como la muerte, Quitando de la vista aquel sujeto A quien pueden caber los infortunios 1180 Que sufrimos nosotros al presente, Su existencia anterior del todo anula, Nada debe temer; ni desgraciado Se puede hacer el hombre que no existe: Y aquél a quien robó la eterna muerte Una vida mortal, se halla lo mismo Que si nunca jamás nacido hubiera. Por eso, cuando veas indignarse Un hombre por la suerte que le espera Después de muerto, por servir de pasto 1190 A los gusanos, o por ser quemado, O desgarrado con ferinos dientes, No es en verdad sincero, y en su pecho No advierte la inquietud mal desenvuelta: Si le oímos no duda que la muerte Acabe en él cualquiera sentimiento: Pero no es consiguiente, me parece: No muere todo él, y sin saberlo Deja subsistir siempre parte suya. Pues cuando en vida llega a imaginarse 1200 Que será desgarrado su cadáver Por las aves y fieras, se lamenta De su mismo infortunio y desventura; Porque no se despoja de sí mismo Ni del caído cuerpo se retira Bastante el infeliz, y se figura Que existe aún, y sin dejar su lado, Le anima con su propio sentimiento: Porque si es ciertamente una desgracia En la muerte servir de pasto a fieras, 1210 Encuentro yo no ser menos sensible Ser tostado con fuegos y con llamas, O ahogado con la miel, o bien transido De frío, cuando yace en el sepulcro De mármol frío, y ser pisoteado Además de oprimido con la tierra. No te verá ya, empero, alegre casa, No te verá la esposa virtuosa, Ni los dulces hijuelos al encuentro Saldrán corriendo a arrebatarte tus besos 1220 De tática dulzura hinchendo el pecho: Ni a ti, ni a tus amigos escudarte Podrás jamás con tus gloriosos hechos: «¡Infeliz! ¡Oh infeliz! dicen; un día Fatal te roba todas las delicias De la vida feliz»; pero no añaden: «Ya no te queda sentimiento alguno.» Si esta verdad tuvieran bien sabida, Y siguiera la práctica a sus dichos, De gran pena y de miedo se librarán. 1230 En un sopor tus párpados sumidos Con

la muerte, en los siglos venideros No te molestarán seguramente Dolores melancólicos:
empero, Al lado de las lúgubres hogueras Derramaremos lágrimas a mares Nosotros sobre
ti, ya hecho ceniza; Ni el tiempo borrará de nuestro pecho El eterno dolor. Si
preguntamos Qué significa amor tan acendrado, 1240 Si todo para en sueño y en
reposo, ¿A qué podríamos en perpetuo llanto? También de corazón dicen los hombres En
los convites, con la copa en mano Y sombreando el rostro las
guirnaldas: «Entreguémonos, pues, al regocijo; El fruto del placer se pasa luego; Muy
pronto va a dejarnos para siempre.» El mal primero que en la muerte temen Es que a los
miserables los abraza 1250 La sed, y los devore la sequía, O los moleste otro cualquier
deseo. Nadie a sí y a la vida echa de menos Cuando en sueño reposan cuerpo y alma, Pues
aunque este reposo eterno sea, Ni nos moleste falta de existencia, No se han extraviado,
sin embargo, Tan lejos los sensibles movimientos Durante el sueño, que, despierto el
hombre, No pueda colocarlos como antes. 1260 Pues la muerte impone mucho menos Que
el sueño, si es posible tenga grados. La nada, ¿por qué causa mas desorden Y confusión
la muerte en los principios, Y no permite que despierte el hombre Que una vez consiguió
reposo frío? Si de repente, en fin, la voz alza Naturaleza, y estas reprensiones A
cualquier de nosotros dirigiera: «¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas tanto? 1270 ¿Por qué
te das a llanto desmedido? ¿Por qué gimes y lloras tú la muerte? Si la pasada vida te fue
grata, Si como en vaso agujereado y roto No fueron derramados tus placeres, E ingrata
pereció tu dicha entera, ¿Por qué no te retiras de la vida Cual de la mesa el convidado
ahíto, ¡Oh necio! y tomas el seguro puerto Con ánimo tranquilo? Si, al contrario, 1280 Has
dejado escapar todos los bienes Que se te han ofrecido, y si la vida Te sirve de disgusto,
¿por qué anhelas Multiplicar los infelices días Que en igual desplacer serán pasados? ¿Por
qué no pones término a tus penas, y a tu vida más bien? Pues yo no puedo Inventar
nuevos modos de deleite Por más esfuerzos que haga; siempre ofrezco Unos mismos
placeres: si tu cuerpo 1290 No se halla aún marchito con los años, Ni tus ajados miembros
se consumen, Verás, no obstante, los objetos mismos, Aun cuando en tu vivir salgas
triunfante De los futuros siglos, y aunque nunca A tu vida la muerte sujetare». ¿Qué
responder a la naturaleza, Sino que es justo el pleito que nos pone, Y es clara la verdad de
sus palabras? Mas si sumido alguno en la miseria 1300 Al pie de su sepulcro se
lamenta, ¿No será su clamor mucho más justo, Y nos reprenderá con voz robusta? «Vete
de aquí, insensato, con tus llantos; No me importunes más con tus quejidos». A este otro,
empero, que los años rinden, Que en sus últimos días aún se queja: «¡Insaciable, dirá, tú
que has gozado De todos los placeres de la vida, Aun te arrastras en ella!
Consumido 1310 En los deseos del placer ausente, Despreciaste el actual, y así tu vida Se
deslizó imperfecta y disgustada, Y sin pensarlo se paró la muerte En tu misma cabeza,
que antes lleno Y satisfecho de la vida puedas Retirarte: la hora es ya llegada: Deja tú mis
presentes; no son propios De la edad tuya: deja resignado Que gocen otros, como es ley
forzosa.» 1320 Con razón a mi ver, reprendería, Y con razón se lo echaría en cara, Porque
a la juventud el puesto cede La vejez ahuyentada, y es preciso Que unos seres con otros
se reparen: Ninguna cosa cae en el abismo, Ni en el Tártaro negro: es necesario Que esta
generación propague otra: Muy pronto pasarán amontonados, Y en pos de ti caminarán:
los seres 1330 Desaparecerán hora existentes, Como aquéllos que hubiesen
precedido. Siempre nacen los seres unos de otros, Y a nadie en propiedad se da la vida; El
uso de ella se concede a todos. Mira también los siglos infinitos Que han precedido a
nuestro nacimiento Y nada son para la vida nuestra. Naturaleza en ellos nos ofrece Como
un espejo del futuro tiempo. 1340 Por último, después de nuestra muerte, ¿Hay algo aquí
de horrible y enfadoso? ¿No es más seguro que un profundo sueño? Y hallamos en la
vida ciertamente Cualquier horror que en Aquerón profundo Dicen haber. El infelice
Tántalo De espanto helado bajo enorme peña Amenazante teme como es fama; Vano

temor de dioses irritados
E incertidumbre de futura suerte
1350 Acongoja al varón
supersticioso
Mucho más que ese trémulo peñasco.
Tampoco a Ticio en Aquerón
tendido
Devoran aves; ni en su vasto pecho
Algo que escudriñar encontrarían
Por una eternidad seguramente;
Aunque nueve yugadas ocupasen
Sus miembros y su vasta corpulencia,
O aunque toda la tierra él ocupara:
Ni un eterno dolor sufrir podría,
1360 Ni ser su cuerpo pasto perdurable:
Para nosotros es de cierto Ticio
Aquél a quien amor ha derribado;
Éste es despedazado por las aves,
Y a éste consume pena roedora;
O rasgan los cuidados sus entrañas
De otra cualquier pasión con el deseo.
En la vida tenemos a la vista
Sísifo también, el cual se obstina
En pretender del pueblo las segures
1370 Crueles y los fascas, se retira
Desatendido siempre y con tristeza:
El pretender el mando, que no es nada,
Sin conseguirlo nunca y de continuo
Sufrir duro trabajo por lograrlo,
Esto es mover la peña con ahínco
De un monte hacia la cima, la cual rueda
Sin embargo, otra vez; desde la cumbre
Busca precipitada las llanuras.
Estar apacentando siempre el hombre
1380 A su alma colmándola de bienes
Sin hartarse jamás; ver de estaciones
La vuelta anual, y recoger los frutos;
Embriagarse en sus dulzuras varias,
Y con estas ventajas no saciarse,
Esto es a mi entender, según nos cuentan,
Echar el agua jóvenes doncellas
En vaso agujereado sin llenarle.
Empero ya las Furias y Cerbero,
Y tenebroso Tártaro, lanzando
1390 Horribles llamaradas por sus bocas,
Ni existen, ni existir pueden de cierto.
Porque aquí los insignes malhechores
Con miedo igual a sus delitos pagan
Su merecido, y lastan sus maldades
La cárcel, y el horrible precipicio
De la roca Tarpeya, los azotes,
La tortura, la pez, columna, teas,
Láminas, y si faltan los verdugos,
Sobresaltada la conciencia misma
1400 Su corazón desgarrar a latigazos
Y martiriza con remordimientos.
La incertidumbre de futura suerte
No puede en tanto ver, ni sabe cuándo
Tendrán por fin un término sus males,
Y temen que se agraven en la muerte:
La vida es el infierno de los

necios.....Puedes también decirte tú a ti mismo,
Hombre injusto, a las veces: «el buen Anco
Perdió también la lumbre de sus ojos,
1410 Teniendo más virtudes que tú tienes:»
Murieron muchos reyes y señores
Que dominaron gentes poderosas:
Murió también, y abandonó su alma
El cuerpo moribundo de aquel mismo
Que antiguamente anduvo por los mares,
Y enseñó a caminar a sus legiones
Y a marchar sobre el mar hondo y salado,
Y despreció la cólera del Ponto,
Desafiando bramadoras olas.
1420 Escipión, aquel rayo de la guerra,
El terror de Cartago, dio sus huesos
A la tierra cual siervo de vil precio:
Los inventores de las ciencias y artes,
También los compañeros de las Musas,
Y el mismo Homero, soberano de ellos,
En el mismo reposo que los otros
Dormido se quedó, y últimamente,
Cuando sintió Demócrito caduco
Que iba ya la vejez debilitando
1430 Los resortes del alma, salió él mismo
A ofrecer a la muerte su cabeza
De propia voluntad: murió Epicuro,
Que en ingenio venció a la raza humana,
Y eclipsó todos los brillantes genios
Como el naciente sol a las estrellas.
¿Y de morir tú dudas, y te indignas,
Tú a quien la vida es muerte continuada,
Sintiéndote morir a cada instante?
¿Que pasas grande parte de tu vida
1440 En dormir y roncar, aunque despierto,
Y siempre en sueños ves, y traes inquieta
El alma con quiméricos terrores?
Ni puedes dar a veces con la causa
De tu dolencia, cuando miserable
Te rodea inquietud devoradora,
Y pierdes la cabeza e irresoluto
En el incierto error del alma vagas.
Si fuera fácil conocer los hombres
Estas causas del mal que el pecho oprimen
1450 Con su tamaña mole, como sienten
El peso abrumador que los aplana,
Tan desgraciada vida no pasaran,
Ni se les viera andar en busca siempre
De aquello que no saben que desean,
Mudando de lugar, como si fuera
Posible descargarse de aquel peso.
Uno a las veces deja su palacio
Por huir del fastidio de su casa,
Y al momento se vuelve, no encontrando
1460 Algún alivio fuera a sus pesares:
Corre a sus tierras otro a rienda suelta,
Como a apagar el fuego de su casa;
Se disgusta de pronto

cuando apenas Los umbrales pisó, o se rinde al sueño Y procura olvidarse de sí mismo, O vuelve a la ciudad de nuevo al punto: Cada uno a sí se huye de este modo: Mas no puede evitarse; se importuna, Y siempre se atormenta vanamente: 1470 Porque enfermo, no sabe la dolencia Que padece; si bien la conociera, Dejando a un lado ya todo remedio, Antes se dedicara a la noticia De la naturaleza de las cosas, Supuesto que tratamos al presente, No del destino sólo de una hora, Sino de aquel estado perdurable Que sigue a los mortales en la muerte. ¿Qué tamaño deseo de la vida 1480 Mal fundado, por último, nos fuerza, A temblar en peligros tan dudosos? El plazo de la vida está marcado A todos los mortales: no es posible Huir la muerte sin partirnos luego. Además, que viviendo mucho tiempo, La misma tierra siempre habitaremos, Ni con vivir nuevo placer se inventa; El bien que no tenemos nos parece El mayor bien de todos: conseguido, 1490 Suspiramos por otro; y anhelantes, Deseo sucesivo de la vida Nos aprisiona siempre: incertidumbre Hay de lo porvenir y de la suerte Que nos prepara y trae la edad futura. Ni por más que alarguemos nuestra vida Algún tiempo robamos a la muerte; Sus víctimas seremos sin remedio: Si la revolución de muchos siglos Fuese posible ver, eterna muerte 1500 No por eso dejara de aguardarnos; Y aquél que acaba de cubrir la tierra No estará muerto ya por menos tiempo Que el otro que murió mil años antes. Libro IV

Los sitios retirados del Pierio 1 Recorro, por ninguna planta hollados: Me es gustoso llegar a íntegras fuentes, Y agotarlas del todo; y me da gusto, Cortando nuevas flores, rodearme Las sienas con guirnalda brilladora, Con que no hayan ceñido la cabeza De vate alguno, las divinas musas: Primero, porque enseñó, cosas grandes, Y trato de romper los fuertes nudos 10 De la superstición agobiadora; Después, porque tratando las materias De suyo obscuras con pieria gracia, Hago versos tan claros: ni me aparto De la razón en esto: a la manera Que cuando intenta el médico a los niños Dar el ajénjo ingrato, se prepara Untándoles los bordes de la copa Con dulce y pura miel, para que pasen Sus inocentes labios engañados 20 El amargo brebaje del ajénjo, Y la salud les torne a questo engaño, Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo; Así yo ahora, pareciendo austera Y nueva y repugnante esta doctrina Al común de los hombres, exponerte Quise nuestro sistema con canciones Suaves de las musas, y endulzarle Con el rico sabor de poesía: ¡Si por fortuna sujetar pudiera 30 Tu alma de este modo con enlabios Armónicos, en tanto que penetras El misterio profundo de las cosas Y en tal estudio el ánimo engrandesces! De los átomos, pues, las cualidades Y la diversidad de sus figuras Antes de demostrado, y cómo giran De suyo eternamente en el espacio Los dichos elementos de las cosas, Y cómo pueden producirse de ellos 40 Todos los seres: puesto que he enseñado Cuál es del alma la naturaleza, Y a qué principios debe su existencia La actividad que tiene unida al cuerpo, Y cómo en sus primeros elementos Se resuelve después de separada; Ahora daré principio a una materia Que se une íntimamente a lo que he expuesto. Digo que existen cuerpos a quien llamo Simulacros, especies de membranas, 50 Que, de las superficies de los cuerpos Desprendidos, voltean por el aire Al azar, de continuo, noche y día, Y el espíritu agitan con terrores, Nos hacen ver figuras monstruosas Y espectros y fantasmas horriblos Que el sueño nos arrancan muchas veces: No creamos quizá que de Aqueronte Las almas huyen, y las sombras vuelan Entre los vivos; ni después de muertos 60 Puede quedar alguna parte nuestra, Cuando el cuerpo y el alma separados Se vuelven a sus propios elementos. Pues de la superficie de los cuerpos Digo salir efigies y figuras De gran delicadeza, que llamamos Membranas, o cortezas, porque tienen La misma forma y la apariencia misma Que los cuerpos de donde se separan Para andar por los aires esparcidas. 70 El hombre más estúpido bien puede Conocer la existencia de estos cuerpos: Primero, porque existen muchos seres Cuyas emanaciones son muy claras: En

unos se difunden libremente Sus partes separadas, como el humo Que sale de la leña, y los vapores Que despiden los fuegos: una tela En otros viene a ser mejor urdida; Así en estío dejan las cigarras⁸⁰ Las túnicas añosas, y desprenden Los nacientes becerros las membranas, Y la serpiente lúbrica en las zarzas Se despoja también de su camisa, Pues vemos los zarzales coronados Con aquellos despojos voladores: Y puesto que sucede lo que digo, Debe la superficie de los cuerpos Enviarnos imágenes iguales, Aunque sutiles; porque de otro modo⁹⁰ No se puede explicar cuál es la causa De que existan figuras tan groseras, Más bien que las sutiles y delgadas, Siendo la superficie de los cuerpos De infinitos corpúsculos compuesta, Los que apartados pueden conservarse En el orden y forma que tenían, Y arrojarse con tanta ligereza Cuanto menos obstáculos se oponen, Por ser tan delicados y sutiles¹⁰⁰ Y estar en superficie colocados. Porque vemos salir seguramente Partículas sin número, no sólo De lo interior del cuerpo, como dije, Antes bien de su misma superficie, Como el color. Esto hacen las cortinas Amarillas y negras y encarnadas Que cuelgan de las vigas y columnas, Y flotan en teatros espaciosos; Porque allí con sus brillos tembladores¹¹⁰ Espectador y escena toda embisten, Y a senadores, dioses y matronas De móvil luz coloran: más vistoso Y encantador al ojo es su reflejo La luz robando al día, si el recinto Del teatro cerrare exactamente. Luego enviando de la superficie Colores estos lienzos, todo cuerpo Debe enviar también efigies finas, Pues de la superficie salen ambas.¹²⁰ Tenemos así ya señales ciertas De las formas que vuelan por el aire Con tan finos contornos, que no pueden Verse tomadas separadamente. Si además el olor, calor, el humo Y otras emanaciones semejantes Aquí y allí se esparcen, es por causa Que de adentro del cuerpo desprendidas No encuentran su salida en línea recta; Por sendas tortuosas se dividen,¹³⁰ Por medio de las cuales se abren paso: De los colores la sutil membrana Que sale de la misma superficie No puede ser de obstáculo rasgada. En fin, los simulacros que observamos En espejos, en agua, en brilladuras, Siendo de todo punto semejantes A los objetos que ellos representan, Por sus mismas imágenes se forman. Luego ya no hay razón para que existan¹⁴⁰ Las efigies groseras de los cuerpos Mejor que aquellas otras delicadas. Porque todos los cuerpos nos envían Similares imágenes delgadas, Que nadie puede ver aisladamente; Antes sus emisiones reflejadas, Y juntas, de continuo por espejos, Los órganos nos hieren: de otro modo No fuera tan exacta y adecuada La completa visión de los objetos.¹⁵⁰ La grande sutileza de la imagen Voy a explicarte, porque sus principios Son infinitamente más delgados Y más imperceptibles a la vista Que los mismos corpúsculos que empiezan A no poderse ver. Atiende en breve, Por dejarte del todo convencido, De qué delicadeza están dotados De la materia toda los principios. Existen animales tan exiguos,¹⁶⁰ Que es invisible el tercio de su grueso: ¿Qué será un intestino de su cuerpo? ¿Cómo su corazón? ¿Cómo sus ojos? ¿Qué de sus miembros y articulaciones? ¿Cuánta delicadeza! ¿Concibieras Un tejido más fino y delicado Como es preciso tengan los principios Que el alma y el espíritu componen? Si mueves blandamente aquellas plantas Que olor subido exhalan, la penase,¹⁷⁰ El abrótno acerbo, ajenjo amargo Y la centaura ingrata, al punto sientes La existencia de muchos simulacros Que vuelan de mil modos sin esfuerzo, E imperceptibles. Pero cuán pequeña Sea la imagen comparada al cuerpo De que ella emana, no puede ninguno apreciar ni explicar bastantemente. Mas para que quizá no te persuadas Que vagan sólo aquellos simulacros¹⁸⁰ Que emanan de los cuerpos; por sí mismos Se forman también otros, y se ponen En aquella región llamada el aire, Do se remontan bajo muchas formas, Mudan a cada instante de figura, Y de mil modos el aspecto tornan. Así a las veces vemos congregarse Las nubes por lo alto en un instante, Enlutando la hermosa faz del cielo, Con movimiento al aire festejando:¹⁹⁰ Parecen ser gigantes espantosos Que vuelan y derraman a lo lejos La obscuridad: o bien grandes montañas Y peñas arrancadas de los montes Que preceden al

Sol o que le siguen; En fin, un monstruo que amontona nubes Y las va derramando a todas partes. ¡Con cuánta prontitud; cuán fácilmente! Ahora se forman estos simulacros, Y con cuánta abundancia se desprenden 200 Y fluyen sin cesar de los objetos! Las superficies de los cuerpos todos Son como emanaciones perennes Que llegadas a objetos exteriores Penetran unos; como los vestidos, En otros se dividen sin que puedan Reflejárnos la imagen, como en leños Y ásperas rocas; pero no es lo mismo Si encuentran cuerpo denso y alisado, Así como el espejo, pues no pueden 210 Atravesarle como los tejidos, Y no se descomponen sin que hayan Sido primeramente reflejados Enteros por la plana superficie. Por esto nos envían simulacros Los cuerpos lisos: y en cualquiera tiempo Y con cualquiera prontitud que o pongas A éstos el espejo, allí al momento Aparece su imagen: sacaremos Que fluyen de su misma superficie 220 Sin cesar los tejidos delicados, Y sutiles figuras: luego al punto Se forman infinitos simulacros, Y a su pronto nacer nada equivale. Si debe derramar en cierto modo Luz abundante el Sol en poco tiempo Para que en claridad rebose todo Perpetuamente; así del mismo modo Es preciso que salgan de los cuerpos De pronto amontonados simulacros 230 En todas partes de infinitos modos; Si se vuelve el espejo a cualquier lado, Con su forma y color se ve el objeto. Cuando el cielo purísimo estuviere Se enluta y obscurece de repente Por todas partes, tanto que pensarás Haber abandonado las tinieblas El Aqueronte por llenar a una Las bóvedas inmensas de los cielos: Formada así la noche tenebrosa 240 Por los nublados, vemos suspendido Horrible espanto encima de nosotros Bajo infinitas formas: mas ninguno Puede explicar la relación pequeña Que estos espectros tienen con su imagen. Yo en muy breves canciones armoniosas Declararé al presente el movimiento, De aquestos simulacros velocísimos, Con cuánta agilidad corren los aires, Y los grandes espacios que atraviesan. 250 En un instante, hacia cualquiera parte Que su diversa dirección los lleva: A la manera que el acento débil Del cisne más recrea las orejas Que aquel clamor ingrato de las grullas Por la región del aire derramado. Observemos que deben ser veloces Los cuerpos que de suyo son ligeros Y formados de átomos sutiles: La luz del Sol y su calor entre ellos, 260 Pues se forman de finos elementos; Los que empujados fácilmente pasan Los intersticios de aire sacudidos Por el siguiente choque: cuando al punto Luz a la luz sucede, y se acelera La suma ligereza de los rayos, Con nueva agitación de los siguientes. Por la misma razón los simulacros Deben correr espacios increíbles En un momento; pues primeramente 270 Un posterior impulso de continuo Sacude los corpúsculos sutiles; Siendo además tan fino su tejido, Fácilmente penetran cualquier cuerpo Y por los huecos de aire así se cuelan. Si vemos los corpúsculos nacidos De las mismas entrañas de los cuerpos Esparcirse de pronto, a la manera Que la luz y el calor del Sol lo hacen Por toda la extensión de la atmósfera 280 En un instante y por el mar y tierras. Se derraman y al cielo se remontan Y le bañan de luz por todas partes Tirándole con suma ligereza, ¿Como no ves que ya los simulacros Que de la superficie se desprenden, Su emisión ningún cuerpo retardando, Deben abalanzarse más ligeros Y atravesar mucho mayor espacio En tiempo igual al que la luz emplea 290 Del Sol en extenderse por el cielo? Quiero también poner una experiencia Que compruebe la suma ligereza Con que se mueven estos simulacros: Si pones al sereno una agua clara, En ella vienen a pintarse luego El estrellado cielo y las lumbreras Rutilantes del mundo: pues la imagen Ya ves cuán poco tiempo necesita Para llegar del cielo hasta la tierra. 300 Por lo cual es preciso que confieses Las emisiones de los simulacros Que hieren muchos ojos y producen La visión: en efecto, los olores De ciertos cuerpos son emanaciones Continuas: de este modo emana el frío De los fluidos; calor del Sol emana, Y la sal que se come las riberas Del mar emana: y los sonidos varios Sin cesar por el aire van volando: 310 Cierta sabor salado afecta el gusto Cuando nos paseamos en la playa; Y si miramos preparar ajonjos Sentimos amargor: tanta

certezaTenemos de que envían emisionesDe sí todos los cuerpos de continuo,Que a todas partes giran sin pararse,Y sin interrumpir jamás su flujo,Pues tenemos continuas sensaciones,Ver, oler y aun oír podemos siempre.320Si tocamos a obscuras algún cuerpoDe una cierta figura, conocemosSer el mismo que vimos por el día;Es preciso también que el tacto y vistaExcite semejante mecanismo:Si un cuadrado tocamos, por ejemplo,Y nos excita sensación a obscuras,¿Qué otro objeto afectando nuestra vistaPodrá durante el día presentarse,Si no es que sea su cuadrada imagen?330Luego por medio de la imagen vemos;Sin ellas no podemos ver los cuerpos.Giran los simulacros de que hablamosY en toda dirección se arrojan siempre:Mas como sólo vemos con los ojos,A do los dirigimos nos los hierenCon su color y forma los objetos,Y la imagen nos hace que veamosLa distancia que media hasta las cosas,Porque al salir impele y echa el aire340Que medie entre la imagen y los ojos;Por el tacto del aire conmovidos,Y lame en cierto modo la pupila,Y en modo rapidísimo se aleja:Entonces la distancia conocemos.Cuanto más prolongada es la columnaQue agitada delante toca al pasoNuestros ojos, parece más distanteCualquier objeto; y este mecanismoDe rara y portentosa ligereza350Nos hace ver objetos y distancias.No debe sorprenderte que nos hieranLos ojos simulacros invisibles,Y no obstante se vean los objetos:Porque generalmente no sentimosLas moléculas de aire que recrea,Ni del frío que punza fuertementeCada uno de por sí, más bien sentimosTodas las impresiones reunidas:Las sentimos obrar sobre nosotros360Como objetos que afectan nuestros cuerposCon un choque exterior. Cuando ponemosSobre una piedra el dedo, los extremosTocamos del color y superficie:Sentimos solamente la dureza,Propiedad de la masa de la piedra.Oye por qué razón se ve la imagenMas allá del espejo y bien distante:No de otro modo vemos los objetosPor fuera de las casas ciertamente370Cuando por sí la puerta proporcionaVeamos claramente lo que pasaPor la parte de afuera; dos columnasDe aire, pues, entonces se interponen;La una entre ojo y puerta, a la que sigueLa imagen de la puerta y de los cuerposDe adentro por derecha y por izquierda:La otra, a quien precede luz externa,Y que viene a pasar por nuestros ojos,Es seguida también de los objetos380Que se ven ciertamente por afuera.Lo mismo hace el espejo: de su imagenLa proyección llegando a nuestros ojosHecha delante de ella el aire puestoEntre su superficie y nuestra vista;Y la impresión de esta columna de aireHace sintamos de antemano aquellaImagen del espejo; mas al puntoQue percibimos el espejo mismoLlega a dar en su luna nuestra imagen,390La cual no es reflejada a nuestros ojosSino después de haber hecho que paseOtra columna de aire sobre el ojo,Que es impelida por la imagen nuestra:Por eso ves la imagen tan distanteDel espejo: no debes admirarte,De dos columnas de aire siendo efecto.Si la parte derecha de un objetoVemos en los espejos a la izquierda,Consiste en que después de haber tocado400La superficie plana del espejo,Sufre la imagen antes que se vuelva,Una mudanza que el envés reflejaBajo el aspecto mismo que teníaSu derecha. Y si entonces aplicandoUna máscara térrea antes de secaA algún poste o columna, se pudieseHacer que sin perder su antigua formaSus partes saledizas se volvieranEn sí mismas a entrar, y que en seguida410Se ordenasen de nuevo para afuera,Por necesaria ley sucederíaEl estar colocado a mano izquierdaEl ojo de derecha, y al contrario.La imagen pasa de uno a otro espejoDe manera que suele presentarnosCinco o seis simulacros: los objetosPor detrás en el fondo colocados,Aunque están muy oblicuos y distantes,A fuerza de continuas reflexiones420Salen del fondo, al parecer formados,Por los muchos espejos en un cuarto.Pasa la imagen de un espejo a otro;Si el primero la pone a mano izquierda,La refleja el segundo a la derecha,Vuelve el tercero su primera cara.Los espejos también de muchos ladosHacen ver los objetos con la caraQue les es presentada; bien ya seaPorque la imagen llega transmitida430De un espejo en el otro a nuestra vistaDespués de

padecer dos reflexiones; Bien porque sobre sí rueda la imagen Cuando viene a nosotros; pues la obliga La misma curvatura de los lados A dar la vuelta entera hacia nosotros. Parece entran y salen igualmente Con nosotros también los simulacros Imitando los gestos y actitudes, Pues la parte que dejas del espejo⁴⁴⁰ No puede hacer que vuelva ya la imagen, Porque Natura sabia y providente De reflexión el ángulo dispuso Que fuese siempre igual al de incidencia. Los ojos huyen de brillantes cuerpos Evitando mirarlos; también ciega El Sol si se le mira de hito en hito; Porque además que tiene propia fuerza, Sus simulacros, de los altos cielos Lanzados a través de un aire puro,⁴⁵⁰ Rápidamente hieren nuestros ojos, Sus organizaciones perturbando: Un vivo resplandor quema los ojos Frecuentemente, puesto que contiene De moléculas ígneas grande copia, Cuando al entrar causan dolor en ellos. Los ictéricos ven cualquier objeto Amarilleado, porque de sus cuerpos Emanan abundantes las semillas De amarillez, que se unen en el aire⁴⁶⁰ De los objetos con los simulacros, Y tienen los humores de sus ojos Gran copia de partículas mezcladas Que pintan amarillos los objetos. Se ven desde lo obscuro los objetos Que están en medio de la luz, sin duda El aire tenebroso más cercano Metiéndose en el órgano el primero, Y cogiéndole abierto, es al instante Seguido de aire claro, que despeja⁴⁷⁰ Los ojos y disipa las tinieblas Por más móvil, sutil y poderoso. En el momento que de luz llenara Las vías de los ojos este aire, Y abrió las que obstruían las tinieblas, Al punto se introducen simulacros De cuerpos puestos a la luz, y vemos. Viniendo de la luz es imposible Ver en la obscuridad, por el contrario, Porque llegando el aire tenebroso⁴⁸⁰ Y más denso el segundo, llena a un tiempo Y cierra los conductos de los ojos, Sin que puedan pasar los simulacros De los cuerpos que llegan a la vista. Si a lo lejos parece son redondas De las ciudades las cuadradas torres, Consiste en que todo ángulo parece Obtuso desde lejos; o diremos Mejor que no se ve; su acción se acaba: Tampoco llega el golpe a nuestros ojos,⁴⁹⁰ Pues son debilitados en gran trecho Los simulacros por continuos choques Del aire; y cuando el ángulo gastado Llegó a hacerse insensible, se ve sólo Como un montón cilíndrico de piedras: No así cuerpos redondos a la vista Nos aparecen, mas con una forma Confusa en cierto modo e imperfecta. También parece que en el Sol se mueve Nuestra sombra siguiendo nuestros pasos,⁵⁰⁰ E imitando los gestos; si creyeres Poder andar y remedar los gestos Un aire que de toda luz carece, Un aire que solemos llamar sombra: Siendo la tierra sucesivamente Privada de la luz del sol o herida Según que nuestros cuerpos van andando Cierran el paso, o le abren a sus rayos, Se nos figura que la misma sombra Viene en pos de nosotros: consistiendo⁵¹⁰ La luz en unos rayos sucesivos Que mueren y renacen de continuo, Como si se devana lana al fuego, Fácil es concebir cómo la tierra Se despoja de luz y se rellena. Sin embargo, tampoco concedemos Que los ojos padecen aquí engaños, El ver la luz y sombra do las haya Es propio de los ojos: ¿por ventura Es o no ciertamente la luz misma?⁵²⁰ ¿Y la misma la sombra que se pasa? ¿O sucede más bien como hemos dicho? La razón debe sólo decidirlo. En fin, no pueden conocer los ojos A la naturaleza de los cuerpos; Por lo mismo, no quieras imputarle Los errores del ánimo nacidos. La nave donde vamos embarcados Navega pareciendo estarse quieta, Y aquella que está inmóvil en la rada⁵³⁰ Creemos la arrebatada la corriente: Y parece que campos y colinas Huyen hacia la popa, hinchando el viento A lo largo de aquéllos nuestras velas: Y parece que todas las estrellas En las etéreas bóvedas clavadas Inmóviles están; tienen, no obstante, Continuo movimiento, pues que nacen Para reever una lejana puesta, Después que con su claro cuerpo el cielo⁵⁴⁰ Midieron: Sol y Luna estacionarios De la misma manera nos parecen, Aunque sus movimientos nos declara La razón por sí misma; y las montañas Que dominan los mares, entre quienes Pasarían escuadras libremente, Un mismo todo ofrecen desde lejos, Y aunque estén muy distantes unas de otras, Ofrecen, sin embargo, a nuestros ojos Una grande isla congregadas

todas.⁵⁵⁰Y están tan persuadidos los muchachosQue la pieza se mueve a la redonda,Y en rededor moverse las columnas,Que tomen acabando de dar vueltasQue los sepulte el techo de sus ruinas.Cuando principia ya naturalezaA remontar los fuegos tembladoresDel encarnado Sol, y al levantarlaSobre la cima de los montes, tieneAl parecer en ella el Sol reposo,⁵⁶⁰Tocándola de cerca con su fuego;Apenas distan ellos de nosotrosDos mil o cuando más quinientos tirosDe saeta o de dardo: inmensos maresEntre el Sol y los montes se comprendenDebajo de las bóvedas celestes;Y se hallan a otro lado de estos maresInfinitas regiones habitadasDe hombres y de animales diferentes.Empero un charco de agua que no tenga⁵⁷⁰Más que una pulgada de profundo,Estancada en las piedras de la calleDebajo de los pies, hace veamosEl espacio tan vasto, que separaEl cielo de la tierra por encimaDe nosotros: creyéramos que el globo,De parte a parte atravesado, ofreceOtros nuevos nublados a la vista,Y a los ojos presenta un nuevo cielo,Y otros cuerpos hundidos en las tierras⁵⁸⁰Vemos en este espacio prodigioso.Si se nos para en medio de algún ríoEl arrogante bruto, y si bajamosLa vista hacia la rápida corriente,Parece que una fuerza arrastra el cuerpoDel inmóvil caballo río arriba,Y por cualquiera parte que miremosNos parece que son así arrastradosEn general los cuerpos velozmente,Y suben la corriente de este modo.⁵⁹⁰Un pórtico formado de columnasParalelas o iguales en alturaMirado en su largor desde un extremo,Se angosta poco a poco como en cono,El techo se deprime hacia la tierra,Y el lado izquierdo juntase al derecho,Hasta que no descubren más los ojosQue el ángulo confuso de su cono.Del seno de los mares ven que saleEl Sol los marineros; y se pone⁶⁰⁰Y sepulta su luz también en ellos;Sus ojos no ven mas que cielo y agua;No debes tú tachar de mentirososLigeramente en todo a sus sentidos.Los ignorantes de la mar se creenVer deformes y rotos los navíosEn el ponto sus olas resistiendo:La parte del timón y de los remosQue sobresale por el agua es recta,Y la parte que está dentro del agua⁶¹⁰Parece que se dobla, y se levantaEn línea horizontal, que en cierto modoFlota por refracción sobre las aguas.Cuando llevan los vientos por el aireEn medio de la noche claras nubes,Parece que los fuegos celestialesSe van contra las nubes resbalandoY que con una dirección contrariaAl curso natural ruedan sobre ellas.Si apretamos un ojo con la mano⁶²⁰Por la parte inferior, parecen doblesLos objetos que vemos: la luz doble,Doble el rico menaje, y que los hombresTienen doblada cara y doble cuerpo.Cuando el sueño por fin los miembros ataCon un dulce sopor, y cuando el cuerpoEn profundo reposo está tendido,Entonces nos parece estar despiertos,Y hacer también de nuestros miembros uso;Creemos ver el Sol y luz del día⁶³⁰En medio de la noche tenebrosa:Y en una pieza estrecha y bien cerradaMudar de climas, mares, montes, ríos,Y atravesar a pie llanuras grandes;Y en el profundo y general silencio,De la noche parece oír sonidos,Y silenciosos responder acordes.Vemos, en algún modo sorprendidos,Semejantes fenómenos, que tiendenTodos a destruir la confianza⁶⁴⁰Debida a los sentidos, pero en vano:El engaño proviene en nuestra parteDe los juicios del alma que nosotrosPintamos con aquellas relacionesDe los sentidos, suponiendo vistoAquello que los órganos no vieron;Porque la distinción de relacionesEvidentes de inciertas conjeturasQue el ánimo de suyo nos asociaEs la cosa más rara y excelente.⁶⁵⁰Si alguno dice no saberse nada, Si se puede saber él mismo ignora,Supuesto que confiesa nada sabe:¿Quién podrá disputar con quien impugnaLas nociones más claras y evidentes?No obstante, aun cuando y le concedieraPor cosa cierta no saberse nada,De qué modo aprendió le preguntaraSaber y no saber qué cosa sea,Sin que jamás lo cierto haya encontrado;⁶⁶⁰Y cómo se formó el conocimientoDe falso y verdadero, y de qué modoDistingue la certeza de la duda.Encontrarás que nace la noticiaDe la verdad de los sentidos mismos,Que al error nunca pueden inducirnos,Que merecen muy grande confianza,Porque, según la fuerza y energía, Si oponen la verdad,

pueden lo falso Destruir. ¿Pues en dónde encontraremos ⁶⁷⁰Conductor más seguro que el sentido? Dirás, que en estos órganos falaces Fundada la razón. ¿Podrá contra ellos Deponer la razón, que su existencia Enteramente a los sentidos debe? ¿Que no es más que un error si engañan ellos? ¿Argüirán los oídos a los ojos? ¿El tacto a los oídos? ¿A este tacto Con argumentos refutar podrían Por ventura el olfato, el gusto, u ojos? ⁶⁸⁰Pues no sucede así, según yo creo: Tiene cada sentido sus funciones, Tiene sus facultades separadas, Y es preciso inspeccione así un sentido Lo blando o duro, lo caliente o frío: Distingue otro el olor de los colores: Los sabores, olores y sonidos Su propio tribunal tienen aparte: No pueden mutuamente los sentidos Rectificarse; ni ellos a sí mismos ⁶⁹⁰Reprenderse podrán, puesto que siempre Merecerán la misma confianza: Inferimos de aquí que en cualquier tiempo Serán sus relaciones verdaderas. Si no pudiera, la razón decirnos Cómo se ven redondos desde lejos Los objetos que cerca son cuadrados, Nos es más ventajoso, sin embargo, Dar en defecto de solución cierta Falsa razón de esta apariencia doble, ⁷⁰⁰Que soltar la evidencia de las manos, Y destruir la confianza toda, Y arrancar de raíz la base entera En que conservación y vida estriban: Pues la razón no sólo se arruina, Sino también la misma vida al punto, Si no osares creer a los sentidos Y huir de aquellos sitios peligrosos Y los demás objetos que nos dañen, Y buscar los que traen utilidades. ⁷¹⁰Vana declamación es el discurso Que contra los sentidos se dirige. Pues en la construcción de un edificio Se sirve el arquitecto de una regla Mal formada, y si no guarda la escuadra La perpendicular, si se ladea El nivel de su asiento hacia una parte, Es preciso que salga el edificio Muy lleno de defectos, ladeado, Hundido, sin nivel, sin proporciones: ⁷²⁰Parecerá amenaza desplomarse Ya alguna parte dél; seguramente Todo se vendrá abajo, porque ha sido Mal dirigido desde sus principios: Así en la relación de los sentidos Si no hay seguridad y confianza, Los juicios que formares es preciso Te salgan todos falsos e ilusorios. Es cosa fácil explicar el cómo Son afectados los demás sentidos ⁷³⁰Por el objeto propio a cada uno: El sonido y la voz se oyen primero Cuando sus elementos insinuados En el oído, el órgano tocaron, Porque de corporal naturaleza Debemos confesar que se componen El sonido y la voz, puesto que impelen Los sentidos. La voz frecuentemente Lastima la garganta, y los clamores La tráquea irritan: porque los principios ⁷⁴⁰De la voz, en gran número saliendo Rápidamente fuera, llenan luego El estrecho conducto, desgarrando El orificio y lastimando el paso Por do la voz escapa por los aires. Así que las palabras y las voces Constan de corporales elementos, Supuesto que nos pueden hacer daño. Bien sabes tú cuánto destruye el cuerpo, Cuánto se debilitan fuerza y nervios ⁷⁵⁰De los que conversaron largamente Desde que asoma la brillante aurora Hasta la sombra de la obscura noche, Si ha sido la disputa acalorada. Es corpórea la voz, puesto que pierde El parlero gran parte de substancia. La aspereza de voz y la dulzura Nacen de la figura de los átomos; Pues no hieren lo mismo los oídos Cuando los graves y profundos toques ⁷⁶⁰Oímos del clarín, y en ronco estruendo Retumban las bocinas retorcidas, Y los cisnes nacidos en los valles Frescos del Helicón con voz de llanto Entonan sus lamentos, armoniosos. Al punto que nosotros despedimos De lo íntimo del pecho los sonidos A lo interior del paladar la lengua, De las palabras móvil formadora, Las articula, y modifica en parte ⁷⁷⁰La inflexión de los labios; y si es corto El espacio que corre aquel sonido Para llegar al órgano, se oyen También perfectamente las palabras, Las articulaciones se distinguen Porque sus inflexiones y carácter La voz conserva; pero si el espacio Que se interpone es demasiado largo, Confunde las palabras el mucho aire, Y se pierde la voz atravesando: ⁷⁸⁰Luego pueden oírse los sonidos Sin distinguir qué dicen las palabras: Tan confusa y revuelta la voz llega. De todo el pueblo hieren los oídos Con un solo pregón el pregonero: Una voz sola se divide al punto En otras infinitas repartidas Por todos los oídos, distinguiendo Las articulaciones y sonidos. Las voces que no llegan al

oído⁷⁹⁰Mueren desvanecidas por los aires,Continuando su marcha; o estrelladasEn algún cuerpo sólido, el sonidoRepiten rechazadas; muchas vecesEngañan reflejando la palabra,Así como la imagen el espejo.Bien enterado tú de lo que digo,Puedes a los demás y a ti explicarteCómo en las soledades los peñascosRepiten las palabras por su orden⁸⁰⁰Y en articulación cuando buscamosEntre montes opacos los perdidosCompañeros, llamándolos a voces.Sitios he visto yo que repetíanSeis o siete palabras, diciendo una:Las palabras así de cerro en cerroReflejadas muy bien se distinguían.Los pueblos comarcanos se figuranQue las ninfas habitan estos sitios,Y caprípedos sátiros, diciendo⁸¹⁰Los faunos ser, que en estas soledadesInterrumpen la calma silenciosaCon su nocturno estrépito y retozoY que hieren las cuerdas con destreza,Que acompaña la flauta bien tocada:Y aseguran sentir los campesinosCuando Pan, agitando en su cabezaAnfibia la corona de los pinos,Recorre con sus labios retorcidosLos caramillos, porque nunca deja⁸²⁰De sonar canción rústica la flauta.Otros muchos prodigios de esta claseRefieren, y los venden por milagros,Bien porque no se mire aquella tierraQue habitan ellos como abandonadaDe los dioses, o bien sean movidosDe otra cualquier razón, como que todaLa raza humana fábulas ansía.Luego ya no debemos admirarnosQue lleguen y nos hieran el oído⁸³⁰Las voces por los sitios do no puedenLos ojos percibir a los objetos:Con las puertas cerradas nos hablamos:Todos lo vemos, pues sin duda algunaLibremente la voz puede metersePor conductos sinuosos de los cuerpos:Se niegan a esta acción los simulacros:Así, pues, se dividen si los porosNo están en línea recta como aquéllosDel vidrio que la imagen atraviesa.⁸⁴⁰Se divide la Voz por todos lados,Pues nacen espontáneas unas de otras;Una sola produce muchas voces,Como la chispa se divide en muchas.La voz penetra al sitio más oculto:Se oye tan bien detrás del que está hablandoComo en todas las piezas inmediatas.Los simulacros llegan a los ojosEn línea recta desde los objetos.Nadie puede mirar sobre sí mismo;⁸⁵⁰Se oyen fuera las voces, al contrario;Sin embargo, también esta voz mismaSe embota penetrando las paredes,Y nos llega confusa a los oídos:Más bien oímos ruido que palabras.Algo más complicado y trabajosoEs declarar cómo los jugos obranSobre la lengua y paladar; sentimosPrimero los sabores en la bocaCuando exprimimos al mascar el jugo⁸⁶⁰Del alimento, al modo del que aprietaY hace salir el agua de una esponja.Exprimimos así todos los jugos,Del paladar se cuelan por los porosY vías complicadas de la lengua.Hieren suavemente si se formanDe fluidos y lisos elementos,Y por la húmeda estancia de la lenguaVan excitando general deleite.El paladar nos punzan y laceran⁸⁷⁰Si sus átomos son más angulosos.Al fin, el paladar es do sentimosEl placer del sabor. Los alimentos,Cuando por el esófago cayeron,Cuando se distribuyen por los miembros,Ningún placer se siente: nada importaCon qué vianda se alimenta el cuerpo,Con tal que esté cocida la que comasPara poder colarse por los miembros,El estómago habiendo humedecido.⁸⁸⁰Explicaré al presente por qué causaNo convienen los mismos alimentosA cualquiera animal generalmente,Y por qué el alimento que es amargoPara unos animales, puede a otrosParecer gustosísimo: es tan grandeLa diferencia y variedad en esto,Que lo que es alimento para unosFue para otros un veneno activo.También vemos morir a la serpiente⁸⁹⁰Humedecida con saliva humana,Y se devora con sus mismos dientes:El eléboro da la muerte al hombre,Y las cabras engorda y codornices.Para poder saber en qué consisteNi apartes de tu mente lo que he dicho,Ser muy diversas las combinacionesDe átomos formadores de los seres.Siendo desemejantes ciertamenteEn lo exterior los animales todos,⁹⁰⁰Con formas y contornos variadosDeben diferenciarse en la figuraCon mucha más razón, de sus principios;Debe haber en sus poros diferencia,En vías e intersticios de los miembros,De boca y paladar generalmente:Más ancho debe ser o más estrecho,Muchos triangulares, o cuadrados,Redondos o polígonos muy varios;Pues deben las figuras de los

poros⁹¹⁰ Variar en razón de la figura Y el vario movimiento de los átomos, Y deben variar las de las vías En razón del tejido que las cerca. Así, cuando los mismos alimentos Gustan a un animal, y al otro amargan, Es porque fácilmente se insinúa Jugo en el paladar de los primeros Bajo una forma lisa y redondeada, Y al contrario, lastima la garganta⁹²⁰ De los otros, por ser muy escabroso. Estos conocimientos facilitan La solución de otro cualquier problema: Así cuando la bilis dominante Enciende calentura, o acarrea Otra cualquiera causa la dolencia, Ya se trastorna entonces la armonía Del cuerpo en general, se desordenan Todas las posturas de elementos: Los corpúsculos que antes se juntaban⁹³⁰ Con los órganos, rompen su armonía, Y pasan los que excitan los dolores. El gusto de la miel, en fin, resulta De entrambos elementos, como he dicho. Trataremos ahora de qué modo Hiere un cuerpo oloroso nuestro olfato. Precisamente existen muchos cuerpos Que despiden olores infinitos; Que éstos fluyen y corren, y se esparcen De continuo debemos presumirnos: ⁹⁴⁰ Que es mayor o menor su analogía Con unos animales que con otros Según la diferencia de figuras: El olor de la miel desde muy lejos Convida a las abejas, y a los buitres Convidan los cadáveres podridos, Y los galgos se van en pos del rastro: El guarda del romano Capitolio, El blanco ganso, humano olor venta: Así el olor que es propio a cada especie ⁹⁵⁰ Dirige el animal a pastos buenos, Y le hace huir mortífero veneno, Conservándose así los animales. Porque la actividad de los olores Que llegan a tocarnos el olfato Puede circunscribirse más o menos; Sin embargo, no llegan a extenderse Tanto como la voz y los sonidos, Y mucho menos que los simulacros Por quienes todos los objetos vemos; ⁹⁶⁰ Extraviados llegan lentamente, Perecen poco a poco descompuestos En medio de los aires fácilmente, Porque apenas exhalan las substancias De lo más interior emanaciones: Como declara el ver que todo el cuerpo Exhala y fluye olores más subidos Cuando es molido y arrojado al fuego. Claramente se ven que son más gruesos Los principios que forman los olores ⁹⁷⁰ Que aquéllos que componen el sonido, Porque el olor no pasa las paredes, Por do voz y sonidos se entran luego: Por lo que no es tan fácil el que atines Dónde se halla el olor, porque en los aires Su acción apagan las continuas pausas; No corren a decirnos de do vienen: El perro así se pierde y busca al rastro. Estos efectos no son peculiares En realidad de olores y sabores ⁹⁸⁰ Las imágenes mismas de los seres Y colores no están proporcionadas A los órganos todos de manera Que no haya cuerpos cuya vista cause Un más vivo dolor que la de otros. Sacudiendo a la noche con las alas De esta manera el gallo, que acostumbra Aplaudir a la aurora con voz clara, No le resisten rápidos leones Ni le pueden mirar; luego al momento ⁹⁹⁰ Huyen de él, porque emanan de sus miembros Átomos que, metidos en los ojos De los leones, su pupila hieren, Y tal dolor excitan, que no pueden Resistir el coraje y valentía; Cuando dañar no pueden nuestros ojos O porque no penetran los principios. O porque, introducidos, les dan paso Francamente los ojos de manera Que no pueden herirlos al volverse. ¹⁰⁰⁰ Ora con brevedad decirte quiero Qué cuerpos dan al alma movimiento Y de dónde la vienen sus ideas. Digo que vagan muchos simulacros En toda dirección con muchas formas, Tan sutiles, que se unen fácilmente Si llegan a encontrarse, por los aires, Como el hilo de araña y panes de oro; Porque aun exceden en delicadeza A las efigies por las cuales vemos ¹⁰¹⁰ Los objetos, supuesto que se meten Por todos los conductos de los cuerpos, Y dan interiormente movimiento Del alma a la substancia delicada, Y la ponen en juego sus funciones. Los centauros, Scilas y Cerberos Y fantasmas de muertos así vemos, Cuyos huesos abraza en sí la tierra: Pues la atmósfera hierve en simulacros; De suyo unos se forman en el aire, ¹⁰²⁰ Otros emanan de los varios cuerpos, De dos especies juntas constan otros. La imagen de un centauro no se forma Seguramente de un centauro vivo: No ha criado jamás naturaleza Semejante animal; es un compuesto De simulacros de caballo y hombre Que el acaso juntó; y cual dicho habemos, Su tejido sutil y delicado La

reunión al momento facilita:1030 Como esta imagen se combinan otras, Que por su extraordinaria ligereza El alma afectan al primer impulso, Porque el ánimo mismo es delicado, Y de movilidad extraordinaria. Es una prueba cierta de lo dicho Parecerse en un todo los objetos Que el alma mira a los que ven los ojos, Porque nacen del mismo mecanismo: Si enseñé que veía yo leones 1040 Con el auxilio de los simulacros Que llegando nos hieren en los ojos, Se infiere que igualmente el alma mueven Los demás simulacros de leones, Que ve tan bien como los mismos ojos. No de otro modo el alma está despierta Cuando se extendió el sueño por los miembros Porque llegan al alma tan veras Los simulacros que de día hieren, Que nos parece ver aquel desierto, 1050 A quien la muerte y tierra ya dominan. A esta ilusión naturaleza obliga, Porque reposan todos los sentidos En un profundo sueño las verdades No pueden oponer a los errores, Porque está adormecida la memoria, Y con el sueño lánguida no pugna; Que aquél que el alma cree ver con vida, Despojo es de la muerte y del olvido. Por lo demás, no es una maravilla 1060 El movimiento de los simulacros, Y agitación de brazos y de miembros Según las reglas, pues durante el sueño Deben tener lugar las apariencias; Como que si el primero se disipa Y viene a sucederle otro distinto, Parece que es el mismo simulacro Que ha mudado de gesto en un instante. Muchas cuestiones hay sobre este asunto, Y muchas dudas que poner en claro, 1070 Si deseamos profundar las cosas. La primera cuestión que se propone Es por qué el alma en el instante tiene La idea del objeto que la gusta: ¿Miran la voluntad los simulacros? ¿Viene la imagen luego que queremos? Si mar, si tierra, si, por fin, el cielo, Los congresos, la pompa, los banquetes, Si los combates, si otro objeto agrada, ¿Nos crea y guarda la naturaleza 1080 Las efigies de todo a cualquier seña, Mientras que en la región y sitio mismo Profundamente están las almas de otros De ideas muy distintas ocupadas? ¿Qué diré cuando vemos en el sueño Ir bailando a compás los simulacros, Cuando mueven sus miembros delicados, Y cuando tienden sus flexibles brazos Alternativamente con destreza, Y lo vuelven a hacer con pie ligero? 1090 ¿Estudiaron acaso reglas y arte Para poder de noche divertirse? Tengo yo por más cierto y verdadero Que percibimos estos movimientos En un instante solo, como cuando Se da una sola voz, y sin embargo, Pasan muchos instantes, que distingue La razón solamente: ésta es la causa De presentarse muchos simulacros En cualquier tiempo, y en cualquiera parte: 1100 ¡Tanta es su muchedumbre y ligereza! Y siendo tan delgado su tejido, No puede el alma verlos claramente Sin recogerse dentro de sí misma: Si ella no se dispone a recibirlos Con grande aplicación, todos perecen, Y lo logra por medio de esperanza De ver aquello que realmente mira. ¿No adviertes tú también cómo los ojos No pueden distinguir aquel objeto 1110 Poco sensible, porque se tendieron Sin recogerse y prepararse mucho? Aun los cuerpos expuestos a la vista Son para el alma, si ella no se aplica, Como si cien mil leguas estuvieran: ¿A qué viene admirarse de que el alma Deje escapar los simulacros todos Menos los que la tienen ocupada? Tal vez abulta el alma simulacros, Y nos lleva al error y nos engaña: 1120 También transforma el sexo de la imagen, Y en vez de una mujer, sólo tocamos Un hombre transmutado en un instante, U otro cualquier sujeto que en pos viene, De semblante y edad muy diferentes: Esto proviene del olvido y sueño. Debes siempre evitar lo más que puedas Entre otros un error: pensar no debes Que fue criada para ver tan sólo La órbita brillante de los ojos: 1130 Y las móviles piernas y los muslos Sobre la base de los pies alzados, Porque alargar pudiéramos los pasos, Y con robustos músculos los brazos Y que una y otra mano fueron dadas Para poder buscarnos lo preciso. El orden respectivo de las causas Y de efectos ha sido trastornado Con interpretaciones semejantes: Pues no han sido formados nuestros miembros 1140 Para servicio nuestro: los usamos, Porque hechos nos los hemos encontrado: La vista no nació antes que los ojos; La lengua fue criada antes que el habla; La lengua fue mucho antes

que el lenguaje; Los oídos también fueron criados Mucho antes que se oyeran los sonidos; Y en fin, todos los miembros existieron Antes de que, se usaran, según pienso: No es la necesidad la que los hizo. 1150 Los hombres se batían a puñadas, Y se hacían heridas con las uñas, Y sangre por sus miembros chorreaba, Mucho antes que las flechas brilladoras Volasen por el aire: y las heridas A evitar enseñó naturaleza Antes que le colgara al brazo izquierdo El arte algún broquel para escudarle: Y dar reposo al cuerpo fatigado Más antiguo es que camas y plumones 1160 Y el apagar la sed antes que el vaso: Estos descubrimientos, que son fruto De la necesidad y la experiencia, Podemos persuadirnos que se han hecho Por utilidad nuestra: no sucede Con los demás objetos esto mismo, Cuyo uso es posterior al nacimiento, Como son nuestros órganos y miembros Ni por asomo debes presumirte Para utilidad nuestra ser criados. 1170 Tampoco es maravilla que se busque Sustento el animal, naturalmente: Porque enseñé, fluían de los cuerpos De mil modos corpúsculos sin número: Que debe ser su emanación copiosa Por su mucho ejercicio y movimiento En unos animales: se evaporan Por la transpiración otras porciones De lo interior del cuerpo: otras exhalan Por la respiración los animales 1180 Que lánguidos jadean: estos males Envarecen el cuerpo, y se destruye Con dolores la máquina en seguida. Por lo mismo se toma el alimento, El cual, metido por los intersticios Asegura los miembros, y da fuerzas, Y llena los conductos ensanchados Con el deseo que a comer incita. De igual modo se extienden las bebidas Por la parte que quiere humedecerse, 1190 Y el volcán de calor que devoraba El estómago, al punto se disipa, Y se extingue el ardor que hay en los miembros De este modo se apaga sed ardiente, De este modo se sacia y harta el hambre. Ahora voy a explicarte cómo andamos Cuando queremos, cómo meneamos Los miembros de maneras diferentes, Y cuál es el agente acostumbrado Que empuja hacia adelante nuestro cuerpo, 1200 De peso tan crecido: pon cuidado. Vienen los simulacros, como he dicho, A tocar el espíritu, y le invitan Al movimiento: luego de aquí nace La voluntad: porque ninguno emprende Cosa alguna sin que haya examinado El alma aquel objeto que la gusta; Operación que exige la presencia De simulacros: pues determinado De este modo el espíritu declara 1210 Su voluntad con cierto movimiento, Que comunica al alma en un instante, Repartida por todos nuestros miembros, Y es muy fácil de hacerse, porque unidas Están íntimamente ambas substancias. El rechazo del alma siente el cuerpo, Y así toda la mole se menea Y avanza lentamente: además de esto, El cuerpo se enrarece al tiempo mismo, Y el aire siempre móvil, como debe, 1220 Se hace dueño de todos los conductos, Copioso se derrama por los poros, Y por las particillas más sutiles Del cuerpo se reparte de este modo. Así, el alma y el aire son las velas Que mueven nuestro cuerpo como nave. Sin embargo, no debes admirarte Que puedan los corpúsculos tan finos Empujar y volver a su albedrío Una mole tan grave como el cuerpo: 1230 El viento así sutil y muy delgado Es poderoso para hacer que anden Las más disformes naves por las ondas: Por rápida que sea su derrota, Una mano tan sola las dirige, Y las vira doquier un timón solo. Por medio de poleas y de ruedas Las máquinas manejan y levantan Los pesos más enormes sin esfuerzo. Para explicarte ahora cómo el sueño 1240 Derrama por los miembros el descanso Y ahuyenta los cuidados de los pechos, Recurriré al encanto de los versos, Y no a su multitud. Así del cisne Los débiles acentos más regalan Las orejas que aquel cridar de grullas Que se llevan los aires. Pronta oreja Y un ánimo sagaz préstame ahora Para que no me niegues ser posible Lo que voy a decirte: no repruebes 1250 Con obstinado pecho la evidencia: De tu ceguera culpate a ti mismo. El sueño viene cuando el alimento Llega a descomponerse por los miembros; Y alguna de sus partes sale fuera Y otra se junta más y se condensa En lo interior del cuerpo; se desatan Y se aflojan entonces ya los miembros; Pues debemos al alma el sentimiento De que no puede el sueño despojarnos, 1260 Sin que entonces nos fuera perturbada Y echada fuera el alma, aunque

no toda, Pues yacería el cuerpo rodeado
Con el eterno frío de la muerte: La más leve
partícula de alma No quedara escondida por los miembros,
Como el fuego tapado con ceniza,
Que encendiera de nuevo el sentimiento
De pronto por los miembros como fuego.
Diré la causa de este nuevo estado, 1270
Y cómo puede el alma perturbarse, Y el cuerpo desfallece lentamente:
Haz que no azote el viento con palabras. Como la superficie de los cuerpos
El contacto del aire experimenta, Es preciso que sea sacudida
Sin cesar por sus golpes repetidos. Razón por qué los seres casi todos
Están cubiertos de pellejo, o cerda, O de conchas, o callos, o cortezas: 1280
Y el aire respirado de continuo, Por medio de su flujo y su reflujo
Los azota también interiormente. Así es chocado el cuerpo por los lados,
Y este choque por medio de los poros Llegando a los primeros elementos
La destrucción prepara poco a poco. Los principios del ánimo y del cuerpo
Se trastornan de modo que una parte Del alma es arrojada, y otra queda 1290
En lo interior del cuerpo recogida: Repartida en los miembros la tercera,
No puede reunirse, ni su parte Alarga al movimiento de la vida,
Porque ha cortado la naturaleza Las vías y conductos: huye al punto
El sentimiento en medio del desorden. Y como el cuerpo ya no tiene apoyo,
Todo él se debilita y descaece, Los brazos caen, los párpados se cierran, 1300
Y quedan los jarretes aplomados. Después de la comida viene el sueño,
Porque el efecto que produce el aire, Ese mismo produce el alimento
Cuando se va escondiendo por las venas; Y aquel sopor es mucho más profundo
Que se sigue a la hartura, o la fatiga, Pues trastorna ésta más los elementos,
Deja el alma encerrada por adentro Y la echa más copiosa y dividida, 1310
Y la desune más entre sí misma. Y aquello en que más uno se ha ocupado,
Y en las cosas que más se ha detenido Y en que más atención hubiese puesto,
Eso mismo en el sueño nos parece Hacer por lo común; los abogados
Defienden causas, e interpretan leyes; Combates dan y asaltos los caudillos;
Con los vientos se baten los pilotos; Yo mismo no interrumpo mi trabajo, 1320
Y siempre busco la naturaleza, Y encontrada, a mi patria la declaro.
De este modo las otras facultades Y los estudios de ordinario ocupan
En sueños a los hombres con engaños. Y aquéllos que a los juegos de continuo
Asisten muchos días de seguida, Los vemos casi siempre, aun cuando deje
La diversión de herir a sus sentidos, Conservar en sus almas paso franco 1330
Por do puedan los mismos simulacros Introducirse; y los objetos mismos
Por muchos días se les representan: Aunque despiertos ven los danzarines
Meneando sus miembros diestramente Y oyen la consonancia de la lira,
Y el lenguaje suave de las cuerdas; Ven el mismo concurso, y ven la escena
Que brilla con adornos variados. La inclinación, el gusto y la costumbre 1340
Tanto influyen en hombres y animales. Como que los caballos animosos,
Sepultados sus miembros en el sueño, Los verás en sudor todos bañados
Y resoplar y hacer esfuerzos grandes, Soñando así como si disputaran
Sobre la palma, abiertas las barreras. También los perros de los cazadores
Durante el blando sueño de repente Sus pies agitan, ladran y a menudo 1350
Oliscar se les ve cual si tuvieran El rastro de la caza descubierto;
Y volviendo del sueño continúan Persiguiendo los vanos simulacros
De los ciervos que huyendo se figuran, Hasta que en sí volviendo, el error dejan.
Mas el perro leal y cariñoso Que vive con nosotros en la casa, Sacude en un instante
el leve sueño Que sus ojos velaba, y se levanta 1360 Listo como si viera cara
nueva Y rostro sospechoso: porque inquietan Los simulacros tanto más en sueños
Cuanto sus elementos son más rudos. Las varias aves huyen, al contrario,
Y agitando sus alas, al momento Se acogen a los bosques de los dioses,
Por la noche, si en blando sueño vieron El gavilán sobre ellas arrojarse
Y con rápido vuelo perseguirlas. 1370 A la verdad que grandes movimientos
Agitan a las almas de los hombres: Proyectos vastos forman y ejecutan;
Soñando hacen los reyes prisioneros; Esclavos son en sueños de los mismos;
Un combate se sigue a otro combate; Claman como si allí los degollaran;
Muchos bregan y

gimen doloridos Y como si pantera o león fiero Los hicieran pedazos a bocados, 1380 Así llenan el aire de chillidos: Muchos tratan negocios importantes, Y su acción declararon muchas veces; Otros. en sueños ven venir la muerte; Creyendo dar con todo el cuerpo en tierra Desde elevados montes arrojados, Con gran congoja se despiertan muchos, Y a duras penas vuelven en sí mismos Con tanta agitación como han tenido: Un sediento también a par de un río 1390 O de una fuente amena está sentado, Y se quiere beber el agua toda; De ordinario, dormidos los muchachos Al lado de un servicio o meadero Para orinar creen alzar la ropa, Inundando las telas exquisitas Que hizo para su cama Babilonia. Mas los que sienten por la vez primera La juventud lozana cuando el tiempo El semen por los miembros desenvuelve, 1400 Se les ofrecen muchos simulacros De cualquier cuerpo en sueños mensajeros De un rostro hermoso, fresco y agraciado, Que provocan el órgano atestado De semilla abundante; y así como Hubieran penetrado muchas veces, El santuario del placer, arrojan Chorros de semen que los contaminan. Bulle en nosotros, como dije, el semen Cuando la juventud nos robustece: 1410 Cada órgano es movido y provocado Por el objeto propio: humana imagen El órgano prolífico conmueve; Cuando de sus depósitos se sale El semen esparcido por el cuerpo, Y se junta en los nervios destinados Y penetra de pronto el mismo sitio Engendrador, se atiesan los conductos, Quiere arrojarlo la naturaleza Do el bárbaro deseo se encamina: 1420 Y el alma se dirige a aquel objeto Que la hirió con sus flechas amorosas: Todos salen heridos del combate Y los tiros asestan hacia aquélla Que hiriéndonos se dio ella por vencida, Y el mismo vencedor ensangrentado En medio de su triunfo se presenta. Así, pues, a quien Venus ha llagado, Ya tomando los miembros delicados De un muchacho, o haciendo que respire 1430 Una mujer amor por todo el cuerpo, Se dirige al objeto que la hiera, Impaciente desea a él ayuntarse Y llenarle de semen todo el cuerpo: El deleite presagia la ansia ciega: Ésta, pues, es la Venus que tenemos, De aquí el nombre de amor trajo su origen, De aquí en el corazón se destilara Aquella gota de dulzor de Venus Que en un mar de inquietudes ha parado: 1440 Porque si ausente está el objeto amado, Vienen sus simulacros a sitiarnos Y en los oídos anda el dulce nombre. Conviene, pues, huir los simulacros, De fomentos de amores alejarnos, Y volver a otra parte el pensamiento, Y divertirse con cualquiera objeto; No fijar el amor en uno solo, Pues la llama se irrita y se envejece Con el fomento, y el furor se extiende 1450 Y el mal de día en día se empeora. Si no entretienes tú con llagas nuevas Las heridas que te hizo amor primero, Y haciéndote veleta en los amores No reprimes el mal desde su origen Y llevas la pasión hacia otra parte. Las dulzuras de Venus no renuncia Aquél que huye de amor: por el contrario, Coge sus frutos solo sin disgusto. Gozan siempre las almas racionales 1460 De un deleite purísimo y seguro, Mejor que los amantes desgraciados, Que al mismo tiempo de gozar fluctúan Sobre el hechizo de su amor incierto. No saben do fijar ojos y manos; Aprietan con furor entre sus brazos El objeto primero que agarraron, Le molestan muchísimo, y sus dientes Clavan cuando le besan en los labios, Porque no tienen un deleite puro; 1470 Secretamente son agujoneados A maltratar aquel objeto vago Que motivó su frenesí rabioso: Pero Venus mitiga los dolores Gozando del amor suavemente, Y con blando placer las llagas cura. Pues los amantes tienen esperanza De que aquel mismo cuerpo que ha inflamado Su pecho en amor ciego, puede él mismo Apagar el incendio que ha movido; 1480 Pero se opone la naturaleza: Y es la única pasión de cuyos goces Con bárbaro apetito se arde el pecho; Pues el hambre y la sed se satisfacen Fácilmente por dentro repartidos Bebidas y alimentos en los miembros, Y se pueden pegar a ciertas partes. Pero un semblante hermoso y peregrino, Sólo deja gozar en nuestro cuerpo Ligeros simulacros que arrebatan 1490 Miserable esperanza por los aires. Así como un sediento busca en sueños El agua ansiosamente, y no la

encuentra, Para apagar el fuego de su cuerpo, Y sólo da con simulacros de agua, Y con vana fatiga de sed muere Bebiendo en un río caudaloso; Del mismo modo engaña a los amantes Venus con simulacros: ni la vista De un cuerpo hermoso hartura puede darlos, 1500 Ni quitar de sus miembros delicados Alguna parte pueden con sus manos Que inciertas manosean todo el cuerpo. En fin, cuando sus miembros enlazados Gozan el fruto de la edad florida, Cuando el cuerpo presagia los contentos Y a punto Venus de sembrar los campos, Los amantes agárranse con ansia, Y juntando saliva con saliva El aliento detienen apretando 1510 Los labios y los dientes; pero en vano, Porque de allí no pueden sacar nada Ni penetrar ni hacerse un mismo cuerpo; Al parecer son estos sus intentos; Venus los junta con ansiosos lazos Cuando en el seno del placer sus miembros En licor abundante se derriten Conmovidos en fuerza del deleite; En fin, cuando la Venus recogida De los nervios saltó, por un momento 1520 El ardor violento se amortigua Vuelve después con más furor la rabia, Buscando sin cesar tocar el blanco De sus deseos; pero no hallan medio Con que puedan triunfar de su desgracia; ¡Tan ciega herida errantes los consume! Agrega a los tormentos que padecen Sus fuerzas agotadas y perdidas, Una vida pasada en servidumbre, La hacienda destruida, muchas deudas, 1530 Abandonadas las obligaciones, Y vacilante la opinión perdida: Perfumes y calzado primoroso De Sición, que sus plantas hermosea: Y en el oro se engastan esmeraldas Mayores y de verde más subido Y se usan en continuos ejercicios De la Venus las telas exquisitas, Que en su sudor se quedan empapadas: Y el caudal bien ganado por sus padres 1540 En cintas y en adornos es gastado: Le emplean otras veces en vestidos De Malta y de Scio: le disipan En menaje, en convites, en excesos, En juegos, en perfumes, en coronas, En las guirnaldas, pero inútilmente; Porque en el manantial de los placeres Una cierta amargura sobresalta, Que molesta y angustia entonces mismo; Bien porque acaso arguye la conciencia 1550 De una vida holgazana y desidiosa Pasada en ramerías; o bien sea Que una palabra equívoca tirada Por el objeto amado, como flecha, Traspasa el corazón apasionado Y toma en él fomento como fuego; O bien celoso observa en sus miradas Distracción hacia él mirando a otro, O ve en su cara risa mofadora. Si en el amor feliz hay tantas penas, 1560 Innumerables son las inquietudes De un amor desgraciado y miserable: Se vienen a los ojos tan de claro, Que es mejor abrazar, como he enseñado, El estar siempre alerta, y no dejarse Enredar en sus lazos; pues más fácil Es evitar las redes, que escaparse Y de Venus romper los fuertes lazos Cuando el amor nos tiene ya prendidos, Y aunque fueras cogido y enredado 1570 Podrías evitar el infortunio Si tú mismo no fueras a buscarle; Si primero los ojos no cerraras Sobre todos los vicios de su alma Y sobre los defectos corporales De aquel objeto por quien sólo anhelas: Ciega por lo común a los amantes La pasión, y les muestra perfecciones Aéreas; porque vemos que las feas Aprisionan los hombres de mil modos, 1580 Y hacen obsequio grande a las viciosas: Y unos de otros se burlan y aconsejan El aplacar a Venus mutuamente Que los aflige con amor infame: Si es negra su querida, para ellos Es una morenita muy graciosa; Si sucia y asquerosa, es descuidada; Si es de ojos pardos, se asemeja a Palas; Si seca y descarnada, es una corza Del Ménalo; si enana y pequeñita, 1590 Es una de las gracias, muy salada; Si alta y agigantada, es majestuosa, Llena de dignidad; tartamudea Y no pronuncia bien, es un tropiezo Gracioso; taciturna, es vergonzosa; Colérica, envidiosa, bachillera, Es un fuego Vivaz que no reposa; Cuando de puro tísica se muere, Es de un temperamento delicado; Si con la tos se ahoga y desfallece, 1600 Entonces es beldad descaecida; Y si gorda y tetuda, es una Ceres, La querida de Baco: si chatilla, Es silla de placer; ¡nadie podría Enumerar tan ciegas ilusiones! Pero demos que sea ella un hechizo Y que la haya agraciado Venus misma; No faltan en el mundo otras hermosas, Y sin ellas pasamos. La hermosura A las mismas miserias está expuesta, 1610 Y a las mismas flaquezas que la fea; Tenemos

evidencia: y la infelice Por su hedor insufrible se sahúma, De la cual huyen mucho sus doncellas, Y a escondidas dan grandes carcajadas. Llorando, empero, el despedido amante Muchas veces adorna los umbrales Con flores y guirnaldas, derramando Perfumes en los postes altaneros, Y da en las puertas besos infelices; 1620 A quien si ya una vez introducido Un ligero olorcillo molestara Al entrar en la casa buscaría Al punto algún pretexto de alejarse; Se olvida de las quejas elocuentes Tanto tiempo pensadas, y se acusa De mentecato por haber supuesto En aquella mortal más perfecciones Que és justo conceder: muy bien lo saben Nuestras diosas: ocultan por lo mismo 1630 Estas flaquezas de la vida a quienes Desean sujetar de amor con grillos: Muy necias son en esto; porque puedes Correr el velo a todos sus misterios, E informarte de todos sus secretos: Y si es de buena índole y modesta, A mal no llevará que tú igualmente Veas y observes la miseria humana. No siempre la mujer con amor falso Suspira: cuando el cuerpo de su amante 1640 Contra su seno aprieta entre sus brazos; Cuando sus labios húmedos imprimen Besos que fluyen el deleite, entonces Su amor es verdadero, y deseosa De gozar el placer común a entrambos, Le incita a que concluya la carrera Del amor: no podrían de otro modo Las aves, los ganados y las fieras Y yeguas a los machos ayuntarse, Si las hembras calientes no estuvieran, 1650 Sin ellas no excitaran los hervores Del placer esta dulce resistencia Tan favorable a la caliente Venus. ¿Por ventura no ves también aquéllos Que un deleite recíproco ayuntara En mutua ligadura atormentados? ¿Y queriendo los perros desligarse, En las encrucijadas muchas veces Cada uno tira mucho por su parte Cuando los tiene Venus aún pegados 1660 Con fuertes ataduras? No lo harían Si no fueran comunes los contentos Que en aquel dulce lazo los unieron, Teniéndolos a entrambos en prisiones Sólo el placer recíproco es deleite. Y por fortuna en el ayuntamiento, Cuando ordeñó con suma ligereza Y el viril semen embebió la hembra, Al padre o a la madre se parecen Los hijos, en razón que dominare 1670 El semen de uno u otro; y si de entrambos Fueren los hijos un retrato vivo, De la sangre más pura de sus padres Fueron formados, cuando las semillas Excitadas por Venus en los miembros El recíproco ardor equilibrara, Y con igual influjo concurrieron. A las veces sucede parecerse A los abuelos, o a los bisabuelos, Porque encierran los padres de ordinario 1680 En su cuerpo muchísimos principios Que, de padres a hijos transmitidos, Vienen de un mismo tronco: después Venus Varía las figuras, y remeda El semblante, la voz y los cabellos De los abuelos, porque son formadas A estas partes de nosotros mismos No menos que la cara, cuerpo y miembros De germen fijo. Y la viril semilla En producir el sexo femenino 1690 Influye, y los varones engendrados Son del materno semen; porque el hijo Resulta siempre de las dos semillas, Y aquel a quien el hijo más saliere Suministró más parte de elementos, Como en varones y hembras verlo puedes. No impiden a ninguno las deidades El propagar su especie, y que le llamen Padre sus dulces hijos; o que vivan En un perpetuo estéril himeneo, 1700 Como lo creen muchos, y afligidos Las aras bañan de copiosa sangre Y llenan de presentes los altares Para que con raudales de semilla Empreñen sus mujeres: pero en vano A los dioses y oráculos fatigan. Estériles se quedan las mujeres Cuando el semen es fluido o espeso Con extremo: muy fluido no puede Fijarse en los parajes destinados, 1710 Se corre y se derrama en el momento; Muy espeso, su misma consistencia No le deja saltar bastante lejos Y penetrar los sitios igualmente, O penetrando en ellos, con el semen De la mujer no es fácil se entrever. Porque en efecto, hay mucha diferencia Por la organización en las uniones, Y unos mejor empreñan unas que otras, Y muchas fueron antes infecundas 1720 En varios himeneos, y no obstante Llegaron a tener un buen marido Que supo fecundarlas, y quedaron Enriquecidas con sabrosos hijos: Y después de infinitos matrimonios Infructuosos, encontraron otros Apoyos de vejez con nueva esposa: Tan esencial es la correspondencia De la organización en los esposos, Para poder

unirse las semillas¹⁷³⁰Con las que tengan más analogíaY adquieran la precisa consistencia.Es preciso también ser circunspecto.Sobre la calidad del alimento,Pues se espesan los sémenes con unos,Con otros se atenúan y disuelven.También debe observarse la maneraDe tratar a la misma dulce venus;Pues como los cuadrúpedos se ayuntanMuchos son de opinión que los esposos¹⁷⁴⁰Deben hacerlo, porque de este modoPueden las partes recibir el semenEchando el pecho y levantando el lomo.No conviene que hagan las esposasMovimientos lascivos, porque impidenHacerse la mujer embarazadaCuando con los meneos de las nalgasLa venus del varón estorba inquietaY da oleadas con el tierno pecho;La reja del arado echa del surco,¹⁷⁵⁰Y el chorro seminal quita del sitio.Por utilidad propia las rameraTuvieron la costumbre de moverse,Por no hacerse preñadas con frecuenciaY porque al mismo tiempo los varonesTuviesen una venus más gustosa:Mas la honesta mujer no las imite.No es preciso el auxilio de los diosesNi las flechas de Venus para amarse.A veces la más fea mujercilla,¹⁷⁶⁰Su conducta, su agrado su limpieza,Sus artificios inocentes hacenQue se acostumbre el hombre fácilmenteA vivir en su trato y compañía,Porque engendra cariño el mucho trato:Golpes reiterados, aunque leves,Al cabo de años triunfan de los cuerposMás sólidos. ¿No observas que las gotasDe la lluvia que caen sobre las peñasDespués de mucho tiempo las socavan?

Libro V

¿Quién con robusto pecho cantar puede¹Según la majestad de los objetosEstos descubrimientos asombrosos;O quién tan elocuentes labios tieneQue pueda celebrar las alabanzasSegún merece aquel sublime genioQue nos dejó los frutos de su mente?Nadie que mortal cuerpo haya tenido;Porque, si como exige la grandezaDe los descubrimientos de las cosas¹⁰Es preciso que hablemos de las mismas,Un dios fue aquél, un dios, ínclito Memmio,Que primero inventó aquel plan de vidaQue hoy de sabiduría tiene nombre,Haciendo que por medio de este arteSucudiese la calma a las tormentas,Y a las tinieblas una luz hermosa.Los inventos antiguos de otros diosesCompara tú con éstos: porque dicenHaber a los mortales enseñado²⁰Ceres el modo de coger los frutosY el zumo de la vid el padre Baco;Pudiéndose vivir sin estos dones,Como cuentan que viven al presenteMuchas naciones: pero sin virtudes,Vivir no se podría felizmente:Tenemos, pues, justísimos motivosDe ser un dios para nosotros ésteCuyos dulces consuelos extendidosPor todas las naciones de la tierra³⁰Los ánimos halagan en sus cuitas.Estás muy engañado si presumesQue los trabajos de Hércules le exceden;¿Pues, qué daño al presente nos haríanAquella boca del león nemeoAnchurosa, y las cerdas erizadasDel jabalí de Arcadia? ¿qué podríanDe Creta el toro, y la lerneá plagaDe la hidra atrincherada de serpientesPonzoñosas? o ¿qué de los tres cuerpos⁴⁰Del enorme Gerión se nos daría?¿Y acaso los caballos de Diomedes,Cuyas narices fuego resollabanAllá cerca del Ísmaro en la TraciaY en las Bistonias costas nos dañaran?¿Qué las aves de Arcadia con sus garras,Del Estínfalo horribles moradoras?¿Qué daño, en fin, hiciera el guardián fieroDel jardín y fulgentes pomas de oroDe Hespérides, aquel dragón furioso⁵⁰Que vibraba amenazas de sus ojos,Y cuyo enorme cuerpo el rico troncoCon roscas y más roscas abrazabaDel océano Atlántico las playasY cerca de aquel mar inaccesibleSobre el cual nunca osaron exponerseNi romanos ni bárbaros? ¿qué hicieran,Aunque se viesen monstruos semejantesY el mundo no estuviera limpio de ellos?No causarían daño, según pienso;⁶⁰Ahora hierve la tierra todavíaEn alimañas, y el espanto reinaPor los bosques, y selvas y montañas;Podemos evitarlas sin embargo.Pero si no tenemos limpio el pecho,¿Qué combates tan recios sostendremos!Y a pesar nuestro, entonces, ¿cuántos

riesgos Tenemos que vencer! ¡de qué inquietudes, De qué cuidados y de qué temores No es desgarrado el corazón del hombre⁷⁰ Que se entrega sin freno a sus pasiones! ¡Cuántos estragos hacen en su alma Orgullo, obscenidad y petulancia! ¡Cuántos el lujo y la desidia torpe! Así el que a todos estos enemigos Hubiera sujetado, y de su pecho Los hubiese lanzado con las armas De la razón tan sólo, ¿no debemos Colocar este hombre entre los dioses? ¿Qué diremos si en términos divinos⁸⁰ Su lengua desató este mismo sabio Para hablar de los dioses inmortales Y para descubrir a nuestros ojos De la naturaleza los misterios? Entrando yo en la senda que me he abierto, Proseguiré enseñándote las leyes Que hacen que todo ser tenga su límite Según su formación, y que no pueda Pasar jamás los límites prescritos A su duración propia: pues habiendo⁹⁰ Probado nace el alma con nosotros, Que no puede durar eternamente, Que no son más que vanos simulacros Las fantasmas, imágenes de muertos, Que creemos en sueños ver nosotros: Y el orden mismo de mi objeto ahora Me conduce a tratar del nacimiento Del mundo y de su término postrero; Y también a explicarte de qué modo Los átomos unidos han formado¹⁰⁰ La tierra, el cielo, el mar, el Sol, los astros, Y el globo de la Luna: qué animales Ha parido la tierra, y cuáles nunca Pudieron existir: y por qué encanto, Variando los hombres las palabras Entre sí, establecieron el comercio De las ideas; cómo se introdujo Aquel miedo a los dioses en los pechos Que en todos los países de la tierra Conserva templos, lagos, bosques, aras,¹¹⁰ Y las santas estatuas de los dioses. Explicaré las leyes que ha prescrito Del Sol al curso la Naturaleza Y a las revoluciones de la Luna; Para que no creamos falsamente Que por un espontáneo movimiento Eternamente ruedan estos astros Tan obsequiosos entre cielo y tierra, Para acrecentamiento de los frutos Y de los animales: o que sea¹²⁰ A los dioses debido en cierto modo El período de sus revoluciones: Porque los que estuvieron persuadidos Del descuido en que viven las deidades, Si no obstante se admiran de las causas, Aun de las naturales apariencias Que se observan encima de nosotros En la región etérea, nuevamente Caen en su inveterado fanatismo Y nos ponen tiranos inflexibles,¹³⁰ A quienes para colmo de miseria Conceder un poder ilimitado, Por no saber qué cosa existir puede, Cuál no puede, y los límites precisos Que ha señalado la Naturaleza, En fin, a la energía de los cuerpos. Yo no ignoro cuán nueva e increíble Es la opinión de que la tierra y cielo Se acabarán, y cuán difícil sea Para mí convencer a los mortales¹⁴⁰ De una verdad que hasta ahora no ha llegado, A sus oídos; que por otra parte No pueden a la vista sujetarla Ni al tacto, los dos únicos caminos Que a la evidencia guían hasta el templo Del espíritu humano: sin embargo, Yo romperé el silencio: la experiencia Vendrá quizá en apoyo de mi aserto; Verás quizá dentro de poco tiempo, Agitado de horribles terremotos,¹⁵⁰ Todo el orbe en ruinas convertido. Aleje de nosotros el destino Desastre semejante; el raciocinio Convénzanos más bien que la experiencia De que es posible se hunda todo el Globo Con un fragor horrísono deshecho. Antes de que yo empiece a revelarte Los decretos del hado más sagrados Y mucho más seguros que no aquéllos Que pronuncia la Pitia coronada¹⁶⁰ De laurel en la trípode de Apolo, Quiero infundirte aliento con verdades Consoladoras, por si acaso piensas, De la superstición aherrojado, Que la Tierra y el Sol, el mar, el cielo, Los astros y la Luna son substancias Eternas y divinas; presumiendo Que son impíos como los gigantes, Dignos de los suplicios más atroces Por su horrible atentado, los que quieran¹⁷⁰ Desbaratar las bóvedas del Mundo Y apagar la clarísima lumbrera Del Sol con vanas argumentaciones, Tratando lo inmortal con mortal labio. Pero están estos cuerpos tan distantes De la divinidad, y nos parecen Tan indignos de estar entre los dioses, Que, al contrario, más bien nos dan ideas De una materia bruta inanimada: No se debe creer que el sentimiento¹⁸⁰ E inteligencia sean propiedades De cualquier cuerpo indiferentemente. Así como en el aire estar no puede El árbol, ni en el mar salado nubes, Ni peces en los campos, ni en los leños La sangre, ni los jugos en las

piedras, Porque ha prescrito la naturaleza A cada ser el sitio donde nazca, Y do se desarrolle; así no puede Nacer el alma aislada sin un cuerpo, 190 Sin nervios y sin sangre: si posible Y fácil fuera, mucho más podría Formarse en la cabeza o en los hombros, O en los talones o en cualquiera parte Del cuerpo; porque al fin ella estaría En el mismo hombre y vaso de continuo. Mas como estamos ciertos que en el cuerpo Tienen ánimo y alma en sitio fijo Donde nacen y crecen apartados; Por lo mismo diremos que no puede 200 El alma subsistir sino en un cuerpo, Y sin forma animal en los terrones Pesados de la tierra, o en el fuego Del Sol, o en el agua o en los aires: Luego no están dotadas estas masas De alma divina, puesto que no pueden Gozar el movimiento de la vida. Tampoco puedes presumir que tengan Los dioses sus moradas sacrosantas En una de las partes de este mundo: 210 Porque ellos son substancias tan sutiles, Que el sentido no puede percibir las, Ni el espíritu apenas comprenderlas: Si escapan al contacto de las manos, No deben tocar ellos ningún cuerpo Que podamos tocar; porque no puede Tocar el que de suyo es intangible: Luego muy diferentes de las nuestras Deben ser sus moradas, tan sutiles Como sus cuerpos: lo que extensamente 220 Te probaré en la serie de mi escrito. Decir, a la verdad, que en favor nuestro Han querido los dioses disponernos El orden bello de naturaleza; Que debemos loar por esto mismo Esta obra admirable de los dioses; Por inmortal y eterna reputarla; Que es un crimen minar con lengua osada De este edificio eterno los cimientos, Que levantó para la especie humana 230 El saber de los dioses inmortales: Estas fábulas y otras semejantes Indicio, ¡oh Memmio!, son de gran locura. ¿Qué utilidad nuestro agradecimiento Podría acarrear a aquellos seres Inmortales por sí y afortunados, Para empeñarlos en obsequio nuestro A emprender esta obra y concluir la? ¿O qué nuevo interés pudo inducirlos Pacíficos después de tantos siglos 240 A codiciar nuevo tenor de vida? Aquél sólo apetece las mudanzas Que de suerte infeliz es perseguido: Pero aquél que jamás probó infortunio Gozando de tranquila y dulce vida, ¿Qué nuevo estado pudo enamorarle? ¿En las tinieblas y en angustia estaba Su vida acaso hundida hasta el momento En que nueva brilló naturaleza? Y de no haber nacido, ¿qué desgracia 250 Nos podía venir? Cualquier nacido Tan sólo debe apeteecer la vida Mientras blando placer le tenga en ella: Pero aquél que jamás contado fuera Entre los que gustaron su dulzura, ¿En no haber existido, qué perdiera? ¿De dónde, pues, sacaron las deidades Para la creación del Universo El ejemplar y la primera idea De los hombres, de modo que pudiesen 260 Concebir claramente su proyecto Y ejecutarle? o ¿cómo conocieron Las cualidades de los elementos, Y lo que pueden sus combinaciones Diferentes, a no ser que la misma Naturaleza lo haya declarado? Porque al cabo de siglos infinitos Los muchos elementos de materia Por choques exteriores sacudidos, Y de su mismo peso arrebatados 270 Y llevados con raudo movimiento, De diversas maneras se juntaron, Probaron todas las combinaciones De que pudiesen resultar los seres; Por lo que no es extraño que hayan dado Con la disposición y movimientos Que forman este mundo y le renuevan. Suponiendo que yo mismo ignorara De los principios la naturaleza, A asegurar, no obstante, me atreviera, 280 Cielo y naturaleza contemplando, Que no puede ser hecha por los dioses Máquina tan viciosa e imperfecta. Cuanto coge la bóveda celeste Del globo que habitamos, en gran parte Las montañas y selvas y las fieras Como si fuera propio lo dominan; El mar que nos lo estrecha con sus brazos Las rocas y lagunas lo poseen; Un ardor insufrible, un hielo eterno 290 Casi dos partes roba a los mortales: Y llenara de abrojos lo restante Naturaleza a si misma entregada, Si la industria del hombre no acudiera, Hecho a gemir por alargar la vida Bajo penoso afán, y a abrir la tierra Con la pesada reja; si volviendo Con ella los terrones, y domando El suelo ingrato no le precisamos. Los gérmenes no pueden por sí mismos 300 Salir y levantarse al aire puro: Y a veces estos frutos son costosos Cuando ya tienen hoja y ya florecen, O los abrasa el sol con sus ardores, O con ellos acaban los

turbiones, O frecuentes heladas los destruyen. ¿Por qué causa sustenta y multiplica En mar y tierra la Naturaleza Esa horrífera casta de las fieras Que a la raza humanal es tan dañosa? 310 ¿Por qué las estaciones traen los morbos? ¿Por qué vaga la muerte prematura? Y el niño, semejante al marinero Que a la playa lanzó borrasca fiera, Tendido está en la tierra, sin abrigo, Sin habla, en la indigencia y desprovisto De todos los socorros de la vida, Desde el momento en que naturaleza A la luz le arrancó con grande esfuerzo Del vientre de la madre, y llena el sitio 320 De lúgubre vagido como debe Quien tiene que pasar tan grandes cuitas. Crecen las fieras y ganados varios, Y ni el chupar ruidoso necesitan, Ni con alma nodriza se les pone Para acallarlos con lenguaje tierno; Ni acomodan al tiempo sus vestidos Ni de armas ni de muros elevados Necesitan, en fin, con que defiendan Sus bienes y riquezas; pues la tierra 330 Y la naturaleza largamente Abastecen de todo a cada uno. Primeramente, si la tierra y agua Y los soplos ligeros de los aires Y los vapores cálidos del fuego A nacimiento y muerte están sujetos, Debe correr la misma suerte el mundo, Que de estos elementos se compone; Porque siendo nativas y mortales Las partes, debe el todo ser lo mismo: 340 Por lo que cuando veo renacidas Las partes y los miembros agotados Del mundo, me persuado que han tenido Algún primer instante Cielo y Tierra, Y me persuado su final ruina. No te presumas, Memmio, que yo avanzo Una proposición aventurada Al decir que es mortal la tierra y fuego Y que perecerán el aire y agua; Que los mismos renacen y se aumentan. 350 Abrasada una parte de la tierra Por los continuos soles, y hecha polvo Con el pisar, se agrupa en torbellinos Que los vientos robustos desparraman Como ligeras nubes por los aires. Parte de los terrones se resuelve En agua con las lluvias y los ríos Continuamente roen las orillas: Cualquiera cuerpo, en fin, que aumenta otro Con su propia substancia, se consume; 360 Y puesto que la Tierra es común madre Y general sepulcro de los cuerpos, Se gasta se repara de continuo. Que el mar, ríos y fuentes siempre abundan Y arrojan sin cesar copiosas aguas, Lo declara la inmensa copia de ellas, Que a enriquecerlos va por todas partes: Mas las continuas y horribidas tormentas Impiden llegue a ser muy abundante: Barriéndola los vientos con su soplo 370 Y etéreo Sol chupándola con rayos Reducen su volumen: otra parte Se sume por las tierras y se filtra. Se limpia de sus sales, se recoge Toda en el nacimiento de los ríos, Fluye sobre la tierra dulcemente Por donde, una vez rota, facilita Que con líquido pie corran las aguas. Del aire voy a hablar, que cada instante Prueba vicisitudes infinitas, 380 Pues todo cuanto fluye de los cuerpos En este vasto océano se pierde; El cual, si no les diera partes nuevas Y sus pérdidas siempre reparara, Ya se hubiera disuelto todo cuerpo Y convertido en aire: luego siempre Es producido el aire por los cuerpos Y los cuerpos en aire se resuelven, Pues es ley de la vida que los seres Fluyan en general continuamente. 390 Y la perenne fuente de luz pura El Sol etéreo, baña de continuo El cielo con un brillo renaciente, Y alimenta la luz con otra nueva; Pues sus rayos se pierden al ponerse. Lo puedes observar cuando las nubes Hacia el Sol empezaron a arrimarse, Y los rayos de luz casi ya cortan; Toda su inferior parte en el momento. Desaparece, obscúrase la tierra 400 Por todo cuanto abrazan los nublados, Para que veas necesitan siempre De nueva luz los cuerpos, y que muere Cada rayo en su mismo nacimiento; Y sería imposible de otro modo Percibir los objetos sin que diera El manantial de luz rayos perpetuos. La misma luz artificial de casa Y las coloradas lámparas y teas, Que despiden de sí unos torbellinos 410 De llama y humo, corren de este modo Con auxilio de fuegos tembladores A dar una luz nueva de continuo, Sus emisiones nunca se interrumpen: Con tanta rapidez todos los fuegos Reemplazan a la llama que se apaga Con otra luz de súbito formada. Así en vez de tener el Sol, la Luna Y estrellas como cuerpos inviolables, Debes creer que sólo nos alumbran 420 Siempre por emisiones sucesivas, Que sin cesar se pierden y renuevan. Por último; ¿no ves triunfar el tiempo Aun de las piedras, y venirse

al suelo Altas torres, y a polvo reducirse Los peñascos, hundirse y arruinarse A pesar de los dioses, sus estatuas; Que la deidad no puede hacer traspasen Los límites prescriptos por el hado, Ni ella misma luchar contra las leyes 430 Que la Naturaleza ha establecido? ¿No vemos los humanos monumentos Caer desmoronados ciertamente Como si fueran por vejez minados? ¿No ves rodar desde los altos montes Peñascos desprendidos, incapaces De resistir a las gigantes fuerzas De un tiempo limitado? De repente No se desprenderían ni cayeran, Si al cabo de un gran número de siglos 440 Hubieran resistido los asaltos Del tiempo, sin jamás rendirse a ellos. Esa bóveda inmensa, en fin, contempla Que dentro de sí abraza todo el orbe; El cielo mismo, que al decir de algunos Crea todos los seres, y disueltos Los vuelve a recibir, tuvo principio, Y cuerpo mortal tiene, aunque es inmenso; Porque el ser que otros seres alimenta Con su substancia, debe consumirse, 450 Cuando acción creadora los repara. Si la Tierra y el Cielo no tuvieron Jamás principio y fueron siempre eternos, ¿Cómo es que no cantaron los poetas Los sucesos también que precedieron A la guerra tebana y fin de Troya? ¿Dó fueron a parar tantas hazañas De varones ilustres, excluidas De los eternos fastos de la fama? Nuevo es empero el mundo según pienso, 460 En la infancia está aún, y muy reciente Tiene la fecha: pues se perfeccionan También algunas artes al presente, Y ahora se inventan otras; se adelanta En la navegación bastante ahora; Inventaron los músicos ha poco Las Voces y sonidos melodiosos: Esta naturaleza de las cosas Y esta filosofía ahora han nacido Y ahora soy yo mismo el que primero 470 Puedo de ellas hablar en nuestra lengua. Pues si acaso presumes tuvo el Mundo Todas estas ventajas en lo antiguo, Mas que generalmente perecieron Con voraz llama las generaciones, O que se destruyeron las ciudades, Aun debes afirmar más convencido La ruina también de Cielo y Tierra: Porque atacado de tan grandes males Y expuesto el universo a tantos riesgos 480 Se hubiera destruido y arruinado Si hubieran atacado más de recio; Una prueba clarísima tenemos De que somos mortales, enfermando Con las mismas dolencias que enfermaron Aquéllos que salieron de la vida. Subsiste, pues, un cuerpo eternamente, O porque siendo sólido resiste Al choque y no permite le penetre Otro que pueda disociar sus partes, 490 Como hacen los principios de materia, Cuya naturaleza expliqué antes; O porque es inaccesible al choque Como el vacío, el impalpable espacio A que acción destructora nunca llega; O porque no le cerca algún espacio Que pueda recibir en sí los restos Después de disolverse; como el todo, Fuera del cual no escaparán sus partes, Ni hay cuerpos que las choquen y dividan. 500 Aunque sólido el Mundo, como dije, No es inmortal, porque se da vacío En la Naturaleza: ni tampoco Lo es como el vacío, porque hay cuerpos Innumerables en el vasto espacio Cuyos ataques súbitos conmueven Nuestro Mundo y le ponen en peligro De perecer. Espacios hay inmensos También en donde pueden dispersarse Todas las partes de sus elementos, 510 O de otro cualquier modo aniquilarse. No se cierran las puertas de la muerte Al Cielo, Sol, y Tierra, y hondos mares; Antes para tragarlos les presenta Una boca disforme y anchurosa: Por lo que a confesar te ves forzado Haber tenido todos estos cuerpos Principio, porque siendo destructibles, Después de haber corrido tantos siglos, De ningún modo hubieran resistido 520 De tiempo inmenso el poderoso esfuerzo. La lucha, en fin, que reina entre los miembros Vastísimos del Mundo, guerra impía Que siempre los agita, ¿no declara Que pueden acabarse y concluirse Estos largos combates algún día? Cuando hubieren el Sol y todo el fuego Las aguas totalmente consumido, Y hubieren conseguido una victoria A que todas sus fuerzas se dirigen 530 Sin un feliz suceso todavía, Pues abastecen tanto al mar los ríos, Y amenazan los mares anegarnos Desde el profundo abismo inútilmente: Porque siendo barridos por los vientos, Y del Sol absorbidos por los rayos, Se van disminuyendo y los secan Primeramente que su fin lograrse el agua. De grandes intereses animados, Estos dos elementos se hacen guerra 540 Con

fuerza igual; aunque, según es fama, Habiendo una vez sola dominado El fuego ya en la tierra, y habiendo otra Reinado el agua sobre el continente, Triunfó no obstante el fuego, y una parte Del mundo consumió con voraz llama Cuando fue arrebatado Faetonte Del Sol por los caballos desbocados, Y por el aire y climas le arrastraron; Pero entonces el Padre Omnipotente⁵⁵⁰ Colérico y furioso lanzó a tierra Un pronto rayo desde el mismo carro A Faetón magnánimo, y su padre Volvió a tomar después de su caída La sempiterna lámpara del mundo; Y ordenó nuevamente los corceles Por el terror atónitos, dispersos, Y su antigua carrera prosiguiendo, Calmó de nuevo la naturaleza: Los poetas antiguos de la Grecia⁵⁶⁰ Así cantaron; la razón lo impugna, Puesto que puede superar el fuego, Si moléculas ígneas abundantes Caen desde el Universo en nuestro Globo; O algún poder contrario sobrepuja La acción del fuego o a la vez perecen Los seres vorazmente consumidos. Cuentan también que en otro tiempo el agua Victoriosa quedó, cuando anegadas Dejó muchas ciudades; pero cuando⁵⁷⁰ Desvaneció contraria fuerza al agua De todo el Universo congregada, Se pararon las lluvias y los ríos Refrenaron el ímpetu furioso. Pero de qué manera haya fundado El casual concurso de principios Cielo y Tierra y abismos de los mares, La carrera del Sol y de la Luna, Lo dirá por su orden este canto: No por efecto de su inteligencia⁵⁸⁰ Ni por su reflexión se colocaron En el orden que vemos los principios; Ni entre sí, a la verdad, han concertado Sus movimientos; sino que infinitos Los principios, movidos de mil modos, Sujetos a impulsiones exteriores Después de tanto número de siglos, Y conducidos a su mismo peso, Cuando de todos modos se juntaron, Y cuando todas las combinaciones⁵⁹⁰ Posibles, entre sí experimentaron, Después de mucho tiempo y muchas juntas Y movimientos, se coordinaron Por último, y se hicieron grandes masas, Que llegaron a ser en cierto modo El bosquejo primero de la Tierra, Del mar, del Cielo y seres animados. No se veía entonces remontado Por los aires el carro luminoso Del Sol, ni las estrellas del gran mundo,⁶⁰⁰ Ni el mar, ni el Cielo, ni por fin la Tierra, Ni el aire ni otra cosa semejante A las que nos rodean; sí un conjunto De confusos principios borrascoso; Después algunas partes empezaron De esta masa disforme a separarse, Los homogéneos átomos se juntan, Desenvolviose el mundo y se formaron Sus vastos miembros, y sus grandes partes De toda especie de átomos se hicieron:⁶¹⁰ La discordia que había en los principios Turbaba y confundía grandemente Los intervalos, direcciones, lazos, Las pesadeces, fuerzas impulsivas, Combinaciones, y los movimientos A causa de sus formas diferentes, Y por la variedad de sus figuras No podrían así quedar unidos; El Cielo separose de la Tierra, Y se atrajo la mar todas las aguas⁶²⁰ Y los fuegos del éter también fueron A brillar separados con luz pura. Porque los elementos de la Tierra Más graves y embrollados se juntaban Y en el centro ocupaban las regiones Más inferiores; cuanto más estrecho Su enlace fue, tanto mejor sacaron Con superabundancia la materia Que formase los mares, las estrellas, El Sol y Luna y el recinto vasto⁶³⁰ Del mundo; porque siendo los principios De todos estos cuerpos más sutiles, Esféricos y lisos que los otros De la Tierra, rompiendo por lo mismo El éter del primero por sus poros Se subió a lo más alto, y muchos fuegos Robó consigo en su ligera marcha: No de otro modo así por la mañana Cuando la luz dorada del Sol tiñe Sus rayos en las hierbas esmaltadas,⁶⁴⁰ Los lagos y los ríos perennales Exhalan una niebla, y a las veces Parece que la misma tierra exhala Una especie de humor; emanaciones Sutiles que, después de levantadas Y en la atmósfera unidas, se dilatan Debajo de las bóvedas del Cielo En opaco tejido; y así el éter Fluido y leve entonces condensado Formó un vasto recinto, y esparcido⁶⁵⁰ Por todas partes y hacia todos lados, Todo lo rodeó con cerco inmenso. Después el Sol y Luna se formaron, Cuyos globos dan vueltas en el aire Por entre Cielo y Tierra; sus principios No se agregaron a los de la Tierra Ni a los del éter vasto, porque ni eran Tan pesados que a lo ínfimo bajasen, Ni tan ligeros que a la parte opuesta Pudieran elevarse; están en

medio660Suspensos de manera que volteanComo cuerpos vivientes, como partesLas más activas de Naturaleza:No de otro modo algunos miembros nuestrosInmóviles se quedan en su puestoA pesar de que hay otros que se mueven.Por fin, entresacados estos cuerpos,Se hundió la Tierra de repente, abriendoUn hondo foso a las saladas aguas,Por do al presente la llanura inmensa670Se extiende de los mares azulados;Y cuánto más la tierra cada díaAbierta por la misma superficie,Estaba recogida y condensadaY más metida hacia su propio centroPor la acción repetida de los fuegosDel éter, y del Sol por todos lados,Más el sudor salado se exprimíaDe su cuerpo, y los mares aumentabaCon sus emanaciones; y asimismo680Infinitas moléculas de fuegoY del aire, escapando de la tierraPor esta misma compresión, volabanY espesaban la bóveda fulgenteDel Cielo, tan distante de la Tierra:Los campos se bajaban por lo mismo,Las cumbres de los montes se empinaban,.Porque hundirse las peñas no podían,Ni la tierra allanar todas sus partes.De esta manera el orbe condensado690A la vez adquirió peso y firmeza;Todo el limo del mundo se hundió abajo,Si así puede decirse, con su peso,Y quedó allí sentado como poso:Encima de la tierra quedó el agua;Después el aire; luego el mismo éter,Con sus fuegos; los más puros principiosHicieron estos fluidos que no tienenLa misma ligereza; el fluido éter,Que es el más transparente más ligero,700Circula sobre el aire sin mezclarseCon las auras del aire borrascosas;Le permite que todo lo revuelvaCon raudo torbellino; le permiteCon borrasca inconstante alborotarlo:Con ímpetu arreglado él resbalandoLleva consigo sus brillantes fuegos;Porque el poder así uniformementeMoverse el fluido éter lo declaranLas olas de los mares, cuyo flujo710Periódico y reflujo sigue siempreEn continuo mover las mismas leyes.Ora indaguemos cuál será la causaQue a los astros obliga al movimiento:Y diremos primero, que si ruedaDel Cielo la gran bóveda, debemosSuponer comprimidos los dos polosDel mundo, y encerrados y cogidosPor dos corrientes de aire, la una de ellasQue empuja por encima y mueve el Cielo720Según la misma dirección que siguenDel mundo eterno los brillantes astros;Por debajo la otra los trasladaEn dirección contraria, como vemosVolver los ríos ruedas y arcaduces.También podría ser que el firmamento,Estando inmóvil, sus lucientes astrosDescribiesen un círculo; bien seaQue la materia etérea recogidaDentro del Cielo y sin cesar rodando730En derredor para encontrar salida,Haga que se revuelvan por el CieloLos astros; o que en círculo los muevaEl aire externo; o bien que puedan ellosIrse arrastrando a donde su alimentoLos llama y los convida recogiendoEn su carrera la materia ardienteQue anda por todo el cielo derramada:Porque es difícil explicar el cómoEn nuestro mundo pasan estas cosas:740Con exponer tan sólo me contentoTodos los medios que naturalezaPuede emplear y en realidad empleaEn el gran todo, en estos mundos variosQue de distinto modo ha fabricado:Y prosigo explicando ya las causasTodas posibles de los movimientosDe los astros, entre las que una solaNecesariamente obra en nuestro mundo,La cual no puede señalar quien sigue750Paso tras paso la naturaleza.Y para que la Tierra quede inmóvilEn el centro del mundo, lentamenteEs preciso que pierda de su peso,Y que se desvanezca; que sus partesMás inferiores hayan contraídoNueva naturaleza por haberseUnido íntimamente con el aire,Sobre el que están sentadas, y a quien ellasDesde el principio fueron agregadas:760Y así la Tierra no es de peso al aire,Ni en él se engulle: al modo que cada hombreNo siente el peso de sus propios miembros,Ni pesa sobre el cuello la cabeza,Ni sentimos del cuerpo todo el pesoSobre los pies: al paso que fatigaCualquier peso, aunque leve, en nuestros hombros.Es fuerza el observar atentamenteCon qué cuerpo otro cuerpo se incorpora:Así la Tierra no es un peso extraño770De pronto a extraño fluido agregado,Sino que concebida con el aireA un mismo tiempo fue desde el primeroEn que el mundo nació, del que pareceUna parte distinta, a la maneraQue hacen parte del cuerpo nuestros miembros.El estremecimiento

que ocasionan Los truenos violentos en la Tierra De tal modo la agitan, que al instante Se comunica por los cuerpos todos: 780 Lo cual no sucediera si cogida No la tuvieran las aéreas partes Del mundo todo y la materia etérea; Porque se enlazan estas tres substancias Con raíces comunes muy unidas Entre sí mismas desde aquel instante En que fueron formadas. ¿No reparas Cómo sostiene el alma el peso enorme De nuestro cuerpo, aunque es tan delicada, Porque se une con él íntimamente? 790 ¿Quién puede, en fin, con un ligero salto El cuerpo levantar, si no es el alma, Que gobierna y dirige nuestros miembros? Ya ves puede adquirir muy grande fuerza La substancia ligera cuando se une Con substancia pesada como el aire Con la Tierra y el alma con el cuerpo. Ni mayor ni menor de lo que vemos Puede el disco del Sol ser al sentido; Si un cuerpo con su luz puede alumbrarnos 800 Y calentar los miembros con su llama Por distante que esté, nada nos roba De su grandeza esta distancia misma, Ni su aparente dimensión estrecha; Como el calor del Sol y su luz hieren Nuestros sentidos, cuando se derrama, Y bañando con ella los objetos, De aquí es que debe ser tal la apariencia De su forma y figura, que no puedes Suponerlas más grandes o más chicas. 810 Y la Luna, bien sea nos refleje Una prestada luz, o bien la saque Del mismo cuerpo, sea lo que fuere, El Cielo no recorre con volumen Mayor que el que aparece a nuestros ojos; Porque desde muy lejos los objetos Por entre aire densísimo mirados Un aspecto confuso nos presentan Más bien que sus finísimos contornos: Así pues, ofreciéndonos la Luna Clara apariencia y una forma cierta, Y aun de su superficie los extremos, Es preciso que sea allá en los Cielos Lo mismo que aparece aquí en la tierra. Si los fuegos, por último, que vemos A cualquiera distancia que estén puestos, No aparentan tener mudanza alguna En su grandor, mientras que distinguimos Su luz y su temblor, deduciremos No poder ser mayores ni menores 830 De lo que vemos los etéreos fuegos. Tampoco es de admirar cómo el Sol puede Con su circunferencia tan estrecha Bañar de luz el mar, la tierra, el cielo, Y extender su calor por todas partes: Tal vez puede que no haya en todo el mundo Más que esta fuente y manantial copioso Por do salga la luz del mundo entero; O que sea tal vez único foco Donde los elementos de los fuegos 840 De todas partes puedan congregarse Para correr por todo el Universo. ¿No ves también cómo una fuente cilla Riega los prados y rebosa el campo? Suceder también puede que los fuegos Del Sol, aunque no muchos, arder hagan El aire a ellos vecino, suponiendo Que al más mínimo ardor es inflamable El aire, como vemos a las veces Las mieses y la paja consumidas 850 Por una sola chispa; al Sol acaso, A esta rosada lámpara, rodean Innumerables fuegos invisibles Privados de fulgor, para que aumenten El calor y la fuerza de sus rayos. Y cómo el Sol se pasa desde Cáncer, De esta región ardiente, al signo helado De Capricornio, para dar la vuelta De nuevo hacia el solsticio del Estío; Y cómo es que la Luna en un mes anda 860 El espacio que el Sol corre en un año; Estos problemas digo se resuelven De muchos modos, y es dificultoso El asignar la causa verdadera. Parece verisímil la que pone Demócrito, hombre sabio y respetable; Pues cuanto más vecinos a la Tierra Están los astros, tanto menos puede A su entender el torbellino etéreo Conmoverlos; porque la ligereza 870 Y acción del firmamento poco a poco, Se va debilitando hacia el extremo Inferior: que el Sol, mucho más bajo Que las constelaciones abrasantes, Debe quedarse atrás muy lentamente Con los signos más bajos: que la Luna, Cuanto del Cielo está más apartada Y cuanto más vecina de la Tierra, Debe experimentar mayor trabajo En seguir la carrera de los astros: 880 Que cuanto el torbellino que la lleva Es más pesado que el del Sol, los signos La deben alcanzar más fácilmente Y adelantarla; por lo cual la Luna Parece que a los signos del Zodiaco Con mucha más presteza torna a unirse, Siendo en la realidad los que se acercan Aquellos signos otra vez a ella. Puede también que de la parte opuesta Del Mundo aire periódico se agite 890 Que alternativamente empujar pueda El Sol desde los

signos del Estío Del Septentrión hasta las frías playas, Y volverle a traer desde estos climas Tenebrosos y helados a la ardiente Mansión de Cáncer, y se explicaría Entonces con el aire alternativo El giro de la Luna y las estrellas, Que tardan un gran número de años En describir sus círculos inmensos. 900 ¿No ves también cómo las nubes mismas, Impelidas por vientos encontrados, Siguen unas abajo, otras arriba, Direcciones opuestas? ¿Transportados No podrán ser por aires diferentes Los astros en los cielos dilatados? Cubre la noche con tiniebla espesa La Tierra, o porque el Sol, en fin, llegando Al último confín del firmamento Y fatigado de su largo curso 910 Deja expirar sus fuegos entibiados Por el largo camino y aire inmenso Que han penetrado; o porque la acción misma Que transporta su disco por encima Le hace rodar debajo de la Tierra. También en tiempo fijo Leneste a Pasea por en medio de los aires A la rosada Aurora, para que abra Las puertas de la luz: porque el Sol mismo, Que debajo de Tierra se ocultaba, 920 De vuelta, adelantándole sus rayos, Procura iluminar el firmamento: O bien porque un gran número de fuegos Y corpúsculos ígneos se congregan A tiempo fijo y horas señaladas, Y hacen un nuevo Sol todos los días. Así cuenta la Fama que se observa Desde las cumbres elevadas de Ida Recogerse al momento que abre el día Fuegos dispersos bajo la figura 930 De un globo luminoso que anda el Cielo. Tampoco debe ser maravilloso Que se junten así los elementos De fuego en cierto tiempo, y que reparen El resplandor del Sol, puesto que vemos Infinitos fenómenos sujetos En todo el universo a tiempo fijo. Los árboles florecen, y a su tiempo De la flor se despojan; y al anciano A cierto tiempo se le caen los dientes; 940 Se llena el joven de un suave vello, Y tierna barba arrojan sus mejillas: A ley eterna e inviolable yace La serie de fenómenos sujeta; Porque de cada causa la energía Habiendo sido así determinada, Y una vez dada la impulsión primera Desde su formación al Universo, Los rayos, nieve, lluvias y nublados De la varia estación el curso siguen. 950 Y vemos además crecer los días Y decrecer las noches, y al contrario; O porque el Sol, quedando siempre el mismo Y describiendo desiguales arcos Sobre nuestras cabezas y debajo De nuestros pies, el Cielo corta y parte Su orbe en dos porciones desiguales, Pero con tal compensación, que vuelve Al hemisferio que le está más próximo La porción de la luz que él ha quitado 960 Del hemisferio opuesto, hasta que llega A este signo del Cielo que hace iguales Las noches y los días, cuando corta El Ecuador y Eclíptica en un punto, Pues la parte del Cielo que describe Se halla del Aquilón y Mediodía A igual distancia por la positura Oblicua del Zodiaco, en que describe Su anual carrera el Sol y desde donde Lanza sus fuegos hacia Cielo y Tierra: 970 Así lo enseñan estos hombres sabios, Que todas las regiones representan Fielmente de los Cielos en sus mapas De imágenes sensibles adornados. Mucho más craso el aire en ciertas partes Tal vez para debajo de la Tierra También del Sol los fuegos tembladores, Que no pueden pasar tan fácilmente Este fluido inmenso y remontarse Hacia el Oriente, por lo cual se espera 980 Mientras las noches largas del invierno A que vuelva la tarda luz del día: En fin, quizá los fuegos reunidos Que hacen salir el Sol en puntos fijos Del horizonte alternativamente Con más o menos prontitud se juntan Según las estaciones alternadas. Puede tomar del Sol su luz la Luna, Y puede más y más de día en día Una faz luminosa presentarnos 990 Cuanto del solar disco se apartare Hasta que puesta enfrente dél reluce Con luz bien llena, y desde el alto sitio Do se levanta ve que el Sol se pone: Debe esconder después en cierto modo Detrás de sí su luz muy poco a poco, A medida que el Sol se va acercando, La otra mitad de círculo en los signos Corriendo; así lo explican los que fingien Ser la Luna a una bola semejante 1000 Que siempre por debajo del Sol rueda: Su explicación parece verisímil. Aun dándole luz propia se podían Sus varias fases concebir: bastaba Suponer otro cuerpo para esto Que tenga un movimiento paralelo Al que tiene en su órbita la Luna, Y que a su disco sin cesar se oponga Bajo

todos aspectos y figuras, Mas que invisible fuese el mismo cuerpo¹⁰¹⁰ Desprovisto de luz: puede la Luna Rodar sobre sí misma a la manera De gran pelota, cuya mitad fuera Con luz teñida, y sus distintas fases Con esta rotación central pudiese Ir descubriendo hasta que aquella parte Nos vuelve iluminada enteramente; Después nos va por grados ocultando Su parte luminosa, que de nuevo Detrás de sí se lleva: así pretende¹⁰²⁰ La doctrina caldea establecerlo En ruinas de griega astrología: Como si verisímiles no fueran Las dos explicaciones igualmente; O como sin razón alguna hubiese Que forzase a seguir una más que otra. ¿Por qué, en fin, no podrá Naturaleza Producir una Luna cada día Con una serie regular de formas Y aspectos diferentes, destruyendo¹⁰³⁰ La de ayer reparándola con otra? La imposibilidad de lo que digo No es fácil demostrar, principalmente Cuando ves producciones semejantes Cada día surgir en tiempo fijo. Viene la primavera, y Amor viene; Viene junto con el Céfiro alado, Precursor del Amor, mientras que Flora Su madre llega derramando flores Y olorosos perfumes de antemano¹⁰⁴⁰ Por donde pasa: en comitiva vienen Seco calor y polvoriento Ceres Y los vientos etesios Aquilones. El otoño en seguida se presenta: Viene en su compañía el dios de viñas, Y detrás las tormentas y borrascas, Vulturno atronador, y el Austro, fuerte En rayos; y, por último, entorpecen Las nieves y los hielos y los fríos A la Naturaleza, y tras sí arrastran¹⁰⁵⁰ El frío invierno, el aterido viejo Que da diente con diente. No es milagro El que sea formada y destruida La Luna en tiempo fijo, cuando vemos Que pueden infinitas producciones Aparecer en tiempo señalado. Los eclipses del Sol y de la Luna Pueden de muchos modos explicarse: Si a la Tierra robar puede la Luna La luz del Sol, y su brillante frente¹⁰⁶⁰ Ocultar a la Tierra, interponiendo Su masa opaca a los ardientes rayos, ¿Por qué otro cuerpo puesto en movimiento Y privado de luz perpetuamente No puede producir el mismo efecto En tiempo igual? ¿Y no puede el Sol mismo Eclipsarse y perder en cierta hora También su brillo, que recobra al punto Que atravesó por medio de los aires Regiones enemigas de sus llamas¹⁰⁷⁰ Y le precisan a extinguir sus fuegos? Si puede despojar también la Tierra De su luz a la Luna, y prisioneros Tener todos los rayos, colocada Sobre el Sol ella misma ínterin pasa El astro de los meses por la sombra De nuestro Globo cónica y espesa, ¿Otro cuerpo no puede al mismo tiempo Rodar bajo del globo de la Luna, Y resbalarse sobre el mismo disco¹⁰⁸⁰ Del Sol, cerrando, así interpuesto, el paso A sus rayos y luz? Y si la Luna Con brillo propio luce, ¿no puede ella Lentamente eclipsarse en cierta parte Del Mundo, atravesando por parajes Capaces de apagar sus mismos fuegos? Ya que expliqué, por fin, cómo ha podido Formarse cualquier cuerpo de este Mundo En el recinto azul del firmamento, Y cómo conociéramos nosotros¹⁰⁹⁰ De Sol y Luna las revoluciones Diversas, y la causa y energía Que dan a estos dos astros movimiento Y de qué modo suelen eclipsarse; Cómo se cierran estos grandes ojos De la naturaleza y alternando Se abren de nuevo, y de repente esparcen Sobre la Tierra inesperada noche, Y toda la hermocean con luz clara; A la infancia del Mundo vuelvo ahora,¹¹⁰⁰ Y a los nacientes campos de la tierra, A examinar las nuevas producciones Que aventuró exponer la vez primera A los aires y vientos inconstantes. La tierra engalanó primeramente De diferentes hierbas y verduras Los cerros, y los campos extendidos, Y brillaron los prados con las flores Así como si fueran esmaltados; Los árboles después, llenos de savia,¹¹¹⁰ A porfía crecieron por los aires: Como las plumas, pelos y las cerdas Es lo primero que en el cuerpo sale De animales cuadrúpedos y de aves; De este modo la tierra, entonces nueva, Echó primero hierbas y arbolillos. Las especies mortales creó luego Variadas de modos muy distintos; Porque es un imposible hayan caído Del Cielo las especies de animales,¹¹²⁰ Y que los habitantes de la tierra Hayan nacido de la mar salada. La Tierra con razón adquirió el nombre De madre, por haber sido criados Todos los seres por la misma Tierra; Y existiendo al presente

muchos seres En la Tierra formados con las lluvias Y del calor del Sol, no es
maravilla Que naciesen entonces animales En número mayor y más
robustos, 1130 Estando en su vigor el aire y Tierra. Las varias aves por la vez
primera Salían de sus huevos, y el verano En libertad a todas las ponía, Como ahora las
cigarras en estío Se quitan los zurronecillos delicados, Buscándose la vida y el sustento. Por la
primera vez la Tierra entonces Crió la raza humana, porque entonces El mucho fuego y
aguas abundantes 1140 De los campos hicieron que creciesen En los parajes más
acomodados Especies de matrices, agarradas Por medio de raíces a la tierra: Cuando la
edad y madurez abrieron Una salida a nuevos embriones Causados de humedad e
impacientes Por respirar el aire, dirigía Hacia aquel lado la Naturaleza Los poros de la
tierra, y enviaba 1150 Por estas venas jugo como leche; Como al presente la mujer
parida Rebosa en dulce leche, dirigiendo Ella todo su ímpetu a los pechos: Y la tierra a los
niños sustentaba, Y vestido el calor, y blanda cama Las hierbas y los céspedes les
daban. Pero en su infancia el Mundo no tenía Los duros fríos, ni calores nimios, Ni
vientos destructores; porque crecen 1160 Y van robusteciéndose estas plagas Como todos
los seres: lo repito; Hemos llamado con razón la Tierra Madre común, porque ha criado
el hombre, Y casi al mismo tiempo ha producido Todos los animales cuya furia Se
desenfrena por los grandes montes, Y produjo también distintas aves, Que atraviesan los
aires libremente. Mas como debe un término preciso 1170 Tener la facultad
engendradora, La Tierra se cansó, como la hembra Consumida de años, porque el
tiempo Hace mude de faz el mundo entero, Y un nuevo orden de cosas se sucede Al
primer orden necesariamente: Ni siempre guarda un mismo ser su estado: Todo a la ley
del cambio está sujeto; Todo lo muda la Naturaleza, Todo lo altera, todo lo
transforma: 1180 Pues empobrece un cuerpo y se consume A fuerza de años; otro crece y
sale A la verdad del cieno: de este modo Todo lo muda el tiempo, y de continuo Pasa la
tierra de un estado a otro Y pierde la energía que tenía Por hacerse de nuevas
propiedades, Y la Tierra aún entonces se esforzaba Por sacar animales de figura Y de
disposición extraordinaria: 1190 Se vio el hermafrodita monstruoso, Que teniendo la
forma de ambos sexos, Igualmente difiere de uno y otro; Cuerpos sin pies, sin manos y
sin boca Y sin ojos salieron; también otros Cuyos miembros lo largo que tenían Al tronco
íntimamente se pegaban; Los cuales no podían manejarse, Ni dar un paso, ni evitar un
riesgo, Ni buscarse el sustento necesario. 1200 Viéronse además de éstos otros
monstruos Y otros prodigios, pero inútilmente, Porque Naturaleza les quitara El poder ir
creciendo y avanzando Hacia la edad florida; no pudieron Encontrar su alimento, ni
ayuntarse Con los lazos de Venus: es preciso Para que se propaguen las especies El
concurso de un número infinito De circunstancias, y primeramente 1210 Los alimentos
son indispensables: Es preciso que estén diseminadas Las fecundas semillas por los
miembros, Y los conductos por do vengán éstas Desde cualquiera parte de los
miembros: Por último, en los órganos externos Tal proporción, que puedan macho y
hembra Ayuntarse entre sí con mutuos gozos. Y entonces fue preciso perecieran Muchas
especies, y que no pudiesen 1220 Reproducirse y propagar su vida; Porque los animales
existentes Que ves ahora, sólo se conservan O por la astucia, o fuerza, o ligereza De que
ellos al nacer fueron dotados, Menos un cierto número que tenemos Puesto nosotros bajo
nuestro amparo Por las utilidades que acarrear. La fuerza protegió a la raza fiera De los
leones y feroces bestias, 1230 A las zorras el dolo y fuga a ciervos: Empero el fiel y
vigilante perro, Y acémilas, y ovejas regaladas, Y bueyes laboriosos son
especies Generalmente confiadas, Memmio, A la guarda y tutela de los hombres: Huían
de las fieras alimañas Y tras la paz se andaban, y querían Los pastos con largueza y sin
trabajo: Se los damos nosotros como en premio 1240 De los muchos servicios que nos
hacen. Empero aquellos otros animales A quien no diera la Naturaleza Lo necesario para

que viviesen Independientes, o que no traían Alguna utilidad, ¿a qué meternos En darles el sustento y ampararlos? Encadenados con fatales lazos, A otros servían de seguro pasto, Hasta que destruyó Naturaleza 1250 De todo punto sus especies todas. Pero ni hubo centauros, ni ha podido Formarse en algún tiempo una substancia Con dos naturalezas y dos cuerpos, De heterogéneos miembros un compuesto: No podría existir una substancia De fuerzas entre sí tan desiguales: Aun el hombre más rudo lo conoce. Primeramente, al cabo de tres años En la flor de su edad está el caballo; 1260; No los niños así; buscan entonces Entre sueños los pechos de sus amas. Cuando después va la vejez gastando Las fuerzas y vigor de los caballos, Cuando escapa la vida fugitiva De sus lánguidos miembros, entra entonces La juventud, por fin, en los muchachos, Robustece sus miembros, y les cubre Con un ligero bozo las mejillas: No creas tú, quizá, que los centauros 1270 Pudieron engendrarse de semillas De hombre o de caballo, o las Escilas De los marinos perros rodeadas, O los demás compuestos monstruosos De incompatibles miembros, que no llegan A la flor de la edad al mismo tiempo, Ni en madurez ni en la vejez iguales, Ni sus inclinaciones son las mismas, Ni los abraza Venus igualmente, Ni comen unos mismos alimentos; 1280 Viendo engordar las cabras con cicuta Que es un mortal veneno para el hombre. Como la llama abraza ciertamente Y consume no sólo el cuerpo rojo De los leones, mas también la sangre Y las entrañas de los animales Que tienen existencia; ¿cómo pudo Acontecer que esta Quimera misma Con la cabeza de león, y el cuerpo De cabra al propio tiempo, y con la cola 1290 De dragón, viva llama resoplase Del hondo de su pecho monstruoso? Por lo que, defender como posibles Estas y semejantes producciones En la infancia del Cielo y de la Tierra Sin más razón que esta palabra vaga De novedad, esto es abrir la puerta A todas las ficciones más absurdas. Dígnanos que los ríos de aquel tiempo Corrieron oro puro por las tierras; 1300 Que brotaban los árboles diamantes; O que el hombre, nació de una estatura Y de una fuerza tan extraordinarias, Que podía pasar el mar de un tranco, Y alrededor de sí volver el cielo Con sólo el movimiento de sus manos: Porque el haber la tierra en sí encerrado Semillas infinitas y diversas Cuando sacó a la luz los animales, Ninguna prueba es de que pudiese 1310 Criar unas especies tan opuestas, Y en un mismo individuo reunirse Los miembros de animales diferentes, Cuando las hierbas, árboles y frutos Que aún hoy día produce en abundancia Jamás pueden nacer entre sí unidos. Cada ser tiene su progreso propio, Y conforme a las leyes inmutables De la Naturaleza entre sí guardan Todas las diferencias de su especie. 1320 Y los hombres que dio la tierra entonces Eran más vigorosos que al presente: Y así debía ser, porque la Tierra, De quien ellos nacieron, por entonces Estaba en su vigor y lozanía: Era más basta la armazón de huesos Y de más solidez, y era el tejido De sus nervios y vísceras más fuerte; Ni el frío ni el calor les molestaba, Ni les dañaban los sustentos nuevos, 1330 Ni las enfermedades empecían; Vivían un gran número de lustros, Errantes a manera de alimañas; Ninguno manejaba el corvo arado, Ni sabía domar con hierro el campo, Ni meter en la tierra los renuevos, Ni con hoces cortar los viejos ramos De árboles grandes; lo que el sol y lluvias Les alargaban, y lo que la tierra Producía de suyo, les bastaba: 1340 Estos dones sus pechos aplacaban: En medio de glandíferas encinas Mantenían sus cuerpos con bellota, Y llevaba la tierra en aquel tiempo Muchos y más crecidos los madroños Que ahora al madurar en el invierno Ves que como la púrpura coloran. Y la florida novedad del mundo Llevó entonces sabrosos alimentos Para hartar a los hombres infelices. 1350 Más; los ríos y fuentes convidaban A apagar nuestra sed, como al presente Los torrentes que caen de montes altos Convidan a las fieras con su ruido Que vengan a saciarse en sus raudales. Por fin; de noche en los sagrados bosques De las ninfas venían a esconderse, En estas soledades, do nacían Perennes manantiales de aguas vivas Que, después de correr entre las guijas, 1360 Caían

lentamente sobre el musgo Verde de los peñascos, para luego O saltar en los campos o inundarlos. El uso no sabían aún del fuego, Ni el de las pieles, ni cubrirse el cuerpo Con despojos de fieras; antes se iban A los bosques y cóncavas montañas Y a las selvas, metiendo entre hojarasca Sus miembros asquerosos, precisados A guarecerse allí contra las lluvias 1370 Y furor de los vientos: no podían Por el público bien interesarse; Ni leyes ni morales relaciones Entre sí establecer ellos sabían; Y la primera presa que ofrecía La suerte cada cual se la llevaba: Sólo les enseñó Naturaleza A vivir para sí y a conservarse. Y Venus ayuntaba los amantes En medio de las selvas: sus placeres 1380 Entre sí mutuamente compensaban; Ora arrancados fuesen por violencia De brutal apetito, o los gozasen A trueque de algún don, como bellotas, O madroños, o peras escogidas. Y confiados en sus fuertes manos Y en sus ligeros pies, hacían guerra A las fieras silvestres, arrojando De lejos piedras, y de cerca dando Con la pesada maza, y las vencían 1390 Y huyendo a sus guaridas las burlaban; Y cuando las tinieblas de la noche Los sorprendían, sus desnudos miembros En la tierra tendían a manera De jabalí cerdoso, y se envolvían Entre hojarasca y broza. No buscaban En medio de las sombras de la noche, Sobrecogidos de temor con gritos La luz del Sol, errantes por los campos; Antes bien esperaban silenciosos 1400 Y en sueño sepultados que subiendo El Sol al horizonte, iluminase Con su rosada luz de nuevo el cielo; Porque desde la infancia acostumbrados A ver siempre alternando noche y día, No se maravillaban ya sus ojos: No llegaron jamás a recelarse Que a la Tierra cubriese eterna noche, La luz del Sol robada para siempre. Empero mucho más les inquietaban 1410 Las fieras que turbaban su reposo, Funesto para aquellos infelices, Y haciéndolos salir de su vivienda, Huían a las cuevas, si llegaba Enorme jabalí o león furioso; Y, pavoridos, a la media noche Cedían a estos huéspedes crueles Sus camas con follaje aderezadas. Ni entonces más que ahora los mortales Dejaban la sabrosa luz de vida: 1420 Muchos de ellos es cierto que cogidos Y desgarrados con feroces dientes Un pasto vivo daban a las fieras, Y los bosques y montes y las selvas Llenaban de gemidos espantosos, Viendo que sus entrañas palpitantes En un sepulcro vivo se enterraban. Pero aquellos que huyendo se salvaron, Lleno de mordeduras todo el cuerpo, Y sus trémulas manos aplicando 1430 En las malignas úlceras, llamaban Al infierno con voces formidables, Hasta que de la vida los privaban Los gusanos crueles sin amparo, Sin saber qué aplicar a sus heridas: Sin embargo, no daba un solo día A la muerte millares de guerreros Que seguían banderas diferentes, Ni estrellaban los mares borrascosos Los hombres y navíos en escollos: 1440 El mar se enfurecía vanamente; Sus bramidos en vano suspendía; Ni la engañosa calma de sus ondas Era capaz de seducir a alguno Con falsa risa: se ignoraba entonces De la navegación el arte fiero. La falta de alimento daba entonces Muerte a los flacos miembros; la abundancia Es la que mata hoy día: entonces ellos Eran por ignorancia envenenados; 1450 A otros con mas arte ahora envenenan. Cuando por fin, supieron hacer chozas, Y de pieles y fuego hicieron uso, Y cuando la mujer y el hombre aparte Se fueron a vivir en compañía, Y cuando los placeres amorosos Se limitaron sólo a las dulzuras Del casto matrimonio, y cuando vieron Los padres a sus hijos porción suya, Entonces empezó la especie humana 1460 A suavizarse por la vez primera: El fuego hizo los cuerpos mas sensibles Al frío, de manera que ya el cielo Abrigo suficiente no prestaba Debajo de su bóveda; y las fuerzas Disminuyó la Venus excesiva, Y las tiernas caricias de los hijos Blando y suave hicieron su trabajo El natural altivo de los padres. Entonces los que estaban más vecinos 1470 Entre sí establecieron relaciones, Se abstuvieron de daño y de violencia, Protegían sus hijos y mujeres. Y en sus gestos y voces balbucientes Indicaban ser muestra de justicia De la imbecilidad compadecerse. Mas no podía dominar en todos Esta concordia, bien que exactamente Guardaban estos pactos los más buenos, Que eran en mayor número: sin

esto 1480 La raza humana fuera destruida enteramente ya desde aquel tiempo; No se hubiera hasta ahora propagado. Enseñó al hombre la naturaleza las varias inflexiones de la lengua, y la necesidad nombró las cosas. Así como los niños en la infancia, por no poder darse a entender, acuden a los gestos y muestran con el dedo los objetos presentes, cada uno 1490 Siente en sí mismo aquellas facultades que puede usar. Airado y enemigo el toro topa y hiere con las astas antes de que le apunten en su frente; De pantera y leona los cachorros con garras y con pies y con bocados se defienden aun antes de salirles; En sus nacientes alas confiados los hijos de las aves, por los aires se ayudan con su vuelo vacilante 1500 Por lo tanto, creer que un hombre entonces a las cosas dio nombre; que los otros del aprendieron los vocablos nuevos, es mucha necesidad: ¿cómo ha podido llamar a cada cosa por su nombre, y los varios sonidos del lenguaje él solo producir, al tiempo que otros no pudieron hacer la misma cosa? Porque, además, si no habían usado los demás entre sí de las palabras, 1510 ¿cómo es que conocían sus ventajas? Y ¿de qué modo el inventor se ha dado a entender a los otros, y ha podido hacer que ellos abracen su proyecto? Reducir no podía un hombre solo tanta multitud, y precisarla a que tan varios nombres aprendiese. No podía enseñarlos: imposible era que hubiesen ellos aguantado les majase más tiempo las orejas 1520 Con aquel ruido vano de sonidos. ¿Será, por fin, acaso maravilla que teniendo los hombres voz y lengua, diesen distintos nombres a las cosas según les afectasen, cuando oímos la variedad de voces y sonidos que hacen los animales y las fieras conforme se suceden en sus almas el miedo o el dolor o el regocijo? Pues esto lo declara la experiencia. 1530 Cuando de los molosos la gran perra, en el primer acceso de su furia, debajo de sus labios apartados y móviles enseña dos carreras de formidables dientes, el sonido amenazante de su voz difiere de aquél que se oye cuando sus ladridos hacen retumbo en todos los contornos: más cuando con su lengua blandamente lame los tiernos miembros de sus hijos 1540 Y con sus pies aquí y allí los echa, y cuando los provoca con mordiscos pillándolos sus dientes con blandura, esto difiere mucho del murmullo de su voz maternal cuando lamenta su soledad aullando tristemente o cuando con acentos doloridos huye, arrastrando el cuerpo, del castigo. En fin; ¿no hay diferencia en el relincho del florido caballo entre las yeguas 1550 Cuando viene furioso, tras pasado por el alado amor, a los que arroja por sus anchas narices en la guerra cuando agita sus miembros otra causa? Y las especies varias de las aves, los gavilanes y quebrantahuesos, los somorgujos que en saladas ondas se buscan el sustento, diferencian según las circunstancias sus clamores, principalmente cuando se disputan 1560 La subsistencia y luchan por la presa. Y su ronco cantar mudan las otras según las estaciones, como lo hacen cornejas vividoras, y las bandas de cuervos cuando anuncian, según dicen, y llaman vientos, lluvias y tormentas. Pues si las diferentes sensaciones al animal obligan, siendo mudo a proferir sonidos diferentes, ¿cuánto más natural es que haya el hombre 1570 Podido designar diversas cosas entonces con sonidos peculiares? Mas para prevenirte una pregunta que quizá en tu interior me estás haciendo, el rayo fue el primero que a los hombres trajo el fuego a la tierra: de allí nacieron todas las llamas que ora disfrutamos. ¿No vemos muchos cuerpos abrasados con llamas celestiales cuando lanza su fuego en tierra el aire borrascoso? 1580 Fuera de que se incendia árbol frondoso cuando, siendo agitado por los vientos, se frota con las ramas de otro árbol. Y así como se va aumentando el frote arroja chispas y hace algunas veces brillar fuegos ardientes en las ramas en medio de su mutua rozadura: de una de estas causas nace el fuego. Mas viendo que los rayos del sol daban sazón y madurez a cualquier fruto, 1590 trataron ellos con la acción del fuego de cocer y ablandar los alimentos; y aquéllos que tenían más ingenio, y mucho más su espíritu alcanzaba, iban de día en día introduciendo en el sustento y vida primitiva otras

mudanzas nuevas con el fuego. A levantar ciudades empezaron Y a construir alcázares los reyes, Do pudiesen tener seguro asilo: 1600 Repartieron las tierras y ganados Conforme a la belleza y al ingenio Y la fuerza y valor de cada hombre, Porque eran estas prendas naturales Las que más a los hombres distinguían; Por fin, se introdujeron las riquezas, Y descubriose el oro, que al momento Envileció la fuerza y hermosura: Por lo común hermosos y valientes Hacen crecer la corte del más rico. 1610 Si la sola razón nos gobernase, La suprema riqueza consistiera En ser el hombre igual y moderado; Cuando hay pocos deseos, todo sobra: Mas los hombres quisieron ser ilustres Y poderosos, para de este modo Hacerse eternamente afortunados Y tranquilos vivir en la opulencia. ¡Esfuerzos vanos! pues la muchedumbre De los hombres que van tras la grandeza 1620 Llenó todo el camino de peligros; Si llegan a encumbrarse, los derroca De ordinario la envidia, como un rayo, En los horrores de una muerte infame. Debe, por tanto, el ánimo prudente Anteponer la quieta servidumbre A la ambición del trono soberano. Deja a estos miserables se consuman, Y se amancillen con sudor y sangre, Y forcejeen en la senda estrecha 1630 De la ambición sin fruto; pues no advierten Que la envidia recoge, como el rayo, Sus fuegos en los sitios más alzados: Su saber sólo estriba en dicho ajeno, Y apetecen las cosas más de oídas Que consultando a sus sentidos mismos: Al presente es el hombre como ha sido Y como será siempre en cualquier tiempo. Así, cuando a los reyes dieron muerte, La majestad antigua de los tronos 1640 Y los soberbios cetros derribados Yacían con infamia; y de sus sienas La brillante diadema ensangrentada, Pisoteada por los pies del pueblo, Se lamentaba de su inmensa gloria: Pues codiciosamente se aniquila Lo que antes se adoró con miedo acerbo. La autoridad suprema se volvía Al pueblo entonces y a la muchedumbre: Y cada cual el cetro demandaba, 1650 El sumo imperio y la soberanía. Eligieron de entre ellos magistrados, Que obedecieron voluntariamente: Porque el género humano, fatigado De vivir en la dura servidumbre, Y con enemistades extenuado, Más de su grado recibió las leyes Y los justos derechos: pero como El enojo llevase la venganza Mucho más lejos de lo que las leyes 1660 Permiten al presente, se cansaron De la anarquía y las venganzas fieras. De aquí nació el temor de los castigos, Que envenena los gustos de la vida: El hombre mismo violento, injusto, Queda en sus propios lazos enredado: La iniquidad se vuelve casi siempre Contra su mismo autor: gozar no puede De una vida pacífica y tranquila El que viola los sociales pactos. 1670 Aun cuando sus acciones estuviesen A los hombres y dioses encubiertas, Debe estar en continuo sobresalto De que se haga patente su delito; Pues refieren que muchos en el sueño O delirando en las enfermedades Se descubrieron infinitas veces, Y revelaron crímenes que habían Tenido mucho tiempo reservados. No es difícil el dar razón ahora 1680 De lo que motivó entre las naciones A creer la existencia de los dioses, Y las ciudades inundó de altares Y estableció los ritos religiosos, Estas pompas augustas que en el día Se hacen en las empresas importantes Por todas las naciones de la Tierra: Y cuál sea la causa y el origen De este horror infundido a los mortales Que erige en todo el orbe de la tierra 1690 A las divinidades nuevos templos Y con días festivos las obsequia. Es que ya desde entonces los mortales, Aunque despierto el ánimo, veían Los simulacros sobrenaturales, Que la ilusión del sueño exageraba A su imaginación: así, creyendo Que movían sus miembros y que hablaban Con imperiosa voz, proporcionada A su gran porte y fuerzas desmedidas, 1700 Por vivos y sensibles los tuvieron. También los suponían inmortales; Pues siendo su hermosura inalterable, Con la misma belleza se ofrecían A ellos los fantasmas celestiales; Y porque siempre con tan grandes fuerzas Creían imposible que triunfase De ellos acción alguna destructora: También por muy dichosos los tenían, Pues no les inspiraba sobresalto 1710 El temor de la muerte; y porque en sueños Los veían hacer muchos prodigios Sin quedarse por ellos fatigados. La morada y

palacio de los dioses Pusieron en los cielos, porque es donde Parece que voltean Sol y Luna; De allí viene la noche, de allí el día, Y los astros errantes allí brillan Y los volantes fuegos por la noche; Los nublados, rocíos, lluvias, nieve, 1720 Vientos, rayos, granizo y raudos truenos, Y los murmullos largos de amenazas. ¡Oh raza de los hombres sin ventura!; Cuando a los dioses concedió existencia Y los armó de cólera inflexible, Cuántos gemidos asimismo entonces, Qué heridas a nosotros, y qué llantos A nuestra descendencia ocasionaron! No es piedad el dar vueltas a menudo, Tapada la cabeza ante una piedra, 1730 Ni el visitar los templos con frecuencia, Ni el andar en humildes postraciones, Ni el levantar las manos a los dioses, Ni el inundar sus aras con la sangre De animales, ni el cúmulo de votos: Que la piedad consiste en que miremos Todas las cosas con tranquilos ojos; Porque cuando hacia arriba los alzamos A contemplar las bóvedas inmensas Y todo el estrellado firmamento; 1740 Cuando reflexionamos la carrera Del Sol y de la Luna, se despierta Entonces en el pecho de repente Una inquietud, que al parecer habían Los otros males de la vida ahogado, Y el hombre se pregunta si por dicha Hay alguna deidad omnipotente Que estos resplandecientes globos mueve; Pues la misma ignorancia de las causas Hace que ande el espíritu dudoso: 1750 Se indaga qué principio tuvo el mundo, Y cuál será su fin y hasta qué tiempo Él podrá resistir este trabajo De estar en un continuo movimiento; O si, inmortalizado por los dioses, Podrá desafiar por muchos siglos De eterna duración las grandes fuerzas. ¿Qué espíritu, además, no apoca el miedo De los dioses? ¿A qué hombre no se hielan Los miembros de pavor cuando la tierra 1760 Abrasada retiembla con el golpe Horrible de los rayos, y recorren Todo el cielo murmullos espantosos? ¿No se estremecen pueblos y naciones? Sobrecogidos los soberbios reyes, ¿No abrazan las estatuas de los dioses Temblando aquel instante formidable De expiar sus acciones criminales Y todos sus tiránicos mandatos? ¿Y cuando barren los furiosos vientos 1770 Al jefe de la escuadra por los mares Con sus bravas legiones y elefantes, Pávido no hace votos a los dioses Para obtener a fuerza de plegarias Tranquilidad y vientos favorables? En vano todo; porque arrebatado Por algún violento remolino, En los escollos va a encontrar la muerte: Ciertamente parece que se burla De los humanos acaecimientos 1780 Una fuerza secreta, y se complace En pisar con ludibrio las segures Y los fascas hermosos. Por fin, cuando Debajo de los pies vacila el orbe, Cuando caen las ciudades desplomadas, Y están amenazando otras ruina, ¿Por ventura, es extraño que los hombres Se llenen de desprecio hacia sí mismos, Y reconozcan un poder más grande Y una fuerza divina extraordinaria 1790 Que a su gusto dirija el universo? Por lo demás, el oro, cobre y hierro, Y la plata y el plomo, se encontraron Cuando devoró el fuego vastas selvas En las montañas, bien cayendo rayos, O bien los hombres peleando en bosques Fuego arrojasen contra el enemigo Para atemorizarle; y ya movidos De la bondad del suelo dispusieron Hacer los bosques tierras labrantías, 1800 O bien en praderías convertirlos: O para destruir más fácilmente Las fieras y quedar ricos con ellas: Pues se usaran primero en cacerías Los hoyos y los fuegos que las redes Para cercar un bosque, y las jaurías Que levantan la caza. Cualquiera causa Que haya dado principio a aquel incendio, Cuando hubo viva llama devorado Con un horrible estrépito las selvas 1810 Hasta la raíz misma, y recocado La tierra con su fuego arroyos de oro Y de plata, además de cobre y plomo, Después de haber corrido por las venas Encendidas del Globo, se juntaron En cavidades; y consolidados, Viendo cómo brillaban en la tierra, Prendados de su brillo y hermosura, Los recogían cuidadosamente: Y observando tenían la figura 1820 De aquellas cavidades en que estaban, Pensaron que con fuegos derretidos Se les podía dar cualquiera forma Y cualquiera figura; y golpeando, Hacer se adelgazasen y extendiesen, Y rematasen en aguda punta: Vieron también ser buenos para armas, Para corta de selvas, pulimento De materiales y cuadrar maderos, Para taladros, para

excavaciones:1830Quisieron emplear la plata y oroEn los mismos servicios que hizo el cobre,Pero fue en vano, porque no tenían:Bastante consistencia estos metales,Ni la dura fatiga resistían.Tuvo entonces el cobre mayor precio,Y se despreció el oro como inútilEmbotando su punta fácilmente:Despréciase ahora el cobre; el oro subeA la mayor estima: de este modo1840Cambia el tiempo la suerte de las cosas;Lo que antes se estimaba, hoy se desprecia;Lo que no se quería, vale ahoraY se codicia más de día en día,Y es el objeto digno de alabanzas,Y tiene sumo aprecio entre los hombres.Cómo se descubrió el uso del hierroTú mismo puedes conocerlo, Memmio.Las manos fueron las primeras armas,Y las uñas y dientes; y las piedras,1850Y las ramas de árboles, y el fuego,Y la llama después que se encontraron.Se supieron después las propiedadesDel hierro y cobre; pero el uso de ésteSe conoció mucho antes que el del hierro.Por ser más a propósito y copioso,Se labraba la tierra con el cobre,Y con cobre se daban los combates,Se sembraba la muerte. y se robabanLos campos y ganados; pues desnudos1860E inermes se rendían fácilmenteA gente armada: convirtiose el hierroCasi insensiblemente en las espadas,Y llegó a ser tirada con desprecioLa hoz de cobre; y a romper el sueloEmpezaron con hierro, y decidioseDe las batallas la dudosa suerte.Y montar un caballo y gobernarleCon riendas y con frenos, combatiendoCon la mano derecha, fue primero1870Que arrostrar los peligros de la guerraSobre un carro que tiran dos caballos;Y precedió este tiro a la cuadrigaY a la invención de los falcados carros.Llegaron a enseñar cartaginesesDespués al elefante monstruoso,Que lleva torres y la trompa pliega,A recibir heridas en la guerraY a meter el desorden en las huestes.Así inventó Discordia sanguinaria1880Medios de asolación uno tras otro,Todos horribles a la humana genteY un nuevo colmo de terror pusieraA la guerra espantosa cada día:Y se probó también en los combatesEl furor de los toros, y ensayaronQue embistiesen crueles jabalíesAl enemigo: y los leones bravosEn la guerra a los Partos precedíanCon conductores bien provistos de armas,1890Y terribles maestros, destinadosA refrenar su ardor con las prisiones:Inútilmente; porque, enardecidosCon la sangre y matanza, derramabanEl desorden, crueles por doquieraSus melenas horribles sacudiendo.Ni dirigir podían los jinetesA los caballos atemorizadosCon los rugidos, ni tampoco hacerlosQue volviesen la cara al enemigo.1900Las leonas, furiosas se arrojabanDel uno al otro ejército saltando,Presentaban su boca amenazanteA todos los que al paso se encontraban;Por detrás los cogían descuidados, Y a tierra los echaban destrozadosCon garras y con dientes: y los torosLanzaban por el aire jabalíes, Y después con coraje los pisaban;Las tripas del caballo echaban fuera1910Metiéndole las astas por debajo, Y después de caído se arrojabanSobre él, amenazándole de nuevo.Pero empleaban contra sus aliadosLos jabalíes sus colmillos fuertes, Y teñían furiosos en su sangreLas armas rotas, y con nueva furiaA infantes y jinetes daban muerte.Huían velozmente los caballosDe la fiera embestida de sus dientes,1920Empinándose: puesto que allí vierasRotos sus corvejones, de repenteAbandonar la mole de su cuerpoA pesada caída los caballos.Creyendo que estarían bien domados,De cara encarnizarse los veíanEn medio de la acción de las heridas,De confusión, espanto, gritos, fuga:No se podía sujetar ninguno;Todos se dispersaban: de manera1930Que hicieron lo que aún hacen hoy en díaLos elefantes en la guerra heridos,Que huyen después de haber desparramadoEl estrago y la muerte entre las filasQue con tanta bravura defendieron.Sin embargo, no puedo persuadirmeDe que no hayan previsto de antemanoLas comunes desgracias que traeríaEntre ellos este uso abominable;Y quisiera también que comprendieses1940En estos males a los varios mundosQue de diverso modo ha construidoNaturaleza, y no los limitarasA sólo nuestro mundo: la esperanzaDe vencer no introdujo estos estragos;Más bien los hombres, que desconfiabanDe su número, y armas no tenían,Quisieron, pereciendo en el ataque,Dar que gemir a las contrarias filas.Eran entrelazados los

vestidos1950Primero que el tejido se inventara:El arte de tejer se siguió al hierro;Pues sólo con el hierro hacerse puedenInstrumentos tan finos como husos,Córcolas, lanzaderas y las planchas.A los hombres forzó NaturalezaA trabajar la lana antes que dieraEste oficio a las hembras; porque el hombreTiene mayor industria y sobresaleEn cualquier arte: empero vergonzoso1960Pareció a los robustos labradores,Y en manos de las hembras la pusieron,Y para sí dejaron los trabajosMás duros y penosos, y escogieronFortalecer con ellos cuerpo y manos.Pero enseñó también NaturalezaEl arte de plantar y los injertos;Ella dio estas lecciones la primera,Mostrando las semillas y bellotasQue cada una a su tiempo producía1970Al pie del árbol mismo do cayeraUn enjambre de arbustos: desde entoncesGustaron injerir ellos en ramasRenuevos de otra especie, y por los camposLes agradó plantar arbustos nuevos.Hicieron nuevo ensayo cada díaEn la cultura de su dulce campo,Y veían los frutos más silvestres,Con el blanco cultivo y el cuidado,Llegar a suavizarse. Y obligaron1980A meterse las selvas hacia el monteDe día en día, y a dejar los llanosA la cultura, para que los prados,Los lagos, los arroyos y los frutosY las viñas alegres ocupasenLos campos y collados, y el olivoPudiese por el medio derramarsePor cerros y por valles y por camposEn tendidas hileras, como ahoraVes la gustosa variedad que ofrecen1990Las campiñas, doquiera divididasO guarnecidas de árboles frutales.Mas los claros gorjeos de las avesCon la voz se imitaban mucho antesQue pudiesen los hombres regalarseLos oídos con versos armoniososDe melódico son y dulce halago:Y el silbido del céfiro en los huecosDe las cañas les dio lección primeraDe inflar la campesina cañaheja2000Después, por dedos ágiles tocada,Y acompañada de la voz, la flautaPoco a poco hizo oír sus dulces quejas.Fue inventada en los bosques retirados,En las selvas y montes solitarios,Entre los dulces ocios de pastores.Lentamente va el tiempo de este modoSacando a luz las artes diferentes,Y el ingenio las va perfeccionando.Suavizaban las penas de la vida2010Con estos inocentes pasatiemposCuando acababan la frugal comida,Al tiempo que el descanso es más gustoso,Y así por lo común, ellos, tendidosSobre la verde grama, al pie del aguaDe un arroyo, debajo de las ramasDe algún árbol erguido a poca costaGozaban de placeres inocentes,Mas sobre todo en la estación risueña,Cuando con verde hierba engalanaba2020Y con flores los prados el verano:Entonces era el tiempo de las danzas,Entonces de las pláticas, entoncesDe las dulces risadas, porque entoncesLa musa pastoril se remontaba:Los provocaba entonces la alegríaA adornarse los hombros y cabezaCon guirnaldas de flores y de hojas,Y herían sus pies rústicos la tierra,Esta madre común, pesadamente2030Sin compás ni soltura, por lo que eranLas risas e inocentes carcajadas;Haciendo los placeres, más extrañosSu misma novedad: y, desvelados,De aquí sacaban ellos sus consuelos,La voz acomodando a varios cantosY pasando sus labios apretadosSobre sus caramillos. Al presenteRecreamos así nuestros desvelos,Y aprendemos la música con reglas;2040Mas no cogemos frutos tan colmadosDe la dulzura como los cogíaLa raza inculta de hijos de la Tierra.Así que, el bien presente preferimosY nos agrada más suavementeSi otro más superior no conocemos,Y los nuevos inventos perjudicanA los antiguos y del todo mudanNuestros gustos: por eso aborrecimosLa bellota; por eso hemos dejado2050Las camas de los céspedes y hojas:La piel cayó también en el desprecio;Aquel vestido de feroces bestias.¡Cuánto me temo que la envidia entoncesContra aquel inventor se encarnizaseQue la vistió primero asesinandoTraidoramente este hombre; y a la postreLos demás entre sí se repartieronLa piel sangrienta sin querer dejarla!Porque entonces las pieles, ahora el oro2060Y púrpura ejercitan a los hombresCon zozobras, combates y fatigas:Nosotros somos más culpables que ellos,Pues sin pieles el frío atormentabaA los desnudos hijos de la Tierra;Nosotros ningún daño recibimos,Careciendo de púrpura y de oroY de ricos bordados, si tenemosUn vestido común que nos abriga.Así en vano se afana el hombre

siempre²⁰Y de continuo se atormenta en vano, Y en cuidados superfluos gasta el tiempo, Porque no pone límite al deseo, Y porque no conoce hasta qué punto El placer verdadero va creciendo: Y esto es lo que ha lanzado poco a poco Entre borrascas a la humana vida, Y ha movido unas guerras tan crueles Para arruinar la sociedad entera, El Sol y Luna, estos brillantes globos Que van luciendo alternativamente Por el rico palacio de los cielos, Han dado bien a conocer al hombre Vicisitud constante en estaciones Y de naturaleza el orden cierto. El hombre ya vivía en fuertes torres, Y la tierra se había repartido, Y estaba floreciente su cultura; Florecía la mar con hondas naves; Y por medio de pactos y alianzas²⁰⁹Entre sí ya se unían las naciones, Cuando con sus canciones los poetas A transmitir hazañas empezaron A la posteridad: no mucho antes Se inventó la escritura: por lo tanto, De estos antiguos siglos no logramos Más vestigios que aquéllos que entrevemos Por la razón guiados solamente. Y la navegación, la agricultura, La arquitectura, la jurisprudencia,²¹⁰El arte de hacer armas y caminos, De preparar las telas, y las otras Invenciones a estas semejantes, Y aun todas las que son de mero gusto, La pintura, escultura y poesía, Se inventaron a fuerza de experiencias Por la necesidad y por la industria. El tiempo de este modo poco a poco Trae los descubrimientos de las cosas, Y la industria adelanta sus progresos;²¹¹0Pues vemos que el ingenio perfecciona Las artes sin cesar unas con otras, Hasta que logran perfección cumplida. Libro VI

En otro tiempo Atenas la primera,¹Ciudad famosa, descubrió los frutos A los mortales desafortunados, Y les dio nueva vida, y les dio leyes, Y la primera dio dulces consuelos Contra las desventuras de la vida; Cuando produjo al mundo el varón sabio De cuya boca la verdad salía, Y de cuyas divinas invenciones Se asombra, el universo, y cuya gloria,¹⁰Triunfando de la muerte, se levanta A lo más encumbrado de los cielos. Porque viendo este hombre que ya habían Todo lo más preciso los mortales Para vivir y conservar la vida; Que tenían riquezas abundantes, Y honor, y gloria, y bien nacidos hijos; Pero que no dejaban de angustiarse Y gemir como esclavos en prisiones, Llegó a entender que todo el mal venía²⁰Del mismo vaso, que teniendo vicio Malea lo que se echa más precioso: Ya porque permeable y sin asiento No se llena por mucho que se le eche, Ya porque el interior todo emporcado, Con su negro veneno inficionaba Cualquier cosa en el vaso contenida. Limpió, pues, los humanos corazones Con la verdad; les limitó el deseo, Les curó sus cuidados y temores,³⁰Y declaroles la naturaleza Del sumo bien, a que aspiramos todos, Y el camino más fácil y más corto Para llegar a él derechamente; Y demostroles cuáles son los males A que sujeta a los mortales todos, El poderío de Naturaleza, Y que asaltan al hombre acometiéndole, O por acaso o necesariamente, Según Naturaleza dispusiera:⁴⁰Les dijo por qué lado debe el alma A sus asaltos resistir invicta, Y probó cuán en vano ella fomenta De ordinario en el fondo de sí misma Las zozobras de tristes aflicciones: Así como los niños temerosos Se recelan de todo por la noche, Así nosotros, tímidos, de día Nos asustamos de lo mismo a veces Que despavorir suele a los muchachos.⁵⁰Preciso es que nosotros desterremos Estas tinieblas y estos sobresaltos, No con los rayos de la luz del día, Sino pensando en la Naturaleza: Mi voz la cantará con nuevo aliento. Y como te enseñé que el edificio Del Mundo era finible, y que tenía Principio el cielo, y que los seres todos Que nacen y nacieron es preciso Que necesariamente se disuelvan,⁶⁰Oye lo que me falta descubrirte, Puesto que la esperanza de mi triunfo Me animó a que subiese sobre el carro Brillante de la gloria, y nuevo aliento Me han dado los obstáculos que había. Y los demás fenómenos que observan En el Cielo y la Tierra los mortales Tienen suspensas con pavor sus almas, Las humillan con miedo de los dioses, Y las tienen cosidas con la

tierra,⁷⁰ Puesto qué la ignorancia de las causas Los fuerza a sujetar Naturaleza Al imperio de dioses y a ponerles En sus manos el cetro, y se imaginan Que algún poder divino hace las obras Cuyo primer resorte ellos ignoran: Porque los que estuvieren persuadidos De que los dioses viven descuidados, Si no obstante se admiran de las causas, En especial de aquellas apariencias⁸⁰ Que encima de nosotros se descubren En la región etérea, nuevamente Caen en su inveterado fanatismo, Y nos ponen tiranos inflexibles, A quienes para colmo de miseria Les conceden poder ilimitado; Ignorando qué cosa existir puede, Cuál no puede, y los límites precisos Que la Naturaleza ha señalado, En fin, a la energía de los cuerpos,⁹⁰ Por lo que más y más se descaminan. Si no desechas semejantes yerros Teniendo por indignos de los dioses Y ajenos de su calma estos cuidados, Vendrán a tu presencia de continuo Estas santas deidades resentidas; No porque capaz sea de enojarse La majestad suprema de los dioses, Y deseen coléricos vengarse Con ejemplar castigo de los hombres; ¹⁰⁰ Sino porque estarás muy persuadido Que en el seno de un plácido reposo Revuelven las venganzas en su pecho; No entrarás en los templos de los dioses Con pacífico pecho, ni es posible Que aquellos simulacros emanados De sus augustos cuerpos te presenten Sus divinas imágenes con calma; Ya ves cuán triste vida te amenaza! Aunque sabiduría por mis labios ¹¹⁰ Te ha explicado verdades infinitas Para alejar de ti tan dura suerte; Otras muchas me faltan todavía, Y tengo yo además que engalanarlas Con lindos versos; tengo que explicarte Los diversos fenómenos del cielo: Cantaremos también las tempestades, Y las causas y efecto de los rayos, Porque, supersticioso, neciamente En regiones diversas no repartas ¹²⁰ El cielo para ver, todo temblando, De qué parte salió el alado fuego, O hacia dónde tiró precipitado, Y cómo por las tapias se introduce, Y cómo sale de ellas victorioso: Pues todos son efectos naturales, Que atribuyen los hombres a los dioses Porque no pueden penetrar las causas. Calíope, diestra musa, que a los hombres Alivias, y recreas a los dioses, ¹³⁰ Ven a instruirme tú de mi corrida Hacia la ruta de carrera ilustre, Para ceñir, guiándome tú ahora, De corona inmortal mi sien gloriosa. Tan sólo se estremecen con el trueno Las azuladas bóvedas celestes, Cuando agitadas por contrarios vientos Se chocan mutuamente etéreas nubes Por las altas regiones remontadas; Pues no viene el tronido de aquel lado ¹⁴⁰ Que hay sereno en el cielo: pero cuando Las nubes condensadas se amontonan En una parte, allí con mayor fuerza Suele sentirse el tormentoso ruido. Además, que no pueden ser las nubes De una masa tan densa como piedras Y vigas; ni tampoco tan sutiles Como la niebla y humo, pues debieran Caer en fuerza de su mucho peso En el caso primero como piedras; ¹⁵⁰ Si tuvieran la misma consistencia Que tiene el humo, no pudieran ellas Contener los granizos y las nieves. En la inmensa llanura de los aires Hacen también un ruido semejante Al de los grandes lienzos que se agitan Por entre las columnas y las vigas De nuestros coliseos; otras veces, Rasgadas por la furia de los vientos, Imitan el sonido delicado ¹⁶⁰ Que hace roto el papel entre los dedos, Como en el trueno puedes observarlo; O el ruido de un vestido que hay colgado, O de una hoja volante que los vientos En fuerza de sus golpes repetidos Agitan y remueven por los aires. También sucede a veces que las nubes En lugar de chocarse por delante Se comprimen de lado, y van raspando Por medio de encontrados movimientos ¹⁷⁰ Lo largo de su cuerpo, de do nace Aquel sonido seco que magulla Los oídos, y dura mucho tiempo, Hasta que se ven libres de aquel lazo. Otra causa hay también por la que el trueno Nuestro mundo conmueve en ocasiones Con estremecimientos tan horribles Que parecen las bóvedas del Mundo Por todas partes reventar deshechas Con repentino golpe; cuando entrado ¹⁸⁰ De pronto el huracán impetuoso En medio de las nubes allí brega: Rápido torbellino que condensa La nube con esfuerzos redoblados, La estrecha por los lados, y la ahueca; Pero cuando por fin abrieron paso Su impetuosidad y su violencia, Con horrible estampido sale el viento: No es maravilla, cuando el mismo

ruidoDe un estallido igual da muchas veces190Una simple vejiga llena de aire.También puede explicarse de otro modoAquel ruido que excitan en las nubesLos vientos; porque vemos de ordinarioQue las nubes presentan superficiesDe ramificación larga e incierta:Luego deben hacer el mismo ruidoQue las hojas y ramas de una selvaCuando son de los cierzos agitadas.Puede también la furia de los vientos200Reventar una nube si la embistenDirectamente con furioso aliento:La experiencia nos dice cuánta fuerzaDebe tener su soplo por arriba,Cuando aquí bajo, siendo más suave,Echan a tierra el árbol más erguidoY arráncanle de cuajo fácilmente.Hay también en las nubes como olasQue deben, estrellándose con furia,Producir un murmullo tan profundo210Como el que hace un gran río y océanoCuando es por las tormentas agitado.También del rayo los ardientes fuegos,Cuando de nube en nube van cayendo,Quizá vienen a dar en nube acuosa,Donde mueren con ruido semejanteAl chirrío del hierro caldeado,Cuando rápidamente le metemosDesde la misma fragua en agua fría:Pero si árida nube coge al rayo,220Se inflama de repente con gran ruido:De esta manera el fuego provocadoCon torbellino de furiosos vientosSe extiende por los montes coronadosDe laureles al punto consumidos:No hay cuerpo combustible que devoreEl fuego con un ruido más terribleQue el árbol consagrado al dios de Delfos.Por fin, el hielo haciéndose pedazos,Y el granizo cayendo hacen retumben230Las nubes a lo lejos, cuando el vientoLas junta y amontona semejantesA las montañas, y por fin quebradasCaen en tierra revueltas con granizo.También relampaguea si las nubesArrojan mucha ignífera semillaEn fuerza de su choque, a la maneraQue sacudiendo un pedernal con otro,O dando con un hierro, se ve entoncesBrillar la luz y chispear de lejos:240Y el relámpago ya vieron los ojosCuando llegan los truenos al oído;Porque hieren mas pronto los objetosLa vista que el oído, como puedesObservando tú mismo, si te ponesA ver cortar al leñador las ramasSuperfluas de algún árbol con el hacha;Pues le verás primero dar el golpeQue llegue a tus orejas el sonido:El relámpago vemos asimismo250Antes que percibamos el sonido,Siendo uno y otro a un tiempo y siendo hijosDel mismo choque y de la misma causa.También explicaré de otra maneraPor qué de rauda luz bañan la tierraLas nubes y sus fuegos tembladoresHacen brillar durante la borrasca.Luego que el viento acometió a la nube,Y agitándola siempre, como dije,Logró ahuecarla, y recogerla al centro,260Con movimiento rápido se inflama,Porque vemos nosotros abrasarseTodo cuerpo movido con presteza,Y aun la bala de plomo derretirse,En un gran trecho, cuando el remolinoInflamado rasgó la obscura nube,Desparrama sus fuegos de repenteLanzados de la nube con esfuerzo,Obligando a cerrar los ojos: luegoÓyese él estampido, que la oreja270Hierde más tarde que la luz los ojos:Todos estos efectos ciertamenteSuponen nubes densas, que arrojadasSean también con ímpetu admirable.No dejes engañarte de tus ojos,Que no te enseñan más desde aquí bajoQue la extensión y anchura de las nubesMás bien que el grueso de ellas y su altura.Para desengañarte, consideraLas nubes parecidas a unos montes280Que los vientos trasponen por los airesEn dirección contraria: o si los vientosYacen en sus entrañas sepultados,Verás amontonadas estas nubesUnas sobre otras por los altos montes,Apretarse entre sí por las alturas.Entonces podrás tú formar ideaDe sus masas enormes; ver en ellasEspecies de cavernas fabricadasEn rocas suspendidas, y los vientos,290Cuando llenan su centro dando muestrasDe tempestad, se indignan en las nubesAl verse dentro de ellas encerrados,Como lo hacen las fieras en sus jaulas:Resuenan a lo lejos sus bramidos,Por todas partes quieren escaparse,Desprenden de la nube unas semillasDe fuego, que amontonan y revuelvenEn lo interior de sus ardientes hornos,Hasta que ya por fin rasgan la nube300Y en torrentes de luz huyen los vientos.Los rápidos relámpagos que vuelanHacia la tierra, fuegos transparentesMás brillantes que el oro, tal vez debenSu nacimiento a la substancia mismaDe las nubes, que dentro de sí encierranPrecisamente

una abundante copia De moléculas ígneas; en efecto, Cuando ningún humor tienen las
nubes, Por lo común es su color brillante³¹⁰ Así como la llama; porque debe También la
luz del sol precisamente Comunicarlas infinitas partes Para estar encendidas de este
modo Y hacerlas brotar fuego: cuando el viento Amontonó estas partes en un sitio, Y
comprime la nube fuertemente Por donde ellas están amontonadas, Exprime de la nube
estas semillas De fuego, las esparce, y las obliga³²⁰ A arder con los colores de la
llama. También relampaguea si las nubes Están enrarecidas; cuando el aire Agitando la
nube dulcemente Sus partes va ensanchando y disolviendo, Es preciso que caigan por sí
mismas Las semillas de fuego causadoras Del relámpago entonces sin estruendo, Sin
destrucción y sin cansar terrores. Además, los efectos de los rayos³³⁰ Dicen cuál sea su
naturaleza: Las señales que dejan en los cuerpos Que consumieron, los vapores
densos Del azufre que exhalan nos demuestran Que son de fuego, no de aire o de
agua: Abrasan además las fuertes torres, Y con rápida llama hacen cenizas Los edificios:
la Naturaleza Este fuego voraz formó de intento De sus fuegos más vivos y
sutiles: ³⁴⁰ Ninguna cosa puede resistirle; Por medio de las casas pasa el rayo Con tanta
valentía y ligereza Como el grito y la voz; él atraviesa Las peñas y metales; cobre y
oro Derrite en un momento, y de repente Disipa el vino sin lesión del vaso, Porque tal vez
llegando a introducirse Su calor fácilmente en las paredes Del vaso, las afloja y
enrarece³⁵⁰ Y echa por todas partes los principios Del vino adelgazándolos primero, El
mismo Sol hacerlo no podría En todo un siglo; tanta es la ventaja Del poderío activo de
los rayos. Ahora te explicaré sin digresiones Cómo se forma el rayo, y cómo
adquiere Una fuerza capaz de hender las torres, Derribar casas, arrancar las
vigas, Demoler las memorias de los hombres³⁶⁰ Y dejar a los mismos hombres
muertos, Sin vida echar por tierra los ganados, Y muchas destrucciones semejantes. De
las nubes espesas y apiñadas Por las altas regiones nace el rayo: Ninguno viene de sereno
cielo, Ni las nubes ligeras los despiden; Como nos lo declara la experiencia Cuando
vemos cubrirse la atmósfera De espesas nubes en aquel momento³⁷⁰ En que la
tempestad prepara el rayo: Parece que han salido las tinieblas Del Aquerón, a un tiempo,
obscureciendo La cavidad inmensa de los cielos; Nos cubre horrible noche con su
manto; Pende el terror encima de nosotros. También alguna vez la negra noche, Como río
de pez que descendiese Del cielo por el mar, sobre sus ondas Cae tan precipitada, y a lo
lejos³⁸⁰ Derrama las tinieblas; tras sí arrastra La tempestad, preñada de huracanes, De
rayos y de fuegos y de vientos Tan furibundos, que en la tierra tiemblan Los hombres y
se meten en sus casas. Es creíble que tengan mucho cuerpo Las nubes borrascosas que se
forman Sobre nuestras cabezas; pues la Tierra En noche oscura no se sepultara Si
multitud de nubes por encima³⁹⁰ Toda la luz del Sol no la robaran; Las lluvias
abundantes no podrían Hinchar los ríos o inundar los campos, Si no estuviera la región
etérea Llena toda de nubes elevadas. Fuegos y vientos hay por todas partes, De cualquier
lado truena por lo mismo, Y salen los relámpagos: ya he dicho Que tienen mucha ignífera
semilla Todas las nubes en su centro hueco: ⁴⁰⁰ Que los rayos del Sol y sus ardores Las
aumentan también precisamente. Cuando el viento amontona en su paraje Todas aquellas
nubes, saca de ellas Infinitas moléculas de fuego, Con las cuales él mismo se revuelve: El
remolino entonces prisionero En la nube se agita, y allí aguza El rayo en medio de esta
fragua ardiente. El viento, pues, se enciende de dos modos: ⁴¹⁰ Por actividad propia, o
por contacto De fuego: y cuando ya de esta manera Se encendió él a sí mismo, o
recibiera La impresión de la llama, presto el rayo Rompe la nube; entonces de
improviso Luces resplandecientes va esparciendo Por todas partes, y hórrido estallido Se
deja oír, como si caminaran Sobre nosotros rotas de repente Las bóvedas del cielo: todo
el Globo⁴²⁰ Retiembla entonces, y de polo a polo Por todo el firmamento corre el
trueno: Porque a la vez se agitan y retumban Todos juntos entonces los nublados, Y de

este general sacudimiento Nace una lluvia tan copiosa y fuerte, Que parece que quiere convertirse En agua todo el cielo, y que de nuevo Se va a anegar la Tierra con diluvio: Tanto asusta el sonido de las nubes⁴³⁰ Que se rompen a un tiempo, y de los vientos Que braman agitados, y del rayo Que reluce volando por los aires. También un viento externo e impetuoso Viene a caer sobre una nube espesa Do está el rayo formado, la que abierta, Deja caer de pronto el torbellino De aquel fuego que rayo le llamamos: Esto también sucede a otros nublados Según las direcciones de los vientos.⁴⁴⁰ Puede también acontecer a veces Que, sin estar el viento aún encendido, Sin embargo se inflame en largo trecho; Que en su misma carrera se despoje De aquellos elementos más groseros Que no pueden pasar por la atmósfera, Y que del aire mismo tome al paso Las más finas moléculas, que le hagan Inflamarse volando envuelto en ellas: Como bala de plomo se escandece⁴⁵⁰ En su carrera cuando va dejando Los principios más fríos en el aire, Y semillas de fuego en él recoge. La inflamación, en fin, puede que nazca Del mismo choque; cuando el viento frío Sin fuego azota, entonces por ventura Saca la violencia de su golpe Moléculas de fuego de sí mismo Y del cuerpo chocado, como cuando Un pedernal herimos con el hierro⁴⁶⁰ Salen las chispas, y aunque el hierro es frío, Sabe la colisión sacar semillas Refulgentes de llama; pues lo mismo Debe encender el soplo de los vientos Los cuerpos que sacude, si inflamable Es la naturaleza de estos cuerpos: Sin ser un temerario no se puede Enteramente asegurar que el viento Tan rápido bajando desde arriba Sea del todo frío; y si en su curso⁴⁷⁰ No se inflamó, debe llegar al menos Entibiado y revuelto en algún fuego. La rapidez del rayo y golpe fuerte Y su caída violenta nacen De su natural ímpetu: encerrado En las nubes, y allí, cobrando fuerzas, Con nuevo brío intenta salir de ellas; Cuando el nublo no puede resistirse A este aumento de ímpetu, se escapa Con una prodigiosa ligereza⁴⁸⁰ El fuego destructor, como las piedras Lanzadas por las máquinas terribles. Junta también a esto ser el rayo De finos y sutiles elementos; Y con esta figura no es tan fácil Hacerle resistencia, pues se cuela Y sé insinúa, por lo más estrecho: No puede cuerpo alguno con su choque Detener su raudísima carrera. Además de que todo cuerpo grave⁴⁹⁰ Por natural impulso tiende abajo; Pero si la impulsión se junta al peso, Su rapidez se dobla, y se acrecienta Aquel ímpetu suyo de contado. El rayo así con estas fuerzas dobles Debe quitar del medio en un instante Cualquier estorbo que se encuentre al paso, Y proseguir su marcha sin pararse. En fin, la longitud de su caída Más y más acelera el movimiento,⁵⁰⁰ Que siempre va creciendo; y aumentando Su ímpetu, vigora los ataques, Sus divergentes átomos juntando Y dirigiendo todos sus esfuerzos Hacia el punto común a donde corre. También quizá viniendo hacia nosotros Quita de paso el rayo al aire mismo Corpúsculos que puedan darle fuerza Y acelerar su golpe impetuoso. Hay muchos cuerpos que penetra el rayo⁵¹⁰ Sin daño alguno de ellos, porque encuentra Conductos que atraviesa velozmente: Hay otros que destruye y descompone, Por que viene a atacar directamente Las moléculas que unen su tejido: Él con facilidad derrite el cobre Y hace que hierva el oro en un instante, Porque de átomos lisos y sutiles Se forma el rayo, los que fácilmente Dentro de estos metales se introducen,⁵²⁰ Y desatan sus nudos al momento Y todas sus lazadas desaprietan. En el Otoño y en la Primavera, Cuando se abren las flores por los campos, El palacio encumbrado de los cielos De fulgentes estrellas se estremece Por todas partes más a la continua: Se estremece también toda la tierra, Porque en Invierno faltan muchos fuegos, Y los vientos se calman en Estío,⁵³⁰ Y las nubes no tienen tanto cuerpo. En estaciones medias, pues, concurren Todas las varias causas de los rayos: Vienen a ser los límites comunes Do el frío y el calor se están tocando Agentes necesarios de los rayos, Que entrambos introducen la discordia En la naturaleza, y con gran ruido El fuego encienden de las tempestades Y enfurecen el aire con los vientos:⁵⁴⁰ Porque el fin del Invierno y el

principioDe Estío son los que hacen el Verano:Por lo cual deben el calor y el frío,Principios entre sí tan encontrados,Luchar y revolver todas las cosas:El Otoño, que forma la salidaDel Estío y la entrada del Invierno,Debe observar las riñas y pendenciasDel frío y del calor; guerras del añoPueden llamarse entrambas estaciones:550No es extraño que se hagan muchos rayosEntonces, y que el cielo se alboroteCon tempestades, porque la discordiaEstá continuamente fomentadaCon llamas y con vientos y con nublós.Así se indaga la naturalezaDel ignífero rayo y sus efectos;No consultando vanas prediccionesDe los toscanos para hallar indiciosDel secreto consejo de los dioses:560O de dónde salió el alado fuego,O hacia donde tiró precipitado,De qué modo se entró por las paredesY cómo sale de ellas victorioso,O qué daño presagia su caída.¿Por qué, si Jove y las demás deidadesEstremecen las bóvedas celestesCon sonido terrífico, y arrojanLos rayos por do quiera que les place;Por qué de parte a parte no dividen570El pecho del malvado que se entregaA odioso crimen descaradamente,Y las llamas del rayo vaheandoDan a los hombres documento horrible?¿Por qué más bien revuelven en sus llamasAl inocente a quien maldad no arguye,Y a quien súbitamente le circundaEl fuego celestial en remolino?¿Por qué, además, emplean su trabajoContra las soledades vanamente?580¿Es por ejercitar mejor sus brazos,O por asegurar mejor sus golpes?¿Por qué sufren se emboten en la tierraLos que despide el padre de los dioses?¿Por qué de ellos él mismo se despoja,Y para sus contrarios no los guarda?En fin: ¿por qué no lanza Jove el rayoY nunca mueve tempestad de truenosCuando hay serenidad por todo el cielo?¿Cuando acaban las nubes de formarse,590Monta entonces en ellas por ventura,Por dirigir sus tiros más de cerca?¿Por qué razón contra la mar asesta?¿Por qué hierde las ondas, estas masasLíquidas, estos cuerpos fluctuantes?Si quiere nos guardemos de los rayos,¿Por qué no deja verlos desde lejos,Y si quiere cogernos descuidados¿Por qué truena de modo que podamosEvitarlos? ¿A qué son los retumbos,600Tinieblas y murmullos que preceden?¿Puedes tú concebir que los dispareAl mismo tiempo por distintas partes?No puedes refutarlo, sin que nieguesUna experiencia tan frecuente y cierta.Es preciso que pueda caer el rayoAl mismo tiempo por distintos lados,Como vemos que llueve y caen las lluvias.¿El rayo asolador por qué derriba,En fin, los templos santos de los dioses,610Estas habitaciones suntuosas,Y rompe sus estatuas bien labradas,Y roba a sus imágenes el cultoCon golpe violento? ¿Por qué atacaDe ordinario los sitios elevados,Y vemos en las cumbres de los montesMás bien que en otra parte sus vestigios?Por lo que te he explicado de los rayosEs fácil conocer de qué maneraSobre la mar se arrojan desde arriba620Los tifones, que présteres clamaronLos griegos atendiendo a sus efectos.Por qué bajan a veces desde el cieloSobre la mar como en columna larga,Y todo alrededor bullen las ondasAgitadas con soplo impetuoso;Y las naves entonces sorprendidasPor el vertiginoso meteoroEstán expuestas al mayor peligro:Y la causa es que el viento algunas veces630No teniendo potencia suficientePara romper la nube que ha embestido,La baja poco a poco hacia las aguasComo columna echada desde el cielo,O más bien como masa disparadaDe arriba abajo por robusto brazo,La cual sobre las ondas se extendiese:Cuando rasga la nube, el viento se entraCon ímpetu en la mar, y en ella excitaUn hervor increíble; porque entonces,640Sin cesar agitándose la manga,Baja a la par la nube, que se prestaA cualquier movimiento de la bomba:Y así que la extendió sobre las aguasEl vértice de pronto se zabelle.Hace toda la mar un hervidero,Mueven sus olas espantoso ruido.El mismo torbellino que en el aireJuntó los elementos de la nube,Se envuelve algunas veces dentro de ella,650Imitando las mangas por la tierra;Y cuando al suelo se bajó la nube,Rasgándose, vomita de su cuerpoUn remolino, un huracán furioso.Mas siendo estos fenómenos muy rarosA causa del obstáculo que oponenEn la tierra a los vientos las montañas,Deben ser más frecuentes en los mares,Que son tan extendidos y

patentes. Los nublados se forman cuando muchos ⁶⁶⁰ Angulosos corpúsculos, volando Sin cesar en la atmósfera, se juntan Entre sí de repente, y se condensan A pesar de sus débiles uniones: Sólo son al principio nubecillas; Empero todas juntas apiñadas, Y entre sí reunidas, van creciendo, Y los vientos las llevan de manera Que nace de ellas tempestad furiosa. Y cuanto más vecinas a los cielos ⁶⁷⁰ Tienen también sus cumbres las montañas, Tanto más una niebla amarillenta Y una especie de humo siempre espeso Las obscurece; porque cuando empiezan A tomar consistencia los nublados, Sin que puedan aún verlos los ojos, Los vientos los conducen y aglomeran Sobre la cima de elevado monte: Cuando, por fin, después se reunieron En mucho mayor número apiñados, ⁶⁸⁰ Condensados los vemos elevarse Desde la húmeda cumbre por los aires: Puesto que la razón y la experiencia Dicen ser el teatro de los vientos Aquellos sitios que hay más elevados. Además quita la Naturaleza También muchos corpúsculos de encima De todo el mar, como nos lo declaran Las ropas que tendemos en la playa Poniéndose mojadas: luego es claro ⁶⁹⁰ Que contribuyen las emanaciones De este salado fluido agitado Al acrecentamiento de las nubes. Vemos también que de los ríos todos Y de la misma tierra se levantan Unas nieblas y cálidos vapores Cuyas exhalaciones se remontan Por el aire, y los cielos obscurecen, Y con sus reuniones insensibles Forman espesas nubes; pues las olas ⁷⁰⁰ De la substancia etérea las empujan Por la parte de arriba, y condensadas Cubren casi las bóvedas azules. Puede también que vengan de otros mundos A reunirse en éste aquellos cuerpos Que forma los nublados y tormentas: Porque te he dicho que es innumerable El número de átomos, y el todo Ser también profundísimo: no ignoras De cuánta ligereza están dotados ⁷¹⁰ Los átomos, y cuán rápidamente Suelen correr espacio inmensurable; Por lo que no es extraño, que al momento Cubran la tempestad y las tinieblas Colgadas en el aire mar y tierra, Y las montañas; pues los elementos Encuentran siempre entradas y salidas Por donde quiera en todos los conductos Del éter, y por todas las lumbreras Del mundo, por decirlo de este modo. ⁷²⁰ Ahora te explicaré cómo se aumentan Las aguas de la lluvia en nubes gruesas, Y cómo desde allí caen en la tierra. Y es preciso ante todo persuadirte Que se levantan con las mismas nubes Infinitas moléculas de agua De todo cuerpo, y a la par se aumenta Con la misma substancia de la nube, Del mismo modo que el sudor, la sangre, Y cualquiera otro líquido del cuerpo ⁷³⁰ Crece a la par que todos nuestros miembros. Los nublados a veces también cargan De las aguas marinas, semejantes A vellones de lana suspendidos Cuando son conducidos por los vientos Sobre la superficie de los mares; También de todo río se levanta El agua hacia las nubes; pero cuando Estas semillas de agua, acrecentadas De todas partes con emanaciones ⁷⁴⁰ Tan grandes y diversas, se juntaron Y las condensa el soplo de los vientos, Entonces determina su caída Doblada fuerza; la presión de vientos Y la copia de nubes apiñadas, Las cuales gravitando unas sobre otras Hacen caer las lluvias dilatadas. Cuando además los vientos enrarecen Los nublados, o cuando son disueltos Por el calor del Sol, que hierde encima, ⁷⁵⁰ Humor pluvioso entonces van soltando, Y corren gota a gota como cera Que se va derritiendo puesta al fuego. Es copiosa la lluvia si las nubes Experimentan esta doble fuerza, La presión de su peso y de los vientos; Y suele durar mucho, y encerradas Suele tener las gentes en su casa, Cuando están muy espesos los nublados, Y cuando unos sobre otros se amontonan, ⁷⁶⁰ Y se derraman hacia todas partes, Cuando toda la tierra restituye, El mismo humor con sus exhalaciones. Cuando entre obscura tempestad embiste Con sus rayos el Sol lluviosa nube Que en frente de sí tiene, se descubren En medio de las nubes tenebrosas Los colores del Iris variados. De otros meteoros que se forman Y crecen combinados en las nubes, ⁷⁷⁰ Como la nieve, vientos y granizo, Las escarchas y el hielo que endurece Las aguas, y refrena la corriente De los ríos, es fácil que comprendas Sus efectos y causas si entendieres Las propiedades de los elementos. Pon atención en

conocer la causa Ahora de los temblores de la tierra; Y debes persuadirte, sobre todo, Que el globo interiormente como fuera⁷⁸⁰ Está lleno de vientos, de cavernas, De lagos, precipicios y peñascos, De rocas y de ríos escondidos, Cuya corriente impetuosa arrastra Las peñas sumergidas en su madre: La razón, pues, exige que la tierra Se asemeje a sí misma en todas partes. Supuestas de antemano estas nociones, Tiembla la tierra por su superficie Con motivo de haberse desplomado⁷⁹⁰ En su interior grandísimas cavernas, Que viene a demoler por fin el tiempo; Como que enteros montes se arruinan, Cuyo sacudimiento pronto y fuerte Extiende los temblores a lo lejos: Cuando un carro que no es de mucho peso Hace temblar todos los edificios Que están al paso, no retiemblan menos Todos los sitios del contorno cuando Arrastran los corceles arrogantes⁸⁰⁰ Las llantas de las ruedas bien herradas. También puede caer al cabo de años Una masa disforme de la tierra En un lago vastísimo, y el orbe Vacilar tal vez puede con motivo Del movimiento que excitó en las aguas, Así como en el suelo no está inmóvil El vaso lleno de una agua agitada Hasta ponerse toda en equilibrio. Cuando, además, el viento recogido⁸¹⁰ Entre las cavidades interiores De la tierra se arrojó violento Sobre una parte, y con sus fuerzas todas Hace presión en las cavernas Inclínase la tierra hacia la parte Donde el viento dirige sus esfuerzos, Y las casas entonces que hay encima Inclínanse también cuanto más altas, Cuanto más se acercan a los cielos, Y perdiendo el nivel salen las vigas,⁸²⁰ Y amenaza venirse todo al suelo. Y temen presumirse si ha prescrito Naturaleza un paso a la ruina Y destrucción total del mundo entero, Cuando ven su gran mole pronta a hundirse. Si los vientos aliento no tomasen Nada capaz sería de frenarlos, Ni detener su furia destructora; Mas como se sosiegan alternando, Y vuelven al ataque nuevamente,⁸³⁰ Y se ven rechazados con ventaja, Amenaza la tierra desplomarse; Ella se inclina y otra vez se alza; Y pierde el equilibrio, y con su peso Otra vez le recobra: por lo mismo Toda cosa vacila más o menos Según su elevación, pues las más bajas Casi no sienten el temblor de tierra. También pueden causar estos temblores Un viento impetuoso, un grande soplo⁸⁴⁰ De fuerza introducido de repente, O nacido del seno de la tierra, Que después que se entró en las cavidades Del globo, con tumulto anticipado Entre inmensas cavernas va bramando Y se revuelve mucho y no se escapa Por fuera de la tierra hasta que la abre Y con su gran violencia la divide, Y forma en ella abismos anchurosos; De esta manera fue Sidón tragada,⁸⁵⁰ Obra de tirios, y en Peloponeso También Egina. ¡Ay, cuántas ciudades Esta erupción furiosa de los vientos Y el temblor de la tierra han destruido!; A cuántas los horribles terremotos Han hundido debajo de la tierra, Y con sus ciudadanos juntamente, Cuántas otras los mares sepultaron! Pues si el viento no llega a romper fuera, Su soplo impetuoso se divide⁸⁶⁰ Por todos los conductos de la tierra Y en sus entrañas férvidas excita Un temblor general, del mismo modo Que cuando se introduce por los miembros Interiormente el frío, y los sacude, Nos hace tiritar a pesar nuestro: Con un doble terror vagan las gentes Por la ciudad entonces asustadas, Pues sobre su cabeza ven la muerte, Debajo de los pies también la temen:⁸⁷⁰ Temen que caiga derrumbado el techo, Temen disuelva la Naturaleza Las bóvedas del globo de repente, De par en par abriendo estos abismos Anchurosos, queriendo trastornada Con sus mismas ruinas rellenarlos. Por lo cual, aunque vivan persuadidos De ser incorruptibles cielo y tierra, Y destinados a existencia eterna, La vista de un peligro tan urgente⁸⁸⁰ Introduce pavor y desconfianza En sus almas a veces, y les hace Temer no huya la tierra en un instante Con dirección al bátrito profundo, Y que el gran todo caiga detrás de ella, Y que no reste más de todo el mundo Que un cúmulo confuso de ruinas. Ahora debo explicar precisamente Cómo la mar no sabe qué es aumento. Admíranse de que la mar no aumenta⁸⁹⁰ Su volumen jamás con tantas aguas Como corren a ella y tantos ríos Como por todas partes desembocan: Junta las tempestades y las lluvias Que sobre mar y tierra

caen a un tiempo Además de sus propios manantiales; ¿Dejarán, sin embargo, de admirarse Si consideran que estas aguas juntas, Con el mar extendido comparadas, Viene a ser apenas una gota? 900 Roba el calor del sol una gran parte, Pues vemos secan sus ardientes rayos En un instante la mojada ropa: Será su acción más fuerte y más activa Sobre la faz inmensa de los mares Aunque el sol tome una porción muy corta De cada sitio de por sí, no obstante, Debe robar en extensión tan grande Cúmulo inmenso de marinas aguas. Cuando con furia el mar barren los vientos, 910 Se llevan tras de sí gran parte de agua; Porque es frecuente a veces en la noche Ver que se ponen secos los caminos Y endurecido el lodo con su soplo. Además, te enseñé que los nublados Atraen a sí las aguas de los mares, Y por la haz de la tierra las esparcen Cuando llueve sobre ella, y cuando llevan Los vientos por la atmósfera las nubes. Por fin, supuesto que es la tierra un cuerpo 920 Poroso, que la mar contigua ciñe Por todas partes, recibir no puede El mar en sí las aguas de la tierra Sin que reciba aquésta al mismo tiempo Las saladas del mar, que ciertamente Se filtran por el seno de la tierra, Y se recogen y se juntan todas Donde tienen los ríos nacimiento, Y fluyen dulcemente por la tierra, Por donde, una vez rota, facilita 930 Que con líquido pie corran las aguas. Explicaré al presente por qué causa Vomita a veces Etna por sus bocas Las llamas en espeso torbellino: La tempestad de fuego, dominando Con estrago en los campos sicilianos, No hizo mirar a los vecinos pueblos; No volviendo la vista a los torrentes De chispas y de humo, que cubrían La atmósfera: a la vez, les daba pena, 940 De pávido cuidado hinchendo el pecho, Esperando los nuevos infortunios Que la Naturaleza preparaba. Si de tales fenómenos deseas Tener conocimiento, es necesario Que des una ojeada vasta y grande Sobre Naturaleza, y que sus partes A la vez consideres todas juntas, Acordándote siempre que el gran todo, Es infinito, y que supone poco 950 El cielo comparado al universo; Y que es el hombre imperceptible cosa Si se compara con el orbe entero. Si tú penetras bien este principio, Si te convence una verdad tan clara, Ya no te admirarás de muchas cosas. ¿Se admira acaso alguno de nosotros Si le abrasa a cualquiera ardiente fiebre, U otra cualquier enfermedad aguda Se extiende por sus miembros doloridos? 960 Porque se hinchan los pies en un instante, El más vivo dolor coge los dientes, Y ataca alguna vez los mismos ojos: De San Antón el fuego va creciendo, Y extendiéndose abrasa todo el cuerpo, Sin admirarse, porque se conocen De muchos cuerpos las emanaciones: Y las exhalaciones de la tierra Y el aire infecto son muy suficientes Para dar ser y rápidos progresos 970 A las enfermedades más terribles. Así se ha de creer que este gran todo, Como infinito, suministra al cielo Y a la tierra los átomos capaces De estremecer el globo de repente, De recorrer en rauda torbellino El mar y tierra, y de lanzar por Etna Copiosos fuegos, de inflamar el cielo: El mismo cielo si puede inflamarse Tan fácilmente como caen las lluvias 980 A mares en la tierra cuando llegan A juntarse en la atmósfera las aguas. Pero me dirás tú que estos incendios Son muy considerables: lo confieso; Así como parece grande un río A quien no vio jamás otro más grande: Y así un árbol, un hombre y todo cuerpo De la especie que quieras son disformes Para aquél que no ha visto otros mayores: Cuando nada suponen estos cuerpos, 990 Aunque juntas el cielo, mar y tierra, Si con el Universo se comparan. Pero expliquemos ora de qué modo La llama enfurecida en un instante De las vastas hornazas de Etna sale. Lo primero, está hueco todo el monte Por su parte interior; sobre cavernas De pedernales casi está fundado: Así que, las cavernas todas tienen Vientos y aire, no siendo otra cosa 1000 El viento más que el aire conmovido: Y cuando este elemento furibundo Llegó a inflamarse, y ha comunicado Su ardor a los peñascos y a la tierra, En torno de la cual sin cesar gira Y saca de ellos con veloces llamas Fuego devorador, él se levanta Y se arroja derecho por las bocas De la montaña, y a lo lejos echa La llama y la ceniza, y sale envuelto 1010 Entre humo espeso y negro, y

juntamente Lanza piedras de peso extraordinario: Sin que te quede duda ser efectos Del ímpetu furioso de los vientos. En gran parte la mar, además, baña Las faldas de este monte, y las azota Con sus olas, y luego se retira: Por debajo de tierra las cavernas Desde la misma mar se comunican Con las altas gargantas de este monte: 1020 No podemos dudar que entran los vientos Por estas bocas, y que se dirigen Soplando interiormente hacia la cumbre: Y por esto se ven volar las llamas, Y van a dar muy lejos los peñascos Y las nubes de arena se derraman: Hay en la cima unos embudos anchos Por do escapan los vientos, que los griegos Cráteres llaman, a los que nosotros Llamamos las gargantas o las bocas. 1030 Para algunos fenómenos no basta Dar una explicación; antes precisas Son otras muchas, para hallar alguna Entre ellas verdadera; por lo tanto, Si ves tú desde lejos el cadáver De algún hombre tendido sobre el suelo, Es preciso decir todas las causas De la mortalidad para que sepas La causa de la muerte de aquel hombre; Porque no puedes decidir si ha muerto 1040 De muerte dada a hierro o por el frío, O por enfermedad o con veneno: En general sabemos que él ha muerto Por una de las causas que he nombrado; Mas sólo los testigos oculares Pueden decir la causa verdadera: Así también estamos indecisos Sobre muchos fenómenos que vemos. Crece el Nilo y rebosa por los campos En el estío, siendo el solo río 1050 Que hay en todo el Egipto, y va regando Las campiñas en medio de calores; O bien porque reinando en el estío Etesios vientos, soplan aquilones Contra el embocadero y la corriente, Y su curso retardan y recrecen Las aguas, y se llena todo el río, Y le hacen que se pare; ciertamente El soplo de estos vientos se dirige Contra el curso del río, porque vienen 1060 Etesios vientos de constelaciones Frías del polo boreal, y el Nilo Tiene su nacimiento en las regiones Del Mediodía, en los ardientes climas Que el sol visita en medio de su curso, Entre los hombres negros y tostados. Grandes bancos de arena tal vez forman Al agua un dique en el embocadero Cuando el mar agitado con los vientos Hacia adentro la arena va metiendo, 1070 Por lo que es menos libre su desagüe, Y la madre está menos inclinada, Y se refrena el ímpetu del río. Por fortuna quizá en su nacimiento Las lluvias son también más abundantes En aquella estación en que las nubes Juntas al Mediodía son llevadas Por los vientos etesios a aquel lado, Las cuales se amontonan apiñadas Sobre la cumbre de elevados montes 1080 Y la presión del peso las esparce. Tal vez puede venir esta creciente De los montes alzados de la Etiopía, Cuando el sol, abrasando con sus rayos A la naturaleza, hace que bajen Las nieves derretidas a los campos. Al presente diré qué cosa sean Aquellos sitios y funestos lagos Que se llaman avernos; este nombre Al principio les dieron con motivo 1090 Del efecto que causan, porque matan En general las aves; cuando vienen Volando por encima de estos sitios Directamente, de volar se olvidan Y, perdiendo sus alas los resortes, Torciendo la cabeza caen sin fuerzas Precipitadas en la tierra, o agua, Quizá conforme a la naturaleza De aquel averno que las da la muerte. Cual es el que hay en Cumas y en Vesubio: 1100 Fuentes cálidas son las que vaporan Un humo espeso; y otro semejante Hay también en los muros atenienses, En el remate de la ciudadela, Cerca del templo de tritonia Palas: Do las roncacas cornejas jamás llegan Aunque las brinde el humo de las aras. Huyen tan azoradas las cornejas, No los vivos enojos de Minerva, Que con su vigilancia provocaron, 1110 Según lo cantan los poetas griegos; Antes bien los vapores de este sitio, Muy suficientes para hacer se vuelvan, También cuentan que en Siria hay otro averno Do los mismos cuadrúpedos no pueden Sus pasos dirigir sin que al momento Los haga el vaho caer muertos en tierra, Así como si fueran conducidos A inmolarlos a dioses del Infierno. Efectos naturales, pues, son todos, 1120 Y se puede atinar bien con sus causas Sin presumir que sean estos sitios Mucho más bien las puertas infernales Por do los dioses del obscuro imperio Atraen quizá las almas de los muertos Sobre la orilla de Aquerón; conforme A la opinión común de que la simple Aspiración de los ligeros

ciervos Saca de sus guaridas las serpientes. Recuerda la doctrina que he inculcado, 1130 A saber, que la tierra en sí contiene Un número muy grande de elementos Configurados de distinto modo: Que hacen vivir al hombre muchos de ellos; Que otros engendran las enfermedades Y aceleran su muerte: también dije Más o menos análogos ser todos A conservar diversos animales Según sus diferentes contexturas Y su naturaleza muy diversa 1140 Y elementales configuraciones: Entran muchos hiriendo los oídos; Despidiendo otros un olor ingrato, Con gran molestia hieren el olfato; Otros evita el tacto, otros la vista, Y son otros al gusto desabridos: La experiencia te enseña cuantos cuerpos Producen en el hombre sensaciones Ingratas y molestas y penosas. Hay árboles que tienen una sombra 1150 Cargada de moléculas dañosas, La cual causa dolores de cabeza Muy fuertes a cualquiera que se tiende Debajo a descansar sobre la hierba. Del Helicón en la elevada cumbre Hay un árbol también que mata al hombre Con el olor infecto de sus flores: Y nacen todas estas producciones De la tierra, porque ella en sí contiene Gran copia de semillas combinadas 1160 De modos infinitos y diversos, Con cuyas secreciones alimenta Cada individuo de por sí la tierra. Y recién apagada la luz echa Un olor de su pábilo, que afecta Desagradablemente nuestro olfato, Adormece los hombres y los tumba Como si padecieran la epilepsia: Y se cae la mujer adormecida Con el olor subido del castóreo; 1170 Y la obra delicada se desliza De entre sus tiernas manos si lo huele Al tiempo de pagar menstroo tributo: Además también hay otras substancias Que aflojan el sistema de los miembros Y el alma recogida bambolean: En fin, si te estuvieras mucho tiempo En un baño caliente, o te sumerges En el mismo saliendo de la mesa; ¿Cuánto no hay que temer el que te caigas 1180 En medio de las aguas sin sentido! Y el activo vapor de los carbones; Qué pronto se introduce en el cerebro Si no bebemos agua de antemano! Golpe de muerte da el olor del vino A aquel hombre que tiene consumidos Todos sus miembros en la ardiente fiebre. ¿No ves también cómo en la misma tierra Nace el azufre y el betún que exhalan Un olor penetrante? Por fin, cuando 1190 Con el hierro en la mano van los hombres Rasgando las entrañas de la tierra Para buscar las venas de oro y plata, ¿Qué vapores no salen de la mina? ¿Qué olores tan mortales no se exhalan De este rico metal que yace en ella? ¿No ves la cara y tez descolorida De los míseros que andan condenados Por la ley a trabajos tan penosos? ¿Cuán en breve perecen no has oído 1200 Y cuán corto es el plazo de su vida? Así, es preciso que la tierra exhale Todos estos vapores esparcidos. Por fuera en las llanuras de los aires. Así deben también avernos sitios Echar de sí mortíferos vapores A las aves; los cuales se levantan Desde la misma tierra por los aires, Y parte de la atmósfera envenenan, Y cuando llega allí volando el ave, 1210 La ponzoña invisible la entorpece Allí su movimiento, y cae derecha Donde el vapor dirige su caída; Do, ya precipitada, el mismo tufo, Entonces más activo lanza fuera De sus miembros los restos de la vida; Porque el primer ataque solo excita En el ave unas ciertas convulsiones; Pero ya que una vez están caídas Las aves en las fuentes ponzoñosas, 1220 Allí el último aliento de la vida Exhalan de ponzoña circundadas. Puede también que estas exhalaciones Enrarezcan la masa de aire puesta Entre la tierra y aves, de manera Que esté casi vacío aquel espacio: Cuando vienen volando por encima De estos sitios las aves, al momento En medio del vacío inútilmente Mueven las alas, ni su esfuerzo ayuda 1230 Alguna reacción, porque, no hallando Mas apoyo en el aire, y no pudiendo Sostenerse en sus alas, las obliga Con su peso a caer naturaleza; Y ya tumbadas dentro del vacío, Por los poros del cuerpo echan el alma. Está más fría el agua de los pozos En el estío porque enrareciendo El calor a la tierra, prontamente Disipa por los aires las semillas 1240 De fuego que tal vez en sí contiene. Cuando más caldeada esté la tierra, Tanto más fría debe estar el agua Escondida en su seno; y al contrario, Cuando aprieta, condensa y une el frío Toda su superficie, debe entonces Por esta, comprensión

hacer que se entre En lo hondo de los pozos todo el fuego Que haya diseminado por la tierra. Junto al templo de Ammón hay una fuente ¹²⁵⁰ Que está helada entre día, según dicen, Y caliente de noche: mucho admiran Los hombres esta fuente, y se persuaden Que oculto el sol debajo de la tierra, La calienta al instante que la noche Cubre la tierra con terrible sombra: Pero esta explicación es muy contraria A la filosofía verdadera: Porque si el sol, que tanta fuerza tiene Sobre nuestras cabezas levantado, ¹²⁶⁰ Por contacto inmediato no ha podido Siquiera calentar la superficie, ¿Cómo debajo de los pies podría Por medio de una masa tan espesa Como la tierra hacer hervir el agua Y en ella introducir su ardiente fuego, Cuando el ardor apenas de sus rayos Penetra las paredes de las casas? ¿Del fenómeno, pues, cuál es la causa? Es que la tierra está más esponjosa ¹²⁷⁰ Y que en ígneas semillas más abunda Junto a la fuente que por más afuera: Cuando en sus sombras húmedas la noche El orbe sepultó, la tierra al punto Que cerca el manantial se va enfriando, Y encógese como si la apretaran Con la mano, de modo que en la fuente Exprime las partículas de fuego De que ella esta impregnada, y comunica Al agua aquel calor que experimentan ¹²⁸⁰ El tacto y paladar: cuando los rayos De sol nacientes de seguida abrieron Los poros de la tierra, y su tejido Enrareció la mezcla de sus fuegos, Se vuelven a su asiento primitivo Las partículas ígneas, y se cuelan Todo el calor del agua por la tierra: Fría está así la fuente por el día. Por otra parte, herida el agua entonces Por los rayos del sol, y enrarecida ¹²⁹⁰ Con sus trémulos fuegos, es preciso Exhale los corpúsculos de fuego Que ella contiene, así como despide. Las moléculas, frías otras veces, Y deshace los hielos que la ataban Y como prisionera, la tenían. También hay una fuente de agua fría Sobre la cual, echando alguna estopa Se enciende y echa llamas de repente, Y una tea se prende de este modo, ¹³⁰⁰ Y va luciendo en medio de las aguas Por do su luz nadante el aire impele: Sin duda porque el agua de esta fuente Contiene en sí muchísimas semillas De fuego, y es preciso que reciba De aquella tierra que es como su lecho Un montón de partículas de fuego, Que subiendo a lo alto se derraman Por toda el agua, y por defuera a un tiempo. Se exhalan, y se esparcen por los aires; ¹³¹⁰ Pero no son tan vivas las semillas Que puedan calentar la misma fuente. Una impulsión secreta determina Todas estas moléculas dispersas A salir pronto fuera y congregarse Por encima del agua: de este modo, El agua dulce de la fuente Aradia Corre y aparta las saladas ondas De alrededor: y en otras muchas playas Ofrece el mar recursos semejantes, ¹³²⁰ Gratos a los sedientos marineros, Manando el agua dulce entre saladas. Pues por un mecanismo semejante Las partículas ígneas salir pueden Entre las ondas, y lanzarse fuera Para encender la estopa: luego que ellas Allí están reunidas, y se pegan A la substancia de la tea, al punto Se prenden fácilmente, porque tienen Gran número de partes inflamables ¹³³⁰ Las estopas y teas por su parte. ¿No ves cómo la lámpara que acaba De morir, si la arrimas a otra que arde, Antes de ser tocada arde de nuevo? Pues lo mismo sucede con la tea: Ahora no trato yo de muchos cuerpos Que se inflaman de lejos con la misma Impresión del calor, antes que llegue A tocarlos de cerca el mismo fuego: Luego de aquella fuente los efectos ¹³⁴⁰ Pueden ser explicados, de este modo. Empezaré tratando yo al presente Por qué ley natural al hierro puede Atraer esta piedra que los griegos Magnética llamaron en su lengua; Por qué tienen el nombre de Magnesios Los pueblos y el país donde se encuentra. Admíranse los hombres de esta piedra, Porque viene a formar una cadena De pendientes anillos unos de otros; ¹³⁵⁰ A veces se ven cinco y más anillos Que van en línea recta descendiendo, Y los agitan los suaves aires, Y uno debajo de otro asido cuelga; Y ellos se comunican mutuamente La virtud atractiva de la piedra: Tanto su actividad llega a extenderse. Antes que estos fenómenos explique Tengo yo que sentar muchos principios Pata decir la causa verdadera: ¹³⁶⁰ Sólo podemos arribar a ella Por medio de grandísimos rodeos: Presta, pues, atención a mis palabras. Debes tener presente desde luego Que todos cuantos

cuerpos vemos lanzan Perpetuamente unos derramamientos, Unas emanaciones que nos hieren Los ojos, y producen en nosotros La sensación de ver; y los olores No son más que continuas emisiones 1370 De ciertos cuerpos: como emana el río De fluidos, y emanan los calores Del sol, y de la mar la sal que roe Los edificios que hay en las riberas: Cuando nos paseamos en la playa De continuo nos zumban los oídos, Y un salino vapor entra en la boca Hiriendo el paladar jamás miramos Preparar el ajeno sin que al punto El amargor sintamos: luego envían 1380 Todos los cuerpos siempre emanaciones De toda especie, las que se dirigen A todas partes sin reposo alguno Y sin cesar jamás, pues de continuo Tenemos sensaciones, y podemos Ver, y oler y oír a cada instante. Te volveré a traer a la memoria Lo porosos que son todos los cuerpos; Un principio que ya te he demostrado En el Canto primero del poema, 1390 Que nos da a conocer muchas verdades; Mas sobre todo explica de tal suerte El fenómeno extraño que pretendo, Declararte ahora mismo, que no puedo prescindir de probarte nuevamente Que de todos los cuerpos conocidos No existe uno siquiera que no tenga Su tejido mezclado con vacío. Las bóvedas chorrean en las grutas Un humor que destilan gota a gota: 1400 Mana el sudor por todo nuestro cuerpo: Crece la barba y pelos en los miembros: Repartido el sustento por las venas, Sostiene y acrecienta los extremos De nuestro cuerpo, y aun las mismas uñas: También sentimos que el calor y frío Penetran por el cobre, y por la plata Y por el oro su impresión sentimos Cuando tenemos una copa llena: Por último, atraviesan los sonidos 1410 El espesor de la pared, y se entran Por ellas el olor, calor y frío; Traspasan aun de hierro la coraza Que ciñe todo el cuerpo del guerrero: Vienen de fuera las enfermedades Casi por lo común; y los contagios Que nacen de la tierra, o en el aire, Así como se forman se disipan, En un instante porque no hay un Cuerpo Que no encierre vacío en su tejido. 1420 Añádase que las emanaciones De los cuerpos no tienen todas ellas Unas mismas sensibles cualidades Ni igual analogía con los cuerpos Sobre los cuales obran: ante todo, El sol cuece la tierra y la deseca, Mientras derrite el hielo y con sus rayos Hace que corran de los altos montes Nieves amontonadas, y liquida Con su mismo calor, en fin, la cera: 1430 También disuelve el fuego cobre y oro, Mientras contrae y encoge carne y cueros: A la verdad, el hierro caldeado Adquiere un nuevo grado de dureza Cuando le echan en agua; y al contrario, Endureciendo el fuego carne y cuero, El agua los ablanda; el acebuche, Cuyo amargor es insufrible al hombre, Es para las cabrillas más sabroso Que el néctar y ambrosía. Por fin, huye 1440 La mejorana el cerdo de ordinario, Y teme toda clase de perfumes, Porque son el veneno más activo Para el cerdoso puerco los que a veces Parece que nos vuelven a la vida: Por el contrario, empero, siendo el cieno La misma suciedad para nosotros, Parece a los marranos lo más limpio, Do se revuelcan todos sin hartura. Aún me falta sentar otro principio 1450 Antes que empiece a hablar de lo que he expuesto, Y es que, teniendo muchos intersticios Todos los cuerpos, no deben aquéllos Ser entre sí del todo semejantes; Antes debe tener cada uno de ellos Naturaleza y usos peculiares: Porque los animales ciertamente Tienen varios sentidos, y cada uno Tiene su objeto propio: los sonidos Por sus propios conductos se insinúan; 1460 Los sabores y olores van por otros Que tienen ciertamente analogía Con su naturaleza y su tejido: Además, hay también emanaciones Que penetran las piedras, y otras pasan Por la madera, y otras por el oro, Y algunas por la plata y por el vidrio, Porque los simulacros se introducen Por los poros del vidrio, y se insinúa El calor en los poros, de oro y plata: 1470 Y hay corpúsculos que entran más ligeros, Y otros más tardos, por el mismo cuerpo. Arriba dije que estas diferencias Son una consecuencia necesaria De la infinita variedad que ha puesto Y ha establecido la Naturaleza Entre los intersticios de los cuerpos. Con tanta solidez establecidas Todas estas verdades proemiales, Es fácil explicar lo que buscamos, 1480 De suyo descubriéndose la causa De la atracción del hierro: desde

luegoEs preciso que emanen de continuoDe la misma substancia de la piedraInfinitos corpúsculos, o sea,Un activo vapor que con sus golpesDé raridad a aquel aire que mediaEntre el imán y el hierro: cuando encuentranEste espacio intermedio ya vacíoSe dirigen a él en el momento1490Los principios del hierro muy unidos,Por lo que todo el cuerpo del anilloSigue la misma dirección: no hay cuerpoQue tenga los principios más trabadosQue los del hierro, este metal tan firmeQue casi es al calor inaccesible.No es maravilla, como dije antes,Que la tendencia de sus elementosEn número copioso hacia el vacíoArrastren tras de sí todo el anillo:1500Así es en realidad, y siempre avanzaHasta que toca con la misma piedraY se une con compases invisibles:Obra el imán en todas direccionesEl vacío se forma en todas partes,Bien hacia arriba, bien lateralmente;Los anillos vecinos al momentoSe inclinan al espacio enrarecido,Conducidos de choques exteriores,Pues su misma tendencia no podría1510De esta manera unirlos en el aire:Otra causa hay también que favoreceA aquesta dirección, y que aceleraEl movimiento: y es que, apenasEl aire se enrarece, y el vacíoPor la parte de encima del anilloLlega a formarse, en el momento el aireInferior, sacudiendo en el anillo,Le impele por detrás en cierto modo,Porque todos los cuerpos son batidos1520Sin cesar por el aire que los cerca:Pero en esta ocasión hacen los golpesAvanzar el anillo, porque arribaHay un vacío para recibirle:Cuando el aire que digo se ha esparcidoEn los poros del hierro y se ha insinuadoHasta sus más sutiles elementos,Los impele y los hace que adelantenComo el viento las velas y la nave.Deben, en fin, tener todos los cuerpos1530El aire en su tejido, porque todosSon porosos, y el aire de continuoLos rodea y los toca; pues metidoEste fluido sutil dentro del hierro,Se agita con continuo movimiento,Y por esto sacude en el anilloY por dentro sin duda le menea,Y ya con él se inclina hacia el vacíoAl cual todas sus fuerzas encaminaTambién sucede alguna vez que el hierro1540Se aparta del imán: algunas vecesLe huye y le sigue alternativamente:Hierro de Samotracia y limadurasHe visto yo saltar y revolverseEn un vaso de cobre si acercabanEsta piedra de imán por el asiento;El hierro parecía que impacienteHuía de la piedra: hace que nazca,Tanta discordia el interpuesto cobre,Porque sin duda, las emanaciones1550Del cobre entonces se apoderan antesY poseen del hierro los conductos:Las del imán, que vienen en seguida,Todos los pasos hallan ocupados,Y no pudiendo entrarse como antesCon precisión se arrojan sobre el hierro,Y chocan con sus olas el tejidoDe este metal: la piedra así repele,Y agita por el cobre el mismo cuerpo,que sin este obstáculo se uniera.1560No debes extrañar que no produzcanEl mismo efecto las emanacionesDe piedra imán sobre los otros cuerpos;La pesadez de algunos, como el oro,Los tiene inmóviles; y otros, como el leño,Tienen poros muy anchos, por los cualesPasan emanaciones sin tocarlosY sin causar agitación en ellos:Entre estas dos especies tiene el medioEl tejido del hierro, al cual impelen1570De esta manera las emanacionesDe piedra imán cuando impregnado se hallaDe unas ciertas partículas de cobre.Sin embargo, el fenómeno que explicoNo es tan extraño en la naturalezaQue no pueda citar otras unionesTan íntimas como éstas: ves trabarsePor medio sólo de la cal las piedras,Y la cola de toro une las tablasTan fuertemente, que antes faltarían1580Las vetas y las partes esencialesDe la madera que esta unión faltase:Gusta el vino mezclarse con el agua;La pez no puede hacerlo con su peso,Ni con su levedad puede el aceite:Se identifica tanto con la lanaLa púrpura, que no puede quitarseDe modo alguno su color, aun cuandoSe intente renovarle a fuerza de agua,Aun cuando todo el mar quiera lavarle1590Y con todas sus aguas desteñirle:El oro se incorpora con la plataCon la ayuda del fuego, últimamente,Y une el estaño cobres diferentes:¿Y cuántas otras mezclas encontraraTan íntimas como ésta si quisiera?¿Pues, cómo no? porque no necesitasDe tantas menudencias, y no es justoQue emplee en esto yo un trabajo inútil:Réstanos abrazar en un principio1600Muchos hechos a un tiempo: si dos

cuerposSe encuentran con tejidos tan opuestosQue a los huecos del uno correspondanEminencias del otro, su junturaEs muy perfecta: así pueden juntarseCon especies de anillos y de anzuelos,Como sucede en el imán y el hierro.Ahora voy a explicarte yo la causaDe las enfermedades contagiosas;De estas plagas terribles, que derraman1610Sobre hombres y ganados de repenteLa mortandad. Primero enseñé arribaQue en la atmósfera había una gran copiaDe corpúsculos, que unos dan la vida,Enfermedad y muerte engendran otros:Cuando da ser Acaso a los postrerosEl aire se corrompe y se inficiona:La enfermedad activa y pestilenteO de clima extranjero es transmitidaPor la vía del airé, como nubes1620Y tempestades, o del mismo senoDe la tierra se engendra, cuando han sidoCorrompidos sus húmedos terronesCon el calor y lluvias desregladas.¿No observas tú que la mudanza de aireY la del agua la salud atacan»Del hombre que está lejos de su patria?Porque allí encuentra un aire diferenteDel que ha solido respirar en casa.¿Por ventura, no encuentras diferencia1630Entre la inglesa atmósfera y Egipto,Por do el eje del mundo se ladea?¿Y no difieren entre sí los climasDel Ponto, y el que llega desde CádizHasta los pueblos negros y tostados?Como estas cuatro plagas se hallen puestasA cuatro vientos, como estén situadasBajo de cuatro climas diferentes,En situación tan sólo no difieren,Sino también en el color y forma1640De sus habitantes, y pareceQue están sujetos a distintos morbos.Es una enfermedad la elefanciaQue nace hacia las márgenes del Nilo,No en otra parte, en medio del Egipto:En Ática, las piernas adolecen,Y los ojos enferman en Acaya,Y otras tierras atacan otros miembros;Del aire nacen estas diferencias:Porque si el aire de extranjero clima1650De peligrosa cualidad dotadoSe muda y va viniendo hacia nosotros,Se arrastra lentamente como nubeAltera y muda todas las regionesDe la atmósfera por donde camina:Cuando llegó a la nuestra últimamenteLa corrompe, y así se la asimilaY nos la hace contraria: se derramaEste nuevo contagio y pestilenciaAl punto por las aguas, y se pega1660A las mieses y humanos alimentosY a la comida pastos de ganados;O se queda colgado algunas vecesSu contagio en el aire, y no podemosRespirar este fluido mezcladoSin sorber su infección al mismo tiempo.Coge la pestilencia de ordinarioLo mismo al buey que a la balante oveja:¿Pué importa que nosotros nos vayamosA otro clima mal sano y enfermizo1670A una atmósfera nueva; que nos traigaNaturaleza un aire pestilenteY extranjeros corpúsculos que puedanCon su pronta irrupción darnos la muerte?Unas enfermedades de esta especie,Causadas por mortíferos vapores,En los pasados tiempos devastaronLos campos de los términos Cecropios,E hicieron los caminos soledades,Dejaron la ciudad sin pobladores;1680Porque naciendo en lo interior de Egipto,Después de atravesar vastos espaciosDe aire y de mar, por último se echaronY sobre el pueblo de Pandión cayeron:Todos los habitantes a millaresSe rendían al morbo y a la muerte:La enfermedad cogía la cabezaCon fuego devoraz, y se poníanLos ojos colorados y encendidos;Estaba la garganta interiormente1690Bañada de un sudor de negra sangre,Y el canal de la voz se iba cerrandoEn fuerza de las úlceras; la lengua,Intérprete del alma, ensangrentada,Débil con el dolor, pesada, inmóvil,Áspera al tacto: cuando descendíaDespués aquel humor dañoso al pechoDesde las fauces, y se recogíaAlrededor del corazón enfermo,Entonces los apoyos de la vida1700A un tiempo vacilaban, y la bocaDe adentro un olor fétido exhalabaComo el de los cadáveres podridos;Y las fuerzas del alma se perdían,Y con su languidez tocaba el cuerpoEn los mismos umbrales de la muerte.Se juntaba a estos males insufriblesUna congoja de inquietud perpetuaY una queja revuelta con gemidos,Y sollozar perenne noche y día,1710Que sin cesar los nervios irritando,Envarando los miembros, desatandoLas articulaciones, consumíanA los que sucumbían ya cansadosA la fatiga. Las extremidadesDe sus cuerpos no obstante parecíanEstar no muy ardientes,

ofreciendoTibia impresión al tacto: al mismo tiempoEstaba colorado todo el cuerpo,Con úlceras así como inflamadas,1720Como si hubiera sido derramadoFuego de San Antón sobre sus miembros.Un ardor interior los devorabaHasta los mismos huesos, y la llamaEn su estómago ardía como hornaza:La más ligera ropa los ahogaba;Al aire y frío expuesto de continuo,Unos a helados ríos se tirabanA causa de aquel fuego en que se ardían,En las aguas más frías zabullendo;1730Desnudo el cuerpo se arrojaban otrosEn hondos pozos; con la boca abierta,Ansiosos de beber, a ellos venían,Y su insaciable sed no distinguíaLas aguas abundantes de una gotaCuando sus cuerpos áridos metían:Ningún descanso el mal les otorgaba;Tendido estaba el cuerpo fatigado;La medicina al lado barbotabaCon temor silencioso: revolvían1740Noches enteras sus ardientes ojosA un lado y otro sin probar el sueño.Y muchos otros síntomas mortalesSe notaban también además de éstos:Alma agitada de temor y penaSobrecejo furioso y hosco rostro,Los oídos inquietos con zumbidos,Viva respiración, o fuerte y lenta,Cuello bañado de un sudor brillante,Poca saliva como azafranada1750Y cargada de sal de sus gargantasCon fuerte tos apenas arrojada.Se aticiaban los nervios de las manos,Los miembros tiritaban, y subíaEl frío de la muerte poco a pocoDesde los pies al tronco: últimamente,Al acercarse el tiempo postrimeroTenían las narices encogidasY su punta afilada, ojos hundidos,Huecas las sienes, la piel fría y ruda,1760Los labios abultados, resaltabaTirante frente; a poco fallecían:El sol octavo o nono los veíaLas más veces lanzar su último aliento.Mas si alguno escapaba de la muerte,Como a las veces sucedía, en fuerzaDe secreciones de úlceras malignasY de negros despeños, sin embargo,La misma podre y muerte le aguardaban,Aunque más tarde: sangre corrompida1770De su nariz corría en abundancia,Con dolores muy fuertes de cabeza;Todas las fuerzas, toda la substanciaDel hombre así llegaban a perderse.Si no salía el mal por las narices,Y si no ocasionaba esta hemorragia,Atacaba los nervios, se extendíaEl morbo por los miembros, y cogíaHasta las mismas partes genitales:Y unos, temiendo la cercana muerte,1780Vivían por el hierro mutiladosDe su virilidad; privados otrosDe manos y de pies, quedaban vivos;Y perdían, en fin, otros la vista:Tan poderoso miedo de la muerteCogió a estos infelices, y hubo algunosQue perdieron del todo la memoriaY aun a sí mismos no se conocían.Aunque en tierra yacían insepultosMontones de cadáveres, las aves1790Y voraces cuadrúpedos huíanSu hedor intolerable, y no tardaban,Si los probaban, en perder la vida:Las aves, sin embargo, no salíanImpunemente por aquellos días,Ni dejaban las fieras alimañasLas selvas por la noche; casi todasSucumbían al morbo y fenecían:Principalmente los leales perrosEn medio de las calles extendidos1800Enfermos daban el postrer aliento,Que arrancaba el contagio de sus miembros.Precipitadamente arrebatabanSin pompa los cadáveres: no habíaAllí un seguro y general remedio:La pócima que había prolongadoLa vida a unos, a otros daba muerte.Pero allí lo más triste y deplorableEra que algunos de estos infelicesQue se veían presa del contagio1810Se despechaban como criminalesCondenados a muerte, se abatían,Veían siempre a par de sí la muerte,Y en medio de terrores perecían.Multiplicaba empero las exequiasPrincipalmente el ávido contagio,Que no cesaba ni un instante soloDe irse comunicando de uno en otro;Porque aquéllos que huían las visitasDe dolientes amigos por codicia1820De la vida o por miedo de la muerte,Víctimas insensibles perecíanDentro de poco tiempo, abandonados,Necesitados y menesterosos,Como lanar ganado y como bueyes:Mas los que no temían presentarseAl contagio y fatiga se rendían,Viendo que el pundonor y tiernas quejasDe amigos moribundos precisabanEntonces a llenar estos deberes.1830Porque el más virtuoso ciudadanoAcababa la vida con tal muerte:Y después de enterrar la muchedumbreDe sus prendas más caras, se volvían,Fatigados de llantos y gemidos,A encamarse, muriendo de tristeza:Por fin, en estos tiempos de desastreMuertos o

moribundos, o infelices Que los lloraban, sólo se veían. Además, ya pastores y vaqueros 1840 Y el fuerte conductor del corvo arado Enfermaban también, y los buscaba La contagión dentro de sus cabañas, Y allí los daban muerte inevitable La pobreza y el morbo: se velan A veces los cadáveres tendidos De los padres encima de los hijos, Y los hijuelos el postrer aliento Sobre padres y madres exhalaban. El contagio en gran parte provenía 1850 De la gente del campo, que a millares A la ciudad enfermos acudían: Todos los sitios públicos y casas Estaban llenos; por lo mismo entonces Con más facilidad amontonaba Apiñados cadáveres la muerte. Muchos de sed morían en las calles; Y después de haber otros arrastrado Hacia las fuentes públicas sus cuerpos, Sin vida allí quedaban extendidos, 1860 Ahogados al sentir la gran dulzura Que les causaba el agua que bebían: Y las calles estaban ocupadas De unos lánguidos cuerpos medio muertos Hediondos y sucios y andrajosos, Cuyos miembros podridos se caían: La piel sola tenían sobre el hueso, En la que ya las úlceras y podre Habían producido el mismo efecto Que hace la sepultura en el cadáver. 1870 La muerte, en fin, llenó de cuerpos muertos Todos los templos santos de los dioses, Y estaban de cadáveres sembrados Todos los edificios de deidades; Los hicieron posadas de finados Los sacristanes: importaba poco La religión ya entonces y los dioses, Porque el dolor presente era excesivo. Y se olvidó este pueblo en sus entierros De aquellas ceremonias tan antiguas 1880 Que en sacros funerales se observaban: Andaba todo él sobresaltado, Y en este general abatimiento Cada cual enterraba a quien podía: Y la necesidad y la indigencia Horrosas violencias inspiraron; Porque algunos gritando colocaban A sus parientes en la pira ajena, Y poniéndola fuego por debajo, Con mucha sangre a veces pendenciaban 1890 Antes que los cadáveres soltasen. 1891

Apéndice

Fundado el poema La Naturaleza de Lucrecio en la doctrina filosófica de Epicuro, juzgamos oportuno dar a conocer esta doctrina publicando aquí las tres cartas del citado filósofo que incluye Diógenes Laercio en su obra titulada Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres, que, vertida del griego al castellano por D. José Ortiz Sanz, figura en nuestra Biblioteca Clásica.

Estas tres cartas son exposición auténtica del sistema filosófico de Epicuro. La primera, dirigida a Heródoto, versa sobre la Naturaleza; la segunda, a Pitocles, explica los meteoros, y la tercera y más importante escrita a Meneceo, expone la moral de la filosofía epicúrea.

En ellas hay incluídos algunos párrafos originales de Laercio, pero éstos van entre paréntesis rectangulares.

Epicuro a Heródoto: gozarse

Para los que no puedan, oh Heródoto, indagar cada cosa de por sí de las que he escrito acerca de la Naturaleza, ni estudiar libros voluminosos, hago este resumen de todo ello, a fin de darles un entero y absoluto memorial de mis opiniones y de que puedan en cualquier tiempo valerse de él en las cosas más importantes, caso que se dediquen a la contemplación de la Naturaleza. Aun los aprovechados en el estudio del universo deben esculpir en la memoria una imagen elemental de todo, pues más necesitamos de un prontuario general y memorial abreviado, que de las cosas en particular. Entraremos, pues, en él, y lo encomendaremos repetidas veces a la memoria, para que cuando emprendamos la consideración de cosas importantes concebidas antes, e impresas en la memoria las imágenes o elementos generales, hallemos también exactamente las particulares. Lo primero y principal en un aprovechado es poder usar diestramente de su

discurso cuando se ofrezca, tanto en los compendios simples y elementales, cuanto en la contemplación de las voces. Ello es que no es posible sepa la inmensa muchedumbre de las cosas en general quien no sabe reducir a pocas palabras toda su serie y cuanto se halle tratado antes particularmente. Por lo cual, siendo útil a cuantos se dedican a la fisiología este método de escribir y amonestado muchas veces a ejecutarlo por los físicos, singularmente los dados a esta tranquilidad de vida, conviene formar éste tal cual compendio de los primeros elementos de las opiniones.

Primeramente, pues, oh Heródoto, conviene entender el significado de las voces, para que con relación a él podamos juzgar de las cosas, ya opinemos, ya inquiramos, o ya dudemos, a fin de que no resulte un proceso en infinito andando las cosas vagas e irresolutas, y no estemos sólo con lo vano de las voces. Es, pues, necesario lo primero atender a la noción de cada palabra, y ya nada necesita de demostración, pues tendremos lo inquirido, lo dudado y lo opinado sobre que nos aprovechemos, o bien conviene observar todas las cosas según los sentidos, simplemente según las accesiones, ya del entendimiento, ya de cualquiera criterio. En el mismo grado se hallan las pasiones; con lo cual tenemos por donde notar lo permanente y lo cierto.

Conocidas estas cosas, conviene ya ver las ocultas. Será lo primero, que nada se hace de nada o de lo que no existe; pues de lo contrario, todo nacería de todo sin necesitar de semillas. Y si lo que se corrompe no pasara a ser otra cosa, sino a la no existencia, ya todo se hubiera acabado. Pero el universo siempre fue tal cual es hoy, tal será siempre, y nada hay en que se convierta; pues fuera del mismo universo nada hay a que pueda pasar y en que pueda hacer mudanza. Esto ya lo dije al principio del Epítome mayor, y en el primero de los libros De la Naturaleza. El universo es cuerpo; y que hay cuerpos en todo, lo atestigua el sentido, estribando en el cual, es fuerza concluir de lo oculto por medio del raciocinio, como dije antes. Si no hubiese el que llamamos vacuo, el lugar, y la naturaleza intocable, no tendrían los cuerpos adonde estuviesen, ni por donde se moviesen, como es claro se mueven. Fuera de esto, nada puede entenderse ni aun por imaginación, comprensivamente, o análogamente a lo comprensible, como que está recibido por todas las naturalezas, y no como que se llaman secuelas y efectos de ello. [Esto mismo dice en el libro I De la Naturaleza, en el XIV, en el XV y en el Epítome grande.]

De los cuerpos, unos son concreciones y otros son cuerpos simples de que las concreciones se forman. Son éstos indivisibles e inmutables, puesto que no pueden pasar todos a la no existencia, antes bien perseveran firmes cuando se disuelven los compuestos, siendo llenos por naturaleza, y no tienen en qué ni cómo se disuelvan. Así, los principios de las cosas precisamente son las naturalezas de estos cuerpos átomos o indivisibles. Aun el universo es infinito e ilimitado: porque lo que es limitado tiene término o extremo: el extremo se mira por causa de otro: así, lo que no tiene extremo tampoco tiene fin; lo que no tiene fin es infinito y no limitado. El universo es infinito, ya por la muchedumbre de estos cuerpos, ya por la magnitud del vacuo: porque si el vacuo fuese infinito y los cuerpos finitos, nunca estos cuerpos reposarían, sino que andarían dispersos por el vacuo infinito, no teniendo quien lo fijase y comprimiase en sus choques y percusiones. Si el vacuo fuese finito y los cuerpos infinitos, no tendrían estos cuerpos infinitos adonde estar.

Más: estos cuerpos indivisibles y llenos, de los cuales se forman las concreciones y en los cuales se disuelven, son incomprensibles o incapaces de ser circunscritos, por la variedad de sus figuras; pues no es posible que la gran diferencia de estas mismas figuras conste de átomos comprendidos. Y más, que cada figura contiene simplemente infinitos átomos; aunque en las

diferencias o variedades no son simplemente infinitos, sino sólo incomprendibles. [Pues, como dice más abajo, no hay división en infinito. Dice esto porque sus cantidades se mudan; si no es que alguno las eche simplemente al infinito aun en cuanto a las magnitudes.]

Los átomos se mueven continuamente. [Y más abajo dice «que se mueven con igual celeridad de movimiento, prestándoles el vacuo perpetuamente semejante viaje, tanto a los levísimos cuanto a los gravísimos. Que unos están muy distantes entre sí; otros retienen su trepidación cuando están inclinados a complicarse, o son corroborados por los complicables. La naturaleza del vacuo que separa cada átomo es quien obra esto, ya que no puede darles firmeza. La solidez que ellos tienen causa su trepidación y movimiento, a efectos de la colisión. Que estos átomos no tienen principio, supuesto que ellos y el vacuo son causa de todo.» Dice también más adelante: «Que los átomos no tienen ninguna cualidad, excepto la figura, la magnitud y la gravedad.» Y en el libro décimo de sus Elementos o Instituciones afirma: «Que el color de los átomos se cambia según la variedad de sus posiciones; como también que acerca de ellos no se trata de magnitud propiamente tal, puesto que el átomo nunca se percibió por los sentidos.»] Esta voz, cuando se recuerda todo esto, envía a la mente un tipo o imagen idónea de la naturaleza de las cosas.

Hay infinitos mundos, sean semejantes o desemejantes; pues siendo los átomos infinitos, como poco ha demostramos, son también llevados remotísimamente. Ni los átomos (de los cuales se hizo o se pudo hacer el mundo) quedaron asumidos en un mundo ni en infinitos; en semejantes a éste, o en desemejantes. Así, no hay cosa que impida la infinidad de mundos. Aun los tipos o imágenes son semejantes en figura a los sólidos y firmes, no obstante que su pequeñez dista mucho de lo perceptible y aparente. Ni estas separaciones o apartamientos pueden no hacerse en lugar circunscrito, ni la aptitud no proceder de la operación de los vacuos y pequeñeces, ni los efluvios dejar de conservar en adelante la situación y base que tienen en los sólidos. A estos tipos los llamamos imágenes. Asimismo, este llevamiento hecho por el vacuo sin choque alguno con otras cosas, es tan veloz, que corre una longitud incomprensible por grande, en un punto indivisible de tiempo; pues igual lentitud y velocidad reciben con la repercusión y la no repercusión. Ni por eso el cuerpo que es llevado hacia abajo llega a muchos lugares igualmente, según los tiempos que especulamos por la razón, pues esto es incomprensible; y él viene juntamente en tiempo sensible de cualquiera paraje del infinito, pero no viene de aquél de quien concebimos es hecho el llevamiento. Lo mismo sucederá a la repercusión, aunque mientras tanto dejemos sin interrupción lo breve del llevamiento.

Es útil poseer este principio, o sea elemento, por razón que las imágenes buenas y provechosas usan de las más extremadas tenuidades. Tampoco se les opone ninguna cosa aparente, y por eso tienen una velocidad extrema, siéndoles proporcionado y conmensurable todo poro o conducto. Además que a su infinito nada o pocas cosas hay que causen obstáculo, cuando a lo mucho o infinito siempre hay quien obste. Añádase que la producción de las imágenes se hace tan velozmente como el pensamiento. El flujo de efluvios de la superficie de los cuerpos es continuo y desconocido de los sentidos, por la plenitud opuesta que guarda en el sólido la situación y orden de los átomos por mucho tiempo, si bien alguna vez está confusa. Las congresiones en el contenido o circunscrito son veloces, por no ser necesario que la plenitud se haga según la profundidad; y hay algunos otros modos que producen estas naturalezas: ni cosa alguna de éstas relucta a los sentidos si atiende uno a cómo las imágenes producen las operaciones cuando de las cosas externas remiten a nosotros las simpatías, o sea correspondencias.

Conviene, pues, juzgar que cuando entra alguna cosa externa en nosotros, vemos sus formas y las percibimos con la mente. Ni las cosas externas pueden descubrirnos su naturaleza, su color y su figura de otro modo que por el aire que media entre nosotros y ellas; o bien por los rayos o por cualesquiera emisiones o efluvios que de nosotros parten a ellas. Así que nosotros vemos viniendo de las cosas a nosotros ciertos tipos o imágenes de los colores y formas semejantes, arregladas a una proporcionada magnitud, y entrándonos brevísimamente en la vista o en el entendimiento. Después, cuando volvemos la fantasía por la misma causa de uno y continuo, y conservamos la simpatía del sujeto según la conmensurada fijación nacida de allí y de la plasmación de los átomos según la profundidad en el sólido, y la imaginación que concebimos claramente por el entendimiento o por los órganos sensorios, sean de forma, sean de accidentes; ésta es la forma del sólido, engendrada según la densidad sobrevenida, o sea el vestigio remanente de la imagen.

En lo que opinamos hay siempre falsedad y error cuando por testimonio no se confirma, o por testimonio se refuta: y no atestiguado después según el movimiento que persevera en nosotros de la accesión fantástica o imaginaria, por medio de cuya separación se comete el engaño. La semejanza de los fantasmas recibidos como imágenes, ya sea en sueños, ya por cualesquiera otras acepciones de la mente, ya por los demás sentidos, no estarían adonde están, ni se llamarían verdaderas si no fuesen algo, a saber, aquello a que nos dirigimos o arrojamos. Ni habría error si no recibiésemos también algún otro movimiento en nosotros mismos, unido sí, pero que tiene intervalo. Según este movimiento unido (bien que con intervalo) a la accesión fantástica, si no se confirma con testimonio, o con testimonio se contradice, se hace la falsedad: o mentira; pero si confirma con testimonio, o con testimonio no se refuta, se hace la verdad. Importa, pues, mucho retener esta opinión, a fin de que ni se borren los criterios acerca de las operaciones, ni el error confirmado igualmente lo perturbe todo.

La audición se hace siendo llevado algún viento de voz o de ruido, que de algún modo prepare la pasión acústica o auditiva. Esta efusión se esparce en partículas de igual mole, que conservan consigo cierta mutua simpatía, unidad y virtud propia, la cual penetra hasta donde se envían o dirigen, y que por lo regular es causa de que el otro sienta o perciba. Pero si no prepara por lo menos lo externo solamente, pues sin dimanar de allí alguna simpatía, ciertamente no se haría semejante percepción. Así que no conviene creer que es el aire quien recibe la impresión de la voz (o de otras cosas) que viene, pues sufrirá muchos defectos en el padecer esto por ella; sino que la percusión que nos da la voz despedida se hace por ciertas partículas o moléculas de la efusión aérea capaces de obrarla, la cual nos prepara la pasión acústica. Lo mismo es del olfato que de la audición, pues nunca operaría esta pasión si no hubiera ciertas moléculas dimanadas de las cosas conmensuradas a mover el órgano sensorio. Algunas de ellas andan perturbada e impropriamente; otras ordenada y propiamente.

Se ha de suponer que los átomos no traen cualidad alguna de cuanto aparece, excepto la figura, gravedad, magnitud y demás cosas que necesariamente se siguen a la figura, pues toda cualidad se muda; pero los átomos no se mudan, porque es preciso que en las disoluciones de los concretos quede alguna cosa sólida e indisoluble, la cual no se mude en lo que no es, ni de aquello que no es, sino según la trasposición en muchas, y en algunas según la accesión y retrocesión. Así que es preciso que las inmutables sean incorruptibles y no tengan naturaleza de cosa mudable, sino corpúsculos y figuraciones propias. Es necesario, pues, que permanezcan. Y en las cosas que en nosotros voluntariamente se transforman, se recibe la figura que en ellos permanece; pero las cualidades que no están en lo que se muda, no quedan con ella, sino que de todo el cuerpo se aniquilan y destruyen. Pueden, pues, las cosas que restan hacer

suficientemente diversas concreciones, ya que es preciso queden algunas cosas y no todas paren en el no ser.

No se ha de creer que en los átomos hay magnitud absoluta, pues acaso lo que aparece podría atestiguar lo contrario; sino que hay ciertas mutaciones en las magnitudes. Siendo esto así, se podrá dar mejor razón de las cosas que se hacen según las pasiones y sentidos. El tener los átomos magnitud absoluta o sensible, de nada serviría a las diferencias de las cualidades, además que si la tuvieran, los átomos se nos presentarían visibles, lo cual no vemos acontezca, ni podemos concebir pueda el átomo hacerse visible. Añádese a esto que no se debe juzgar que en un cuerpo finito haya infinitos corpúsculos y de cualquiera tamaño. Y así, no sólo se debe quitar la sección o división en infinito de mayor en menor (a fin de no debilitar todas las cosas, y luego nos vemos obligados con la comprensión a extenderlas, como se hace con la comprensión de muchos corpúsculos agregados), sino que ni se ha de tener por dable la transición de las cosas finitas en infinitas, aun de mayor a menor. Ni tampoco luego que se dice que una cosa tiene infinitos corpúsculos o de cualesquiera tamaños, se puede entender claramente cómo esta magnitud pueda ser también finita, pues cuando los corpúsculos tienen cantidad cierta, es evidente que no son infinitos; y al contrario, siendo ellos de magnitud determinada, lo sería también de magnitud misma, siendo así que su extremidad es de tenuidad infinita. Y si esta extremidad no se ve por sí misma, no hay modo de entender lo que desde ella se sigue; y siguiendo así en adelante, será fuerza proceder en infinito con la mente.

Débase también considerar en lo mínimo que hay en el sentido, que ni es tal como lo que tiene mutaciones, ni tampoco del todo semejante, sino que tiene algo de común con las digresiones; pero no tiene intervalo de partes. Y cuando por la semejanza de comunión creemos haber comprendido algo de él, prescindiendo de una y otra parte, precisamente hemos de incidir en igualdad. Luego contemplamos estas cosas comenzando de lo primero; y no en sí mismo, ni porque une partes a partes, sino en la propiedad de éstas, la cual mide sus magnitudes, mucho las grandes y poco las pequeñas. Por esta analogía se ha de juzgar el uso de la pequeñez o mínimo del átomo, pues consta que en pequeñez se diferencia de lo que vemos por el sentido, pero usa de la misma analogía. Y que el átomo tenga magnitud por dicha analogía, lo hemos argüido, dándole pequeñez solamente, excluyendo la longitud. Más: se ha de juzgar que las longitudes tienen sus confines mínimos, pero no confusos, los cuales por sí mismos proporcionan dimensión a los átomos mayores y menores, por la contemplación del raciocinio en las cosas visibles; pues lo que tienen de común con los inmutables basta para llegar a perfeccionar lo que son hasta entonces.

La conducción unida de los que tienen movimiento no puede hacerse; y de lo infinito, sea supremo o ínfimo, no se ha de decir que está arriba o abajo, pues sabemos que si lo que se entiende estar sobre la cabeza lo suponemos procedente en infinito, nunca se nos manifestará; ni lo que está debajo de lo así entendido será tampoco infinito a un mismo tiempo hacia arriba y hacia abajo, pues esto no puede entenderse. Así que de la conducción o progreso en infinito, sólo se ha de concebir una hacia arriba y otra hacia abajo; aunque infinitas veces lo que nosotros llevamos hacia lo que está sobre nuestra cabeza, llega a los pies de las cosas superiores, o bien a las cabezas de las inferiores lo que llevamos hacia abajo. Con todo, el movimiento universal opuesto uno a otro, se entiende en infinito.

Es también preciso tengan los átomos igual velocidad cuando son llevados por el vacío sin chocar con nadie, pues suponiendo que nada encuentran que les obste, ni los graves corren más que los leves, ni los menores más que los mayores, teniendo todos su conducto conmensurado o proporcionado, y no hallando tampoco quien les impida ni el

llevarlo o movimiento superior, ni el oblicuo por los choques, ni el inferior por los pesos propios. En cuanto uno retiene a otro, en tanto tendrá movimiento, unido a la mente e inteligencia, mientras que nada se le oponga o extrínsecamente, o por el propio peso, o por la fuerza del que choca. Aun a las concreciones hechas no serán llevadas una más velozmente que otra, siendo los átomos iguales en velocidad, por ser llevados a un lugar mismo los átomos de tales concreciones, y en tiempo indivisible. Pero si no van a un lugar mismo, irán en tiempo considerado por la razón, si son o no frecuentes sus choques, hasta que la misma continuación del llevarlo los sujete a los sentidos. Lo que opinan juntamente acerca de lo invisible, a saber, que los tiempos que se han de considerar por la razón deben tener movimiento perenne, no es verdadero en nuestro asunto, pues todo lo que se ve, o lo que por acesión recibe la inteligencia, es verdadero. Después de todo esto, conviene discurrir del alma en orden a los sentidos y a las pasiones, pues así tendremos una solidísima prueba de que el alma es cuerpo compuesto de partes tenuísimas, difundido por toda la concreción o conglobación, pero muy semejante a espíritu, que tiene temperamento cálido, de un modo parecido a éste, de otro modo parecido a aquél. En particular recibe muchas mutaciones por la tenuidad de sus partes, y aun por las partes mismas; pero ella tiene más simpatía con la concreción suya que con toda la restante. Todo esto lo declaran las fuerzas del alma, las pasiones, los movimientos ligeros, los pensamientos y demás cosas, las cuales, si nos faltan, morimos.

También se ha de tener por cierto que el alma tiene mucha causa en el sentido; pero no la tendría si en cierto modo no la cubriese todo lo demás del concreto. Y aunque este resto del concreto le prepara esta causa, y es participe del evento mismo, no lo es, sin embargo, de todos los que ella posee; por lo cual, apartándosele el alma, ya no tiene sentido, pues él no participaba en sí de aquella virtud, sino que la naturaleza la preparó al otro, como engendrado con él: lo cual, ejecutándolo por una virtud perfecta para con él, y consumándolo luego según el movimiento sensible sobrevenido, lo comunica por un influjo común y simpatía, como dije. Así, aun coexistiendo el alma, quitada alguna otra parte, nunca queda el sentido entero: como también ésta perecería juntamente disolviéndose quien la cubre, ya sea todo, ya sea alguna parte en quien resida la agudeza y eficacia del sentido. Lo restante del concreto o masa que queda, sea unido, sea por partes, no tiene sentido separada el alma: pues a la naturaleza de ésta pertenece una gran multitud de átomos. Y así, disuelta la concreción, se esparce y difunde, el alma, y no tiene ya las mismas fuerzas, ni se mueve. Tampoco le queda el sentido, porque no se puede entender que ella sienta si no es usando dichos movimientos en este compuesto, cuando lo que la cubre y contiene no es tal cual es aquello en que existiendo tiene dichos movimientos.

[Todavía dice esto mismo en otros lugares; y que el alma se compone de átomos sumamente lisos y redondos, muy diferentes de los del fuego, y que lo que está esparcido por lo demás del cuerpo es la parte irracional de ella; pero que la parte racional es la que reside en el pecho, como se manifiesta por el miedo y por el gozo. Que el sueño se hace cuando por el trabajo padecen las partes del alma difundidas por toda la masa corpórea, por ser retenidas o por divagar, y luego caen unidas con las divagantes. Que el esperma se recoge de todos los cuerpos (2); y conviene notar que no es incorpóreo, pues lo dice según la frecuencia del nombre, y no de lo primero que de él se entiende. Según él, no es inteligible lo incorpóreo sino en el vacío. Este vacío ni puede hacer ni padecer; sino que por sí solo da movimiento a los cuerpos. Así, los que dicen que el alma es incorpórea, deliran; pues si fuera tal, no podría hacer ni padecer; pero nosotros vemos prácticamente; en el alma ambos efectos.]

Quien refiera a las pasiones y sentidos estos raciocinios acerca del alma, y tenga presente lo que dijimos al principio, entenderá bastante estar todo comprendido en los tiempos, de manera que pueda explicarse por partes con toda seguridad y firmeza. Lo mismo se ha de decir de las figuras, los dolores, las magnitudes, las gravedades y demás cosas predicadas de los cuerpos como propias de ellos y existentes en todos, a lo menos en los visibles o en los conocidos por los sentidos y que por sí mismos no son naturalezas. Esto no puede entenderse ni como lo no existente, ni como algunas cosas incorpóreas existentes en el cuerpo, ni como partículas de éste, sino como todo el cuerpo que tiene universalmente naturaleza eterna compuesta de todas estas cosas, ni puede ser conducido sin ellas: como cuando de los mismos corpúsculos se forma una masa o concreción mayor, sea de los primeros, o de magnitudes de el todo, pero en algo menores; sino sólo, como digo, que tiene de todos ellos su naturaleza eterna. También se ha de saber que todas estas cosas tienen sus propias adiciones e intermisiones, pero siguiéndole la concreción, y no separándose nunca, sino aquélla que, según la inteligencia concreta del cuerpo, recibe el predicado. También acontece muchas veces a los cuerpos el seguirseles lo que no es eterno ni incorpóreo aun en las cosas invisibles. De manera, que usando de este nombre según la común acepción, manifestamos que los accidentes ni tienen la naturaleza de el todo a la cual llamamos cuerpo, tomada en concreto, ni la de los que perpetuamente le siguen, sin los cuales no puede imaginarse cuerpo. Pero según ciertas adiciones, siguiéndose el concreto, nombramos cada cosa; y a veces la contemplamos cuando acaece cada una, aun no siguiéndose perpetuamente los accidentes.

Ni esta perspicuidad o evidencia se ha de expeler del ente, porque no tiene naturaleza de el todo, a quien sobreviene algo, que también llamamos cuerpo; ni la de los que siguen eternamente, ni la de lo que se cree subsistir por sí mismo. Esto no se ha de entender acerca de dichas cosas, ni de las que suceden eternamente; sino que aun los accidentes se han de tener todos por cuerpos según aparecen, y no perpetuamente, adjuntos o siguientes: ni tampoco que tengan por sí mismos orden de naturaleza o substancia, sino que se ven conforme a modo que da el mismo sentido.

También se debe considerar mucho que no se ha de inquirir el tiempo como inquirimos las demás cosas en el sujeto, refiriéndonos a las anticipaciones que se ven en nosotros, sino que se ha de raciocinar por el mismo efecto, según el cual pronunciamos, mucho tiempo o poco tiempo, teniendo esto y usándolo innata o congénitamente. Ni se han de ir cazando en esto ciertas locuciones como a más hermosas, sino usar las que hay establecidas acerca de ello. Ni predicar de él ninguna otra cosa como que es consustancial al idioma mismo. Algunos lo ejecutan así; pero yo quiero se colija que aquí sólo recogemos y medimos lo que es propio en nuestro asunto; y esto no necesita demostración, sino reflexión, pues a los días y a las noches, y aun a sus partes, añadimos tiempo. Lo mismo hacemos en las pasiones, en las tranquilidades, movimientos y reparos, entendiendo de nuevo algún otro evento propio de ello acerca de estas cosas, según el cual nombramos el tiempo. [Esto lo dice también en el libro II De la naturaleza y en el Epítome grande.]

[Después de lo referido sigue diciendo: que se ha de creer que los mundos fueron engendrados del infinito, según toda concreción finita semejante en densidad a las que vemos, siendo todas éstas discretas y separadas por sus propias revoluciones mayores y menores; y que luego vuelven a disolverse todas, unas con brevedad, otras con lentitud, padeciendo esto unas por éstas, y otras por aquéllas. Es, pues, constante que dice ser los mundos corruptibles, puesto que se mudan sus partes. Y en otros lugares dice que la tierra está sentada sobre el aire. Que no se debe juzgar que los mundos necesariamente tienen una misma figura; antes que son diferentes lo dice en el libro XII tratando de

esto, a saber: que unos son esféricos, otros elípticos, y otros de otras figuras; pero, no obstante, no las admite todas.]

Tampoco los animales procedieron del infinito, porque nadie demostrará cómo se recibieron en este mundo tales semillas de que constan los animales, las plantas y todas las demás cosas que vemos, pues esto no pudo ser allá, y se nutrieron del modo mismo. De la misma forma se ha de discurrir acerca de la tierra. Se ha de opinar asimismo que la naturaleza de los hombres fue instruida y coartada en muchas y varias cosas por aquellos mismos objetos que la circundan, y que sobreviniendo a esto el raciocinio, extendió más aquellas nociones, aprovechando en una más presto y en otras más tarde, pues unas cosas se hallan en períodos y tiempos largos desde el infinito, y otras en cortos. Así, los nombres al principio no fueron positivos, sino que las mismas naturalezas de los hombres teniendo en cada nación sus pasiones propias y propias imaginaciones, despiden de su modo en cada una el aire según sus pasiones e imágenes concebidas, y al tenor de la variedad de gentes y lugares. Después generalmente fue cada nación poniendo nombres propios, para que los significados fuesen entre ellos menos ambiguos y se explicasen con más brevedad. Luego añadiendo algunas cosas antes no advertidas, fueron introduciendo ciertas y determinadas voces, algunas de las cuales las pronunciaron por necesidad, otras las admitieron con suficiente causa, interpretándolas por medio del raciocinio.

Respecto a los meteoros, el movimiento, el regreso (3), el eclipse, el orto, el ocaso y otros de esta clase, no se ha de creer se hacen por ministerio, orden y mandato de alguno que tenga al mismo tiempo toda bienaventuranza con la inmortalidad, pues a la bienaventuranza no corresponden los negocios, las solicitudes, las iras, los gustos, sino que estas cosas se hacen por la enfermedad, miedo y necesidad de los que están contiguos. Ni menos unas naturalezas ígneas y bienaventuradas querrían ponerse en giro tan arrebatado; sino que el todo guarda aquel ornato y hermosura, puesto que, según los nombres, todas las cosas son conducidas a semejantes nociones, y de ellas nada parece repugna a aquella belleza, porque si no, causaría esta contrariedad gran perturbación en las almas. Y así, se ha de opinar que esta violenta revolución se hace según la que recibió al principio en la generación del mundo; y así cumple exactamente por necesidad este período.

Además, se ha de saber que es obra de la fisiología la diligente exposición de las causas de las cosas principales, que lo bienaventurado incide en ella acerca del conocimiento de los meteoros, escudriñando con diligencia qué naturalezas son las que se advierten en tales meteoros y cosas congénitas. Igualmente que tales cosas o son de muchos modos, o en lo posible, o de otra diversa manera; pero que simpliciter, no hay en la naturaleza inmortal y bienaventurada cosas que causen discordia o perturbación alguna. Y es fácil al entendimiento conocer que esto es así. Lo que se dice acerca del ocaso, del orto, del retroceso, del eclipse y otras cosas de este género, nada conduce para la felicidad de la ciencia; y los que contemplan estas cosas tienen semejantemente sus miedos, pero ni saben de qué naturaleza sean, ni cuáles las principales causas, pues si las supiesen anticipadamente, acaso también sabrían otras muchas, no pudiendo disolverse el miedo por la precognición de todo ello según la economía de las cosas más importantes. Por lo cual son muchas las causas que hallamos de los regresos, ocasos, ortos, eclipses y demás a este modo, como también en las cosas particulares.

Y no se ha de juzgar que la indagación sobre el uso de estas cosas no se habrá emprendido con tanta diligencia, cuanta pertenece a nuestra tranquilidad y dicha. Así que, considerando bien de cuántas maneras se haga en nosotros la tal cosa, se debe disputar sobre los meteoros y todo lo no explorado, despreciando a los que pretenden que estas cosas se hacen de un solo modo, y ni añaden otros modos, según la fantasía

nacida de los intervalos, ni menos saben en quiénes no se halle la tranquilidad. Juzgando, pues, que debe admitirse el que ello se hace de tal modo, y de otros por quienes también hay tranquilidad, y enseñando que se hace de muchos modos, como si viésemos que así se hace, estaremos tranquilos.

Después de todo esto, se debe considerar mucho que la principalísima perturbación que se hace en los ánimos humanos consiste en que estas cosas se tienen por bienaventuradas e incorruptibles, y que sus voluntades, operaciones y causas son juntamente contrarias a ellas; en que los hombres esperan y sospechan, creyendo en fábulas, un mal eterno; o en que, según esta insensibilidad temen algo en la muerte, como si quedase el alma en ellos, o aun en que no discurren en estas cosas y padecen otras por cierta irracional confianza. Así los que no defienden el daño, reciben igual o aun mayor perturbación que los ligeros que tales cosas opinaban.

La imperturbación o tranquilidad consiste en que, apartándonos de todas estas cosas, tengamos continua memoria de las cosas universales y principalísimas. Así, debemos, atender a las presentes y a los sentidos, en común a las comunes, en particular a las particulares, y a toda la evidencia del criterio en el juicio de cada cosa. Si atendemos a esto, hallaremos ciertamente las causas de que procede la turbación y el miedo, y las disiparemos; como también las causas de los meteoros y demás cosas que de continuo suceden y que los hombres temen en extremo.

Esto es, en resumen, amigo Heródoto, lo que te pensé escribir en orden a la naturaleza de todas las cosas. Su raciocinio va tan fundado, que si se retiene con exactitud, creo que aunque no ponga uno el mayor desvelo en entenderlo todo por partes, superará incomparablemente en comprensión a los demás hombres; pues explicará por sí mismo y en particular muchas cosas que yo trato aquí en general, aunque con exactitud; y conservándolo todo en la memoria, se aprovechará de ello en muchas ocasiones. En efecto, ello es tal, que los que ya hubiesen indagado bien las cosas en particular o hubiesen entrado perfectamente en estos análisis, darán otros muchos pasos adelante sobre toda la Naturaleza; y los que todavía no hubiesen llegado a perfeccionarse en ellas, o estudiasen esto sin voz viva que se lo explique, con sólo que apliquen la mente a las cosas principales, no dejarán de caminar a la tranquilidad de la vida.

Epicuro a Pitocles: gozarse

Diome Cleón tu carta, por la cual vi permaneces en tu benevolencia para conmigo, digna por cierto del amor que yo te profeso, y que no sin inteligencia procurabas introducirte en asuntos tocantes a la vida feliz. Pedísteme te enviase un Compendio de los meteoros, escrito con buen estilo y método para aprenderlo fácilmente, ya que los demás escritos míos dices son arduos de conservar en la memoria, por más que uno los estudie de continuo. Abracé gustosamente tus ruegos, y quedé sorprendido con gratísimas esperanzas. Así, habiendo escrito ya todas las otras cosas, concluí también el Tratado que deseas, útil sin duda a otros muchos, principalmente a los que poco ha comenzaron a gustar de la genuina fisiología, y a los que se hallan en la profunda ocupación de negocios encíclicos y continuos. Recibe, pues, atentamente estos preceptos, y recorrelos con cuidado tomándolos de memoria, junto con los demás que en un breve Compendio envié a Heródoto.

Primeramente se ha de saber que el fin en el conocimiento de los meteoros (ya se llamen conexos, ya absolutos) no es otro que el librarnos de perturbaciones, y con la mayor

seguridad y satisfacción, al modo que en otras cosas. Ni en lo imposible se ha de gastar la fuerza ni tener consideración igual en todas las cosas, o a los discursos escritos acerca de la vida o a las interpretaciones de otros problemas físicos; v. gr.: que el universo es cuerpo y naturaleza intocable, o que el principio son los átomos, y otras cosas así, que tienen única conformidad con las que vemos, lo cual no sucede en los meteoros. Pero éstos tienen muchas causas de donde provengan, y un predicado de substancia cónsono a los sentidos. Ni se ha de hablar de la Naturaleza según axiomas y legislaciones nuevas, sino establecerlos sobre los fenómenos; pues nuestra vida no ha menester razones privadas o propias, ni menos gloria vana, sino pasarla tranquilamente.

Todo, pues, en todos los meteoros se hace constantemente de diversos modos, examinado concordemente por los fenómenos, cuando uno deja advertidamente lo probable que de ellos se dice. Cuando uno, pues, deja esto y desecha aquello que es igualmente conforme a lo que se ve, claro es que cayendo de todo el conocimiento de la Naturaleza, se ha difundido en la fábula. Conviene tomar algunas señales de lo que se perfecciona en los meteoros, y algunas también de los fenómenos que se hacen en nosotros, que se observan y que realmente existen, y no las que aparecen en los meteoros (4), pues no se puede recibir se hagan estas cosas de muchos modos. Debe, no obstante, separarse cualquiera imagen o fantasma, y dividirlo con sus adherentes; lo cual no se opone a las cosas que, acaecidas en nosotros, se perfeccionan de varios modos.

El mundo es un complejo que abraza el cielo, los astros, la tierra y todo cuanto aparece, el cual es una parte del infinito, y termina en límite raro o denso; disuelto éste, todo cuanto hay en él se confunde. O bien que termina en lo girado o en lo estable, por circunscripción redonda, triangular o cualquiera otra; pues todas las admite cuando no hay fenómeno que repugne a este dicho mundo, en el cual no podemos, comprender término. Que estos mundos sean infinitos en número puede comprenderse con el entendimiento, y que un tal mundo puede hacerse ya en el mundo mismo, ya en el intermedio (así llamo al intervalo entre los mundos) en lugar de muchos vacuos, y no en grande, limpio y sin vacuo, como dicen algunos. Quieren haya ciertas semillas aptas, procedidas de un mundo, de un intermundo, o bien de muchas, las cuales poco a poco reciben aumento, coordinación y mutación de sitio si así acontece, y que son idóneamente regadas por algunas cosas hasta su perfección y permanencia, en cuanto los fundamentos supuestos son capaces de tal admisión. No sólo es necesario se haga concreción y vórtice en aquel vacuo en que dicen se debe formar el mundo por necesidad, según opinan, y que se aumenta hasta dar con otro, como afirma uno de los que se llaman físicos; pero esto es repugnante a lo que vemos.

El sol, la luna y demás astros no hechos según sí mismos, después fueron recibidos del mundo. Asimismo la tierra y el mar y todos los animales que luego se iban plasmando y recibían incremento según las uniones y movimientos de ciertas pequeñas naturalezas, o llenas de aire o de fuego, o de ambos. Así persuade estas cosas el sentido. La magnitud del sol y demás astros, en cuanto a nosotros, es tanta cuanto aparece (5). [Esto también lo trae en el lib. II De la Naturaleza; porque si perdiese, dice, por la gran distancia, mucho más perdería el calor; y que para el sol no hay distancia más proporcionada que la que tiene, en cuanto a él, sea mayor, sea algo menor o sea igual a la que se ve.] De la misma suerte nosotros un fuego que vemos de lejos, por el sentido lo vemos. Y en suma, toda instancia en esta parte, la disolverá fácilmente quien atienda a las evidencias, según demostraremos en los libros De la Naturaleza.

El orto y ocaso del sol, luna y demás astros pueden hacerse por encendido y extinción (6) si tal fuese su estado, y aun de otros modos, según lo antedicho, pues nada de lo que vemos se opone. Pudiera igualmente ejecutarse por aparición sobre la tierra, y por ocultación, como también se ha dicho, pues tampoco se opone fenómeno alguno. El

movimiento de estos astros no es imposible se haga por el movimiento de todo el cielo; o bien que estando éste quieto, y moviéndose aquéllos, por necesidad que se les impusiese el principio en la generación del mundo, salen del oriente, y luego por el calor y voracidad del pábulo ígneo, van siempre adelante a los demás parajes. Los regresos del sol y luna es admisible se hagan según la oblicuidad del cielo, así acertado por los tiempos; por el ímpetu del aire, o por causa de la materia dispuesta que siempre tienen consigo, de la cual una parte se inflama y la otra queda sin inflamarse; o bien desde el principio este movimiento envuelve y arrebatada consigo dichos astros para que hagan su giro. Todo esto puede ser así, o semejantemente; ni hay cosa manifiesta que se oponga, con tal que estando uno firme siempre en estas partes en cuanto sea posible, pueda concordar cada cosa de éstas con los fenómenos, sin temer los artificios serviles de los astrólogos.

Los menguantes y crecientes de la luna pueden hacerse ya por vuelta de este cuerpo, ya por una semejante configuración del aire, o por anteposición de alguna cosa, o bien por todos los modos que, según los fenómenos que vemos, conducen a semejantes efectos. Si ya no es que alguno, eligiendo uno solamente, de los otros; y no considerando qué cosa es posible vea el hombre, y qué imposible, desee por esto ver imposibles. Más: es dable que la luna tenga luz propia, y dable la reciba del sol; pues entre nosotros se ven muchas cosas que la tienen propia, y muchas que de otros. Y nada impide que de los fenómenos que hay en los meteoros, teniéndolos de muchos modos en la memoria, penetre uno sus consecuencias, y juntamente sus causas, no atendiendo a tales inconsecuencias que suelen correr diversamente en aquel único modo.

La aparición, pues, de la fase en ella puede hacerse por mutación de partes, por sobreposición, y por todos los modos que se viere convienen con los fenómenos. Ni es menester añadir que en todos los meteoros se ha de proceder así, pues si procedemos con repugnancia a las cosas claras, nunca podremos alcanzar la tranquilidad legítima. Los eclipses de sol y luna pueden hacerse por extinción, como vemos se hace esto entre nosotros, y también por interposición de algunos otros cuerpos, o de la tierra o del cielo, o cosa semejante. Así se han de considerar mutuamente los modos congruentes y propios, y juntamente, que las concreciones de algunas cosas no son imposibles.

[En el libro XII De la Naturaleza, dice lo siguiente: «El sol se eclipsa asombrándolo la luna, y la luna se eclipsa dándole la sombra de la tierra, pero según retroceso.» Esto también lo dice Diógenes Epicúreo en el libro I de sus Cosas selectas.] El orden del período es como el que entre nosotros toman algunas cosas fortuitas, y la naturaleza divina en ningún modo concurre a estas cosas, sino que se mantiene libre de semejantes cuidados y en plena bienaventuranza. Si no se practica esto, todo discurso acerca de las causas de los meteoros será vano, como ya lo ha sido para algunos, que no habiendo abrazado el modo posible, dieron en el vano, y creyendo que aquéllos se hacen de un modo solo, excluyen todos los demás aun factibles, se arrojan a lo imposible, y no pueden observar los fenómenos que se han de tener como señales.

La diferencia de longitud de noches y días se hace por apresurar el sol sus giros sobre la tierra y después retardarlos, o porque la longitud de los lugares varía, y anda los unos con mayor brevedad, al modo que también entre nosotros se ven cosas breves y tardas, a cuya comparación debemos tratar de los meteoros. Los que admiten un modo, contradicen a los fenómenos, y no ven de cuánto es capaz el hombre que observa. Las indicaciones o señales pueden hacerse según las contingencias de las estaciones, como vemos sucede entre nosotros a las cosas animadas, y también por otras cosas, como en las mutaciones del aire; pues estas dos razones no repugnan a los fenómenos. Ahora, por cuál de estas causas se haga esto, no es dable saberse.

Las nubes pueden engendrarse y permanecer por las condensaciones del aire o impulsos de los vientos; por las agregaciones de átomos mutuamente unidos y aptos para ello; por acopio de efluvios salidos de la tierra, y aun por otros muchos modos no impide se hagan tales consistencias. Pueden éstas por sí mismas, ya condensándose, ya mudándose, convertirse en agua y luego en lluvias, según la calidad de los parajes de donde vienen y se mueven por el aire, haciendo copiosísimos riegos algunas concreciones, dispuestas a emisiones semejantes.

Los truenos pueden originarse por la revolución del aire en las cavidades de las nubes, a la manera que en nuestros vasos (7); por el rimbombo que hace en ellas el fuego aéreo; por los rompimientos y separaciones de las nubes; por el choque, atrito y quebrantamiento de las mismas cuando han tomado compacción semejante al hielo; y generalmente, los fenómenos mismos nos llaman a que digamos que esta vicisitud se hace de muchos modos.

Los relámpagos asimismo se hacen de varios modos: ya por el choque y colisión de las nubes, pues saliendo aquella apariencia productriz de fuego, engendra el relámpago; ya por vibración venida de las nubes, causada por cuerpos cargados de viento que produce el relámpago; ya por el enrarecimiento de las nubes antes adensadas, o mutuamente por sí mismas o por los vientos; ya por recepción de luz descendida de los astros, impelida después por movimiento de las nubes y vientos, y caída por medio de las mismas nubes; ya por transfusión de una sutilísima luz de las nubes, ya porque el fuego comprime las nubes y causa los truenos; como también por el movimiento de éste, y por la inflamación del viento hecha por el llevamiento arrebatado o giró vehemente. También puede ser que rompimiento de las nubes a violencia de los vientos, y caída de los átomos causadores del fuego, se produzca la imagen del relámpago. Otros muchos modos observará fácilmente quien atienda a los fenómenos que vemos, y pueda contemplar las cosas a ellos semejantes.

El relámpago precede al trueno en dichos globos de nubes, porque luego que cae el soplo de viento es expelida la imagen creatriz del relámpago; después el viento envuelto allí hace aquel ruido, y según fuere la inflamación de ambos, lleva también mayor velocidad y ligereza el relámpago hacia nosotros; pero el trueno llega después, al modo que en las cosas que vemos de lejos que dan algunos golpes.

Los rayos pueden hacerse, ya por muchos globos de viento, ya por su revolución y vehemente inflamación; por rompimiento de alguna parte y su violenta caída a parajes inferiores, y regularmente son los montes elevados donde los rayos caen; por hacerse la ruptura a causa de que las partes que se le siguen son más densas por la densidad de las nubes revueltas por esta caída del fuego. Como también puede hacerse el trueno por haberse excitado mucho fuego, el cual cargado de viento fuerte rompa la nube, no pudiendo pasar adelante a causa de que el recíproco adensamiento se hace de continuo; y de otros muchos modos pueden hacerse los rayos, sin que se mezclen fábulas, como no las habrá cuando uno juzgue de las cosas ocultas siguiendo atentamente las manifiestas.

Los présteres o huracanes pueden hacerse por las muchas nubes que un continuo viento impele hacia abajo, o por un gran viento que corra con violencia e impela por defuera las nubes unas a otras; por la perístasis (8) del viento cuando algún aire es oprimido por arriba circularmente; por afluencia grande de vientos que no pueden disiparse por partes opuestas, a causa de la densidad del aire circunvecino. Si el préster baja hasta la tierra, se levantan torbellinos, al paso que se hace el movimiento del viento, y si baja al mar vórtices de agua.

Los terremotos pueden provenir o del viento encerrado en la tierra, el cual pugnando en los entumecimientos menores de ella, se mueve de continuo cuando prepara la agitación

de la tierra, y la va ocupando otro viento de afuera; o por el aire que entra debajo del suelo, o en parajes cavernosos de la tierra, adensado a la violencia de los soplos. Según este tránsito, pues, de movimientos de muchas partes inferiores y sólidas, y de su resorte cuando da en partes de la tierra más densas, es dable se hagan los terremotos, no negando puedan también hacerse de otros muchos estos movimientos de la tierra.

Los vientos suelen excitarse en ciertos tiempos, cuando continuamente y de poco en poco se van uniendo partículas heterogéneas, y también por juntarse gran copia de agua. Los vientos menos fuertes se hacen cuando entran pocos soplos en muchas cavidades, y se distribuyen en todas ellas.

El granizo se forma o por una concreción fuerte proveniente de todos lados a causa de la perístasis y distribución de algunas partículas impregnadas de aire, o por concreción moderada, cuando algunas otras partículas como de agua salen igualmente y hacen la opresión de los granos, y también por rompimiento, de manera que cada grano subsista de por sí y se concreten en abundancia. Su forma esférica, no es imposible se haga o por liquidación de sus ángulos y extremos en rededor al tiempo de tomar consistencia, como dicen algunos, o porque su circunferencia, sea de partes ácueas o sea de aéreas, tiene igual presión por todas partes.

La nieve puede hacerse o cayendo de las nubes el agua tenue por poros proporcionados, o condensándose las nubes dispuestas y esparciéndolas los vientos, adquiriendo luego mayor densidad con el movimiento, por el estado de vehemente frialdad que tienen las nubes en parajes inferiores; o por concreción hecha en las nubes de igual variedad, puede hacerse esta emisión de ellas, encontrándose mutuamente las partículas parecidas al agua, y quedándose unidas, las mismas que compeliéndose entre sí, forman el granizo; todas las cuales cosas se hacen principalmente en el aire. No menos, por el choque de las nubes ya densas, se coagula y forma la gran copia de nieve, y todavía se puede hacer de otros muchos modos.

El rocío se hace congregándose del aire mutuamente las partículas que son causa de esta humedad; pero también por la extracción de ellas de parajes húmedos o que contienen aguas, en cuyos sitios se hace principalmente el rocío. Cuando el acopio de tales vapores toma un lugar y se perfecciona en humedad, vuelve a moverse hacia abajo y cae en varios parajes, al modo que entre nosotros se hacen cosas semejantes a ésta (9).

La escarcha se hace tomando estos rocíos cierta consistencia y densidad, por la fría perístasis del aire. El hielo se hace perdiendo el agua su figura esférica, compeliéndose los triángulos escalenos y acutángulos del agua, y por la mezcla y aumento que se hace exteriormente de otras cosas, las cuales, coartadas y quebrantadas las cantidades o partes esféricas, disponen el agua a la concreción.

El arco iris se hace hiriendo los resplandores del sol en el aire húmedo; o por cierta naturaleza propia de la luz y del aire que produce las propiedades de estos colores (ya sean todos, ya uno solo), la cual, reflejando luego en lo más vecino del aire, recibe el color que vemos brillar en aquellas partes. El ser circular su figura proviene de que su intervalo se ve igual todo en rededor; o porque los átomos que andan en el aire reciben tal impulso; o porque llevados estos átomos con las nubes por el mismo aire cercano a la luna, dan a esta concreción una forma orbicular.

El halón o corona alrededor de la luna se hace cuando por todas partes concurre fuego a ella, y los flujos que la misma despide resisten con igual fuerza, de modo que forman un círculo nebuloso y permanente a su rededor, sin discernirse del todo uno de otro; o bien sea que removiendo la luna a igual distancia el aire en contorno, forma aquella densa perístasis o círculo a su rededor. Lo cual se hace por algunas partes o flujos que impelen exteriormente, o por el calor que atrae allí algunas densidades a propósito para causar esto.

Los cometas se hacen o porque a ciertos tiempos se coliga en lo alto cantidad de fuego en ciertos lugares; o porque la perístasis o circunferencia del cielo tiene a tiempos cierto movimiento propio sobre nosotros que manifiesta tales, astros; o porque ellos mismos, en algunos tiempos, son llevados por alguna perístasis, y viniendo a nuestras regiones se hacen manifiestos. Su defecto u ocultación se hace por las causas opuestas a lo dicho, dando giro a algunas de estas cosas, la cual acontece, no sólo porque esté quieta esta parte del mundo a cuyo rededor gira lo restante, como dicen algunos, sino porque el movimiento circular del aire le está en rededor, y le impide el giro que tienen los demás: o porque ya en adelante no les es apta la materia, sino sólo allí donde los vemos puestos. Aún puede hacerse esto de otros muchos modos, si sabemos inferir por raciocinio lo que sea conforme a lo que se nos manifiesta.

Algunos astros van errantes, cuando acontece que tomen semejantes movimientos; otros no se mueven. Es dable que aquéllos, desde el principio fuesen obligados a moverse contra lo que se mueve circularmente, de modo que unos sean llevados por una misma igual revolución, y otros por otra que padezca desigualdades. Puede ser también que en los parajes adonde corren haya algunos en que las extensiones del aire sean iguales, y les impelan así adelante, y ardan con igualdad; y en otros sea tanta la desigualdad, que aun lo que se ve haga mutaciones. El dar una sola causa de estas cosas, siendo muchas las que los fenómenos ofrecen, lo hacen necia e incongruamente los que andan ciegos en la vana astrología, y dan en vano las causas de algunas cosas, sin separar a la naturaleza divina de estos ministerios.

Obsérvese a veces que algunos astros se dejan detrás a otros, ya porque éstos andan con más lentitud, aunque hacen el mismo giro, ya porque tienen otro movimiento contrario al de la esfera que los lleva, y ya porque en su vuelta unos hacen el círculo mayor y otros menor. El definir absolutamente estas cosas pertenece a los que gustan de ostentar prodigios a las gentes.

En cuanto a las estrellas que se dice caen, puede esto ser por colisión con alguna cosa, o con ellas mismas, puesto que caen hacia donde corre el viento, como dijimos de los rayos. También pueden hacerse por un concurso de átomos productivo de fuego, dada la oportunidad de producirlo; o por el mismo movimiento hacia la parte a que desde el principio se dirigió impetuosamente el agregado de átomos; o por algunas porciones de viento condensadas a manera de niebla, y encendidas a causa de su revolución, haciendo después ruptura de quien las sujeta, hacia cualquiera parte que se dirijan sus ímpetus, llevadas allí por el movimiento. Todavía hay otros modos inexplicables con que esto puede hacerse.

Las señales o indicios que se toman de ciertos animales se hacen según lo que acontece en las estaciones, pues los animales no nos traen coacción. alguna de que sea invierno, v. gr., ni hay naturaleza divina alguna que esté sentada observando las salidas y movimientos de estos animales, y luego produzca las señales referidas. Ni por ventura animal alguno de alguna consideración caerá en necedad semejante, cuanto menos el que goza de toda felicidad.

Todas estas cosas, oh Pitocles, debes tener en la memoria, para poder librarte de patrañas y observar las cosas homogéneas a ellas. Dedícate principalmente a la especulación de los principios, del infinito y demás cosas congénitas, los criterios, las pasiones, y aquello por cuya causa examinamos dichas cosas. Una vez bien consideradas, ellas misma facilitarán el conocimiento de las cosas particulares. Los que poco o nada aprecian estas causas, manifiestan que ni pudieron penetrar las que aquí trato, ni consiguieron aquello por que deben solicitarse (10).

Epicuro a Meneceo: gozarse

Ni el joven dilate el filosofar, ni el viejo de filosofar se fastidie; pues a nadie es intempestivo ni por muy joven ni por muy anciano el solicitar la salud del ánimo. Y quien dice, o que no ha llegado el tiempo de filosofar o que ya se ha pasado, es semejante a quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad, o que ya se ha pasado (11). Así, que deben filosofar viejos y jóvenes: aquéllos para reflorar en el bien a beneficio de los nacidos; éstos para ser juntamente jóvenes y ancianos, careciendo del miedo de las cosas futuras. Conviene, pues, cuidar de las cosas que producen la felicidad, siendo así que con ella lo tenemos todo, y no teniéndola, lo ejecutamos todo para conseguirla. Practica, por tanto, y solicita las cosas que te he amonestado repetidas veces, teniendo por cierto que los principios, para vivir honestamente, son éstos: primero, que Dios es animal inmortal y bienaventurado, según suscribe de Dios la común inteligencia, sin que le des atributo alguno ajeno de la inmortalidad e impropio de la bienaventuranza; antes bien has de opinar de él todo aquello que pueda conservar la bienaventuranza e inmortalidad. Existen, pues, y hay dioses, y su conocimiento es evidente; pero no son cuales los juzgan muchos, puesto que no los atienden como los juzgan. Así, no es impío el que niega los dioses de la plebe o vulgo, sino quien acerca de los dioses tiene las opiniones vulgares; pues las enunciaciones del vulgo, en orden a los dioses, no son anticipaciones, sino juicios falsos (12). De aquí nacen las causas de enviar los dioses daños gravísimos a los hombres malos y favores a los buenos, pues siéndoles sumamente gratas las virtudes personales, abrazan a los que las poseen, y tienen por ajeno de sí todo lo que no es virtuoso.

Acostúmbrate a considerar que la muerte nada es contra nosotros, porque todo bien y mal está en el sentido, y la muerte no es otra cosa que la privación de este sentido mismo. Así, el perfecto conocimiento de que la muerte no es contra nosotros, hace que disfrutemos la vida mortal, no añadiéndola tiempo ilimitado, sino quitando el amor a la inmortalidad. Nada hay, pues, de molesto en la vida para quien está persuadido de que no hay daño alguno en dejar de vivir. Así, que es un simple quien dice que teme a la muerte, no porque contriste su presencia, sino la memoria de que ha de venir; pues lo que presente no conturba, vanamente contrista o duele esperado. La muerte, pues, el más horrendo de los males, nada nos pertenece; pues mientras nosotros vivimos, no ha venido ella; y cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros. Así, la muerte ni es contra los vivos ni contra los muertos; pues en aquéllos todavía no está, y en éstos ya no está. Aún muchos huyen la muerte como el mayor de los males, y con todo eso suelen también tenerla por descanso de los trabajos de esta vida. Por lo cual el sabio ni teme el no vivir, puesto que la vida no le es anexa, ni tampoco lo tiene por cosa mala. Y así como no elige la comida mas abundante, sino la más sabrosa, así también en el tiempo no escoge el más diuturno, sino el más dulce y agradable.

No es menos simple quien amonesta a los jóvenes a vivir honestamente, y a los viejos a una muerte honesta; no sólo porque la vida es amable, sino porque el mismo cuidado se debe tener de una honesta vida, que de una honesta muerte. Mucho peor es quien dice: Bueno es no ser nacido, o en naciendo Caminar del averno a los umbrales; pues si quien lo dijo lo creía así, ¿qué hacía que no partía de esta vida? Esto en su mano estaba, puesto que sin duda se le hubiere otorgado la petición; pero si lo dijo por chanza, fue un necio en tratar con burlas cosa que no las admite.

Se ha de tener en memoria que lo futuro ni es nuestro, ni tampoco deja de serlo absolutamente: de modo que ni lo esperemos como que ha de venir infaliblemente, ni menos desesperemos de ello como que no ha de venir nunca. Hemos de hacer cuenta que nuestros deseos, los unos son naturales, los otros vanos. De los naturales unos son

necesarios, otros naturales solamente. De los necesarios unos lo son para la felicidad, otros para la tranquilidad del cuerpo, y otros para la misma vida. Entre todos ellos, la especulación es quien sin error hace que conozcamos lo que debemos elegir y evitar para la sanidad del cuerpo y tranquilidad del alma; pues el fin no es otro que vivir felizmente. Por amor de esto hacemos todas las cosas, a fin de no dolernos ni conturbarnos. Conseguido esto, se disipa cualquiera tempestad del ánimo, no pudiendo encaminarse el animal como a una cosa menor, y buscar otra con que complete el bien del alma y cuerpo.

Nosotros necesitamos del deleite cuando nos dolemos de no tenerlo; mas cuando no nos dolemos, ya no lo necesitamos. Por lo cual decimos que el deleite es el principio y fin de vivir felizmente. A éste conocemos por primero y congénito bien: de él toman origen toda elección y fuga; y a él ocurrimos discerniendo todo bien por medio de la perturbación o pasión como a regla. Y por cuanto es éste el primero y congénito bien, por eso no elegimos todos los deleites, antes bien acontece que pasamos por encima de muchos cuando de ellos se nos ha de seguir mayor molestia. Aun preferimos algunos dolores a los deleites, si se ha de seguir mayor deleite a la diuturna tolerancia de los dolores.

Todo deleite es un bien a causa de tener por compañera la naturaleza, pero no se ha de elegir todo deleite. También todo dolor es un mal; pero no siempre se han de huir todos los dolores. Debemos, pues, discernir todas estas cosas por conmensuración, y con respecto a la conveniencia o inconveniencia; pues en algunos tiempos usamos del bien como si fuese mal, y al contrario, del mal como si fuese bien. Tenemos por un gran bien el contentarse con una suficiencia, no porque siempre usemos escasez, sino para vivir con poco cuando no tenemos mucho, estimando por muy cierto que disfrutan suavemente de la magnificencia y abundancia los que menos la necesitan, y que todo lo que es natural es fácil de prevenir; pero lo vano, muy difícil. Asimismo, que los alimentos fáciles y sencillos son tan sabrosos como los grandes y costosos, cuando se remueve y aleja todo lo que puede causarnos el dolor de la carencia. El pan ordinario (13) y el agua dan una suavidad y deleite suma cuando un necesitado llega a conseguirlos.

El acostumbrarnos, pues, a comidas simples y nada magníficas es conducente, para la salud; hace al hombre solícito en la práctica de las cosas necesarias a la vida; nos pone en mejor disposición para concurrir una u otra vez a los convites suntuosos, y nos prepara el ánimo y valor contra los vaivenes de la fortuna. Así, que cuando decimos que deleite es el fin, no queremos entender los deleites de los lujuriosos y derramados, y los que consisten en la fruición, como se figuraron algunos, ignorantes de nuestra doctrina o contrarios a ella, o bien que la entendieron siniestramente; sino que unimos el no padecer dolor en el cuerpo con el estar tranquilo en el ánimo. No son los convites y banquetes, no la fruición de muchachos y mujeres, no el sabor de los pescados y de los otros manjares que tributa una mesa magnífica quien produce la vida suave, sino un sobrio raciocinio que indaga perfectamente las causas de la elección y fuga de las cosas, y expele las opiniones por quienes ordinariamente la turbación ocupa los ánimos.

De todas estas cosas la primera (14) y principal es la prudencia; de manera que lo más estimable y precioso de la filosofía es esta virtud, de la cual proceden todas las demás virtudes. Enseñamos que nadie puede vivir dulcemente sin ser prudente, honesto y justo; y por el contrario, siendo prudente, honesto y justo, no podrá dejar de vivir dulcemente; pues las virtudes son congénitas con la suavidad de vida, y la suavidad de vida es inseparable de las virtudes. Porque ¿quién crees que puede aventajarse a aquél que opina santamente de los dioses, nunca teme la muerte, y discurre bien del fin de la naturaleza; que pone el término de los bienes en cosas fáciles de juntar y prevenir

copiosamente, y el de los males en tener por breves su duración y su molestia; que niega el hado, al cual muchos introducen como dueño absoluto de todo, y sólo concede que tenemos algunas cosas por la fortuna, y las otras por nosotros mismos; y en suma, que lo que está en nosotros es libre, por tener consigo por naturaleza la reprensión o la recomendación? Sería preferible seguir las fábulas acerca de los dioses, a deferir servilmente al hado de los naturalistas; pues lo primero puede esperar excusa por el honor de los dioses; pero lo segundo se ve en una necesidad inexcusable (15).

[Epicuro no tiene por diosa a la Fortuna, como creen algunos (pues para Dios nada se hace sin orden), ni tampoco por causa instable (esto es, afirma que de la Fortuna ningún bien ni mal proviene a los hombres para la vida feliz y bienaventurada); pero que suele ocasionar principios de grandes bienes y males.] «Se ha de juzgar que es mejor ser infeliz racionalmente, que feliz irracionalmente; y que gobierna la fortuna lo que en las operaciones se ha juzgado rectamente.

Estas cosas y otras semejantes deberás meditar continuamente día y noche contigo mismo y con tus semejantes; con lo cual, ya duermas, ya veles, nunca padecerás perturbación alguna, sino que vivirás como un dios entre los hombres; pues el hombre que vive entre bienes inmortales, nada tiene de común con el animal mortal.»

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario